

LAIA SINCLAIR

**Mientras
te escondes**

Rancho Triple K



Contemporánea

Mientras te escondes

Laia Sinclair

©Laia Sinclair 2019

© para esta edición DirtyBooks Sweetystories

<http://sophiewestautora.wix.com/sweetystories>

Diseño editorial DirtyBooks

<http://sophiewestautora.wix.com/dirtybooks>

Primera edición noviembre 2019

Todos los derechos reservados. Queda terminantemente prohibida la difusión. Bajo las sanciones establecidas por las leyes quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por medio o procedimiento mecánico o electrónico, actual o futuro —incluyendo las fotocopias y la difusión a través de internet — y la distribución de ejemplares de esta edición y futuras mediante alquiler o préstamo público.

[Prefacio](#)
[Capítulo uno](#)
[Capítulo dos](#)
[Capítulo tres](#)
[Capítulo cuatro](#)
[Capítulo cinco](#)
[Capítulo seis](#)
[Capítulo siete](#)
[Capítulo ocho](#)
[Capítulo nueve](#)
[Capítulo diez](#)
[Capítulo once](#)
[Capítulo doce](#)
[Capítulo trece](#)
[Capítulo catorce](#)
[Capítulo quince](#)
[Capítulo dieciséis](#)
[Capítulo diecisiete](#)
[Capítulo dieciocho](#)
[Capítulo diecinueve](#)
[Capítulo veinte](#)
[Epílogo](#)

Prefacio

Dicen las estadísticas que una gran proporción de niñas que sufren abusos sexuales durante la infancia, acaban ejerciendo la prostitución; y que otras terminan emparejadas con hombres abusivos y maltratadores. Inconscientemente, creen que son culpables de haber provocado a los adultos que abusaron de ellas y se creen merecedoras de un castigo.

Mi padre abusó de mí una vez, cuando yo tenía doce años. No tuvo oportunidad de hacerlo más porque mamá lo pilló. Volvió a casa del trabajo antes de tiempo porque se encontraba enferma y nos encontró en mi cuarto. Papá me tenía sentada sobre sus rodillas y me estaba tocando esa parte que ningún adulto debería tocar, mientras me susurraba con voz acaramelada que como mamá no cumplía con sus obligaciones con él, iba a hacerlo yo en su lugar.

De ese día solo recuerdo la palidez de mi madre y el estruendo que vino después, cuando le descerrajó un tiro con la escopeta de caza.

La palidez me impactó porque mamá era cubana, y tenía la piel tostada. Era muy difícil que su rostro pudiera perder el color totalmente, pero lo hizo mientras me sacaba de mi propio cuarto a rastras y me metía en el armario mientras sacaba de él la escopeta de papá.

—Quédate aquí, y no salgas oigas lo que oigas, ¿me entiendes? Y recuerda que te quiero con toda mi alma.

No recuerdo si lo dijo bajito o si gritó. Sus palabras son como el eco del viento, pero no puedo olvidarlas. A veces, todavía me resuenan en la cabeza como si volviera a estar allí, escondida en el armario, llorando en silencio porque sabía que algo malo iba a pasar. Mamá era muy temperamental, y estaba muy enfadada.

Cuando oí el disparo, me tapé los oídos y grité. Fue un grito largo y agónico que presagiaba el final de mi infancia.

Mi madre acabó en la cárcel y yo en casa de mi tía Caridad, que no era muy consecuente con su nombre.

Mi tía odiaba a mi madre. Empezó a hacerlo el mismo día en que se casó con mi padre: un gringo de pelo rubio y ojos azules que volvía locas a todas las mujeres. Decía de él que era un hijo de Shangó, y que su hermana se había dejado hechizar. Cuando lo mató, se limitó a mover la cabeza y a decir que hacía años que se esperaba una tragedia así.

Yo nunca me sentí integrada en la familia de mi tía, y ellos no hacían nada por ayudarme. Me miraban con suspicacia, y se reían de mi pelo rubio y mis ojos azules. Decían que era gringa como mi padre, y que mi madre se había encargado de que mi ignorancia sobre las tradiciones cubanas fuese total. No me incluían en sus celebraciones y me mantenían apartada, como si fuese una apestada. Por eso no fue de extrañar que con dieciséis años me escapara de casa para amancebarme con Armando: un hombre diez años mayor que yo, un delincuente que siempre andaba metido en líos y que era el cabecilla de una de las bandas que tanto abundan en Miami, gobernando con mano de hierro el barrio en el que yo vivía.

Me trataba como a un trofeo, pavoneándose delante de sus hombres, utilizándome para hacer alarde de su masculinidad. Para alguien como él tener a su lado a una chica rubia, de ojos azules y piel pálida, era como un premio. Yo era muy hermosa por entonces, con esa belleza que solo da la juventud y la esperanza. Creí que Armando me amaba y que estaba orgulloso de mí, y que por eso siempre me sacaba de paseo de su brazo, mimándome como nadie lo había hecho. Solo tenía que abrir la boca y decir «quiero esto», para que él me lo consiguiera. No supe ver que aquello no era amor, sino un perverso sentido de la propiedad.

Cuando me susurraba «eres mía» me sentía eufórica, y no comprendía por qué él se reía quedamente cuando yo le contestaba «y tú mío». Viví en una nube de felicidad durante tres años, hasta el día en que lo pillé en la cama con otra y, al recriminárselo, me dio la primera paliza. Porque él no era mío como yo era suya. Él era libre de hacer lo que le viniera en gana, y si le apetecía ponerme los cuernos, pues lo hacía y aquí paz y, después, gloria. Yo no tenía derecho a quejarme, ni a echárselo en cara, ni a protestar. Lo entendí a golpes aquella primera vez, que no fue la última, porque durante los siguientes dos años, después de abrirse la caja de Pandora, Armando se dedicó a maltratarme sistemáticamente cada vez que yo hacía o decía algo que a él no le parecía bien. Si echaba demasiadas especias en la comida, me pegaba. Si olvidaba ir al tinte a por su ropa, me pegaba. Si me reía del chiste de alguno de sus amigos, me pegaba. Si me encontraba enferma y me negaba a hacer el amor con él, me pegaba y, después, iba en busca de alguna de sus muchas «amigas».

Fueron dos años que viví en el infierno hasta que un ángel vino en mi rescate.

Armando era muy religioso, todo un contrasentido en un delincuente, un asesino y un maltratador. Pero tenía una fe ciega en el perdón y en la confesión, y por eso íbamos a la iglesia cada domingo y me obligaba a confesar. El cura viejo escuchaba mis quejas sobre Armando, y después me soltaba el sermón sobre la obediencia que debemos las mujeres a nuestros maridos. Cuando yo le decía que él no era mi esposo, me preguntaba de quién era la culpa. Mía, por supuesto, porque aunque estaba aterrorizada por él y tenía el convencimiento de que nunca saldría de aquel infierno, me negué a casarme cuando me lo pidió. Y me gané una paliza, por supuesto, además de una larga lista de insultos.

Según el cura yo no era decente porque me negaba a serlo al no acceder a casarme con Armando. ¿Cómo pretendía que él confiara en mí y me respetara si me comportaba como una puta al estar amancebada con él sin que nos unieran los sagrados sacramentos del matrimonio?

Pero un día apareció en la iglesia un nuevo cura, alguien más joven y abierto de mente, que supo comprender el infierno por el que yo estaba pasando. Me escuchó, me consoló, y me ayudó a escapar.

Le costó mucho convencerme de que era posible huir de aquel destino tan amargo que yo misma me había buscado, y de que yo no tenía la culpa del maltrato al que era sometida. Me obligó a mirarme a mí misma con otros ojos, y a verme de verdad. Armando me había convertido en una mujer miedosa, sin carácter ni esperanza. Había hecho que la niña alegre y optimista que era, que había logrado sobrevivir y sobreponerse ella sola a una gran tragedia, desapareciera para ser sustituida por la mujer amargada, asustada y temblorosa que era en aquel momento. Una mujer que jamás alzaba los ojos, que caminaba encorvada, y que temblaba con solo oír la voz de Armando.

El padre Sancho me dio fuerzas para creer que podía huir de todo aquello, y la esperanza suficiente para pensar que podría recuperar a la niña que había sido una vez y convertirme en la mujer que quería ser.

Y lo consiguió.

Yo había oído hablar del Ferrocarril Subterráneo en las clases de historia, en el colegio. Fue una red clandestina que, durante el siglo XIX, logró ayudar a escapar a miles de esclavos negros, llevándolos a tierras seguras. Fue el primer movimiento activista en contra de la esclavitud, y contaba con una estructura secreta a lo largo del país, con casas seguras en las que los esclavos huidos se refugiaban hasta que llegaban a los estados del norte, o hasta Canadá.

Lo que no sabía era que, hoy en día, operaba una red similar que ayudaba a mujeres como yo, y fue gracias a ella que acabé en Cascade, Montana.

La huida no fue fácil. Armando me vigilaba constantemente, él mismo o a través de sus hombres, lo que limitaba mucho mis movimientos. Simulé un enaltecimiento de mi fe, y empecé a ir cada día a la iglesia, a confesarme con el padre Sancho. Al principio los hombres de Armando entraban conmigo y esperaban a que terminara el oficio y la confesión. Al cabo de las semanas me dejaban dentro y se iban a tomar una cerveza en el bar cercano. Al final, aprovechando que las cosas para Armando estaban empezando a ponerse complicadas porque la policía estaba cercando las redes entorno a él, me dejó salir sola. Necesitaba a sus hombres para cosas más importantes, y estaba tan convencido de que me había anulado completamente como persona que no pudo imaginarse lo que el padre Sancho y yo estábamos planeando.

Un día, no volví.

Sé que Armando fue en busca del padre Sancho, creyendo que él tenía algo que ver con mi desaparición; pero habíamos sido inteligentes, y las tres últimas semanas yo no había aparecido por la iglesia, excepto los domingos en que iba con él.

Armando creyó al padre cuando afirmó con convicción que no sabía dónde estaba yo, y era cierto. Después de presentarme a Megan, la persona que iba a sacarme de Miami, no volví a tener contacto con él. Esas tres semanas fui a rezar a otra iglesia, hasta el día en que ella me estaba esperando allí.

Había llegado el momento.

A lo largo de los siguientes tres años cambié de identidad cuatro veces, y fui trasladada de estado otras tantas. Todo era en prevención de que Armando me encontrara, porque no dejó de buscarme ni un solo segundo. También cambié de aspecto. Me corté el pelo y me lo teñí de oscuro, y empecé a usar lentillas de color castaño. Trabajé en multitud de empleos anodinos, como camarera, cajera de supermercado, o limpiadora en hoteles. Este último fue el que más me gustó, aunque parezca extraño. Tenía que limpiar la mierda de otros, sí, pero no estar cara al público era un verdadero respiro, porque no tenía que temer que alguien, por casualidad, llegara a reconocerme.

Me convertí en una paranoica, siempre mirando hacia atrás, sospechando de todo el mundo. Y no sé cuántas veces le di gracias a Dios por no haberme quedado embarazada durante aquellos años. Armando no quería hijos todavía, decía que era demasiado joven para la responsabilidad de ser padre, la única buena decisión que tomó por mí.

Un año y medio después de haber escapado me informaron de que lo habían encerrado en la cárcel de por vida. Había asesinado a un hombre y lo habían pillado, y solo le habían conmutado la pena de muerte a cambio de delatar a todos los de su banda. Iba a pasar el resto de su vida en aislamiento, para protegerlo de sus propios hombres.

Fue entonces cuando empecé a respirar y a pensar que, quizá, tendría la oportunidad de echar raíces en algún sitio. Con Armando encerrado y sin su banda respaldándolo, ya no tendría manera de llegar hasta mí. Podría vivir tranquila, sin tener que estar vigilando mi espalda ni desconfiando de cada persona que se me acercara.

Pero en mis planes no entraban acabar en Cascade, ni conocer al hombre más maravilloso sobre la faz de la tierra.

Ni todo lo que ocurrió después.

Capítulo uno

El día en que enterramos a mi padre no amaneció gris ni lluvioso.

Era un precioso día de principios de marzo y el invierno estaba despidiéndose para dejar paso, poco a poco, a la primavera. El sol brillaba en lo alto del cielo como una maldita burla a nuestro ánimo atormentado, y calentaba una tierra que se sacudía el frío de un invierno que ya daba los últimos coletazos.

Mi padre se fue como había vivido: triste y en silencio.

Dice mi hermano mayor, Kaden, que antes no era así, pero yo no lo recuerdo. En mi memoria solo está el hombre taciturno y silencioso que se arrastró por la vida penando por la ausencia de mi madre. No hay rastro de su voz restallante como un látigo dando órdenes a los vaqueros, ni de su risa estruendosa. Yo solo tenía siete años cuando mamá murió, llevándose con ella la fuerza que había sostenido a mi padre. Aquel día él también murió a todos los efectos, aunque su corazón siguiera latiendo. Se hundió en una tristeza tan profunda que obligó a Kaden, con solo catorce años, a tomar el mando del rancho y de la familia, convirtiéndolo en un padre sustituto del que Knox y yo nos burlábamos a menudo.

Miré a mi alrededor y sonreí con tristeza. Clara, la esposa de Kaden, se enjuagaba las lágrimas con un pequeño pañuelo mientras mi hermano intentaba consolarla rodeándole los hombros con un brazo. Knox, mi otro hermano, con el que durante años había compartido juergas, correrías y amantes, se aferraba con nerviosismo de la mano de Nita, su mujer.

Todo el pueblo estaba en el cementerio, despidiendo al dueño del Rancho Triple K.

Mac, el *sheriff*, estaba de pie al lado del alcalde Barrows, ambos mirando con seriedad el ataúd cubierto de flores. Su esposa Hannah se había acercado silenciosamente a Clara, formando piña con ella junto a Brittany. Eran muy buenas amigas, las tres, y le plantaban cara a la vida con una fortaleza y una lealtad que yo envidiaba.

Me sentí solo por primera vez en mi vida. Realmente solo. Me miré la mano, sorprendido al darme cuenta de que había crispado el puño en un arrebato de furia irracional. Estaba vacía, porque no sostenía la mano de alguien en ella.

Mi padre había muerto de un infarto después de años de una vida triste y gris. Su corazón no lo soportó más y se hizo añicos definitivamente, otorgándole la paz que tanto había ansiado. Había desperdiciado su vida llevando un eterno luto, con el alma hecha jirones, por culpa del amor perdido.

Sacudí la mano y la cabeza al mismo tiempo. Knox, a mi lado, me preguntó en un susurro si estaba bien, y me sorprendí negando enérgicamente con la cabeza.

No estaba bien. ¿Cómo iba a estarlo? Acabábamos de perder a nuestro padre por segunda vez, y ya ni siquiera tendríamos el consuelo de su presencia, aunque fuese como un fantasma triste deambulando por la casa. Y me dolió su ausencia durante todos estos años, pues aunque estaba ahí, era como si no lo estuviera. Me sentí como si hubiera crecido huérfano completamente, sin su guía ni su amor. Ni siquiera sus broncas por ser un trasto cuando era pequeño, o por ir por el camino equivocado durante la adolescencia.

Angus Wescott había sido realmente un fantasma en mi vida.

Miré a Kaden de nuevo y los ojos se me llenaron de lágrimas. Él había sido el único padre que yo había conocido, el único que se había empeñado en que me convirtiera en un hombre decente y, a pesar de los errores que ambos habíamos cometido, seguía siendo el puntal fundamental de nuestra familia, los hombros sobre los que todos nos apoyábamos.

Lo envidié y lo amé, como nunca creí que podría llegar a querer a mi hermano mayor. Y me arrepentí de todas las veces que, en el pasado, me había burlado de él por ser tan serio y tan aburrido, porque no era ninguna de ambas cosas, simplemente se sentía solo y desamparado ante una responsabilidad que era demasiado para él.

Ni Knox ni yo se lo pusimos fácil, pero él no desistió hasta que consiguió que nos convirtiéramos en hombres responsables de nosotros mismos.

No pude resistir el impulso y me acerqué a él en dos zancadas para abrazarlo con fuerza. Ni siquiera me importó la gente que había a nuestro alrededor, ni las palabras del reverendo que estaba alabando la vida de mi difunto padre. Me abracé a él como jamás lo había hecho. Kaden, sorprendido, me devolvió el abrazo y se preocupó cuando vio las lágrimas en mis ojos.

—¿Qué ocurre? —me susurró, mirándome con fijeza.

—Que nunca te he dado las gracias por todo lo que has hecho por nosotros —le dije con la voz quebrada por la emoción—. Gracias.

Kaden parpadeó con rapidez, supongo que para alejar sus propias lágrimas de sus ojos, y asintió con la cabeza.

—No hay de qué —contestó, y esbozó una sonrisa que yo acabé devolviendo.

Me quedé a su lado durante el resto del sepelio, sintiéndome arropado por mis hermanos y mis cuñadas; pero cuando llegó la hora de volver a casa, no pude.

Era el momento de reunirse toda la familia y vecinos bajo el mismo techo para hablar, beber y darse mutuamente el pésame. Nunca he comprendido esta costumbre de convertir un funeral en casi una fiesta, con comida y bebida a raudales mientras los dolientes se acurrucan en un sofá intentando mantener la pena bajo control y el resto de las personas presentes se dedican a hablar y reír sin pudor. Es un espectáculo obsceno, por muy tradicional que sea, y me sentí incapaz de soportarlo.

Por ese motivo, cuando me subí al coche y me vi tras el volante, en lugar de enfilar la carretera que llevaba al rancho, viré hacia el otro lado y conduje hasta Templeton, a dos horas de Cascade; el lugar perfecto para beber hasta emborracharme sin que nadie, amigo ni familiar, me detuviera.

Cuando abrí los ojos la mañana siguiente parpadeé confuso. Me froté el rostro, porque aquello tenía que ser un mal sueño. Se suponía que debía estar en la suite privada en la que vivía, en la parte alta del edificio principal del Resort Wescott. Recordé beber hasta casi caer redondo, y meterme en el coche con un pedo de mil demonios. Más allá de eso, nada; negrura absoluta.

¿Qué mierda había pasado para despertarme en un puñetero calabozo, con una resaca de mil demonios, y una multitud de monos rabiosos golpeándome el cráneo con martillos? Me llevé las manos a la cabeza intentando amortiguar el dolor antes de incorporarme en el camastro en el que, parecía, había dormido.

—¡Eh! ¿Hay alguien ahí? —grité, y acabé gruñendo de dolor porque mi propia voz me había perforado el cerebro.

—Bueno días —saludó Mac, el *sheriff* de Cascade, apareciendo por la puerta. Gracias a Dios no estaba en una comisaría desconocida, sino en la de mi propio pueblo.

—¿Qué ha ocurrido? —pregunté con voz pastosa.

—¿No te acuerdas? —Su expresión de sorna me anunció que la había liado parda de alguna forma, y que probablemente iba a ser motivo de burla durante algún tiempo.

—Si me acordase no te preguntaría —gruñí, frotándome la nuca. Me molestaban las cervicales, y tenía la espalda dolorida.

Mac soltó una risa entre dientes. Sacudió las llaves de la celda en la que estaba encerrado delante de mis narices y abrió la puerta.

—Anda, ven, está claro que necesitas café en vena a raudales.

Me levanté y lo seguí. Me di cuenta de que el traje negro que me había puesto para ir al entierro estaba manchado de tierra, y había perdido la corbata. La camisa, en otro tiempo blanca, parecía recién sacada de la basura. Todo yo estaba sucio y apestaba a sudor rancio.

—¿Me vas a explicar qué diablos he hecho?

Mac me precedió hasta su despacho sin decir nada; solo atiné a oír de nuevo su risa burlona. Nita, mi cuñada, no estaba en la comisaría, afortunadamente para mí. Así podía evitar momentáneamente la bronca que iba a echarme con seguridad cuando la tuviera delante.

Mac sirvió un café en una taza que rezaba «El mejor padre del mundo» y me la puso delante. La cogí, suspicaz, y miré la frase.

—Hannah todavía no ha dado a luz —murmuré, distraído.

—¿En serio no te acuerdas de nada?

Suspiré, cansado, mientras me dejaba caer desmadejado en la silla delante de la mesa de trabajo de Mac.

—¿Tengo que repetírtelo? No, no me acuerdo de nada, joder.

—Pues tienes a la señora Higgs contenta. Destrozaste su valla y sus parterres de petunias. Con tu coche. Afortunadamente, no ibas muy deprisa, por lo que la cosa no pasó a más, pero ibas enfilado a estamparte contra el porche.

—No me jodas —susurré con voz ahogada—. ¿Hice daño a alguien?

—Al coche. Y a la estabilidad emocional de la señora Higgs. Está que echa chispas. Ya sabes lo orgullosa que está de su jardín y sus petunias, y tú las has arruinado. Y a tu propio orgullo, supongo.

La mofa era evidente en su tono. Supiré. Iba a tener que aguantar mucho de eso durante unos cuantos días. O, peor, los rapapolvos de toda mi familia. Podía imaginármelos haciendo cola, en fila india, esperando su turno para llamarme loco, inconsciente, inmaduro y unas cuantas lindezas más por el estilo.

«¿Por qué demonios no me fui a mi suite a emborracharme? Teniendo mi propia cama al lado, me habría ahorrado todos estos problemas».

Porque sabía que, en cuanto se dieran cuenta de que había desaparecido, empezarían a llamarme por teléfono; y que, cuando apagara el móvil, cosa que hice, Kaden iría hasta el hotel hecho una furia para llevarme de regreso cogido de una oreja. Por eso no había ido a la suite. Porque necesitaba espacio y soledad para autocompadecerme a gusto sin que nadie me interrumpiera.

«Mi padre ha muerto».

A la congoja de la pérdida, que se anudó en mi garganta como una soga, ahora le tenía que sumar la casi desgracia que había provocado. Podría haber matado a alguien. Podría haberme matado yo.

—Mi orgullo saldrá adelante —rezongué—. En cuanto a los destrozos, me ocuparé de todo. Iré a ver a la señora Higgs para disculparme y le aseguraré que hoy mismo enviaré una cuadrilla de hombres para que lo arreglen todo. Incluso enviaré a mis mejores jardineros para que se ocupen de las petunias.

—Eso está bien, pero no creo que sea suficiente. Está muy enfadada. Incluso me ha asegurado que se pasará por aquí esta misma mañana para poner una denuncia contra ti. Quiere que pagues tu irresponsabilidad y tus insultos.

—¿Qué insultos? —pregunté, sorprendido. No soy el tipo de hombre que insulta a una mujer —. ¿Insulté a la señora Higgs? —Eso significaría que había estado mucho peor de lo que me imaginaba.

—A ella no. A sus petunias. Dijiste queapestaban a estiércol de vaca. Suspiré, irritado y arrepentido a partes iguales.

—Soy idiota.

—Eso no te lo pienso discutir.

—¿Y no hay nada que pueda hacer para evitar la denuncia? No tengo ganas de acabar haciendo servicios a la comunidad.

—Te verás muy gracioso con el mono rojo recogiendo la basura de los arcenes de las carreteras —se burló Mac. Gruñí en desacuerdo y me bebí el último sorbo de café—. Aunque... hay una manera de evitarlo, pero no sé si la sugerencia de la señora Higgs te hará gracia.

—Escúpela, por favor. Cualquiera alternativa será mejor que verme obligado a recoger la basura de las carreteras.

—Bueno, la señora Higgs acude a las clases de defensa personal para mujeres que tu cuñada Nita da en el Centro Social, y resulta que se han quedado sin voluntarios para ser vapuleados durante los entrenamientos.

Creo que la mueca de espanto que compuse en ese momento fue bastante graciosa, porque Mac empezó a reír a carcajadas.

—No te rías de mi tragedia. Ninguna de las dos opciones me hace puta gracia.

—Bueno, tú verás qué decides, pero ya veremos cómo reacciona Nita cuando se entere de que te has negado a ayudarla en esto. Ya sabes lo importante que es para ella.

Gruñí y me removí en el asiento, nervioso. Nita era una mujer de armas tomar, literalmente. Tenía una pistola y sabía usarla mucho mejor que cualquiera de los hombres que yo conocía, incluido Mac.

—No entiendo a qué tanto rollo por unas putas petunias —murmuré entre dientes. El panorama que se abría ante mí no era nada halagüeño—. ¿Es que no hay más hombres en este pueblo dispuestos a ayudarla?

—Algunos lo han intentando, pero ya conoces a tu cuñada, le gusta más patear culos que a un crío un helado, y han salido bien escaldados de la experiencia. Se ve que ninguna de sus mujeres se anda con chiquitas y están aprendiendo bien a dar donde más le duele a un hombre: en su orgullo masculino.

—Sí —murmuré, pensativo—, esa es la especialidad de Nita. Lo estarán aprendiendo de ella.

—Bueno, ¿qué le digo a la señora Higgs cuando venga?

—¿Tengo que contestar ahora? ¿No puedo pensármelo un poco?

—Sí, claro, piénsatelo. Tienes... —Se miró el reloj y alzó los ojos que brillaban divertidos con aquella situación—, exactamente dos minutos. Tic, tac. Ponerte en manos de Nita y rezar para que no te pateen demasiado, o ponerte en manos del juez, al que ya sabes cuánto le fastidian los conductores borrachos, y apelar a su buen corazón. Algo que, te lo digo de antemano, no va a resultar. Antes las ranas criarán pelo. Lo más seguro es que te ponga una multa desorbitada y te envíe a limpiar carreteras. Eso si no decide que necesitas un escarmiento y te mete en chirona unos cuantos días...

Lo dejó caer como quien no quiere la cosa, decidido a asustarme para que accediera a ayudar a Nita. Seguro que la mujer de mi hermano estaba presionando a todo su entorno masculino y Mac veía en mí una oportunidad de librarse de ello; por lo menos, durante un tiempo.

Pero el juez Hastings no tenía compasión con los conductores borrachos que iban provocando

accidentes, y también era posible que Mac simplemente me estuviera advirtiéndome de lo que podía pasar, como el buen amigo que era.

Suspiré, resignado. ¿Qué otra opción tenía? Ninguna.

—Está bien. Lo haré. Seré el pelele de Nita en sus clases de defensa personal.

Solo me quedó rezar para que mi muerte fuese rápida e indolora.

Carmen. Ese era mi nuevo nombre, y de todos los que había tenido en los casi cuatro años que llevaba alejada de Armando, era el que mejor se ajustaba a mi piel. Por primera vez me sentía cómoda con mi identidad y la sentía como algo real, no como un disfraz que tuviera que calzarme a la fuerza. Había tenido muchos nombres antes; Dolores, Ana, María... No había podido quedarme con ninguno hasta que Armando estuvo encerrado y Megan estuvo segura de que no iba a suponer un peligro para mí. Y hasta ese momento, tampoco había podido vivir una vida de verdad.

Leí en algún lugar que cuando peor están las cosas y más perdido te sientes hacer cosas tan simples como fregar los platos u ordenar tu habitación ayuda a reencontrar la serenidad y el sentido, y aunque parezca absurdo, durante ese tiempo comprobé que aquello era una sencilla verdad. Había tenido todo tipo de trabajos, pero el que más cómoda me hacía sentir era aquel: la limpieza. Imponer orden en el caos, hacer que las cosas volvieran a brillar. Que todo estuviera limpio y en su lugar también ayudaba a mi maltrecha mente a reconstruirse, a encontrar un camino en medio de la destrucción que la relación con Armando había dejado en mi interior. Sé que mucha gente pensará que soy una conformista, o que no es un trabajo digno, que es demasiado duro y poco grato, pero a mí me reconfortaba de una extraña manera..., me hacía sentir independiente y me devolvía la dignidad que Armando me había convencido de no tener.

Los primeros trabajos en el sector fueron duros y mal remunerados, pero desde que estaba en Cascade aquello había cambiado radicalmente, que me contratasen en el Resort Wescott había resultado ser una bendición, y me dio la estabilidad que necesitaba para avanzar en mi recuperación.

«Tal vez pueda quedarme aquí... Sentir que pertenezco a un lugar por primera vez», pensé deteniendo el movimiento circular del trapo sobre la ventana.

El sol primaveral entraba a raudales a través del cristal de la suite que estaba limpiando y al otro lado una vasta llanura se extendía como una alfombra verde hasta los pies de las montañas.

Era la primera vez que me ocurría. Sentía que había algo especial en aquel lugar, en Cascade, el pueblo que me había recibido con los brazos abiertos y nuevas oportunidades. Era la primera vez que la esperanza de echar raíces despertaba en mi corazón. Y es que parecía que todo allí estaba a mi favor: mi empleo era valorado con un buen sueldo, nadie me presionaba ni me agobiaba y había comenzado a hacer amigos gracias a Nita y al carácter abierto y cordial de los habitantes de Cascade.

Estaba comenzando a tener una vida. Una vida de verdad, y era una agradable novedad. Por eso Carmen, ese nombre que apenas hacía un año sonaba tan extraño y ajeno a mí, comenzaba a formar parte de mí misma. Ser Carmen no estaba mal, y bajo esas dos sílabas estaba comenzando a sentirme libre, dejando atrás paso a paso el infierno del que procedía. Las heridas seguían ahí, sí, las llevaría para siempre conmigo, pero comenzaban a cicatrizar y podía sentirlo con renovada esperanza.

Tal vez, con el tiempo, pudiera comprar una pequeña casa en aquel pintoresco pueblo. Si las cosas iban bien y mantenía aquel trabajo, podría tener una tranquilidad duradera, una existencia junto a las gentes amables del lugar. Al principio me costó creerlo, pero Cascade era exactamente

lo que parecía: un pueblo apacible en el que los vecinos se apoyaban a pesar de sus pequeñas rencillas y de los dramas costumbristas típicos de un sitio como aquel.

Me sorprendí soñando despierta mientras alisaba las sábanas blancas de la enorme cama de la suite, y eso despertó una sonrisa en mis labios.

«Aquí me siento tan segura como para soñar...».

No había sido fácil, pero Nita y la red de apoyo que había creado a mi alrededor casi sin que yo me diera cuenta tenían mucho que ver en aquello. La señora Wescott daba clases de defensa personal a las mujeres del pueblo y, enterada de mi situación gracias a Megan, no tardó en contar con mi asistencia y animarme a participar.

A la hora del almuerzo decidí tomarme un respiro y bajar a las cocinas para beber un café. Los camareros y cocineros se afanaban sirviendo a los turistas y visitantes que aún en temporada baja llegaban al resort dispuestos a pasar unos días de aventura sumergiéndose en la vida campestre más auténtica de Montana. En el resort se organizaban excursiones, se podía montar a caballo y asistir a las domas. Y para quien no quisiera tantas emociones el spa, los masajes y la meditación aseguraban unos días de desconexión total de la civilización, así que la afluencia de clientes era continua durante todo el año.

—Buenos días, Justin —saludé al entrar, esquivando a un pinche que iba a toda prisa hacia las neveras—. Buenos días, Geena.

—¡Hola, Carmen! ¿Qué tal la mañana? —preguntó esta última.

—Ya comienza a notarse la primavera, cada vez hay más clientes —respondí con una sonrisa.

—No me lo recuerdes, tiemblo de pensar en lo que nos espera —replicó Justin con su habitual tono gruñón.

De camino a la sala donde los empleados comíamos y tomábamos el café fui saludando a todos. Ya me había aprendido sus nombres, y con algunos incluso comenzaba a forjar un agradable compañerismo.

—Tienes un sexto sentido que te hace llegar justo cuando acabo de hacer café.

Lonan me recibió en la sala con su preciosa sonrisa blanca. Es un hombre impresionante, su sangre indígena es más que evidente en su piel tostada y el pelo negro como la brea. Lo llevaba atado en una trenza aquella mañana, con algunas plumas entrelazadas que le daban un aire todavía más auténtico. Sus ojos, también negros, eran amables y brillantes y siempre me daban la bienvenida con una alegría genuina.

—Es porque tu café es especial, Lonan. Nadie lo hace como tú —dije acercándome para coger la taza que me tendía.

—¿Vamos a la terraza? Hoy hace un día espléndido, las praderas están despertando de su letargo.

No pude evitar reírme. Me encantaba cuando hablaba así, y no tenía claro si era parte de la pose que debía adoptar en su trabajo en el resort o si realmente era así. Lonan era rastreador, hacía de guía para los turistas y los llevaba a través de las praderas, hacia las montañas, para mostrarles la naturaleza autóctona y la belleza de los paisajes de Montana. Me lo imaginaba perfectamente diciéndoles aquellas cosas a los visitantes embelesados, y dejando sin habla a las mujeres con su belleza salvaje.

Por alguna razón, Lonan y yo habíamos hecho muy buenas migas desde el principio, y de entre todos los empleados del hotel era el único con el que había forjado una amistad más allá de la relación cordial y colaborativa de los compañeros.

—¿Cómo te va? ¿Te estás adaptando bien al trabajo? —me preguntó al sentarse. Desde la terraza se podían ver las praderas verdes y las montañas recortándose en el horizonte. Era un

lugar agradable, perfecto para relajarse en los momentos de descanso durante la jornada.

—Sí, de hecho, me encanta. No es un trabajo precisamente tranquilo, porque hay que ser rápida y ocuparse de muchas cosas, pero me da paz, aunque parezca contradictorio.

—Me alegro mucho, Carmen. —Supe que me lo decía de corazón. Lonan se preocupaba muchísimo por mí, lo hizo desde el primer momento. Y aunque era una sensación extraña que alguien me tuviera tan en cuenta sin apenas conocerme, yo lo aceptaba como una bendición del destino—. Yo no sería capaz de hacer un trabajo así. Estar encerrado entre cuatro paredes me ahogaría.

—Tú eres un espíritu libre, necesitas corretear entre los árboles y que te de mucho el aire —respondí con una risilla.

—Puede que te suene a tópico, pero lo llevo en la sangre. No me gustaría perder el contacto con la naturaleza, creo que enfermaría si me viera obligado a alejarme de las montañas y las praderas.

—Vaya..., no sabía que estabas tan unido a tus raíces. Cuando hablas así pareces venido de otra época.

Lonan soltó una risa cantarina y agradable y negó con la cabeza. Dio un sorbo a su café y se acomodó en su silla.

—Para nada, adoro los avances. Es más, estoy dispuesto a encerrarme entre cuatro paredes durante un par de horas si es para ver series.

—¿Ah, sí? No conocía esa faceta tuya —respondí sorprendida.

—Sí, de hecho esta noche comenzamos a revisar *Juego de Tronos* en la pantalla gigante del Winter is Coming, ¿te apuntas? La última temporada va a salir dentro de poco y estamos como locos.

Parpadeé algo aturdida por la invitación. Conocía el Winter is Coming, pero apenas lo había visitado, y no esperaba que Lonan me invitase a ver series en un bar.

—Pues... La verdad es que no la he visto, no sé si... —Me di cuenta de que mi viejo miedo a frecuentar espacios llenos de gente me estaba volviendo a condicionar, y entonces apreté los labios y me obligué a asentir—. Sí. Sí, claro. Iré a verla.

—Ah, genial, pero debo advertirte de que es como una droga, en cuanto empieces no podrás parar.

—Bueno..., algún vicio hay que tener, ¿no?

Lonan soltó una carcajada y se levantó al terminar el café. La jornada seguía para los dos.

—Si no la has visto será aún más divertido, ya verás. Te veo allí, esta noche a las ocho.

Capítulo dos

Nita había peleado con el ayuntamiento durante semanas para poner en marcha su proyecto. Finalmente, les convenció de la importancia del problema que suponía en general la violencia machista y, en particular, en Cascade, aunque los casos no fuesen muchos debido a que la población tampoco era demasiada. Estadísticamente hablando, estábamos por debajo de la media nacional, pero eso no significaba que las mujeres no pudiesen ser víctimas de otro tipo de delitos violentos.

—Cualquier mujer es una víctima potencial, sin importar su edad o condición —solía repetir—, y es nuestro deber poner en sus manos las herramientas necesarias para que puedan defenderse llegado el caso.

No sé si fueron sus argumentos o la pasión con que los exponía; la cuestión es que los convenció y le permitieron usar las instalaciones del Centro Social para montar un gimnasio improvisado al que todas las mujeres podían acudir para recibir clases de defensa personal de manera totalmente gratuita.

Una vez conseguido el lugar, ella misma se encargó de buscar financiación para el equipamiento, que consistía en unas colchonetas para el suelo y el traje de pelele que me estaba poniendo en ese momento.

El traje consistía en una chaqueta larga que me llegaba hasta los muslos, ligeramente acolchada y cerrada por detrás, con refuerzos en la zona de los abdominales y los codos, y unos pantalones igual de incómodos con rodilleras.

Alcé los ojos hacia el grupo de mujeres vestidas con chándal que estaban mirándome y soltando alguna que otra risita. Les dirigí una de mis sonrisas torcidas, esa que tan locas las vuelve, con la esperanza de conseguir que fuesen benevolentes conmigo y no me maltrataran demasiado. Pero la sonrisa murió en mis labios al ver a la señora Higgs allí, mirándome con una expresión entre sádica y ansiosa que me puso los pelos de punta. Así que por eso la señora había insistido tanto en esta opción, para tener la oportunidad de darme una paliza sin que yo pudiese defenderme.

Tuve un escalofrío y me dieron ganas de salir corriendo. Aquella mirada feroz y despiadada me dio mucho miedo.

El tirón que Nita dio de la chaqueta mientras me la abrochaba por detrás consiguió que apartara la mirada de la señora Higgs y el mundo volvió a la normalidad.

«Solo es una anciana que a duras penas te llega a los hombros, delgada y quebradiza como una ramita. ¿Qué crees que puede hacerte, cobardica?», me dije, molesto conmigo mismo por aquella reacción de pánico hacia una simple abuela de pelo blanco y gafas de pasta.

Volví mi atención hacia Nita, que había terminado de abrocharme.

—¿Es necesaria tanta parafernalia? —le pregunté en un susurro. Me sentía muy incómodo metido en aquel traje acolchado y el suspensorio apretándome los huevos. Era como un muñeco.

—Por supuesto. Aunque si crees que es demasiado, allá tú. Pero después no me lloriques cuando te rompan las pelotas.

Miré hacia las mujeres otra vez. Eran unas quince, de diferentes edades, desde la anciana señora Higgs hasta una niña de doce años que me miraba arrobada.

—Está bien —accedí a regañadientes. No iba a quitarme el traje, pero metí disimuladamente la mano dentro del pantalón y me aflojé el suspensorio. Me apretaba demasiado y mis joyas

necesitaban sentirse libres, no comprimidas contra un trozo de plástico barato.

Nita me vio. Escondió una sonrisa perversa y me dio un golpe amistoso en la espalda.

—Tranquilo, tengo hielo a mano por si hace falta.

—No hará falta —fanfarroneé con prepotencia—. Tengo las pelotas de acero.

Obvió mi afirmación con un bufido, dedicándome al mismo tiempo un alzamiento de cejas incrédulo, o sarcástico, o divertido. Sigo sin tenerlo muy claro.

—Ponte esto también.

Me alcanzó un protector bucal. Lo cogí, mirándolo con asco. ¿Quién más habría tenido eso metido en la boca? Todos los tíos que habían pasado por allí para enfundarse ese mismo traje.

—No, gracias.

—Está limpio y desinfectado, idiota. No vas a comerte las babas de ningún otro tío.

Nita siempre tan cariñosa, y tan acertada. A veces, tenía la sensación de que esa mujer era capaz de leernos la mente.

—Vale, vale.

Lo cogí con desgana y me lo metí en la boca. Nita sonrió con malicia, y me pregunté si me habría mentido. No, ella no haría algo así, ¿no? A mí no, por lo menos. Soy su querido cuñado, el hermanito de su amorcito...

No quise pensar más en ello, al fin y al cabo, ya lo tenía metido en la boca y no había nada que hacer.

Seguí a Nita cuando se acercó a las mujeres para presentarme formalmente.

—Es mi cuñado, Keitan —dijo, dándome unas palmadas en la espalda—, y ha sido muy valiente al ofrecerse voluntario para ayudarnos. —El «¡ja!» de la señora Higgs resonó en todo el gimnasio improvisado y le dirigí una mirada furibunda que la hizo soltar una risilla—. Espero que lo tratéis con crueldad y sin contemplaciones, ya que tiene los huevos de acero y muy bien protegidos —añadió, muy seria.

Todas me miraron y soltaron risas nerviosas. Me sentí como un animal expuesto en el zoológico. ¿Por qué diablos había tenido que emborracharme y acabar aplastando la valla y las petunias de la malvada y cruel señora Higgs? Tuve la sensación de que iba a pagarlo muy caro, durante mucho tiempo...

—Vamos a repasar los movimientos que os enseñé la semana pasada, y después vamos a ponerlos en práctica —siguió hablando Nita—. ¿De acuerdo? Keitan, intenta asaltarme por detrás.

Se puso en posición. Tragué saliva e hice lo que me pedía. Salí volando por encima de su cabeza y acabé en el suelo, panza arriba. Nita seguía hablándole a las mujeres, explicándoles cómo lo había hecho, sin resoplar ni un poquito.

—En este tipo de movimientos, ¿recordáis qué es lo que aprovechamos?

—La fuerza, el peso y la envergadura del asaltante —contestaron todas a coro.

—Exacto. —Nita aplaudió mientras yo intentaba levantarme—. Un hombre suele ser más grande y voluminoso que nosotras, y debemos utilizar eso en su contra. ¿Qué es lo que debemos hacer después?

—Salir corriendo —dijeron todas a una.

—Muy bien. Porque en una pelea contra un hombre, a no ser que estemos bien entrenadas o que él sea un alfeñique, siempre tenemos las de perder. Por eso, todos nuestros esfuerzos han de concentrarse en darnos una oportunidad de huir y buscar ayuda, ¿ok?

Mientras ella hablaba yo seguía en el suelo. El traje acolchado que llevaba puesto me dificultaba el movimiento y no era capaz de levantarme. Me sentí ridículo braceando como una tortuga, perdida toda la dignidad mientras oía algunas risitas. ¿Por qué coño no me ayudaba a

levantarme? ¿Era alguna especie de prueba cruel, o qué? Escupí la protección bucal para poder hablar; solo me hubiera faltado empezar a farfullar como un poseso.

—Nita —susurré, porque el cuello apretado me estaba medio asfixiando. Quería pedirle ayuda, pero me dio un ataque de tos. Debía estar ridículo, ahí tirado en el suelo, tosiendo como un energúmeno, braceando como un bebé, sin ser capaz de levantarme por mí mismo.

Su mano apareció ante mis ojos, que ya empezaban a verlo todo desenfocado, me agarró la mía y tiró de mí.

—¿Estás bien? —me preguntó, burlona, con la voz temblorosa por el esfuerzo de no echarse a reír.

—¿Tratas igual de mal a Knox? —le pregunté, ya en posición vertical, con el suelo bajo mis pies como debía ser.

No contestó. Se limitó a lanzarme una mirada divertida mientras se giraba hacia las chicas.

—¿Quién quiere ser la primera?

—¡Yo! —gritó la señora Higgs.

Como si no hubiera tenido suficiente con el espectáculo que acababa de presenciar, la anciana salió presurosa de la fila de mujeres y se colocó en posición.

—Adelante, asesino de petunias. Prepárate para sufrir.

Tuve ganas de salir corriendo. ¿En serio había pensado que este grupo de mujeres no podía hacerme nada? Me lamenté por no haberme puesto el suspensorio adecuadamente, porque tal y como estaba no iba a servirme de nada. Esta mujer iba a patearme los huevos hasta el punto de dejarme estéril.

Suspiré, resignado. Quizá habría sido mejor ponerme en manos del juez Hastings, seguro que la sentencia no habría sido tan cruel.

La señora Higgs me lanzó al suelo sin esfuerzo. Boqueé, aturdido, sin saber muy bien cómo había llegado hasta allí. La anciana era bajita y delgada. ¿Cómo demonios había conseguido lanzarme? Pero, no contenta con mi humillación pública, me lanzó dos patadas con saña que no me rompieron la espalda solo porque llevaba aquel traje.

—Tú si que apestas, jovencito —murmuraba entre dientes—, y mereces ser pateado por cómo trataste a mis pobres petunias.

Yo me hice un ovillo mientras gruñía, y mis manos acudieron presurosas a proteger lo que sería la parte genital: mis joyas de la corona, la zona más sensible de mi anatomía.

Oí a Nita reñir severamente a la señora Higgs. Bueno, todo lo severamente que se puede reñir a alguien cuando estás partiéndote de la risa. Todas se reían a mandíbula batiente, incluso mi querida cuñadita.

Panda de locas crueles y sádicas...

No podía creerlo. El hombre al que mis compañeras, en orden, le estaban dando una paliza, era Keitan Wescott, que además de guapísimo, alto, fornido y dueño de unos preciosos ojos verde-azulados, era mi jefe. Yo apenas le conocía, pero se decía de él que era un ligón irredento, y eran muchas las chicas del pueblo —y del condado— que suspiraban al escuchar su nombre. La verdad es que no me extrañaba, incluso yo me había fijado en él, y eso que mi interés en los hombres se había visto muy mermado después de lo que había tenido que vivir a manos de uno. Me había cruzado con él en alguna ocasión y no pude evitar fijarme en su sonrisa brillante y su piel bronceada. Me parecía el más guapo de los hermanos Wescott..., en realidad, me parecía el hombre más guapo que hubiera visto nunca. Dudaba de que él supiera que yo era su empleada,

puesto que las veces que nos cruzamos ni siquiera fui capaz de dirigirle la palabra, y por suerte, él tampoco me la dirigió a mí. Era un alivio, porque su presencia me ponía nerviosa y de haber tenido que hablarle habría quedado como una lerda. Y no es bueno quedar así ante tu jefe.

La cuestión es que yo estaba sufriendo en aquel momento siendo testigo de cómo las mujeres de Cascade lo maltrataban, y mi turno para ello se acercaba inexorablemente mientras mi nerviosismo aumentaba. ¿Cómo iba a pegarle a Keitan Wescott? ¡Era mi jefe! Esa idea me ponía tan nerviosa que estaba segura de que iba a hacer un ridículo espantoso, no solo ante mis compañeras, sino ante el hombre que me pagaba el sueldo.

«Menuda suertecita tengo...».

No pude unirme a las risas de las demás cuando la señora Higgs comenzó a patearle. A todas les parecía muy gracioso, pero verle dando brazadas en aquella posición ridícula me causó pena y vergüenza. Sentí el impulso de acercarme para ayudarlo, pero no me atreví, y Nita, aunque tardó, fue a tenderle la mano para ayudarlo a recuperar la verticalidad.

—Carmen, es tu turno —dijo Nita, y su voz me sonó como una sentencia.

Hecha un manojo de nervios, me acerqué al centro de la sala, donde él se encontraba esperando la siguiente paliza, esa que yo no quería darle.

«Dios mío, voy a meter la pata. Seguro que lo hago fatal...», pensé apurada.

Mis nervios se intensificaron cuando él se acercó por mi espalda. Nunca le había tenido tan cerca, y su perfume me llegó con rotundidad. Era agradable y me causó cosquillas en el estómago.

«Además de guapo, huele bien».

Cuando me puso las manos encima sentí que algo dentro de mí efervescía, y quise que aquella incómoda situación se resolviera cuanto antes. Rápidamente, le agarré de las muñecas y me agaché como Nita me había enseñado, realizando la llave con tan poco acierto que no llegué a soltarle a tiempo y Keitan rodó sobre mí, cayó al suelo y yo fui detrás, derrumbándome de rodillas sobre su cuerpo.

Su cara se puso roja y soltó un bufido ahogado antes de comenzar a boquear con los ojos desorbitados. Entonces me di cuenta de que una de mis rodillas se había clavado entre sus piernas.

—¡Ay! ¡Dios mío! ¡Perdón, perdón! —me disculpé azorada, llevándome las manos a la boca—. Lo siento muchísimo. ¡Perdón!

Keitan me agarró de los brazos y al fin brotó la voz temblorosa de sus labios.

—Me estás aplastando... —dijo con un susurro agónico.

Me puse en pie como un resorte, sintiendo que un calor ardiente subía hasta mi rostro. Sentí mis orejas arder de pura vergüenza cuando me di cuenta de que todo el grupo estaba riéndose a mandíbula batiente.

—Lo siento. Yo... Lo siento, señor Wescott —era lo único que podía repetir, mientras las lágrimas se le saltaban a mi jefe y se encogía de lado en el suelo.

Nita se estaba ahogando de la risa cuando busqué su mirada en busca de apoyo, y yo solo quería que la tierra me tragase.

«Es mi jefe. Cuando sepa que yo soy su empleada, si es que no lo sabe ya, me va a despedir. Le he roto los huevos. He dejado estéril a la persona que me paga el sueldo».

Todo el mundo reía, menos Keitan y yo, que comencé a hiperventilar de tan agobiada que estaba. Rompí a llorar sin poder evitarlo, sintiéndome el ser más ridículo del mundo.

—Lo siento, lo siento —repetí algunas veces, humillándome más ante todos, antes de salir corriendo hacia los vestuarios en busca de un escondite.

No solo me sentía ridícula, también tenía un miedo atroz a que el señor Wescott se enfadase, y ese miedo me hizo salir huyendo. Estaba en el vestuario, llorando y presa de un temblor que no

podía controlar cuando Nita abrió la puerta y se sentó junto a mí. Ya no se reía, y con un gesto de comprensión, como si supiera qué pasaba exactamente por mi cabeza, me agarró la mano y la estrechó con suavidad.

—No te preocupes, estas cosas son normales en estos entrenamientos. Ya le he dado una bolsa de hielo y estará recuperado en un rato. —La voz de Nita hizo que recuperase los nervios. Me limpié la nariz con un pañuelo y la miré agradecida. Ella sonrió—. Los hombres son muy exagerados cuando les tocan las joyas de la corona.

No pude evitar reírme, mientras aún lloraba, con aquel comentario.

—Como se entere de que trabajo para él, me echará.

—Eso no va a pasar —respondió de inmediato, apretándome la mano—. Keitan no está enfadado, pero si eso ocurriera yo misma le cortarí esos huevos por los que tanto llora. Además, ha sido culpa suya por no ceñirse a mis indicaciones y no ponerse bien las protecciones. En realidad le has dado una buena lección.

Los esfuerzos de Nita por calmarme dieron su resultado. Cuando salí para dar por finalizada la clase yo ya estaba tranquila. Las mujeres comenzaron a entrar al vestuario, y según lo hacían se acercaban para darme una palmada en la espalda y felicitarme.

—Ese mequetrefe asesino de petunias se merecía un escarmiento —me dijo la señora Higgs, muy orgullosa.

—Vamos a llamar a ese movimiento la llave rompehuevos. Ha sido genial —dijo Lydia, una de las chicas más jóvenes del grupo.

—Se lo ha ganado, por mujeriego —añadió otra.

—Uf... sí. Keitan estuvo saliendo con mi prima y la dejó plantada sin decirle nada. Verás cómo se alegra cuando le cuente esto —confesó Claudia.

Todas me arroparon con sus bromas y felicitaciones, me sentí arropada, pero a pesar de todo lo que decían no creía que el señor Wescott fuera tan malo como para merecer que una torpe como yo le rompiera los huevos. Las chicas se cambiaron entre risas y comentarios y comenzaron a irse. Yo esperé a salir la última con la esperanza de no encontrarme con mi jefe, pero cuando abandoné los vestuarios le vi de pie en la puerta de salida: me estaba esperando.

Volví a sentir los nervios en el estómago y el miedo que despertaba en mí como una sombra antigua. Por un momento me sentí angustiada, pensé que me echaría una broma, que iba a decirme que me había reconocido, que no volvería a trabajar para él, pero cuando me acerqué lo suficiente, pude ver que estaba sonriendo, y un inmenso alivio se apoderó de mí.

Cuando Nita salió del vestidor de las chicas, dio por terminada la clase. Yo me había sentado en uno de los bancos y a duras penas había conseguido quitarme el pantalón protector yo solo, haciendo muecas de dolor.

Todavía tenía sobre mis partes la bolsa de hielo envuelta en una toalla que me había dado antes de ir tras la chica. Me dolía horrores y temí haber quedado incapacitado permanentemente para lo que más disfrutaba en esta vida: el sexo. Lo de tener hijos y tal, no me preocupó demasiado. En aquella época de mi vida todavía me negaba en redondo a la idea de enamorarme y formar una familia, aunque la punzada de la soledad me acicateaba más de la cuenta desde la muerte de mi padre. Había pasado poco tiempo y estaba convencido de que aquella especie de escozor en el corazón y en el alma se debía únicamente al dolor que sentía por su pérdida, y que poco a poco iría pasando hasta volver a ser el que era.

Qué equivocado estaba.

Nita se acercó a mí mientras el resto de mujeres se iba al vestidor, y me evaluó con atención.

—¿Estás muy cabreado?

—Ahora mismo lo que estoy es dolorido. Esa chica, ¿dónde se cree que está? ¿En *Humor Amarillo*?

—Pensaba que tenías los huevos de acero.

—Ja, ja. No me vengas con guasas que no estoy de humor.

—Perfecto, porque yo tampoco. Escúchame bien. —Nita se sentó a mi lado y dirigió la mirada hacia la puerta del vestidor—. Carmen es una chica muy sensible que lo ha pasado muy mal en la vida, ¿ok? Cuando salga de allí —Señaló hacia la puerta—, no quiero que le grites, ni que le muestres enfado.

—No pienso estar aquí cuando salga —refunfuñé.

—Sí, lo estarás, porque yo te lo pido. La esperarás y, cuando salga, le asegurarás que no estás enfadado. Está muy preocupada y se siente realmente mal por lo ocurrido, y necesito que la tranquilices.

—Yo soy la víctima aquí, ¿sabes? No sé, te lo recuerdo por si se te ha olvidado.

—Déjate de tonterías, estoy hablando totalmente en serio.

—Está bien, está bien. No te preocupes. Haré lo que me pides. La esperaré y le haré saber que no hay ningún tipo de rencor por mi parte, que son cosas que pasan. ¿Te parece bien?

Me dio una palmada en el hombro y se levantó para ayudarme a quitar el resto del traje.

—Me parece perfecto. Al final acabaré convirtiéndote en un ser humano, ya verás.

Me quedé pensativo durante unos segundos y volví el rostro para mirarla. Ella estaba detrás de mí, desabrochándose el traje.

—¿Qué has querido decir con eso? —pregunté, suspicaz.

—Exactamente lo que estás pensando.

—¿Que soy un monstruo sin corazón?

—Exactamente. Si supieras lo que piensan de ti la mitad de las mujeres del pueblo, saldrías corriendo sin mirar atrás.

—¡Eh! —protesté, ofendido—. Yo jamás he dado esperanzas a ninguna. Cuando se acercan a mí saben perfectamente a qué se arriesgan.

—Ya, lo sé. Pero tampoco las desengañas hasta que te has acostado con ellas. Eso es hacer trampas, ¿sabes? Te gusta el juego de la seducción, las atraes a tu red como una araña hasta que las atrapas, te acuestas con ellas y, después, si te he visto, no me acuerdo. Y eso no está bien.

—Debería volver a Nueva York —rezongué. Allí era mucho más fácil encontrar compañeras de cama ocasionales que buscaban lo mismo que yo: nada más allá de un buen polvo.

—Lo que deberías hacer es dejar de jugar con sus sentimientos.

—Nita, de verdad, no estoy para sermones. Todavía me duelen los huevos. Lo que debes hacer, es decirle a tu maridito que se haga cargo de sus obligaciones en el resort y así yo podré largarme a cumplir con las mías: promocionar el negocio.

—Y follar como un descosido con todas las mujeres que se te pongan a tiro, ¿no?

—Eso también —asentí, dirigiéndole una sonrisa ladeada.

—Eres incorregible.

—Ese soy yo.

Me encogí de hombros y tiré de las mangas para quitarme la ropa de protección. Durante nuestra conversación el resto de chicas había ido saliendo del vestuario para marcharse de allí. Fueron despidiéndose con sonrisitas disimuladas y alguna que otra carcajada.

Nita también desapareció con una excusa y me quedé solo, esperando que Carmen apareciera.

Lo hizo al cabo de cinco minutos, como un cervatillo asustado ante la presencia de un lobo hambriento. No se había cambiado de ropa, y todavía llevaba un horrible chándal de color verde que le venía grande. Me miró con sus ojos color chocolate y quedé impresionado, porque vi miedo auténtico y real, como si yo fuese el monstruo que se esconde en el armario y al que todos los niños temen. Como si yo fuese a ser capaz de hacerle daño de alguna manera.

—Lo... Lo siento, de veras, señor Wescott, no sabe cuánto lo...

—No es necesario que te disculpes más, ni que me llames señor Wescott, ese era mi padre —le dije sin moverme del sitio. Sonreí y me encogí de hombros, con las manos metidas en los bolsillos del pantalón vaquero, intentando parecer lo más inofensivo posible—. Son cosas que pasan, no te preocupes. Te aseguro que, por mi parte, no hay ningún rencor.

Me fijé mejor en ella y, aunque aquel chándal no la favorecía en absoluto, adiviné unas curvas atrayentes. Era bonita, con el pelo negro y largo cayéndole en cascada por la espalda, enmarcando un rostro ovalado.

Esbozó una trémula sonrisa y bajó la mirada, como si no fuese capaz de soportar mirarme. Se cruzó de brazos, como si intentara protegerse, y yo noté un estremecimiento que me sacudió todo el cuerpo. De repente, tuve la necesidad de acercarme, abrazarla y protegerla. Asegurarle que todo estaba bien. ¿Quizá besarla? Era realmente bonita y mi imaginación voló sin pretenderlo hacia una escena con cuerpos desnudos y sábanas entrelazadas.

—He de confesar que estaba muy asustada —susurró.

—No tienes por qué.

—Pero me gustaría compensarte de alguna manera. ¿Realmente ya te has recuperado?

—Estoy como nuevo —mentí. Todavía me palpitaban, era como un dolor sordo ahí presente que parecía que no iba a parar nunca. Pero jamás lo confesaría.

Levantó de nuevo su mirada y sonrió, y yo, iluso de mí, caí ahí mismo a sus pies sin saber siquiera qué me estaba pasando.

«Un calentón, —me dije—. Solo es un calentón. La chica es guapa y tú hace demasiados días que no has echado un polvo».

Por suerte, mis partes doloridas no estaban para fiestas, así que se mantuvo todo en su sitio; si no, estaba seguro de que hubiese acabado con una erección de campeonato, con chándal horrible incluido.

«Es guapa, está sola, y quiere compensarme por lo ocurrido», me dije. Le dirigí mi sonrisa más seductora y adopté una postura descuidada, allí de pie, ante ella. El cazador se puso en marcha activando todos los mecanismos de seducción que siempre lograban su objetivo.

—Aunque, si vas a quedarte más tranquila, ¿qué te parece compensarme cenando conmigo? ¿Esta noche?

Me devolvió la sonrisa, amplia y sincera, y me miró con los ojos brillantes y ya sin un atisbo de miedo, aliviada al ver que era cierto que no estaba enfadado por lo ocurrido.

—Me encantará invitarte a cenar, pero esta noche es imposible: hay sesión de *Juego de Tronos* en el Winter y no quiero perdérmela. He quedado allí con unos amigos. Pero mañana lo tengo libre. ¿Qué te parece una hamburguesa doble en el Grill?

—Me encantan las hamburguesas del Grill. Te esperaré allí a las siete. No me dejes plantado —bromeé, y conseguí que dejara ir una pequeña carcajada.

—No lo haré —aseguró, desaparecida del todo cualquier desconfianza.

Se despidió con un gesto de la mano y se fue de allí, dejándome aturdido y algo confuso, con la impresión de que había pasado algo importante, pero sin saber exactamente qué era.

«Que mañana vas a echar un polvo, eso es lo que pasa», me dije, intentando quitarme de

encima la desazón que me invadió cuando la vi alejarse de mí, con un contoneo de caderas que me hipnotizó.

Sí, eso es lo que pensé.

Qué idiota era.

Capítulo tres

No era especialmente aficionada a las series, pero aquella experiencia me gustó desde el principio. El Winter is Coming era un bar muy popular en Cascade, sabía que los fines de semana había música en directo, pero aquella era la primera vez que iba, e iba a algo tan impropio de un garito de country como ver una serie. Creía que Lonan exageraba cuando nos sentamos y me dijo que me preparase para mi nueva adicción, y a los diez minutos estaba totalmente absorta en la pantalla gigante del Winter, atrapada por la ficción que había seducido al resto de los allí reunidos. Compartíamos mesa con Belle, la dueña del local, y una fan absoluta de la serie, Hannah, cuya tripa enorme le impedía ya acercarse demasiado a la mesa, Britt y Clara. Lonan estaba sentado a mi lado, y de vez en cuando hacía comentarios graciosos sobre lo que ocurría en la pantalla.

—¿No vamos a ver uno más? —pregunté cuando las luces recuperaron intensidad y la música volvió a sonar.

—Ya hemos visto dos, Carmen —respondió Hannah riéndose.

—¿Dos? Estás de broma, o son muy cortos —repliqué.

—Dos, de una hora cada uno —apuntó Lonan—. Te lo dije, te ibas a enganchar irremediabilmente.

—¿Y tengo que esperar una semana para seguir? —pregunté contrariada.

—Sí, claro, si la sigues sola estarás traicionándonos a todos —dijo Belle.

—¿Traicionandoos? ¿No es un poco exagerado?

—Yo de ti no lo haría, y si lo haces guardaría muy bien el secreto, Belle se cabrea mucho si vemos la serie a nuestro aire —me explicó Lonan.

—Eh, yo no me enfado, son las leyes no escritas de las series, y hay que respetarlas —aclaró Belle, y me miró con un interés especial de pronto—. ¿Cuál es tu personaje favorito? Ya debes tener uno, con dos capítulos te ha dado tiempo de sobra.

—Ah..., pues... —titubeé, pensando en una respuesta, aunque lo tenía bastante claro—. Ned Stark, sí. Parece el único hombre bueno ahí.

Belle alzó las cejas y miró de reojo a Lonan con un gesto que no supe interpretar. Él se aguantó la risa.

—¿Qué pasa? ¿He dicho algo gracioso? No podréis negarme que es un hombre justo, que ama a su familia —respondí extrañada por sus reacciones.

—No les hagas caso. Es que el personaje favorito de la mayoría es Daenerys —intervino Britt.

—Sí, bueno. Ella tampoco está mal... Pobrecilla —dije pensativa.

Ciertas cosas me habían removido algo por dentro, y una de ellas fue aquel personaje. Ver cómo era maltratada por su hermano me hacía sentir incómoda. No era que no me gustase, es que me frustraba mucho que no reaccionara, que no se rebelase ante lo que le hacían, y me daba rabia que aguantase todo aquello.

«Tú tardaste años en reaccionar», me dije entonces, y me sentí mal por juzgar con tanta dureza a otra mujer, aunque fuera una que ni siquiera existía.

—Pues mi personaje favorito es Jaime Lannister. —La confesión de Belle me sacó completamente de mis pensamientos y la miré escandalizada.

—¿Cómo va a ser ese tu favorito? Ha intentado matar a un crío, no tiene escrúpulos, ¡y se acuesta con su hermana! Es terrible —exclamé sorprendida.

—Ya me contarás cuando nos pongamos al día con la serie, puede que hasta acabe siendo tu favorito también.

—No, yo voy con Ned hasta la muerte —repliqué.

Lonan y Belle se miraron y volvieron a aguantarse la risa.

—Pues a mí el que más me gusta es el enano —intervino Clara, que había estado escuchando mientras bebía de su cerveza—. Es muy listo y gracioso.

—A mí me gusta Sansa —dijo Hannah.

De pronto caí en la cuenta de algo, y es que nunca había entendido por qué el local se llamaba Winter is Coming.

—Ah, así que el bar se llama así porque te encanta la serie —afirmé dirigiéndome a Belle, que sonrió de oreja a oreja.

—Sí, cuando mi tío me dejó el bar en herencia quise darle algo de mi personalidad, y le puse un nombre relacionado con algo que me apasiona.

—Pues tiene mucha personalidad, me encanta cómo lo tienes, y parece que te está yendo fenomenal —le dije con sinceridad mientras el resto seguía hablando de la serie.

—Estoy intentando enganchar a todo el pueblo a la serie para que vengan más al bar —respondió riéndose.

La voz de unos camareros interrumpió nuestra conversación y Belle resopló, poniendo los ojos en blanco al escuchar que la llamaban.

—Esta gente no sabe solucionar nada sin mí —rezongó poniéndose en pie—. Espero verte la próxima.

—Sí, seguro, ya quiero saber cómo continúa.

Belle se fue a la barra, y eso provocó un efecto espantado. Hannah se puso en pie también, con un gesto fatigado, agarrándose la enorme tripa.

—Es muy tarde para mí, y Mac me está esperando. Pasad buena noche, chicas, y chico —se despidió. Y tras ella también lo hicieron Britt y Clara, que fueron a acompañarla.

Lonan y yo nos quedamos solos. Él sonreía con una expresión de satisfacción y paz absoluta, como si aquellos momentos sencillos le llenaran de una manera especial. Era una de las cosas que más me gustaban de Lonan: era capaz de disfrutar al máximo de las cosas sencillas y parecía vivir consciente cada instante.

El ambiente no tardó en animarse con una alegre tonada country. Muchos abandonaron sus asientos en la barra y en las mesas para ir a bailar en la zona ante el escenario, que esa noche permanecía a oscuras. Las luces agradables, los suelos y paredes forrados de madera y la decoración con calaveras de venado, banjos, instrumentos antiguos y fluorescentes de distintas bebidas típicas creaban un ambiente agradable y lleno de encanto que yo solo había visto en películas.

—¿Salimos a bailar? —dijo de pronto Lonan con una sonrisa animada y luminosa.

Al instante me sentí inquieta. Hacía muchísimo tiempo que no bailaba con nadie, y mucho menos con un hombre, y me sentí insegura. ¿Y si hacía el ridículo? ¿Y si Lonan lo hacía con alguna intención? Le miré, su sonrisa seguía ahí, preciosa, acogedora como siempre. Me hacía sentir segura, y tenía la fuerte intuición de que las intenciones de mi amigo eran limpias.

«Va siendo hora de disfrutar un poco de la vida, ¿no?», me animé a mí misma, y le devolví la sonrisa a Lonan, agarrando su mano cuando se levantó y me la tendió.

Salimos a la pista, y la soltura de Lonan con el baile me sorprendió. Me enseñó algunos pasos al ver mi torpeza con el country, pero pronto estábamos bailando bien sincronizados, riéndonos a mandíbula batiente y disfrutando de una agradable velada.

Habría seguido siéndolo si no le hubiera visto. Allí estaba Keitan, sentado en una de las mesas en una esquina, hablando y coqueteando con una chica. Ni siquiera me estaba mirando, y no sabía si se había dado cuenta de que estaba allí, pero sentí un frío desagradable en el estómago y cómo este se me encogía. Dos pensamientos parpadearon a la vez en mi mente; por un lado, una pregunta sin sentido: ¿qué hacía coqueteando con una chica habiendo quedado conmigo al día siguiente? Y por el otro, nacida del miedo, una sospecha que martilleó en mis sienes: ¿habría ido al Winter sabiendo que estaría allí para ver qué estaba haciendo?

«Estoy paranoica. Es el único bar del pueblo... Seguro que viene muchísimas noches, así que es normal que coincidamos», razoné, tratando de calmarme.

Aquella amalgama de emociones me sorprendió y desagradó a partes iguales. ¿Cómo podía pensar eso? ¿Y por qué iba a importarme con quién coquetease?

—¿Estás bien? —preguntó Lonan al ver mi cambio de actitud.

—Sí, claro, ¿por qué?

—Te has puesto muy tensa de pronto —respondió con el ceño fruncido, preocupado.

Suspiré.

—Esta tarde le he pateado los huevos a mi jefe accidentalmente... y ahora está sentado ahí —respondí señalando con el mentón en dirección a Keitan.

—¿Pero cómo se le patean los huevos al jefe de manera accidental? —preguntó entre risas.

—Era en clase de defensa personal. No sé ni cómo lo he hecho, pero lo he hecho, y me da muchísima vergüenza.

—No creo que te lo tenga en cuenta.

—Lo sé. De hecho ha aprovechado para invitarme a cenar —le confesé, y vi cómo la cara de Lonan cambiaba y su sonrisa se borraba en una expresión grave.

—Keitan es un mujeriego, no le tomes demasiado en serio. Como jefe es muy buena persona, pero es un rompecorazones, no te hagas ilusiones con él, ¿vale?

Aquella advertencia me sorprendió menos de lo que cabría esperar. Por lo visto, era la opinión que todo el pueblo tenía del señor Wescott. Solté una risa falsa y negué con la cabeza.

—No me hago ninguna ilusión. De hecho estoy muy bien sola, pero me apetece divertirme un poco.

Lonan abrió los brazos en señal de conformidad y siguió ejecutando los pasos mientras bailábamos en la pista.

—En ese caso, genial.

Logré calmarme e ignorar la presencia de Keitan sumergiéndome en los bailes con Lonan, que me enseñó un buen número de pasos de country. Cuando me acompañó a casa estaba derrotada, y después de que me dejase en el portal me metí en la cama y me dormí con la imagen del señor Wescott susurrando a saber qué misterios en el oído de una desconocida.

No fui al Winter para espiar a Carmen. De verdad. Bueno, quizá un poco sí, pero es que en aquel momento me pareció una buena idea pasarme por allí con la excusa de la curiosidad. Había oído hablar mucho de esa serie, a favor y en contra, pero nunca había tenido la tentación de ponerme a verla, entre otras cosas porque suelo dedicar mi tiempo libre a cosas más interesantes que ver la televisión.

Además, soy más de cine clásico, influido seguramente por los gustos de mi hermano Kaden, fan del Rat Pack. Recuerdo de pequeño haberme colado en su habitación más de una vez cuando estaba mirando alguna de sus películas en un reproductor VHS. Él nunca me echaba, al contrario:

me hacía sitio en la alfombra, a los pies de la cama, junto a él, y me pasaba el bol de palomitas sin decir nada. Echando la vista atrás, me doy cuenta de que esos momentos fueron de los pocos que, después de morir mamá, permanecieron inalterables, incluso cuando él tuvo que hacerse cargo del rancho y toda diversión desapareció de su vida.

Cuando llegué al Winter el primer episodio estaba a punto de terminar. Me senté en el único sitio que quedaba libre, una mesa apartada al lado de la puerta, desde la cual la pantalla grande en la que se emitía la serie no se veía bien porque quedaba partida por una columna. Supuse que por eso estaba vacía cuando el bar estaba abarrotado, aunque extrañamente silencioso. Todo el mundo permanecía atento a la pantalla, aunque cada vez que pasaba algo emocionante, la gente exclamaba su opinión en voz alta.

Cuando el tío rubio empujó al chaval por la ventana, todos estallaron en un rugido indignado.

Carmen estaba sentada en una de las mejores mesas del local. A su lado estaban una muy embarazada Hannah, Britt, mi cuñada Clara y Belle, la dueña del local. Junto a ellas también estaba Lonan, lo que hizo que arrugara el ceño involuntariamente.

Lonan es primo de Charlie Cavanagh, el capataz del rancho Triple K, y uno de los guías e instructores de equitación que trabajan para mí en el resort. Me pregunté qué haría allí pegado a Carmen, charlando animadamente con ella, como si... como si hubiese algo entre ellos.

Estuve tentado de acercarme y hacerles saber, a ambos, que estaba allí. La necesidad de marcar territorio alrededor de Carmen fue muy fuerte, pero puede contenerme. ¿A qué venía esa compulsión? Nunca he sido celoso con mis ligues, y Carmen ni siquiera era eso... todavía. ¿Quería llevármela a la cama? Sí. Me había parecido una chica muy bonita en la que adivinaba un fuego contenido que podría hacer arder si tocaba las teclas adecuadas. Pero yo quería llevarme a la cama a toda mujer bien dispuesta que fuese guapa y apasionada. No tenía ningún motivo para sentir algo parecido a los... ¿celos? Si Carmen y Lonan estaban juntos, no era mi problema. Si ella salía a cenar conmigo estando con él, tampoco. Y si después pasaba entre ambos lo que yo tenía en mente... sería problema de él, no mío.

Sí, era un cínico. Lo único que me importaba en la vida era sacar adelante el resort y follar todo lo que pudiese. Si una mujer estaba dispuesta a follar conmigo a pesar de estar casada, comprometida, o salir con otro tío, ¿quién era yo para juzgarla?

Pedí una cerveza al camarero que se acercó y miré a mi alrededor. El local estaba abarrotado y los camareros iban como locos de mesa en mesa. Belle había sacado un filón con la idea esta de poner la serie desde el principio, porque parecía que todos los habitantes de menos de cuarenta años del pueblo, se habían reunido allí.

Cuando me trajeron la cerveza eché un trago e intenté prestar atención a la pantalla, pero mis ojos se iban inefablemente hacia donde estaba Carmen charlando con Lonan. ¿Por qué se acercaba tanto a ella para hablarle al oído? ¿Y por qué Carmen no paraba de reírse? ¿Por qué coño lo tocaba y se cogía de su brazo, como si entre ellos hubiese un punto de intimidad?

¡Basta! Tenía que terminar con eso, dejar de hacerme preguntas tontas y de sentirme como si fuese un idiota. Esa chica me había pateado los huevos y casi me había dejado estéril aquella misma tarde. Mi única intención era resarcirme del dolor divirtiéndome un rato con ella al día siguiente, con su consentimiento y plena colaboración. ¡No tenía que sentirme como si me faltase el aire!

Tenía que distraerme y era evidente que mirar la serie no era suficiente.

Volví a echar un vistazo a mi alrededor y, apoyada en la barra, estaba Susan, mirándome con los ojitos brillantes fijos en mí. Nunca me había acostado con ella porque uno de mis pocos límites es que las mujeres con las que retozo sean mayores de edad, y la última vez que ella se me

acercó todavía tenía veinte años. Pero, de eso hacía ya dos, así que ya no era menor para tener una buena sesión de sexo salvaje con ella sin arriesgarme a terminar en la cárcel.

Levanté la cerveza en su dirección, saludándola, y le guiñé un ojo. No tuve que esforzarme más para que viniera hasta mi mesa y se sentara a mi lado.

Susan era guapa. Alta, rubia, con una melena espesa en la que daba gusto enterrar las manos, y estaba ávida por tener sexo conmigo. Me lo dejó bien claro cuando empezó a coquetear conmigo de manera descarada. Me hablaba, me sonreía, me tocaba... pero mis ojos se iban, sin poder evitarlo hacia donde estaba Carmen.

Sin embargo, me obligué a concentrarme en Susan.

—Así que has empezado a trabajar en Templeton.

—Sí —contestó mientras su mano recorría mi muslo—, de cajera en un súper. Es un trabajo tedioso, pero el sueldo está bien, hago la jornada seguida y por la tarde puedo concentrarme en estudiar.

—Eso está bien. Tener una carrera universitaria es esencial para triunfar en la vida.

—Aunque Templeton está muy lejos —ronroneó—. Me encantaría trabajar en el resort.

—Bueno, presenta una solicitud en Recursos Humanos.

—Ya lo hice, pero no me llamaron.

—Susan... —la interrumpí—. Si piensas que seduciéndome conseguirás el empleo, te equivocas. Mi equipo sabe muy bien lo que hace, y no interfiere jamás en sus decisiones.

Sonrió y acercó la boca a mi cuello para pasar la lengua sobre mi piel, muy suavemente.

—No es eso lo que espero de ti —susurró contra mi oído—. Solo quiero saber si es cierto lo que se dice.

—¿Y qué se dice?

—Que eres un máquina en la cama. Un portento. Que si una mujer se pone en tus manos, obtendrá un orgasmo que la dejará lela.

Casi me eché a reír. «Lela» no es la palabra que yo utilizaría para definir el estado en que queda una mujer después de pasar por mis manos, pero no la contradije. Giré mi rostro y nuestros labios se quedaron muy cerca.

—Y yo creyendo que dicen que soy un desalmado sin corazón.

—Las que dicen eso son tontas. Sé muy bien que no existe una mujer capaz de domarte. Eres un potro salvaje que debe volar libre.

—Veo que me conoces muy bien pese a haber hablado conmigo apenas un par de veces...

Parpadeó con languidez y sonrió con aquellos apetecibles labios tan carnosos.

—Conozco muy bien a los hombres como tú, porque yo soy igual. Quiero disfrutar de la vida sin ataduras ni obligaciones.

—Yo puedo hacerte disfrutar un buen rato, si quieres...

—Por supuesto que sí.

Alcé los ojos involuntariamente, buscando a Carmen. No sé por qué lo hice, si la conversación que estaba teniendo con Susan era de lo más estimulante. Pero lo hice, y no la vi. *Juego de Tronos* había terminado, la música estaba sonando, y ella había desaparecido, junto a todo su grupo. La busqué con la mirada por todo el bar, ávido de encontrarla, y la vi, en la pista, bailando con Lonan, hablando y riendo con mucha confianza mientras seguían los pasos de la música country. Demasiada confianza para mi gusto.

Sentí el ramalazo de celos volver a por mí y me negué en redondo a convertirme en su presa. Respiré profundamente y dirigí toda mi atención hacia Susan.

—¿Has visitado el resort? —le pregunté. Ella ni siquiera se había dado cuenta de que mi

atención, por unos breves segundos, se había desplazado hacia otra mujer que estaba bailando con otro hombre, al parecer, muy felices y acaramelados.

—No.

—¿Te gustaría ver mi suite? Te aseguro que no te arrepentirás.

—Estoy deseando hacerlo —me contestó, mientras su traviesa mano se colaba por debajo de mi camiseta hasta acariciar la piel—, siempre y cuando me prometas que valdrá la pena.

—Te lo prometo.

Valió la pena. Nunca fui egoísta a la hora de hacer el amor, y siempre me aseguraba de que mi pareja disfrutara hasta llegar al orgasmo antes de dejarme ir yo, y esa no fue la excepción.

Después, nos quedamos dormidos. Ella pegó su cuerpo al mío y yo tuve sueños raros en los que el calor que sentía en la espalda era de la piel desnuda de Carmen; que la respiración pausada que me hacía cosquillas en la nuca, no era de Susan, sino de Carmen; y que la mano que me rodeaba la cintura de manera indolente, también era de la misma mujer que parecía colarse hasta en mis sueños después de haber hecho el amor con otra mujer.

No importaba que, en realidad, Susan fuese mucho más delgada, o que sus pechos, pegados a mi espalda, fuesen más pequeños. En mi sueños, era Carmen, solo Carmen.

Me desperté al amanecer con la lengua pastosa y la mente embotada, como si la noche anterior hubiese bebido demasiado en lugar de solo tres cervezas, y tuviese una resaca de mil demonios.

Me levanté para ir al baño, moviéndome desnudo por la habitación, y me miré al espejo. Tenía ojeras y los ojos hundidos y enrojecidos. Me duché y me afeité, intentando quitar de mi mente el recuelo del sueño que todavía estaba demasiado presente.

Deseaba a Carmen, eso era evidente, pero no quise obsesionarme con ello. Seguramente, aquella misma noche follaría con ella —sí, me obligué a utilizar esa palabra para distanciarme emocionalmente— y todo acabaría, como siempre.

Sentí una extraña punzada en el corazón al pensar que después de tenerla entre mis brazos, terminaría. Fue algo singular que no había sentido nunca, pero me negué a darle mayor importancia. Que Carmen era diferente, ya lo sabía, porque no me ponía ojitos de cordero degollado cuando estaba ante ella, ni calculaba con precisión todos sus movimientos, palabras y expresiones con el objetivo de seducirme, como hacían muchas mujeres. Quizá, por eso, me había fascinado y no podía sacarla de mi mente a pesar de haberla visto un par de veces y nada más.

Salí del baño, dispuesto a concentrarme en el nuevo día y el trabajo, y vi que Susan todavía no se había despertado. La sacudí con suavidad y, cuando abrió los ojos, le dije que era hora de irse.

Ella refunfuñó, pero no se hizo de rogar. Sabía, como yo, que había sido una noche más en nuestras vidas y que no habrían arrumacos de buenos días, ni palabras cariñosas.

—¿Puedo ducharme antes de irme? —me preguntó mientras recogía su ropa.

—Claro —le contesté mientras yo mismo rebuscaba en el armario ropa limpia para ponerme —, pero date prisa. Dentro de media hora vendrán a limpiar la habitación y no quiero que te encuentren aquí.

—Diez minutos, no más. —Se acercó a mí y me pasó la mano por el pecho desnudo—. A no ser, claro, que quieras acompañarme.

—No, gracias —le contesté, algo malhumorado.

Quería que se fuera, cuanto antes, mejor. No sabía por qué, pero me hacía sentir mal conmigo mismo que estuviese allí.

Se encogió de hombros, algo decepcionada.

—Bueno, tú te lo pierdes.

A las siete de la mañana ya estaba en mi despacho sentado ante la mesa llena de papeles. Ni siquiera había desayunado ni tomado café, y la secretaria no llegaría hasta pasada una hora. Pensé en llamar a la cocina para pedirles que me subieran el desayuno, pero al final decidí que me vendría bien bajar y, de paso, echar un vistazo a cómo iba todo.

Las cocinas estaban en plena ebullición, preparando los desayunos para los clientes y recibiendo el género fresco para el menú de aquel día. El chef se acercó a saludarme y compartimos algunas palabras mientras me llenaba la taza del café y le pedí que, en cuanto fuese posible, me subiesen algo al despacho.

Al salir de allí, taza en mano, me topé con Lonan. Frunció el ceño en cuanto me vio y caminó hacia mí muy decidido, con los puños crispados y la espalda muy rígida.

—¿Ha ocurrido algo? ¿Hay algún problema? —le pregunté, preocupado. Sabía que aquella mañana había programada una salida de dos días con un grupo de clientes.

—Sí —me contestó muy serio—, y se llama Carmen.

—¿Por qué es un problema? —insistí, sorprendido.

—Porque trabaja para ti y vas a tener una cita con ella esta noche.

Creo que me quedé pálido como el papel. Hasta sentí el flujo de sangre huir de mi rostro. ¿Carmen era mi empleada? No me gustaba, y comprendía que Lonan estuviera molesto por aquella situación. Nunca es bueno que el jefe tenga una cita con una empleada. Todos mis planes de tener una noche loca con ella se fueron al carajo en aquel mismo momento. Porque si tenía una regla que me impedía follar con menores de edad, también me había impuesto otra que me prohibía hacerlo con mis empleadas.

—No lo sabía. De haberlo sabido no habría insistido en cenar con ella. No te preocupes, la llamaré y cancelaré la cita.

Me jodía, porque estaba seguro de que la manera más rápida de quitármela de la cabeza, era tenerla debajo de mí, suspirando y gimiendo. Pero, aunque puedo ser un tarambana, no tengo por costumbre saltarme mis propias reglas.

—No vas a hacer eso. —Lonan seguía mirándome con seriedad y hablaba entre dientes, con la mandíbula rígida. Era como si tuviese ganas de partirme la cara o algo así y estuviese haciendo un esfuerzo sobrehumano para contenerse.

—¿Por qué?

—Porque Carmen es muy sensible y se sentirá rechazada, y no es eso lo que quiero. Irás a la cita, pero te comportarás con ella correctamente. Tendrás las manos quietas y no intentarás llevártela a la cama aprovechando tu posición.

—Jamás me he aprovechado de mi posición, y lo sabes —le espeté, ofendido por sus palabras—. Además, ¿tanto te importa la chica? Porque si es así, lo estás haciendo muy mal cuando acepta cenar con alguien como yo.

—Carmen ni siquiera sabe cómo eres. Hace poco que ha llegado al pueblo y no ha tenido tiempo de saber la clase de canalla que eres con las mujeres. Y sí, me importa, es una buena amiga a la que quiero mucho, y yo cuido de mis amigas.

—Está bien, no te preocupes, me portaré como un caballero. ¿Sirve de algo si te doy mi palabra?

—No sé si tu palabra vale mucho, pero la aceptaré. De momento.

Siguió su camino hacia la cocina y me dejó allí plantado, con la taza de café en la mano. A Lonan le permitía ciertas confianzas porque nos conocíamos desde hacía muchos años, y sabía que era un tío legal. Pero no supe cómo tomarme ese afán protector hacia Carmen. ¿Sentiría algo

especial por ella y me veía como un rival? Me encogí de hombros. Fuera como fuese, era mi empleada, por lo que quedaba fuera de mi radar de conquistas. Iría a la cena, me portaría como un caballero, y mantendría las manos bien quietas.

Aunque me picasen de rabia y deseo por tocarla, acariciarla y hacerle el amor.

Capítulo cuatro

El Grill&Chips siempre estaba lleno, y no era de extrañar. Era un lugar cálido, acogedor, con las paredes forradas de madera verde a media altura y decorado con fotografías antiguas, tenía un aire coqueto y hogareño y siempre olía a comida recién hecha. Al entrar, el olor ahumado de la barbacoa despertó mi hambre de manera automática, a pesar de los nervios que se agitaban en mi estómago.

Sebastian, el dueño del bar, vino a recibirme al instante con una enorme sonrisa. Era un hombre grande en todos los sentidos, atractivo, de rostro simétrico y ojos chocolate que encerraban una bondad que era incapaz de esconder. Llevaba un delantal que casi formaba parte de su identidad, cuyas manchas de grasa lucía como trofeos de guerra.

—Buenas noches, Carmen, ¿qué haces por aquí a estas horas? ¿Vienes a cenar? —preguntó sorprendido. Solía parar en el Grill para desayunar muchas mañanas, pero nunca había acudido para cenar, lo que rompía totalmente con mi rutina.

—Sí, voy a cenar con Keitan Wescott —respondí con naturalidad, y Sebastian frunció el ceño, todavía más extrañado.

—¿Con Keitan? No habrás caído en sus redes, ¿no?

Lo tomé a broma y solté una risa divertida, negando con la cabeza.

—No, no. Hubo un pequeño percance en las clases de defensa personal y la cena es para desagraviarlo, no tiene más importancia.

—¿Entonces el chisme que me han contado es cierto? —preguntó con una sonrisa maliciosa.

—¿Qué chisme?

—Todo el pueblo está preguntándose cómo una chica como tú pudo patearle los huevos al grandullón de Wescott.

Sentí el calor subirme al rostro. Saber que todo el pueblo hablaba de mí por aquello me agobiaba. No me gustaba estar en boca de nadie, durante mucho tiempo la discreción había sido mi seguro de vida, y aún sentía la punzada del miedo cuando mi nombre se pronunciaba fuera de mi círculo de confianza.

—¿El... pueblo está hablando de mí? —pregunté cohibida.

—No, de ti no, es de Keitan de quien siempre están hablando. No te preocupes, cuando haga alguna otra se olvidarán del asunto.

Suspiré aliviada. Lo último que quería era que se fijaran en mí. Sebastian me acompañó a una de las mesas para dos y dejó las cartas sobre ella.

—¿Quieres ir pidiendo mientras Keitan llega?

—No, esperaré. Gracias.

—¿Te pongo algo de beber?

—Agua estará bien.

Cuando me quedé sola me di cuenta de que me había puesto más nerviosa. No era solo por lo del pueblo chismorreando sobre el incidente con Keitan. Mientras esperaba, no podía evitar pensar en su proximidad el día anterior, en el perfume que desprendía su cuerpo y su calor en mi espalda cuando se acercó para fingir el asalto.

«Es muy atractivo...», pensé, y al instante me recriminé ese pensamiento.

Era mi jefe, y yo era una simple limpiadora. No podía fijarme en él de ese modo. No quería hacerlo, ya había tenido suficientes problemas en la vida por culpa de un hombre para meterme en un lío así en ese momento.

«¿Qué hago pensando en esto? No es que vaya a enamorarme...».

No. No quería enamorarme, y mucho menos de un tipo como Keitan Wescott. Su fama de seductor le precedía, y era la comidilla de Cascade, lo último que me interesaba en la vida era acabar siendo el tema de todos los corrillos por liarme con él. Lo único que quería era pasar desapercibida, y si me relacionaba con Keitan eso sería del todo imposible.

Estaba inmersa en mi lucha interior cuando apareció. Llevaba unos jeans, una camisa azul cielo que resaltaba el color aguamarina de sus ojos y una cazadora de piel. Nada especial, no parecía que se hubiera arreglado para la cita, pero los nervios en mi estómago se transformaron en una sensación efervescente sin que yo pudiera evitarlo. Y volví a pensarlo: era guapísimo. Daba igual lo que se pusiera, hasta un hábito de monje le quedaría bien.

«¿Por qué no puedo simplemente divertirme con él? No sería la primera que lo hace... No tendría nada de malo». Y al instante obtuve mi propia respuesta: «¡No! Es mi jefe, eso solo me traería complicaciones, y todo el mundo lo sabría y hablaría de ello».

Estaba logrando ser feliz con mi vida, y no quería arriesgarlo todo por una noche loca. Si sentía esa necesidad en algún momento había muchos hombres dispuestos en Cascade, más accesibles y que no me complicarían la existencia como Keitan Wescott. Si es que en algún momento sentía ese impulso por tener sexo, porque después de tres años en dique seco tampoco me parecía una necesidad vital sin la que no pudiera seguir adelante. Me las había apañado bien sin acostarme con nadie.

Keitan se sentó frente a mí, con su sonrisa blanca y su rostro de cowboy de película.

—Buenas noches, preciosa. Espero no haberte hecho esperar demasiado —dijo con una voz varonil que me resultó tremendamente seductora.

Sonreí, intentando por todos los medios mostrarme natural y tranquila.

—Solo lo suficiente para hacerte el interesante —respondí con cierto éxito—. ¿Te has recuperado ya del accidente?

Keitan frunció apenas los labios en una expresión contrariada totalmente fingida.

—Bueno, aún tengo algunas secuelas, pero son soportables.

Aunque sabía que bromeaba por su expresión, me sentí tremendamente culpable, y no pude evitar hacerlo: volver a disculparme como una idiota.

—Yo... Lo siento, de verdad. Me sabe muy m...

—Carmen, tranquila —me interrumpió al instante, agarrándome la mano por encima de la mesa. Sentí el calor de la palma de su enorme mano sobre la mía, que parecía diminuta debajo de ella. Un estremecimiento me recorrió la espalda y me erizó los pelos de la nuca—. Ya está, no te preocupes tanto. —Keitan apartó la mano con naturalidad, y yo escondí la mía, preguntándome si él habría sentido lo mismo al tocarme—. ¿Sabes ya qué vas a pedir? —preguntó entonces, cambiando radicalmente de tema.

—Ah... —Parpadeé, algo confusa de pronto, obligándome a volver a la realidad—. No, la verdad es que no. Normalmente vengo a desayunar, pero nunca he venido a comer.

—Si me permites aconsejarte, la hamburguesa especial de la casa es lo mejor de la carta, está riquísima. Más adelante, cuando abran la barbacoa, podremos venir a comer.

Lo dijo como si tal cosa, como si el desarrollo lógico de las cosas fuera que él y yo volviésemos a vernos.

«Dios mío... Quiere seguir quedando conmigo».

—¿Venir otra vez...? —pregunté, abriendo tanto los ojos que mi cara debió resultar un poema.

Mi sugerencia de volver a quedar para comer cuando abriesen la barbacoa no pareció hacerle demasiada gracia. Abrió mucho los ojos, su boca dibujó una «o» perfecta con los labios ligeramente pintados, y todo su cuerpo se tensó, como si la idea le pareciese una aberración y se preparase para salir corriendo.

Yo todavía sentía el calor de su mano bajo la mía, y el terremoto que había causado en mi cuerpo aquel ligero contacto de su piel. Pero ella me miraba como si estuviese amenazando con violarla o algo peor.

No supe si sentirme ofendido o humillado. Quizá ambas cosas a la vez. ¿Tan raro era que quisiese volver a quedar con ella? Pero, sobre todo, ¿tan poco atractiva le resultaba la posibilidad de volver a comer juntos, que tenía que reaccionar como si la hubiese invitado a...? No sé, ¿comer cráneos crudos de bebés recién nacidos?

Cualquier mujer de este maldito pueblo mataría por una invitación así, pero ella se puso a la defensiva, horrorizada.

Traté de arreglarlo, balbuceando una excusa mientras rezaba para que Sebastian se acercara pronto para tomar nota y poder cambiar de conversación.

—Bueno, sí, cuando el Grill abre la barbacoa es una especie de fiesta local y todo el mundo se reúne aquí con la familia y amigos para celebrarlo. Es la antesala a la Fiesta de la Primavera. Yo suelo venir con mis hermanos, sus mujeres y algunos amigos. Podrías... —Dudé en mencionarlo, pero pensé que era buen momento para tantear y saber qué relación tenían—. Podrías venir con Lonan. Os vi anoche en el Winter y parecéis muy unidos.

Cuando hablé de venir con la familia y los amigos Carmen logró relajarse y esbozar una sonrisa que murió instantáneamente cuando mencioné a Lonan. Bajó los ojos durante un instante, algo que no supe cómo interpretar, y volvió a alzarlos para decir con seguridad:

—Somos buenos amigos, sí. Nos tenemos bastante cariño a pesar de que no hace mucho que nos conocemos. Creo que tienes razón, sería una muy buena idea venir con él, seguro que nos lo pasaríamos bien.

Me di cuenta de que había metido la pata antes de que ella contestara, pero a lo hecho, pecho. Aunque su respuesta me alivió, porque saber que solo eran amigos me quitó una presión en el pecho que tenía desde la noche anterior y de la que solo me di cuenta cuando desapareció.

¿Por qué era tan importante para mí saber qué relación tenía con Lonan? No era de mi incumbencia si eran amigos, novios, amantes o qué. Acababa de conocer a Carmen y, además, era mi empleada. No iba a romper mi regla por un simple calentón, por mucho que sus ojos me atraparan; aunque deseara ardientemente recorrer con las manos las curvas que se adivinaban bajo su muy recatado jersey de lana; aunque sus labios fruncidos me llamaran como un canto de sirena y anhelara besarlos con pasión.

No, no era de mi incumbencia. Aquella cena no era una cita, era mi empleada y había acudido simplemente para evitar que, como me había advertido Lonan, se sintiera rechazada.

Me comportaría como un caballero. Sería agradable, simpático y amable, pero no traspasaría la barrera de la corrección. No intentaría besarla, ni la arrollaría con mi pasión cuando la acompañara de regreso a su casa al terminar de cenar.

—¿Qué te trajo hasta Cascade? No es un lugar fácil de encontrar en un mapa.

—La vida —me respondió, sonriendo con tristeza, aliviada al ver que había cambiado de tema y no insistía en el tema Lonan—, que da muchas vueltas y acabó trayéndome hasta aquí.

—¿Y qué vueltas fueron esas? —pregunté, queriendo saber cosas de ella.

Se encogió de hombros, reticente a contestar. Me sentí incómodo al darme cuenta de que esquivaba la pregunta con descaro. No quería hablar de su vida pasada, algo que respeté: al fin y

al cabo, acabábamos de conocernos.

Solo hay tres causas por las que alguien vive en un pueblo como Cascade, lejos de la civilización: porque ha nacido en él, porque ha llegado huyendo de algo, o porque ha venido buscando algo. Carmen no era de allí. ¿Cuál de los otros dos motivos la habían empujado hasta aquí? Y la pregunta que más nervioso me puso: ¿lo sabría Lonan? ¿Habría tenido la confianza de contárselo?

«¿Quieres dejar de darle vueltas al tema? Habla de otra cosa».

—¿Te gusta vivir aquí?

—¡Oh, sí! —contestó, con los ojos brillantes, seguramente aliviada por mi falta de insistencia en su pasado—. El pueblo es muy bonito y acogedor, y la gente ha sido maravillosa conmigo. Me he sentido muy bien recibida desde el principio, y mi trabajo me gusta mucho.

—Me alegro mucho por todo, pero sobre todo de que trabajar en el hotel sea motivo de felicidad.

—Oh, ¿lo sabías?

—Por supuesto. Mal jefe sería si no supiera quién trabaja para mí —mentí, avergonzado porque había sido Lonan quien me había advertido de ese hecho.

Ella abrió la boca para decir algo, pero Sebastian vino en mi ayuda de forma inconsciente, acercándose a la mesa con la libreta en la mano.

—Buenas noches, chicos. ¿Sabéis ya qué vais a tomar?

—Por supuesto. Vamos a tomar dos hamburguesas especiales de la casa con muchas patatas fritas —le dije, apartando la mirada de Carmen para fijarla en él.

Sebastian recogió las cartas que había sobre la mesa y me devolvió la mirada. La dejó fija en mí durante unos segundos, con el rostro serio, lanzándome un mensaje silencioso que capté sin problema. Su mirada decía claramente: «Pórtate bien o te arrepentirás». Viniendo de alguien como Sebastian, un hombre tranquilo y pacífico, nada dado a las broncas ni a la violencia, aquella muda advertencia me sorprendió. ¿Qué había en Carmen que hacía que todo el mundo a su alrededor quisiera protegerla? Primero Nita, obligándome a hacerle saber que no estaba enfadado ni molesto por lo ocurrido; después, Lonan, advirtiéndome y casi amenazándome para que no me propasara con ella durante la cita; y ahora Sebastian que, aunque no había dicho una palabra, todo su lenguaje corporal, desde la seriedad de su mirada intensa hasta la tensión de su cuerpo, indicaba que estaba dispuesto a darme un puñetazo a la primera provocación.

Debía ser una mujer realmente especial para haber calado así en todo el mundo. De repente, nació en mí la necesidad de saber más sobre ella, de conocer su pasado, su presente, sus sueños y esperanzas.

Trajeron las hamburguesas y empezamos a comer mientras seguíamos conversando. Carmen esquivó cada una de mis preguntas, directas o indirectas, que se referían a su pasado. Ni siquiera las lógicas y normales, como de qué lugar venía, o dónde había crecido. Cambiaba siempre de tema, desviando la conversación hacia el pueblo, el resort, el restaurante o la comida. Ni una sola vez bajó la guardia ni se permitió relajarse, hasta que decidí dejar de insistir.

Carmen era un completo enigma que, cada vez más, ansiaba descubrir, y me sorprendí observando con atención cada uno de sus movimientos. El parpadeo que precedía a su silencio; la manera tan sensual que tenía de lamerse la salsa de la hamburguesa de los labios; la cara de felicidad cada vez que le daba un bocado, cerrando los ojos y mordiéndola muy despacio, como si comerse una simple hamburguesa fuese un inmenso placer; el suave movimiento con el que se llevaba detrás de la oreja el mechón de pelo que siempre terminaba cayendo sobre su rostro; o la sonrisa tímida que asomaba a sus labios cada vez que decía algo que le hacía gracia.

Me pregunté por qué conmigo no se reía abiertamente, tal y como hacía cuando estaba con Lonan. ¿Por qué con él sí, pero conmigo se contenía? ¿Quizá había algo en mí que la intimidaba? Me molestó pensar que algo así podría estar sucediendo, porque quería que a mi lado estuviese relajada y feliz, y no tensa y a la defensiva.

Pero, ¿qué podía esperar si no hacía más que lanzarle preguntas personales cuando era evidente que eso la molestaba?

—Lo siento —dije en un momento dado, armándome de valor—, estoy siendo un entrometido. No hago más que hacerte preguntas y eso te molesta.

—No, no pasa nada. —Su mirada se apartó de mi rostro. Cogió la servilleta y se limpió los labios muy despacio—. Es solo que no me gusta hablar de mí. Prefiero hablar de ti. ¿Cómo se os ocurrió construir un resort aquí, en medio de...?

—¿La nada? —terminé cuando me di cuenta de que no sabía cómo acabar la pregunta, quizá preocupada por ofenderme. Dejé ir una risa baja y profunda—. Bueno, eso mismo nos preguntó Kaden, nuestro hermano mayor, cuando Knox y yo le planteamos el proyecto. Es un sueño que nació cuando estábamos en la universidad. Hacíamos cábalas sobre qué podíamos hacer en las zonas que el rancho ya no utiliza. Eran tierras agrestes que no producían ningún beneficio porque estaban demasiado alejadas de la casa principal, y no había suficientes cabezas de ganado para que fuera necesario trasladarlas hasta pastos tan lejanos. Tuvimos muchas ideas locas, y una de ellas fue hacer un hotel rural para familias que quisieran tener la experiencia de vivir en un rancho. Pero un amigo nuestro nos dijo que si queríamos soñar, mejor hacerlo a lo grande, y nos dio la idea de hacer un resort de lujo al que la gente rica de todo el mundo pudiera venir a descansar y desconectar de todo durante unos días. Si les ofrecíamos las comodidades a las que están acostumbrados, nos dijo, vendrían sin dudar.

—¿Y cómo sabía este amigo vuestro que algo así funcionaría?

—Bueno, él pertenece a ese mundo. Es Colin Pemberton, quizá has leído sobre él en las revistas del corazón. Es un habitual. Todos los paparazzi van locos por ser los primeros en descubrir sus ligues y líos.

—No suelo leer ese tipo de revistas, la verdad. Prefiero una buena novela. Pero debes sentirte..., no sé, muy feliz por haber logrado convertir tu sueño en realidad.

—Sí, aunque desde que Knox se tomó tiempo después de su boda, está siendo un poco demasiado para mí llevarlo todo solo. Nuestro trato era que él se ocupaba de las tareas de administración y dirección, y yo me encargaba de la promoción, pero parece que las cosas han cambiado.

—Y, ¿en qué consiste eso de la promoción?

—En hacer viajes a Nueva York, Washington, Los Ángeles, etc., las ciudades más importantes del país, asistir a eventos, e intentar vender nuestro resort a grandes empresas, asociaciones y particulares como el mejor lugar del mundo para pasar las vacaciones, hacer convenciones o cualquier tipo de evento. Para este verano ya tenemos reservada toda una planta para que los directivos de Google vengan a hacer unas jornadas de desintoxicación laboral.

—¿En serio existe eso? —exclamó, y soltó una risa auténtica por primera vez en toda la cena. Me quedé maravillado por su musicalidad, y por el brillo que despedían sus ojos.

—En serio, existe, pero no me preguntes exactamente en qué consiste —bromeé—. Al fin y al cabo, no dejo de ser un chico de pueblo.

Volvió a reírse y, a partir de ahí, la conversación transcurrió plácida y agradable. Yo no insistí en hacerle más preguntas personales y acabó relajándose del todo y disfrutando de la velada mientras hablábamos del hotel y del pueblo, temas neutros en los que parecía verdaderamente

interesada.

Cuando Sebastian trajo la cuenta hubo un momento de tensión. Carmen insistió en pagar ella como forma de compensarme el desastroso accidente del día anterior, pero a mí no me pareció bien, porque la idea de venir a cenar había sido mía.

—Hagamos un trato —le dije al fin—, tú pagas la cena si me permites invitarte a unas copas en el Winter.

—Eso sí que no —me contestó muy seria—. Eres mi jefe, y bastante chismorrean ya sobre nosotros. Solo me faltaría que malinterpreten esta cena y empiece a circular el rumor de que estamos saliendo o algo. No, no, ni hablar.

—¿Cómo que chismorrean?

—¿No te has enterado? Estamos en boca de todos por culpa de lo ocurrido ayer. Lo que pasó en el gimnasio va de boca en boca.

—Maldito pueblo de cotillas —exclamé, enfadado—. ¿No tienen nada mejor que hacer que meterse en la vida de los demás?

Apreté el puño sobre la mesa y Carmen se echó hacia atrás. Fue un movimiento automático, lo hizo sin pensar, y fue bastante imperceptible, en realidad. Un ligero movimiento para alejarse del puño apretado. Alcé los ojos para mirarla y ella me miraba a mí, como intentando adivinar qué iba a hacer yo a continuación.

No sé por qué, pero en su mirada vi un leve reflejo de temor visceral que intentaba mantener bajo control. ¿Quizá...? No quise hacer cábalas. Aflojé el puño y le dirigí una amplia sonrisa.

—No sé por qué me extraño. —Me encogí de hombros—. Debería estar acostumbrado. Bueno, ya dejarán de hablar de nosotros en cuanto ocurra otra cosa.

—Tampoco es tan malo. —Carmen esbozó una sonrisa sincera. Sacó el dinero del bolso y lo dejó sobre la mesa—. Después de todo, son cotillas, pero solidarios. Quiero decir, que una de las cosas que he visto en este pueblo, y que me gusta, es que si alguno de los vecinos tiene un problema, los demás corren a ayudarlo en lugar de quedarse en casa para no meterse en problemas. Supongo que es una buena compensación.

—Somos buenos samaritanos, eso sí. —Me levanté y la ayudé a ponerse la chaqueta, como el perfecto caballero que le había prometido a Lonan que sería. Al estar tan cerca, el aroma de su pelo penetró en mis fosas nasales y se quedó allí, embriagándome—. Por eso, voy a acompañarte hasta casa.

Nos despedimos de Sebastian, que volvió a dirigirme esa mirada asesina tan poco habitual en él y que respondí con una sonrisa ladeada, y salimos a la calle.

—Mira —me dijo ya en el exterior—, si lo haces con la idea de que te invite a subir, olvídete.

—Te gusta ser directa, ¿eh? —Me reí—. No, no es esa mi intención. Solo quiero asegurarme de que llegas a casa sana y salva, nada más.

—No te preocupes por eso. Ya deberías saber que sé cuidarme sola —bromeó, y me gustó esa chispa de diversión bailando en sus ojos.

—Oh, te aseguro que yo y mis partes pudendas lo sabemos muy bien, pero me quedará mucho más tranquilo si te veo entrar en casa y cerrar la puerta. No es que este pueblo tenga mucho criminal suelto, pero a estas horas ya hay algún que otro borracho y... Bueno...

—Está bien. Tampoco es que quiera ocultarte dónde vivo, a fin de cuentas, con echar un vistazo a mi expediente te enterarías igual, ¿no?

—¿Eh! —Fingí ofenderme, llevándome una mano al pecho y mirándola horrorizado—. ¿Es que crees que soy un acosador?

La hice reír de nuevo, y eso valió un mundo. Me hizo sentir... bien. De una manera en que

nunca antes me había sentido, como si hubiera hecho algo verdaderamente grande e importante. Ni siquiera el día en que inauguramos el resort me sentí tan orgulloso de mí mismo.

—No, creo que eres de los que van de frente, y eso me gusta.

—Bueno, por lo menos hay algo de mí que te gusta, ¿eh? Todo un logro.

—¡Hay muchas cosas de ti que me gustan! —exclamó sin pensar, y detuvo sus pasos al darse cuenta—. Quiero decir... que no eres el típico director de hotel, estirado y prepotente que mira a todos sus subalternos por encima del hombro. No he oído a ninguna de mis compañeras hablar mal de ti; bueno, excepto a la señora Higgs. ¿Puedo saber qué le hiciste para que demuestre tanta inquina en tu contra?

—Nada grave, una tontería. ¿Ella no te lo ha contado?

Recordar el episodio que ocurrió tras el entierro de mi padre me avergonzó. ¿Qué pensaría Carmen si le confesaba que me había emborrachado y estrellado el coche contra la valla de la señora Higgs? Además de aplastar sus petunias e insultarlas gravemente en mitad de mi embriaguez.

—No, solo dijo que eras un asesino de petunias, algo que ninguna de nosotras fue capaz de comprender.

Me encogí de hombros justo cuando ella detuvo sus pasos.

—Bueno, hemos llegado. Vivo aquí. Es un lugar modesto y pequeño, pero para mí es más que suficiente.

—Seguro que lo tienes todo bien arreglado y acogedor. Pero no —me apresuré a aclarar—, no voy a pedirte que me dejes subir para verlo. Te he prometido que no lo haría.

Ella no contestó. Se limitó a mirarme fijamente y a pasarse la lengua por los labios. Tuve la tentación de acercarme más a ella y besarla. Quería hundirme en esa boca y disfrutar de su frescura y su pasión. Quería acariciarla y hacerla gemir; abrazarla y adorarla con mis besos. Sentir otra vez el calor de su mano bajo la mía y el torrente de electricidad que me recorrió el cuerpo provocado por aquel contacto, que me había erizado la piel.

Se me aceleró el pulso y la respiración se volvió agitada y nerviosa. Me estaba excitando solo de pensar en lo que quería hacerle y no podía.

No podía.

Lo había prometido. Me lo había prometido a mí mismo. E iba a cumplirlo.

Alcé la mirada, de su boca a sus ojos, y vi en ellos el reflejo de mis propios deseos. ¿Era real? ¿O solo estaba viendo lo que yo quería ver?

Di un paso atrás y le dirigí una sonrisa de despedida.

—Buenas noches, Carmen. Que duermas bien.

—Buenas noches, Keitan.

Me alejé de allí con paso apresurado, mirando de vez en cuando hacia atrás para asegurarme de que entraba en el bloque de apartamentos y cerraba tras de sí. Cuando su cuerpo desapareció tras la puerta, suspiré, aliviado.

Había estado a punto de romper todas mis promesas, pero había logrado contenerme.

Dios, ¿qué me había dado con esta mujer?

De repente, tuve una revelación que me dejó paralizado en mitad de la calle.

Podría enamorarme de Carmen. Con mucha facilidad.

Ah, no, eso sí que no. No iba a permitir que el amor me hiciera caer en sus redes, tal y como les había pasado a mis hermanos. Yo no.

Mejor mantenerme alejado de ella.

Muy alejado.

Capítulo cinco

Eran las siete de la mañana y el Grill estaba lleno de gente con la misma expresión somnolienta que llevaba yo en la cara. El café de Sebastian era suave, lo servía de la jarra que se encargaba de rellenar constantemente, y yo solía tomarlo sin azúcar. Para que me espabilara, necesitaba al menos dos tazas. Si algo había heredado de mi madre era el gusto por aquel brebaje oscuro y fuerte que en Cuba se preparaba con una de esas anticuadas cafeteras italianas de metal. Había conseguido comprar una a través de Internet, y podía preparar mi café en casa, tomarme una taza bien cargada y dar por comenzado el día con mayor rapidez, pero me gustaba ir de vez en cuando al Grill. Allí, me sentaba en una de las mesas y observaba la calle con gesto abstraído, tomando sorbos de la taza mientras escuchaba las conversaciones a media voz de la gente mezclándose con la voz cantarina del locutor de la radio mientras pensaba en todo y en nada, hasta que mi mente estaba lista para enfrentarse a la jornada.

Esa mañana mis pensamientos giraban en torno a una sola cosa: la cena que cinco días atrás había compartido con Keitan. Durante ese lapso de tiempo había acudido en incontables momentos a mi cabeza, y en todos me avergonzaba por haber sido tan esquiva con él. Me preguntaba si se habría sentido rechazado o pensaría que soy una persona desagradable y maleducada, pero cada vez que preguntaba algo sobre mi pasado se me hacía un nudo en la garganta y el temor en el que había vivido inmersa durante aquellos años me impedía incluso mentirle al respecto. Y no quería mentirle.

«Ojalá las cosas fueran más fáciles», pensé con cierta frustración, sorbiendo el café.

Afuera estaba lloviendo, y las gruesas gotas se deslizaban por el cristal de la ventana. Tal vez era ese ambiente plomizo en la calle lo que me hacía pensar con cierta tristeza en Keitan.

«Estuvo a punto de besarme», recordé, pero al instante volví a dudar.

Tal vez lo había imaginado, y esa mirada que me dirigió al final significaba otra cosa, pero podía recordar con claridad la sensación de anticipación que me embargó. Deseé que lo hiciera y, al mismo tiempo, me negué en rotundo a aceptar siquiera aquel pensamiento.

Los días que siguieron nos cruzamos un par de veces en el resort. Nos sonreímos, nos saludamos, pero Keitan no dio pie a ninguna situación que pudiera generar más habladorías. Cascade ya tenía otros asuntos en los que centrarse, y yo agradecía su actitud, pues demostraba que me había escuchado y respetaba mi decisión, pero una parte de mí deseaba que ignorase aquello y flirtease conmigo.

Por enésima vez durante aquellos días fantaseé con ello, con su voz grave y su olor al acercarse a mí.

«Al menos podría acercarse cuando me saluda... Tal vez no sea por respeto, y simplemente le resulté desagradable. Bueno..., mejor así».

—¡No! ¡Eres un pusilánime! —El grito me sacó de mi ensimismamiento. Venía de la cocina, y no obtuvo ninguna réplica, por lo que la voz femenina siguió berreando—. ¡No tienes ambición, y estoy harta! Este negocio está estancado, igual que tú y nuestra relación.

Me tensé de inmediato. Todo el salón se quedó en silencio y los clientes nos miramos unos a otros sin saber muy bien qué hacer. Desde la cocina, nuevos gritos resonaron sin que se escuchara réplica alguna. Ya había visto situaciones semejantes en el Grill. Era Angie, la esposa de Sebastian, que no tenía ningún pudor a la hora de discutir en público con su marido, que raramente le respondía. El tono y los insultos que le dedicaba hicieron que mi estómago se encogiera y que los recuerdos vinieran a mí sin poder evitarlo.

Eres una inútil. Ni siquiera sirves para lo que tiene que servir una mujer. ¿No me has oído? Eres mía. Me tienes harta.

Me había echado a temblar, y cuando me di cuenta, respiré profundamente e intenté abstraerme. Vi a Angie salir airada de la cocina sin dirigir una sola mirada a nadie y abrir la puerta del local con un empujón brusco e iracundo, y solo cuando las conversaciones volvieron a resonar en la sala logré calmarme lo suficiente para levantarme de la silla.

Sebastian salió de la cocina, con el rostro ceniciento y una expresión angustiada que no le había visto nunca. Creo que nadie más le dio importancia, o se fijó en él, pero yo reconocía aquel gesto y no pude evitar acercarme a la barra.

—¿Estás bien?

—Ah..., sí. Sí, no te preocupes —respondió azorado—. Estoy acostumbrado. Siento el espectáculo...

—Sebastian, no tienes que pedir perdón —repliqué. Conocía aquellas respuestas de memoria; yo misma me había disculpado muchas veces ante otros por las broncas de mi ex, como si yo tuviera la culpa. Pero lo peor era que Sebastian se había acostumbrado... igual que yo lo hice a tantas cosas—. Y tampoco tienes que acostumbrarte. Nadie debería acostumbrarse a que lo traten de esa manera. No te lo mereces. No pienses nunca que te mereces otra cosa que no sea respeto.

No quería ser entrometida, pero las palabras brotaron de mi boca como un torrente. Tuve miedo de que se ofendiera o se enfadase, pero me miró a los ojos y esbozó una sonrisa triste.

—No sé por qué, pero me da la impresión de que sabes muy bien de qué estás hablando.

Le devolví la sonrisa y me encogí de hombros. No podía responderle a eso, igual que no podía hablarle a Keitan sobre mi pasado.

—Cóbrame, anda, o acabaré llegando tarde al trabajo.

—No, hoy invita la casa en agradecimiento a tu preocupación.

Se lo agradecí, pero al salir me llevé conmigo parte de su pesadumbre al trabajo.

La jornada transcurrió con normalidad. Centrarme en mi trabajo me ayudó a alejarme de los pensamientos que revoloteaban en mi cabeza sin control, tanto de los concernientes a Keitan, que me acechaban constantemente, como los que lo ocurrido con Sebastian habían despertado. A mediodía, tras dejar las sábanas y las toallas en la lavandería, pasé por los vestuarios para adecentarme. Mientras me peinaba y me lavaba la cara se levantó una algarabía en un grupo de trabajadoras jóvenes que salían de las duchas.

—¡Sí! Le he visto esta mañana, es guapísimo —decía una.

—No sabía que Lonan había regresado —comentaba otra.

—Hace un rato estaba en los establos —respondió una tercera.

Sonreí al escucharlas. No me extrañaba que el indio despertara pasiones en la plantilla. Lonan, además de guapo, era agradable y parecía contagiar el ambiente de positividad siempre que estaba cerca.

«Es justo lo que necesito ahora mismo», pensé. «Seguro que trae un montón de historias divertidas de su salida».

Cuando salí al exterior por la puerta de servicio el sol había salido y las nubes se habían empezado a disipar después de descargar la lluvia. El verde del césped y los árboles de los jardines se había vuelto intenso, rotundo, como si la naturaleza agradeciera así la bendición de los cielos. Aspiré con placer el aroma de la tierra mojada mientras seguía los senderos de gravilla que serpenteaban entre los parterres. Las flores ya abrían sus pétalos dando la bienvenida a la primavera. Me sentí agradecida de estar allí, y el peso en mi corazón comenzó a aligerarse a medida que me acercaba a los establos. Estos se encontraban algo alejados del edificio principal,

para evitar que olores indeseados llegaran hasta las habitaciones de nuestros refinados clientes.

Lonan estaba cepillando a uno de los caballos, de color pardo y crines negras, cuando llegué. Por el brillo en el pelaje que tenían los demás y el ambiente relajado allí, parecía que ya le quedaba poco para terminar, aun así, cogí uno de los cepillos y me acerqué.

—¿Te echo una mano?

Lonan se dio la vuelta y su rostro se iluminó con una enorme sonrisa que me llenó el corazón de calidez. Se alegraba de verme, y era algo evidente.

—Hola, Carmen, ¿cómo has estado?

—Bien, pero venía a ver si traías historias divertidas de tu excursión. ¿Habéis tenido sustos con serpientes o algo digno de mencionar?

Me acerqué a Lonan con el cepillo en la mano y él me hizo un gesto, como invitándome a peinar al caballo. Me agarró la mano con un gesto suave, pidiéndome permiso con la mirada y, al asentir, guió mis movimientos despacio sobre el lomo del animal y comencé a peinarlo lentamente. Lonan ensanchó su sonrisa, y siguió cepillándole las crines.

—Nah... Esta vez no ha habido serpientes, pero uno de los turistas se cayó del caballo.

—Oh, vaya, lo siento, ¿le ocurrió algo?

—No, se cayó en un fangal y tuve que aguantarme mucho la risa. Tuvimos suerte, porque podríamos haber acabado en urgencias —respondió con una suave risa.

—Tienes un trabajo precioso. Me encantaría unirme a una de tus expediciones, algún día.

El caballo sacudió las crines y bufó, frotando el morro contra las manos de Lonan, que le besó el hocico con cariño y correspondió sus atenciones. El animal parecía tranquilo y agradecido con los cuidados de mi amigo.

«Mi amigo... Suena extraño, y precioso, después de tanto tiempo».

—Podemos organizar una excursión fuera del trabajo cuando quieras.

—¡Sería estupendo! —dije entusiasmada, viniéndome arriba por esa sensación de aceptación y seguridad que me daba darme cuenta de la amistad que nos unía—. Tendremos que ver cómo lo cuadraremos, porque nuestros horarios nos lo ponen difícil.

—Bueno, siempre puedes pedirle al gran jefe que te dé un día libre, ahora que tienes influencia sobre él. —Lonan me miró de reojo con una sonrisilla traviesa en la boca. Le di un codazo.

—¡Eh! Solo hemos cenado una vez, y fue por cortesía.

—Sí, sí. Tienes razón, solo era una broma —se disculpó de inmediato. Le sonreí para que viera que no tenía importancia—. Pero ahora que sacas el tema... ¿qué tal te fue con él? ¿Cómo se portó?

—Fue bien, la verdad —respondí. Había seguido peinando al caballo, aunque ya no lo necesitaba—. Fue muy agradable, y no intentó flirtear conmigo ni nada parecido. Y... Bueno, lo agradezco. No estoy con ánimo para ello.

Lonan pareció algo sorprendido por lo que le contaba. Alzó las cejas y me miró incrédulo.

—¿De veras? ¿No intentó nada de nada? ¿Ni un solo comentario?

Dudé de contarle lo que pasó al final de la noche. Ni siquiera estaba segura de que hubiera pasado en realidad, pero al mordirme los labios me di cuenta de que Lonan esperaba la respuesta que debía darle. Mi expresión me delataba.

—Bueno... Me acompañó a casa. Y creo que quiso besarme. —Lonan abrió la boca pero no le dejé continuar—. No, no hizo nada. Fue... No sé. Una impresión, ¿sabes? Algo en su mirada. Puede que solo lo imaginara.

Lonan dejó de acariciar al caballo y se volvió hacia mí, mirándome con gravedad. Supe antes

de que volviera a abrir la boca que la pregunta que iba a hacerme era importante, y no iba a resultarme cómoda.

—Carmen..., ¿a ti te gusta el jefe?

Sentí el calor subirme a las mejillas. Quise negar rotundamente, pero no pude hacerlo, sabía que mi expresión me delataría.

—No lo sé... La verdad —confesé—. Es guapo... y parece encantador, pero seguro que a todas las chicas se lo parece.

—Bueno, es verdad que es guapo y encantador, eso lo pueden asegurar casi todas las mujeres del pueblo con las que ha salido, que son muchas, pero... si me aceptas un consejo: no te encapriches. Es un ligón empedernido y no tiene intención de sentar la cabeza, ni ahora ni nunca.

Suspiré y negué con la cabeza, restándole importancia con un gesto de mi mano. Lonan volvió la atención al caballo, que no dejaba de frotar el morro contra su brazo.

—No te preocupes, soy yo la que no tiene intención de nada. Solo me parece guapo, eso no significa que vaya a enamorarme como una tonta. Ya he tenido suficiente de eso y no voy a caer en la misma trampa.

Eso lo dije muy en serio. Enamorarse conllevaba un estado de absoluta irracionalidad, y en él yo había sido incapaz de ver el daño que me hacían. Justificaba las mayores ofensas, me dejaba humillar pensando que el amor era eso: aguantar, perseverar, esforzarse por que el mañana fuera mejor y diferente, con la esperanza de que mi amor le hiciera cambiar. Pero eso nunca ocurría. No quería que nada volviera a cegarme y a convertirme en el trofeo y saco de boxeo de nadie.

—Parece que has tenido mala suerte en el amor —dijo Lonan.

Solté una risa seca, sin humor, y negué con la cabeza.

—Esas son arenas movedizas. Hay temas que es mejor dejarlos estar...

En ese instante anhelé poder contárselo. Ser capaz de abrir mi corazón a alguien y compartir lo que me había ocurrido, sin miedo a que me juzgara o pensara que había sido una idiota. Después de tanto tiempo, a veces, aún dudaba de mi propia dignidad cuando pensaba en aquellos años, ¿cómo me había dejado hacer todo aquello?

Quería contárselo, pero aún era pronto. Hacía poco que le conocía, y podía resultar peligroso. Por suerte, Lonan no insistió.

—Está bien, los dejaremos estar, pero si en algún momento necesitas hablar de ello espero que sepas que estaré ahí para ti —dijo con una sonrisa cálida, deteniendo el cepillo sobre el cuello del animal mientras me miraba—. Espero que algún día confíes en mí para hablar de eso de lo que nunca quieres hablar.

La sensibilidad de Lonan me conmovía. Era capaz de sentir esa barrera que siempre ponía cuando hablábamos del amor y del pasado, y siempre la había respetado. Saber que estaría ahí para escucharme cuando estuviera preparada me hizo sentir bien. Tan bien que tuve que aguantarme las ganas de abrazarle y soltar un par de lágrimas, así que decidí bromear al respecto.

—Te lo contaré cuando seamos viejitos y vayamos a darle de comer a las palomas.

Lonan compuso una expresión de horror y negó con la cabeza enérgicamente.

—¿Qué? ¿Palomas? Eso no ocurrirá jamás. No le daría de comer jamás a esos bichos. Ni me acercaría.

Esa respuesta me sorprendió y solté una carcajada.

—¿Pero qué te pasa a ti con las palomas?

—No puedo ni verlas. Me dan escalofríos. —Estaba hablando completamente en serio, y eso hizo que me riera más.

—Increíble, un explorador indio que se ha enfrentado a osos, serpientes, lobos y toda clase de

depredadores, ¡le tiene miedo a una simple paloma!

—Pues ya conoces uno de mis secretos —respondió riéndose, sin sentirse ofendido por mi reacción—. Venga, deja de burlarte y ayúdame a limpiar aquí.

Si algo he tenido claro durante toda mi vida, es que a mí el papeleo no se me da bien. Estaba sentado en mi despacho, ante una montaña de contratos, facturas, memorándums, etc., pensando en ir a buscar a Knox y traerlo hasta allí por las orejas.

Desde que mi hermano se casó con Nita, hacía ya dos meses, había desaparecido del mundo empresarial. Encontré lógico que se tomara unos días libres para la luna de miel, y que, a su regreso, siguiera ausente del trabajo unos días más. No presionarlo para que se reincorporara fue una especie de regalo que le hice, porque yo era feliz al verlo feliz y quería darle tiempo a que se acostumbrara a las cadenas del matrimonio.

Pero habían pasado ya dos meses, el señor no parecía tener intenciones de regresar, y ese no había sido el trato al que llegamos cuando pusimos en marcha el resort.

A Knox se le da bien este trabajo, es algo innato en él. A mí, no. A mí se me da bien relacionarme con la gente y vender el resort como el lugar ideal para pasar unos días de paz y tranquilidad alejados del bullicio, las tensiones y el estrés. Y no podía hacerlo porque Knox había hecho una bomba de humo y pasaba completamente de ocuparse de sus obligaciones.

«No debería estar aquí comiéndome la cabeza con el papeleo», pensé, enfurruñado. Debería estar en Nueva York, cumpliendo con mi parte.

El resort funcionaba a las mil maravillas, y teníamos casi la totalidad de las fechas ya reservadas para el verano. Los huéspedes no paraban de llegar, y se iban muy satisfechos por el trato recibido y por las aventuras que habían vivido. Las piscinas (todavía cubiertas en esa época del año) estaban llenas a rebosar, igual que las pistas de tenis y paddle. El spa era un hervidero y había que pedir cita con antelación para poder ir. Los cuatro guías que teníamos para las excursiones a caballo de varios días no daban abasto y estaba pensando en contratar alguno más. Las *boutiques* del pequeño centro comercial anexo al hotel no paraban de atender clientes.

Era un éxito completo, mucho más de lo que nos habíamos atrevido a soñar.

Pero no podíamos dormirnos en los laureles. El verano pasaba rápido y tenía que ocuparme de convencer a todo el mundo de que el invierno también era una época adecuada para venir a pasar aquí unos días de relax, a pesar del frío y las nevadas.

Además, tenía la necesidad de alejarme de Cascade. Ver a diario a Carmen era una tortura, sobre todo porque el deseo de acercarme a ella y comerle la boca no había desaparecido; al contrario, cada día era más fuerte por mucho que luchara contra ello. De noche, soñaba con ella, compartiendo momentos íntimos y muy, muy eróticos. La veía desnuda bajo mi cuerpo, gimiendo de placer, tocándome con sus pequeñas manos, haciendo que mi piel ardiera de deseo y placer. De día, la buscaba continuamente siempre que me movía por el hotel con la esperanza de poder compartir un simple saludo silencioso. Porque, aunque ardía en deseos de acercarme a ella, aunque el pulso se me aceleraba cuando mis ojos reparaban en su presencia y sentía que me faltaba el aire, me obligaba a mantenerme alejado, limitándome a alzar la mano y mostrarle una sonrisa siempre que me cruzaba con ella.

Un día, yo iba hacia la cocina en busca de café, una excusa como cualquier otra para alejarme del despacho y del montón de papeleo, cuando la vi mientras se dirigía por el pasillo hacia el ascensor de servicio. Ella no reparó en mí, y estuve tentado de echar una carrera para meterme con ella en el ascensor. Estaríamos solos durante unos breves minutos y podría deleitarme en el aroma de su piel y con su luminosa sonrisa, aunque fuese de una manera casta y desesperada.

Quizá nos daría tiempo a hablar brevemente de algo: «¿Cómo va el trabajo? Si tienes algún problema o necesitas algo, no dudes en venir a mí».

Por suerte, o por desgracia, todavía no lo sabía entonces, no tuve el valor suficiente para hacerlo. Me quedé quieto en el pasillo, observándola en silencio, sintiendo como el corazón repiqueteaba alocado dentro de mi pecho.

Sí, necesitaba alejarme de allí de una manera desesperada, porque empezaba a pensar que me estaba volviendo loco. Mi obsesión con Carmen podría convertirse fácilmente en otra cosa de la que ni siquiera quería hablar, y mucho menos aceptar.

Pero en lugar de eso, ahí estaba, completamente aturdido, leyendo varios contratos que había concertado Knox sin comprender qué se le había pasado por la cabeza a mi hermano. ¿Para qué había alquilado cuatro toros mecánicos? ¿Y cinco carpas de, literalmente, «estilo vaquero»? Además de los contratos a tres estrellas del circuito de rodeo. Todo para la semana del 4 de julio.

Todos esperaban mi firma, pero yo no iba a poner mi rúbrica en ellos sin saber el motivo.

Pensé en llamar a Marsha, la coordinadora de eventos del resort. Seguro que ella sabría a qué se debían. Vamos, era su trabajo saberlo, al fin y al cabo era quien los organizaba, y podría ponerme al día de sus planes para la Fiesta Nacional.

Pero también era una buena excusa para incordiar a Knox y, de paso, soltarle cuatro frescas sobre su desaparición, haciéndole sentir culpable por vivir tan a gusto rascándose la barriga mientras yo me hundía en la miseria bajo una montaña de papeleo.

Sonreí, pérfido, mirando el teléfono.

Sí, iba a tocarle los cojones a mi hermano un ratito y, de paso, forzarlo a volver a la rutina empresarial.

No tardó mucho en coger el teléfono y contestar.

—Eh, hermanito, ¿qué tal todo por el resort? —me dijo con voz tintineante. El muy cabrón estaba feliz y no había ni un ápice de remordimiento en él.

—¿Por qué no vienes y lo averiguas por ti mismo? —contesté, molesto por el tono burlesco de su voz.

—¿Ocurre algo?

—Sí, ocurre que no tengo ni idea de qué has planeado para la semana del 4 de julio. Comprendo el gasto en fuegos artificiales, e incluso el de las carpas «vaqueras»; pero, ¿los toros mecánicos? ¿Y las estrellas del rodeo? ¿A santo de qué? ¿Tú has sumado lo que nos cuesta en una semana contratar a esos tres tíos?

—¿Para eso me llamas? —respondió, burlón—. ¿No podrías haberlo consultado con Marsha?

—Mira, sí, podría haberlo consultado con Marsha, pero resulta que preferí tocarte a ti un poco los huevos. ¿Cuándo piensas volver a ocuparte de tus obligaciones, tío? Llevas dos meses largos sin dar un palo al agua, y me toca a mí ocuparme de tu trabajo. A estas alturas, lo de la luna de miel ya no cuele, ¿sabes?

Knox, en lugar de enfadarse, soltó una risa.

—Vaya, ¿ya te estás ahogando entre papeles, hermanito? Si necesitas ayuda, ¿por qué no lo dices claro?

—¿Más claro? Vale, te lo deletrearé si hace falta, pero esto no es en lo que quedamos y tú lo sabes. Se suponía que todo el papeleo era cosa tuya y que yo me ocuparía de captar nuevos clientes. Pero llevas más de dos meses sin aparecer por aquí. Ni siquiera has asomado la nariz para preocuparte. ¿Qué pasa? ¿Ya no te interesa el hotel? Porque la mano a la hora de cobrar bien que la pones, cabronazo.

—Eh, eh, relájate un poco, tío. —Por fin parecía que había conseguido joderle el día, lo que

era mi objetivo. Su voz ya no sonaba burlona, sino cabreada—. Que mientras tú estabas por Nueva York, de fiesta en fiesta, bebiendo champán del caro y follando a toda mujer que se te pusiera por delante, yo estaba aquí peleándome con los arquitectos y con el ayuntamiento, sacando adelante la construcción del resort; así que no me vengas ahora con historias que bien me merezco una temporada de tranquilidad.

—¿Y no has tenido ya suficiente? ¿O es que Nita ha logrado domesticarte del todo? Que ya sé que es una mujer de armas tomar, pero nunca pensé que llegarías a tenerle miedo. ¿Te tiene todo el día en la cocina con el delantal puesto, bonita?

—Ya no tenemos quince años para que intentes picarme con tonterías, Keitan. Y no te diré lo que Nita y yo hacemos en la cocina, porque no es de tu incumbencia, chaval. Ahora, dime qué te pasa realmente, porque toda esta monserga sobre el papeleo no me lo creo.

—Me pasa que estoy hecho polvo por lo de papá y necesito largarme una temporada, pero no puedo hacerlo porque tú no vienes a trabajar y yo he de ocupar tu lugar, ¿entendido? Así que ponte las pilas porque mañana espero verte aquí para ponerte al día.

Lo de papá era cierto, pero no era toda la verdad. Aunque, antes permitiría que me marcaran con un hierro candente que confesar que había aparecido en mi vida una chica de la que tenía miedo de enamorarme. Si mis hermanos se enteraban, eran capaces de joderme los planes con tal de que cayese en la misma trampa que ellos. ¿Yo, casado y domesticado como Kaden y Knox? Ni de coña. No tenía nada contra mis cuñadas, a las que quería mucho; pero de ahí a desear formar mi propia familia...

Solo de pensarlo, me sacudía un estremecimiento de pavor y se me ponían los pelos de punta.

No, ni hablar.

—Está bien. Mañana por la mañana me tienes ahí. Ve preparando las maletas, chico, te largas a Nueva York.

En cuanto colgué el teléfono, me dejé caer hacia atrás en el sillón y miré la pila de documentos amontonados sobre la mesa. Suspiré, cansado y estresado. Necesitaba salir de allí, respirar aire fresco, sentirme libre de nuevo. ¿Había sido un error lo del resort? He de admitir que yo no había sido consciente de lo que supondría llevar sobre las espaldas un negocio así, de todas las responsabilidades, dolores de cabeza y problemas que tendría que resolver en un día. Ahora comprendía muchísimo mejor a Kaden, y lo que había supuesto para él tener que hacerse cargo del rancho con solo catorce años.

—No puedo con esto. Hoy, no.

Me sentía atrapado en la vida que yo mismo había elegido, ahogado y desilusionado. De repente, me sentí como si me hubiera puesto un traje demasiado grande y mi propio cuerpo pudiera perderse dentro.

Pero era todo mentira. Lo que me ocurría de verdad era que cada día que pasaba estaba más obsesionado con Carmen y aterrorizado por el futuro. No quería admitirlo, porque eso habría sido como aceptar la derrota, pero ver a mis hermanos contentos con sus vidas, junto a unas mujeres maravillosas que los hacían felices, hacía que me diese cuenta de cuán solo estaba yo; y la aparición de Carmen no hacía más que magnificar esta percepción.

Me descubrí especulando sobre qué clase de vida tendría junto a ella. Habría pasión a raudales, por supuesto. Su carácter latino y la pasión que escondía bajo esa aparente fragilidad que siempre mostraba, lo harían posible. ¿Sería capaz de serle fiel? Sí, estaba convencido de ello. Knox no tenía ninguna dificultad en serlo y, antes de que conociese a Nita, había sido tan calavera como yo. La cuestión no era esa. El verdadero problema era si sería capaz de entregar mi corazón de una forma real y auténtica, sin esconder nada, simplemente esperando que la vida fuese

generosa conmigo y no me arrebatase a la persona amada.

Tal y como le había ocurrido a mi padre.

Crecer en una casa en la que tu padre se pasa la vida deprimido, penando por el amor perdido, no facilita las cosas.

Decidido, me levanté y me fui a mi suite para cambiarme de ropa. Necesitaba cabalgar, sentir el sol y el viento sobre el rostro, volver a saborear lo que es la verdadera libertad para quitarme de la cabeza todas las cavilaciones que solo me estaban amargando el día.

Pronto me iría a Nueva York, y allí conseguiría arrancar a Carmen de mi pensamiento, de una vez por todas.

Pero fue mala idea. Muy mala idea.

Al acercarme a los establos oí voces que procedían de dentro. Al principio no le di más importancia. Siempre había alguien trabajando allí, cuidando de los animales. Pero cuando reconocí la voz de Lonan y la risa de Carmen, la cosa cambió.

Me acerqué intentando no hacer ruido, como un acosador acechando a su víctima. Los celos me corroían y quería saber qué estaban haciendo allí, y de qué estaban hablando.

—Carmen... ¿a ti te gusta el jefe? —le preguntó Lonan.

Me quedé quieto al lado de la puerta, esperando la respuesta. Uno de los caballos resopló y sacudió las crines, sobresaltándome.

—No lo sé... La verdad. Es guapo... y parece encantador, pero seguro que a todas las chicas se lo parece.

—Bueno, es verdad que es guapo y encantador, eso lo pueden asegurar casi todas las mujeres del pueblo con las que ha salido, que son muchas, pero... si me aceptas un consejo: no te encapriches. Es un ligón empedernido y no tiene intención de sentar la cabeza, ni ahora ni nunca.

¿Cómo se atrevía Lonan a hablar así de mí? ¿Qué derecho tenía a ponerla en mi contra de esa manera? Estuve tentado de entrar como un torbellino y echarme encima de él para sacudirle unos cuantos puñetazos. Por suerte, que Carmen le contestara sin dilación me detuvo de cometer un error fatal.

—No te preocupes, soy yo la que no tiene intención de nada. Solo me parece guapo, eso no significa que vaya a enamorarme como una tonta. Ya he tenido suficiente de eso y no voy a caer en la misma trampa.

No oí nada más. Oír a Carmen confesar tan abiertamente que yo le gustaba, sin ningún tipo de rubor, me hizo extrañamente feliz. Que dijera que no tenía intención de enamorarse de mí, consiguió que me preguntara si realmente me consideraba tan mal partido. Pero que tuviera el convencimiento de que el amor era una trampa, una trampa en la que había caído antes y en la que no pensaba volver a caer, hizo que se destapara la caja de las preguntas y la curiosidad se abalanzó sobre mí como un puma rabioso.

¿Qué le había ocurrido en el pasado? ¿Por qué era tan reticente a hablar de él? ¿Qué le había hecho ese hombre para que pensara que el amor era una trampa? ¿La habría tratado mal? ¿Le habría hecho daño? ¿O simplemente le habían roto el corazón? Percibí tanto dolor en su voz que apreté los puños con fuerza porque una rabia inusitada se estaba arremolinando en mi interior, amenazando con explotar. Mi cabeza empezó a especular, y cada escenario que se me presentaba era peor al anterior. Intenté pararlo, detener aquella avalancha de ideas absurdas que habían acelerado mi pulso. Ni siquiera presté atención al resto de la conversación, ni me di cuenta cuando ellos dos salieron del establo y se encontraron conmigo, allí parado como un pasmarote, con cara de cabreado, los puños apretados y ganas de romper cosas.

Estaban dentro hablando y, de repente, estaban ante mí mirándome sorprendidos.

—Buenas tardes —saludé, llevándome los dedos hacia el sombrero Stetson, y caminé con decisión hacia el interior en busca de mi caballo, sintiéndome como un idiota.

Por suerte, ninguno de los dos hizo ademán de seguirme o de querer hablar conmigo y, cuando salí del establo montado a caballo, ya no estaban allí.

Capítulo seis

Al entrar a las clases de defensa personal no pude evitar que mis ojos buscaran a Keitan instintivamente. No le vi, y una sensación desagradable de desilusión se abrió dentro de mí.

«No puedo crearme que esté haciendo esto», pensé enfadada conmigo misma. ¿Qué me importaba si estaba o no? ¿Qué me importaba si estaba molesto? «¿Y por qué iba a estarlo?». No me había quitado aquella idea de la cabeza desde que coincidiéramos la tarde pasada en los establos. El ceño fruncido, la mirada directa y una cierta tensión en la mandíbula me habían hecho pensar que Keitan estaba enfadado. Y yo tenía mucha práctica en reconocer esos estados en un hombre, y también en sentirme culpable por ellos, así que pasé la tarde buscando las razones por las que podría haberle contrariado, al tiempo de que convencía a mi mente de que no había hecho nada en absoluto.

No había hecho nada, así que no tenía nada de lo que preocuparme y tampoco nada por lo que disculparme. Aun así, ansiaba verle, y pensar que tal vez no acudiría a las clases hizo el día un poco gris.

Me metí en el vestidor con las demás chicas, aunque ya llevaba el chándal puesto, me cambiaba los zapatos por unos más adecuados y me recogía el pelo mientras conversábamos de cualquier cosa. No me gustaba desnudarme delante de nadie, no quería que me hicieran preguntas, ni cazar miradas de compasión o cosas parecidas, así que nunca me cambiaba en los vestidores públicos, ni siquiera en los del trabajo. Por suerte, nadie preguntó al respecto, por lo que me sentía libre para arreglarme mientras estaba con las demás.

—Carmen, eres la bomba —exclamó Lydia al entrar, mientras comenzaba a quitarse el jersey dejando sus cosas por el medio—. No solo le rompiste los huevos a Keitan, sino que encima conseguiste una cita con él.

—¿Cómo sabes eso? —pregunté absurdamente sorprendida. Ya sabía la respuesta.

—Todo el pueblo sabe que Keitan es estéril a estas alturas —confirmó Claudia.

—Y además os vi en el Grill —añadió Lydia con una risilla.

—No fue nada —me excusé avergonzada por aquella repentina popularidad—. Quise compensarle por lo que pasó y le invité a una hamburguesa. Como amigos. Nada más.

Las chicas se rieron, aunque un par torcieron la boca con un gesto de escepticismo.

—Bueno, con él siempre es así, nunca va en serio, pero al final siempre lía a las chicas.

—Ese tipo no es buen hombre —dijo la señora Higgs con tono de enfado, agitando su dedo índice en dirección a mí en señal de advertencia—. Es un picaflor, y un borracho. Y un asesino de petunias.

Parecía que todos querían convencerme de lo poco que me convenía Keitan. ¿Realmente era tan malo como le pintaban? Yo había pasado años de mi vida con un hombre malo, un demonio que al principio parecía un ángel, y lo era delante de todo el mundo, salvo conmigo en la intimidad. ¿Sería Keitan lo que parecía? ¿Sería lo que los demás decían de él?

«¿Y qué más me da?», pensé contrariada de nuevo. «No pienso tener nada con él. No pienso siquiera tener una aventura, y mucho menos una relación como para que estas cuestiones me importen».

Solo pensar en una relación con un hombre me llenaba de miedo. Miedo a equivocarme, a verme atrapada de nuevo en un infierno del que no pudiera salir.

El grupo salió al salón, y al ponerme en mi posición entre las compañeras vi a Keitan con Nita. El corazón me dio un salto en el pecho y una sensación inquieta se instaló en mi estómago.

Me puse nerviosa, y cuando sus ojos se toparon con los míos y me dedicó un guiño sentí que las mejillas se me encendían y aparté la mirada, intentando disimular mi agitación.

—Esta vez no hagas el tonto con el suspensor, colócatelo bien —le estaba diciendo Nita con un tono burlón.

—No te preocupes —respondió Keitan, volviendo su atención a la instructora—, he aprendido la lección. Ya sabes lo que dicen: la letra entra a patadas.

—No era así, pero si no quieres que entre con sangre será mejor que eso sea cierto y hayas aprendido.

A pesar de lo que había ocurrido, Keitan parecía seguro de sí mismo. Hablaba con esa voz profunda, y ese tono con el que parecía camelarse a todo aquel con el que conversara. Estaba segura de que podría venderle hielo a un esquimal si se lo proponía, y entendía por qué el hotel estaba funcionando tan bien, si era él quien se dedicaba a buscar a los clientes potenciales.

«Es guapo y tiene carisma», pensé, pero enseguida recordé lo que no dejaban de decirme, «pero también es un mujeriego».

Aparté mis pensamientos de Keitan mientras me centraba en los estiramientos. Cuando Nita empezó a explicarnos las llaves fue más fácil, puse toda mi atención en ella y tuve un relativo éxito ignorando la presencia de Keitan, pero cuando comenzamos con los ejemplos prácticos se hizo imposible.

En especial, cuando me tocó el turno de practicar la llave que Nita nos había enseñado. Mi turno llegó sin incidentes previos. Esta vez ni siquiera la señora Higgs se encarnizó con él, aunque le dedicó un par de insultos creativos al tirarle al suelo.

—No tengas piedad, hoy vengo preparado —me dijo al colocarse ante mí.

Cuando puso las manos en mis brazos sentí el calor de sus dedos incluso a través de las prendas, y su proximidad hizo que su perfume lo envolviera todo. Los nervios esta vez se me acumularon en el estómago, agitándose con un calor agradable y lleno de vida. Saber que estaba bien protegido me ayudó a controlar mejor mi ansiedad y a pesar de todos los estímulos que provenían de él y que hacían que mi piel se erizase, conseguí ejecutar las llaves como era debido. Doblé su muñeca, me agaché, le hice rodar sobre mi espalda, sintiendo durante unos instantes el peso de su cuerpo, y soltándole al notar que caía al suelo. Fingí echar a correr unos metros y regresé jadeando para ayudarle a levantarse.

Keitan me agarró la mano y me dedicó una mirada intensa al ponerse en pie, que por poco no me clavó allí mismo.

—¡Muy bien! —La voz de Nita rompió aquel hechizo y me aparté para que el aire pasara entre los dos, rezando porque nadie se hubiera dado cuenta de lo que había pasado. Tenía la impresión de que habían saltado chispas entre los dos—. Haremos una ronda más. ¡Vamos!

La clase transcurrió sin más incidentes que el terrible caos que se armaba en mi cuerpo cada vez que Keitan me tocaba para fingir una agresión. En los vestuarios pude relajarme mientras hablaba con las demás y me arreglaba un poco el pelo. Tenía ganas de llegar a casa, darme una ducha y calmar mis nervios revolucionados.

Pero al salir, estos enloquecieron más al ver que Keitan me había estado esperando en la puerta de la sala. Estaba allí apoyado, con los brazos cruzados y su sonrisa de vaquero de película capaz de convertir las piernas de cualquier muchacha en chicles temblorosos. Temía que también pudiera tener aquel efecto sobre mí, así que sonreí tratando de disimular mis miedos y me acerqué.

—Parece que hoy ha ido muy bien. Si no hubiera llevado protecciones me habrías machacado como a un insecto —comentó cuando estuve a su altura, apartándose del marco de la puerta con

sus movimientos seguros. Parecía que el mundo le perteneciera, y envidié su confianza en sí mismo.

—Ha estado bien, sí —respondí sin saber qué decir, sintiéndome torpe y tonta.

—Te sigo debiendo una cena, así que he pensado que podríamos repetir hamburguesa en el Grill —dijo con naturalidad.

No pude evitar mirar alrededor con cierto gesto nervioso, temerosa de que alguien pudiera haber escuchado.

—Yo... No sé si...

—Vamos... Van a hablar igual, y si es eso lo que te preocupa ya volveré a pisarle las petunias a la señora Higgs para que al menos tengan algo interesante que contar.

Solté una risa con ese comentario, al comprender por qué la señora Higgs no dejaba de llamarle asesino de petunias.

—¿Eso hiciste? No te lo va a perdonar en su vida. La señora Higgs ama su jardín sobre todas las cosas...

—Tendré que vivir con ello —dijo encogiéndose de hombros—. Entonces, ¿qué me dices?

«¿Qué tiene de malo? Es solo una hamburguesa en el Grill, un lugar familiar. Es como si fuera con Lonan, o con cualquier otra persona».

—Hoy es noche de *Juego de tronos*.

—Oh, venga... Aún me duele tu rodillazo —bromeó chasqueando la lengua—. Eso bien vale otra hamburguesa.

—¿No me la debías tú? —Keitan sonrió de medio lado y abrió las manos, como pidiendo clemencia—. Vale..., de acuerdo. Podemos cenar pronto y luego..., si quieres, puedes venir a ver la serie al Winter.

—Me parece un plan genial —dijo ensanchando la sonrisa. Temí convertirme en un chicle toda yo.

—Acabarás enganchado, como yo.

—Yo me engancho a todo lo bueno —dijo con una sonrisa encantadora y los ojos fijos en los míos.

Sentí de nuevo esa corriente entre los dos, y me aparté para seguir con mi camino.

—Nos vemos en el Grill, entonces —le dije, fingiendo que no había pasado nada.

—Allí estaré.

Noté su mirada clavada en mí mientras salía a la calle, y al sentir el calor subirme desde el estómago empecé a preguntarme si aquello había sido buena idea.

Está claro que soy idiota.

Me lo dicen muchas veces, sobre todo, las chicas con las que salgo un par de veces y a las que jamás vuelvo a llamar. Nunca he hecho caso a esas palabras porque están motivadas por la rabia. Era un ligón empedernido, los compromisos me daban alergias y ellas lo sabían de sobra; pero las había que no renunciaban a probar suerte. Sobre todo, en esa época. Creían que porque mi hermano Knox, que era igual que yo, hubiera caído, yo iba a ser presa fácil. Pero estar equivocadas era su problema, no el mío.

La cuestión era que me había propuesto mantenerme alejado de Carmen, y había cumplido durante toda una semana.

Pero después de encontrármela en el establo junto a Lonan, mi obsesión había aumentado considerablemente y, cuando la tuve delante en el gimnasio y me miró con aquellos ojos brillantes, no pude resistirme y la esperé fuera para invitarla a salir.

No debería haberlo hecho. Había multitud de razones a las que agarrarme para luchar contra mi obcecación, pero seguía soñando con ella cada noche.

Una simple cena en el Grill, me dije, y después un rato en el Winter para tomar un par de cervezas. Quizá bailar un poco después de ver la serie. Simplemente, quería disfrutar de su compañía antes de marcharme a Nueva York por una buena temporada.

No había nada que augurara que sería un desastre de noche.

La cena transcurrió de manera agradable, muy similar a la que habíamos compartido una semana atrás. Sebastian me lanzó su mirada admonitoria; ella se esforzó por mantener la conversación en una zona confortable, evitando cualquier referencia personal; yo le conté algunas de las trastadas que mi hermano Knox y yo habíamos hecho de adolescentes... La hice reír y relajarse, y creo que se sintió bastante cómoda durante todo el rato.

En el Winter fui yo el que se sintió incómodo.

Mi plan era sentarnos a solas en una mesa, pero mientras Carmen me hacía un resumen de los dos episodios anteriores, sentados ante una cerveza, empezaron a llegar lo que parecía que se había convertido en su grupo de amigos. Grupo que, casualidades de la vida, incluía como miembros a mis dos cuñadas, a Hannah y a Brittany.

Fue como estar en mi casa, cosa nada buena para mí. Demasiada confianza y demasiadas miradas interrogativas. Por suerte, no se atrevieron a soltar ninguno de sus comentarios mordaces, ni a hacer preguntas comprometidas, pero estaba seguro de que eso cambiaría en cuanto se quedaran a solas con Carmen. O conmigo.

Podía imaginarme la escena con todo lujo de detalles y me dieron ganas de salir corriendo.

A veces, estaba seguro de que estas cuatro féminas se habían erigido en el comité de bienvenida de cualquier mujer que llegara sola al pueblo. Siempre acababan acogiendo bajo su ala a las chicas vulnerables para protegerlas. Hannah y Britt lo habían hecho con Clara. Después, las tres con Elsa y con Nita —aunque esta última de vulnerable jamás ha tenido ni un ápice—. Y, ahora, parecía que dedicaban todo su esfuerzo en rondar a Carmen continuamente.

—Vaya, Keitan, no sabía que estabas interesado en las historias de Poniente —me dijo Nita, sarcástica, mientras se sentaba.

—Hay muchas cosas que todavía no sabes de mí —le contesté.

Clara no dijo nada, solo me miró con esos ojos suyos que parecían leer la mente y arrugó el entrecejo.

—¿Mac va a venir? —Me dirigí a Hannah para cambiar de conversación.

—Sí, por fin he conseguido convencerlo de que viniera.

Hablamos un rato mientras esperábamos a que Belle diera paso a los episodios. La conversación derivó hacia el próximo nacimiento del hijo de Hannah, al que ya le quedaba poco para llegar, y al histerismo que se había apoderado de Mac, que rondaba constantemente a su mujer agobiándola con atenciones.

—Kaden hacía lo mismo cuando yo estaba embarazada —exclamó riéndose Clara—. Tuve que amenazarlo con marcharme para que me dejara respirar.

—Qué cruel eres. ¿Dónde está el pequeño Angus?

—Con su padre, por supuesto.

Miré hacia Carmen. No participaba de la conversación. Tenía la vista fija en su jarra de cerveza y la vi soltar un suspiro. ¿En qué estaría pensando? Me hubiera gustado estar a solas con ella para poder preguntárselo, pero con toda la maraña de gente que nos rodeaba, gente que yo conocía muy bien y con la que debía tener cuidado para que no se empeñaran en entrometerse en mi vida, decidí no hacerlo.

En un momento determinado, cuando el episodio ya estaba en marcha, me levanté para ir hasta la barra a buscarme otra cerveza. Nita vino tras de mí y me preguntó que qué pretendía con Carmen.

—¿Acaso eres su guardiana? —le contesté, molesto.

—Algo así, además de una buena amiga. No quiero que le hagas daño.

—Todo el mundo cree que Carmen es de cristal —rezongué, cogiendo la jarra y girándome para volver a la mesa—. No pienso romperla, ¿vale? Solo somos amigos.

—Eso espero, porque si me entero de que te la has follado para dejarla tirada después, te voy a romper los huevos. Pero esta vez, de verdad.

—Joder, Nita, déjame en paz.

Aquella conversación me agrió la noche. Vimos la serie, comentamos las escenas, disfrutamos de la diversión, pero sentía sobre mí la perpetua mirada de Nita, como un águila que sobrevuela el cielo observando a su presa, esperando el momento adecuado para caer sobre ella.

Y, por si eso no fuera poco, ver a Lonan sentado al otro lado de Carmen, hablando en susurros más veces de las que podía soportar mi cordura, oírla reírse con sus comentarios, y ser testigo de la confianza que se tenían, logró ponerme de más mal humor todavía.

Sí, ir allí había sido una muy mala idea

¿Por qué demonios me había dejado llevar por el impulso? ¿Por qué me había quedado esperándola? ¿Y por qué, joder, por qué había accedido a acompañarla al Winter?

No presté demasiada atención a la serie. Aquellas dos horas las pasé observándola a ella, comiéndome la cabeza con mis tonterías, y disfrutando de su presencia allí.

A pesar del olor a cerveza y a humanidad que se había ido acumulando con la multitud allí congregada, su aroma a colonia fresca llegaba hasta mí. Más de una vez tuve la tentación de cerrar los ojos y acercar la nariz a su pelo para impregnarme con aquella fragancia.

Cuando los dos episodios del día acabaron, las chicas empezaron a despedirse. Mac, que había llegado a media sesión, se llevó a Hannah de allí casi en volandas. Clara y Britt se marcharon al baño entre risas. Lonan se levantó para ir a la barra, y lo observé acercarse a Belle.

La música empezó a sonar cuando Carmen y yo nos quedamos a solas en la mesa.

—¿Has venido alguna vez un fin de semana? Siempre hay música en directo —le pregunté.

—No, a esas alturas de la semana suelo estar demasiado cansada y el finde hay siempre mucho trabajo.

—Si quieres, te cambio los turnos y hago que libres —bromeé.

Ella no se lo tomó bien. La sonrisa que había mostrado durante toda la velada, desapareció y me miró muy seria.

—No. No voy a aprovecharme de nuestra amistad para obtener un trato de favor.

—Solo era una broma —le quité hierro al asunto mostrándole mi sonrisa más encantadora, pero su respuesta me gustó y me pilló desprevenido.

Se había ofendido por mi propuesta, aunque fuese medio en broma, y eso me demostraba lo que yo ya sabía: que Carmen era una mujer honesta en la que se podía confiar. Cualquiera otra persona, en su lugar, habría aprovechado mi ofrecimiento sin pensárselo dos veces. Pero ella se había ofendido.

—Pues no bromees sobre estas cosas, por favor. Me hacen sentir incómoda.

—No volveré a hacerlo —le prometí, poniendo voz cavernosa y la mano sobre el corazón en un gesto un tanto exagerado—, te lo juro.

Ella se rio con mi pantomima absurda y mi corazón se ensanchó al oír su risa. Abrí la boca para invitarla a bailar cuando Lonan apareció de nuevo y se me adelantó. La cogió de la mano y,

sin decir nada, se fueron a la pista de baile al mismo tiempo que Clara regresaba y se sentaba ante mí.

Mi rostro debió ser demasiado expresivo, porque se echó a reír, mirándome.

—Vaya, vaya. ¿Qué está pasando aquí? —me preguntó, apoyando su bastón en la mesa.

—¿Qué pasa de qué? —contesté, enfurruñado.

—Esa cara de malas pulgas. Si las miradas matasen, el pobre Lonan estaría muerto.

—No sé de qué me hablas.

Si Clara llegaba a tener alguna sospecha de mi interés por Carmen se pondría en modo casamentera y estaría jodido.

—Disimula todo lo que quieras, pero tu cara lo dice todo. Carmen te interesa, y no de la manera en que te suelen interesar las mujeres. Nunca te había visto así.

—Clara, déjate de tonterías. ¿No deberías volver a casa ya? Tienes un hijo que te está esperando.

—Voy a obviar el comentario machista porque sé que lo has hecho para enfadarme. Además, sabes que Kaden es perfectamente capaz de atender a nuestro hijo; no como tú, que cuando ves un pañal te pones histérico. Nunca había visto a nadie hacer tantas muecas como cuando te pedí que lo cambiaras —se burló, riéndose.

—Eso, ríete de mí —gruñí, removiéndome en la silla, molesto.

—Bueno, para algo ha de servir tener familia, ¿no?

Volvió a reírse y yo me sentí enternecido. Clara había estado sola en el mundo. Creció yendo de casa de acogida en casa de acogida, sin que cuajara en familia alguna a consecuencia de sus problemas de salud. Las familias se la quitaban de encima en cuanto eran conscientes de lo que supondría hacerse cargo de una niña como ella. Pero eso no había conseguido que se convirtiera en una mujer amargada, al contrario: cuando la conocimos, hacía unos años ya, era una mujer alegre que no dejaba que su minusvalía la definiera. Ni siquiera le impidió ser madre a pesar del peligro que eso conllevaba. Su sensatez, su buen juicio y su forma de ver la vida, consiguieron que las piezas desencajadas que eran nuestra familia, se ensamblaran adecuadamente. Si no hubiera aparecido en nuestras vidas, Knox y yo todavía estaríamos enfadados con Kaden y jamás habríamos llegado a poner en marcha el resort.

—Sabes que te quiero, ¿verdad?

Lo dije sin pensar. Se me escapó sin darme cuenta, en un momento de debilidad emocional. Joder, hasta sentí en los ojos la picazón de las lágrimas agradecidas por su existencia.

—Lo sé. Y yo a ti, hermanito. Aunque me haría mucho más feliz si te permitieras quererte a ti mismo. Me preocupas, ¿sabes? Desde que murió papá, no eres el mismo. Tus ojos están demasiado tristes y opacos. ¿Qué te ocurre realmente?

—¿A mí? Nada en absoluto. —Esbocé mi sonrisa más carismática e hice un gesto con la mano para quitarle importancia a su preocupación—. Estás viendo fantasmas. Soy el mismo de siempre.

—Te emborrachaste y estrellaste el coche. Podrías haberte matado. Tus hermanos no te han dicho nada porque no quieren presionarte, pero también están preocupados por ti. Nunca habías sido tan inconsciente, Keitan. La muerte de Angus te ha afectado mucho más de lo que quieres admitir.

¿Qué podía decirle? ¿Que desde que papá murió me había dado cuenta de lo terriblemente solo que me encontraba? ¿De lo solo que creía que iba a estar durante toda mi vida porque era incapaz de entregar mi corazón? ¿Y que la aparición de Carmen había supuesto un terremoto en mi vida, porque lo había hecho en el peor momento? ¿Que era un maldito cobarde, que deseaba ardientemente enamorarse, pero que estaba aterrorizado de hacerlo? ¿Que odiaba profundamente

sentirme tan vulnerable y perdido?

«Ojalá tuviese la valentía que tuvieron mis hermanos cuando conocieron a las que ahora son sus esposas», pensé. Cuando se dieron cuenta de lo que sentían, dejaron los miedos a un lado y lucharon por ellas.

Miré hacia Carmen. Seguía bailando con Lonan, riéndose y hablando con él. Parecía feliz, y eso me hizo sentir bien y mal al mismo tiempo. Porque deseaba ser yo el que estuviera allí con ella, quería ser yo quien la hiciera reír. Quería tener el valor suficiente para amarla, pero aunque el deseo era poderoso, no lo era lo suficiente.

—Voy a por otra cerveza. ¿Quieres algo?

—No, me voy ya. —Me levanté de la mesa, pero antes de alejarme, Clara siguió hablando—. Sabes que estoy ahí para ti si me necesitas, ¿verdad? Siempre estaré ahí.

—Lo sé.

No pude decir nada más. Me picaban los ojos y me sentía mal. Me fui hacia la barra, abriéndome paso a codazos, y le pedí una cerveza a Belle. Estaba allí bebiéndomela cuando Carmen se acercó. Había terminado de bailar y había gotitas de sudor en su frente. Quise lamérselas.

Dios, tenía que quitármela de la cabeza. Echar un polvo con ella y hacer que estos sentimientos que casi no lograba ahogar, desaparecieran.

—¿Qué haces aquí, apartado y solo, con esa mirada tan taciturna?

—Estaba esperándote, rezando para llamar tu atención. ¿Ha funcionado?

No esperé contestación. Dejé la jarra sobre la barra y aproveché que estaba empezando a sonar una canción lenta para llevármela a la pista de baile. La envolví con mis brazos y empezamos a bailar.

No estaba preparado para aquello. No lo estaba en absoluto. ¿Cómo podía imaginarme que sentir el calor de su cuerpo contra el mío me provocaría una oleada de sensaciones interminables? ¿Cómo podía prepararme para el acelerado latir de mi pulso, o para el anhelo que creció en mi alma? Intentó mantener las distancias apoyando sus pequeñas palmas sobre mi pecho, y me miró sorprendida al notar bajo ellas el repicar atolondrado de mi corazón.

—¿Estás bien? —me preguntó, y el cálido aliento me hizo cosquillas.

—Perfectamente —contesté susurrando.

Nos movimos con lentitud. Mis manos en su deliciosa cintura, y las suyas sobre mi cuerpo. Quise acercarla más a mí porque necesitaba su contacto, pero me reprimí. Con Carmen tenía que ir con cuidado, aunque no sabía bien por qué. Por momentos, parecía feliz y a gusto, y de repente, cuando mi mano se movía siguiendo la curva de su espalda, se ponía rígida e incómoda.

—No muerdo, ¿sabes? —intenté bromear, mostrándole una sonrisa indolente—. Puedes relajarte, entre mis brazos estás segura.

No contestó, pero debió creerme porque suspiró y apoyó la cabeza en mi hombro, permitiéndome por fin sentir sobre mi piel las deliciosas curvas de su cuerpo.

Carmen no vestía provocadora. Llevaba un sencillo pantalón vaquero y un jersey de cuello redondo que no dejaba entrever ni la más mínima porción de piel. Así y todo, reaccioné a su contacto como si estuviera desnuda entre mis brazos y una poderosa e inconveniente erección se instaló entre mis piernas.

Estoy seguro de que ella la notó, porque se apartó de mí rápidamente y, llevándose la mano al rostro para retirar un mechón de pelo de la cara, susurró que ya era muy tarde y debía marcharse.

—Te acompaño —le dije.

—No es necesario.

Estaba claro que íbamos a repetir la discusión de la semana anterior.

—Carmen, por favor. Por mi propia salud mental, deja que te acompañe.

Suspiró y se encogió de hombros.

—Está bien —aceptó, nerviosa.

Su casa apenas estaba a diez minutos del Winter, desventajas de vivir en un pueblo pequeño. Nos mantuvimos en silencio, incómodos, buscando algo de qué hablar, pero sin saber sobre qué hacerlo. Yo me moría, literalmente, por cogerla de la mano y sentir su palma contra la mía. Qué estupidez. No me había sentido así desde que tenía quince años y Michelle Compton me miró, mostrándome un largo y sensual parpadeo.

Me metí las manos en los bolsillos de la cazadora y murmuré algo sobre el tiempo.

—Sí, está haciendo unos días muy soleados —contestó.

¿Qué demonios me estaba pasando? Estaba a punto de cumplir treinta años y me sentía como un estúpido adolescente, lleno de inseguridades y miedos. «Fóllatela de una puta vez o acabarás tonto perdido», me dije.

Cuando llegamos ante la puerta de su casa, ella me miró y me sonrió. Vi el cielo en aquella sonrisa, como si hubiera estado viviendo bajo una eterna tormenta y, de repente, saliera el sol. Me miró con sus ojos brillantes y me dio las buenas noches.

No pude resistirme. Cuando, en lugar de girarse para abrir la puerta, se quedó quieta, con la mirada fija en mis labios...

La besé.

Fue un impulso irracional. No actué como de costumbre, de una forma controlada y fría. No fue un acto medido destinado a seducirla para que se entregara a mí. Fue algo totalmente espontáneo y apasionado. Debía besarla. Debía hacerlo porque, si no, me moriría.

Al principio, ella se entregó al beso con pasión. Me rodeó el cuello con los brazos y permitió que mi lengua penetrara en su boca. Saboreé cada embestida y nuestras salivas se mezclaron en un acto impúdico y vehemente. Mis manos, temblando y nerviosas, se deslizaron por su espalda hasta posarse sobre aquellos magníficos glúteos y la empujé contra mi dura erección, que no había disminuido en aquellos minutos previos.

Fue entonces cuando la magia se rompió.

Carmen empezó a empujarme, apartando la boca de la mía, farfullando incoherencias, nerviosa y alterada.

—No, no, basta. Esto ha sido un error. No quiero, no quiero...

Me aparté de ella, algo asustado por su reacción. ¿Qué había pasado? Hacía solo un segundo estaba disfrutando del beso tanto como yo, y ahora me miraba como si hubiese cometido un asesinato.

Me aparté de ella, confuso y dolido. No dije nada. Solo permití que entrara en su casa, cerrando la puerta tras de sí, dejándome fuera más solo y perdido que nunca.

«¿Quién ha besado a quién?», me pregunté, agitada, después de cerrar la puerta de un portazo, dejando a Keitan atrás.

Podía sentir la sangre en mis venas, el latido de mi corazón, que repiqueteaba enloquecido en mis oídos, como si hubiera participado en una carrera o hubiera estado huyendo de un león. Me sentía febril, y en mis labios aún notaba el sabor de la boca de Keitan, su saliva seguía impregnando mi lengua. Me lamí los labios, cerrando los ojos y apoyando la espalda y la cabeza contra la puerta mientras intentaba respirar de forma normal.

Su saliva era amarga como la cerveza, dulce como el regaliz, y el solo contacto de su lengua

había conseguido que todo mi cuerpo despertase como no lo había hecho en años. Me sentí resucitar, el hormigueo en mi estómago se intensificó, y bajó hasta convertirse en una sensación líquida entre mis piernas.

Me había excitado. Muchísimo. Mucho más que durante el baile, donde el calor de su cuerpo me hizo reprimir las ganas de besarle delante de todo el mundo.

«Estás loca. No puedes hacer eso. No puedes hacer esto».

Las reacciones tan intensas de mi propio cuerpo me habían asustado. Me aterraban. Temía cegarme de nuevo, llevada por la locura del enamoramiento, arrastrada por las pasiones que despertaba.

«Esto es una trampa para mí. Es una trampa, y si caigo en ella no volveré a salir jamás», pensé aterrada.

Solo había sido un beso, sí. No debí darle más importancia, pero juro que sentí que el mundo se estremecía a mis pies cuando sus manos me tocaron. Juro que me sentí resucitar, que la euforia me hizo pensar en arrastrarle hasta mi casa y abandonarme a lo que tuviera que pasar entre nosotros.

Hacía mucho tiempo que no deseaba a un hombre como le había deseado a él en ese momento. Y el último hombre al que había deseado había resultado ser un monstruo sin compasión.

Keitan no parecía un monstruo, pero yo no estaba preparada para sentir algo así. Para tener nada con él, ni siquiera algo sin importancia como un polvo de una noche. Sabía que podría destrozarme, que si me enamoraba acabaría otra vez en el agujero oscuro del que hacía poco había comenzado a salir.

«No. Ha sido un error. Y es mi jefe».

Había comenzado a encarrilar mi vida. Mi trabajo era importante, debía mantenerlo, y debía ser un entorno sano. No podía permitirme poner en riesgo eso teniendo nada con mi jefe, y menos con alguien cuya fama de mujeriego le precedía. Me estaba costando mucho curarme las heridas, superar mis miedos... y tenía que centrarme en ello, en mi sanación, en convertirme en una mujer independiente y valiente.

Temía sentir todo aquello por la necesidad que había tenido toda mi vida de llenar un vacío. Ese hueco frío y oscuro que había dejado la traición de un padre, la ausencia obligada de una madre, el no encajar en mi familia.

Ese había sido mi gran problema, siempre: mi soledad, y la terrible necesidad por escapar de ella.

«Pero ya no estás sola. Aquí no. Tienes amigos que te quieren. Tienes a Lonan, a Nita... Todo este pueblo te ha recibido con los brazos abiertos. Es tu lugar».

Pensar eso me ayudó a calmarme. Me pasé las manos por el rostro y respiré profundamente, con la sensación de que acababa de sufrir un ataque de pánico. Al menos pude apartarme de la puerta, ir al baño y comenzar a desmaquillarme.

Tenía los ojos manchados por el rímel corrido. Me había puesto a llorar sin darme cuenta, y en ese instante eché mucho de menos a mi madre. Deseé que estuviera conmigo, deseé poder llamarla y decirle que estaba bien, que había encontrado un lugar maravilloso, pero que tenía miedo, que papá y Armando habían conseguido que los hombres me aterraran.

¿Cuál sería su respuesta?

Pude oírla en mi mente: «Cuídate, hija. Cuida tus sentimientos y no te dejes cegar por ellos. Primero cúrate, y lo bueno llegará cuando hayas sanado».

Suspiré, y me miré fijamente en el espejo.

—No volverá a ocurrir... Tengo que centrarme en construir mi vida —dije con decisión,

limpiándome los últimos restos de maquillaje.

Capítulo siete

Pasé una noche terrible, mirando al techo sin ser capaz de dormir. Mi cabeza no dejaba de mostrarme el rostro crispado por el miedo de Carmen, apartándose de mí, empujándome con sus pequeñas manos para que me alejara, y sus balbuceos incoherentes, repletos de angustia, como si yo acabase de cometer un crimen terrible.

Y ni siquiera estaba seguro de haber sido yo quien diera el primer paso.

¿Lo fui? ¿Me equivoqué al interpretar su mirada? ¿Me obcequé en mis propios deseos y no quise ver más allá? Podía ser. Pero estaba casi seguro de que no había sido así. Ella se quedó mirando mis labios con fijeza, y su respiración se alteró. Alzó los ojos hasta los míos y... nos estrellamos el uno contra el otro. Esa era la definición exacta: nos estrellamos. Porque así como yo me abalancé sobre aquella boca que me sorprendió por su tibieza y su dulzura, ella me rodeó con los brazos impulsándome a pegarme más a su cuerpo, y su lengua... ¡Oh, su deliciosa y traviesa lengua! Exploró mi boca sin ningún tipo de decoro, entregándose al beso con una pasión y un fuego que yo ya había adivinado anteriormente, pero que hasta aquel momento no se había hecho presente.

Por eso no entendía por qué había acabado empujándome para que me apartara de ella, con el rostro crispado en una mueca aterrorizada.

¿Qué secretos escondía tras aquella reacción? ¿Qué era lo que la había motivado? Quizá mi estúpida fama de mujeriego. ¿O era simplemente el hecho de ser su jefe?

No quise darle más vueltas, pero no pude evitarlo. No era la primera vez que me rechazaban y nunca antes me había sentido así de dolido. Cuando una mujer no quería tener algo conmigo, me encogía de hombros y dirigía mis esfuerzos hacia otra. Si lo único que quería era echar un polvo, mi reacción usual hubiera sido volver al Winter, con la seguridad de que alguna estaría dispuesta a pasar una noche de pasión conmigo. Pero en lugar de eso me había ido a mi suite para autocondemnarme como si lo ocurrido fuese una catástrofe que iniciaba el fin del mundo.

¿Por qué?

Porque, por primera vez en mi existencia, no había sido un simple beso. Porque la vida había corrido por mis venas con una intensidad que nunca antes había sentido. Porque todo se magnificó ante mí: el calor de su piel, la humedad de su boca, el latido de su corazón, el aliento sobre mi piel, sus manos enterrándose en mi pelo... Todo había sido... nuevo. Sí, esa era la palabra: nuevo. Como si nunca antes hubiese besado a una mujer.

¿Qué locura era esta?

Me pasé toda la mañana en el despacho, mirando los papeles ante mí como si no existiesen, ausente de mis obligaciones. Ni siquiera me había pasado por el despacho de Knox para saludarle y bromear con él por su vuelta al trabajo. Había entrado como un muerto viviente y me había encerrado allí para dedicarme a pensar en Carmen y en el beso, hundiéndome en la mierda cada vez un poco más.

Por suerte, una llamada telefónica vino a rescatarme. La voz de Colin Pemberton me sacó de mi ensimismamiento y me devolvió a la realidad.

—Eh, tío, ¿qué tal va todo por el salvaje oeste? —bromeó, con su voz lánguida de ricachón aburrido.

—Hasta los huevos —le contesté, dejándome caer hacia atrás en mi sillón.

Colin era un buen amigo. Knox y yo le conocimos en nuestra época universitaria. Al principio no comprendíamos qué hacía alguien como él en una universidad pública de Montana, hasta que un

día nos contó, entre risas de borracho, que había decidido demostrarle a su padre que el dinero no lo puede comprar todo y se dedicó a hacer que lo echaran sistemáticamente, a base de trastadas a cuál más grave, de todas las universidades privadas a las que su padre lo enviaba, previo pago en forma de donación, por supuesto. Al final, su fama lo precedió y ninguna más quiso admitirlo, viéndose obligado a ir a una pública.

Al todo poderoso señor Pemberton todavía le duraba el cabreo por aquello, aunque habían pasado varios años.

—Deberías venirte a Nueva York. Hay programados varios eventos en los que te interesaría estar presente para promocionar el resort, y estarán llenos de tías buenas, de esas que tanto nos gustan a nosotros. —Dejó ir una risa suave—. ¿Sabes quién me preguntó por ti? Doris Femworth. Creo que está más que arrepentida de haberte dejado escapar la última vez.

—No sé, hay mucho trabajo atrasado aquí. Knox se ha tomado unas vacaciones que han durado varias semanas, y acaba de reincorporarse. No quiero...

—Déjate de tonterías —bufó, cortándome la frase—. Knox lo pondrá todo al día en un santiamén, es feliz entre papeleo. Además, me siento solo y muy aburrido. ¡Tienes que venir a rescatarme de mi tediosa vida! Contigo todo es mucho más divertido.

—Así que me echas de menos. ¿No será que estás enamorado en secreto de mí?

Aquella era una vieja broma que siempre nos hacíamos. Durante un tiempo corrieron rumores de que éramos amantes en secreto y que montábamos orgías en las que no importaba con quién follases, siempre que follases. No eran ciertos. Sí fue verdad que alguna vez compartimos amante, pero durante aquellas sesiones de sexo salvaje mantuvimos las manos y las pollas bien alejadas de todo lo que no fuese femenino.

—Muy enamorado. —Suspiró con una teatralidad que me hizo soltar una carcajada.

—Bueno, entonces tendré que hacer algo al respecto. —Tomé la decisión al instante. Necesitaba alejarme de Cascade, del resort y, sobre todo, de Carmen. Necesitaba tiempo para poner en orden mi cabeza y mi corazón y, ¿qué mejor manera que poner miles de kilómetros de distancia?—. Hablaré con Knox y, si él no tiene inconveniente, me iré para allá mañana como muy tarde.

—¡Ah, perfecto! —exclamó. Me lo imaginaba dando palmas de forma muy afectada y no pude evitar sonreír—. ¡Vamos a pasarlo en grande!

Me levanté en cuanto terminamos la conversación y me fui al despacho de Knox. Entré sin llamar y tuve que ahogar una carcajada cuando lo pillé teniendo una conversación privada con Nita, su mujer. Estaba explicándole algo referente a lo que le haría aquella noche y dejó la frase a la mitad para dirigirme una mirada con la que pretendió asesinar-me. O algo así.

—El incordio de Keitan acaba de entrar. Sin llamar, como es habitual en él —le dijo. Permaneció unos segundos en silencio, escuchando, sin dejar de mirarme con el ceño fundido—. Dice Nita que podrías irte un rato al diablo. Y yo estoy de acuerdo con ella —añadió con un gruñido.

—Es muy divertido pillarte diciéndole cariñitos a Nita —me defendí, justificando mi mala educación—. No voy a privarme de este pequeño placer por mucho que te cabrees.

—Supongo que es el precio a pagar por tener un hermano idiota. ¿Qué es lo que quieres? Porque habrás venido para algo más que para joderme.

—Sí. —Entré y me senté en el filo de la mesa, a su lado—. Acabo de hablar con Colin y he decidido que, si no te importa, me iré una temporada a Nueva York. Van a celebrarse algunos eventos a los que sería interesante asistir.

—Cariño, después te llamo —dijo al teléfono y colgó para prestarme toda su atención—. Creo

que es buena idea, así te aireas un poco, que últimamente me han dicho que estás bastante raro.

—¿Raro? ¿Yo?

—Sí, tú. ¿Tendrá que ver con la chica con la que te vieron bailar anoche?

—¿Es que todo el puto pueblo está pendiente de mí y de lo que hago? —rezongué, levantándome para ir hasta el ventanal que había detrás de Knox—. No tiene nada que ver con ella, sino con el trabajo.

—Ya, trabajo. —Knox soltó una risa entre dientes—. Ahora a ir de fiesta en fiesta junto a Colin Pemberton se le llama trabajo.

Me giré, algo ofendido por su insinuación. Vale, cuando iba a Nueva York no perdía nunca la oportunidad de divertirme, pero no hacía eso solo.

—¿Acaso no tenemos una buena cartera de clientes ricos que vienen a dejarse el dinero aquí? ¿Acaso no he conseguido que las mejores agencias de viajes nos recomienden a sus clientes?

—Vale, vale; tienes razón. Estás haciendo un trabajo magnífico, no puedo negarlo. Pero hay algo más, estoy seguro. ¿Qué es?

—No sé, tío. Lo de papá... me ha dejado muy tocado y necesito poner tierra de por medio una temporada.

Knox cabeceó, comprendiéndome. Lo malo de nuestra familia era que no solíamos expresar demasiado bien nuestros sentimientos. Nos costaba aceptarlos, y mucho más compartirlos. Pero él comprendió.

—Yo me siento igual —susurró—, pero tengo la suerte de tener a Nita a mi lado que hace que todo sea más llevadero. —Él tenía a Nita, sí, pero yo no tenía a nadie, estoy seguro de que eso era lo que quería decir realmente—. Está bien, yo me encargaré de todo aquí, no te preocupes por eso. Vete cuando quieras.

Salí de allí más decidido que nunca y le dije a la secretaria que me buscara un billete a Nueva York en el primer avión que saliera.

No volví a mi despacho. Subí directamente a mi suite a hacer las maletas, cabreado conmigo mismo, con la sensación de estar huyendo. ¿Por qué? Yo nunca antes había salido huyendo, y no entendía aquella necesidad de alejarme de Carmen que casi me asfixiaba. Pero tenía que hacerlo para poder pensar y olvidarla.

No habían pasado quince minutos cuando la secretaria me llamó por teléfono para decirme que mi vuelo salía en tres horas, que tenía el billete y toda la información en mi mail.

Ya estaba hecho, me iba, y no importaba el motivo real, daba igual si lo hacía por huir de Carmen o por alejarme de la tristeza que me suponía pensar en mi padre. En Nueva York podría pensar en todo con la distancia suficiente para ser menos emocional y más pragmático, y tendría la oportunidad de quitarme de encima esa obsesión que me estaba amargando la vida. Allí había multitud de bomboncitos ávidos de sexo conmigo que me ayudarían, y con Colin la vida era una constante fiesta.

Sí, estaba seguro de que allí la olvidaría.

Pero no se puede huir de los problemas, porque estos siempre te siguen a donde quiera que vayas. Una pena que no cayera en este pequeño detalle antes de cerrar la maleta y marcharme de Cascade.

Con el tiempo los días libres habían dejado de ser un suplicio. Apenas un año atrás me habría quedado en casa con las ventanas cerradas, las cortinas echadas y viendo la televisión, esperando que el día pasara para seguir centrándome en mi trabajo. Tener tiempo libre era sinónimo de ansiedad, de pensar demasiado en mi situación y de alimentar los miedos que dominaban mi vida.

Pero en Cascade, como tantas otras cosas, aquello también estaba cambiando.

Nada más levantarme ponía la cafetera al fuego y esperaba a escuchar el borbotear del café recién hecho mientras abría las ventanas y dejaba al sol entrar a raudales en la cocina. Me tomaba mi tiempo para despertar y disfrutaba de unos instantes de silencio antes de encender la radio y poner algo de orden en casa. Aquel lugar, después de tanto tiempo sin sentir nada parecido, comenzaba a parecerme un hogar, el refugio seguro al que regresar después de cada día, donde nada podía amenazarme ni hacerme daño.

Me sentía segura allí, pero aquella mañana de marzo mi mente bullía, aunque mis pensamientos estaban muy alejados del habitual temor a ser encontrada por mi exnovio o a ser espiada. Era Keitan quien los invadía. Aquel beso que había decidido olvidar se reproducía una y otra vez en mi cabeza, despertando escalofríos en mi piel y una sensación ansiosa en el estómago. Por suerte, en los cuatro días que habían pasado desde aquello, no le había visto el pelo.

«Es mejor así», pensé, tratando de ignorar las tremendas ganas de verle que tenía.

Aquella mañana estaba poniendo la cafetera en el fuego cuando sonó el timbre. El sobresalto inicial dio paso a la curiosidad, en lugar de al miedo que el sonido del timbre solía provocarme, y fui a abrir la puerta sin pensármelo demasiado.

—¡Buenos días! —Era Nita. Entró y me dio un abrazo que correspondí con alegría—. Disculpa que no te avisara, últimamente voy fatal de tiempo.

—No importa, tú siempre eres bienvenida —respondí con sinceridad mientras cerraba la puerta—. ¿Quieres café? Está recién hecho.

—Nunca diría que no a uno de tus cafés. Eso sí es revitalizante y no el caldo que sirven en el Grill.

—Siempre me ha gustado el café fuerte —comenté mientras entrábamos en la cocina. Nita se sentó en la mesa y serví las tazas, retirando la cafetera del fuego. El olor del café inundaba ya la casa, reconfortante y acogedor.

—Y, bueno, hace tiempo que no hablamos... ¿Cómo estás? ¿Cómo te va?

Nita solía venir a visitarme. Ella se había encargado de que mi llegada a Cascade fuera posible, buscó una casa para mí y me recibió haciéndome sentir acogida y segura en un lugar nuevo para mí.

—Cada vez estoy mejor aquí —respondí al sentarme junto a ella en la mesa—. Todo el mundo es muy amable y me han aceptado con los brazos abiertos. He hecho muy buenas migas con Britt, Hannah y Clara, y siento que encajo muy bien entre ellas, te agradezco muchísimo que me las presentaras.

—Son buenas chicas, ¿verdad? Sabía que os llevaríais bien. No tienes nada que agradecerme, todo esto es fruto de tu esfuerzo, en realidad.

Sonreí agradecida, pero no lo creía. Sin Nita, sin tanta gente buena que me había ayudado a salir del pozo donde me encontraba, no habría podido llegar tan lejos. Ni siquiera habría encontrado la valentía para salir. Pero no dije nada.

—Sí, son muy buena gente.

—¿Y el trabajo? ¿Estás a gusto en el hotel?

—No podría estar mejor. Me gusta el trabajo, aunque sea duro, me ayuda a centrarme y sé que lo hago bien. Y mis compañeros son muy agradables, la verdad. Sobre todo Lonan, hablo mucho con él, y me ha ayudado desde el principio a adaptarme.

—Me alegro de escuchar eso. Es importante que hagas buenas amistades y que te adaptes al pueblo, y es una muy buena señal.

Y era cierto. No había podido adaptarme en ningún otro lugar, pero Cascade era un lugar

tranquilo, sus gentes eran amables y se apoyaban entre sí y me habían aceptado como uno más. Ni siquiera pensaba ya en la posibilidad de tener que irme.

—¿Y tú? ¿Cómo estás tú? Siempre hablamos de mí y nunca te pregunto...

—Mi trabajo es preocuparme por ti, Carmen.

—Ya..., pero también somos amigas, y me interesa saber cómo estás —respondí con cierto pudor, pero Nita sonrió y supe que también me consideraba una amiga.

—Bueno, la verdad es que estoy algo triste desde que Knox ha vuelto al trabajo. Como Keitan se ha ido a Nueva York, hace un par de días que casi no nos vemos.

«¿Se ha ido a Nueva York?». Un montón de preguntas acudieron a mi mente, pero mantuve la boca cerrada. No quería que Nita se diera cuenta de mi interés por él. «Por eso hace días que no le veo. Se ha ido. ¿Por qué se ha ido? ¿Por qué no me ha dicho nada? ¿Y por qué tendría que decirme nada? Le rechacé de una forma muy desagradable... es normal que no quiera saber nada de mí ahora. Y es lo mejor».

No hice ninguna pregunta, pero Nita se me quedó mirando al permanecer tan callada. Intenté disimular tomando un sorbo de café, e iba a abrir la boca para hacerle alguna otra pregunta cuando ella comenzó a hablar.

—Mira, yo quiero mucho a mi cuñado... —«Mierda, se ha dado cuenta. ¿Tan evidente es? ¿Tan transparente soy?»—, y no debería decirte esto; pero ten cuidado. Es muy buen tío, pero con las mujeres no lo es y acabará rompiéndote el corazón.

Suspiré. Nita no solo era observadora, era inteligente, y sabía sumar uno más uno. Nos había visto en el Winter, y además yo era incapaz de disimular cuando algo me afectaba. Y que solo nombrase a Keitan me había afectado.

—La otra noche... después de estar en el Winter, me acompañó a casa. Acabamos besándonos y le rechacé de malos modos —confesé—. Y ahora estoy hecha un lío. Todos me advertís sobre Keitan, y yo os escucho, no sé si solo me gusta o si estoy empezando a sentir algo más, y eso me da mucho miedo, por lo que decís de él y por...

—Por lo que has tenido que pasar —completó ella. Yo asentí y la miré agradecida por su comprensión—. Es normal que tengas miedo de este tipo de situaciones, aún estás superando lo que tuviste que vivir, y vas a necesitar tiempo para curar las heridas. En cuanto a Keitan, no tienes que preocuparte por haberle rechazado, él tiene que aceptar tu decisión. Y ha sido acertada... Ahora mismo es quien menos te conviene. Es un hombre complicado y tú necesitas a alguien que te aporte seguridad.

—Sí..., tienes toda la razón —dije con honestidad—. Y, además, me pueden trasladar en cualquier momento. No es conveniente.

—No deberías preocuparte por eso, Carmen. Si de verdad te sientes preparada para comenzar una relación, hazlo, pero Keitan no es el mejor candidato.

Su respuesta me extrañó. No por lo de Keitan, eso lo repetían tanto que estaba comenzando a creérmelo. Me sorprendía que ya no tuviera que preocuparme por el traslado.

—¿No me encuentro en riesgo? —pregunté frunciendo el ceño.

—No. Armando está en la cárcel...

—¿Sabéis algo de él? —La interrumpí, sin poder evitar un estremecimiento.

—Le tenemos controlado. Va a pasar muchos años allí —respondió tranquilizadora—. Solo te trasladaríamos en el caso de que corrieras peligro, y tal y como va todo eso parece improbable. Ya te mereces echar raíces en un lugar y ser feliz... Y yo pienso ayudarte a ello.

La sola mención de ese nombre hacía que se me encogiera el estómago, pero en ese instante fue una punzada fugaz, un malestar que se disipó con la convicción con la que Nita dijo todo lo

demás. Me relajé al instante, y sentí como bajaba los hombros. Sin darme cuenta me había puesto en tensión.

—Aún tengo la maleta de emergencia debajo de la cama... Es algo que nunca dejaré de tener preparado.

En esa maleta llevaba todo lo que podía necesitar si debía salir huyendo en cualquier momento: documentación nueva, el dinero necesario para la huida, una muda... La había usado más de lo que cualquiera podría desear, había tenido que huir en medio de la noche, dejando todo atrás, y no había podido estar tranquila en ningún sitio mientras Armando estuvo libre. Aquello me había marcado tanto que era incapaz de deshacer la maleta y olvidarme de ella; siempre la tenía bajo la cama.

—Nunca está de más estar preparada, Carmen, pero ten claro que no estás sola, y que no volverás a pasar por el infierno por el que pasaste, y mucho menos si yo puedo hacer algo para evitarlo. —Los ojos se me empañaron con sus palabras y sentí algo cálido invadiendo mi corazón—. Además, estás viniendo a clases para aprender a defenderte, y te busqué este apartamento cerca de mi casa... Una sola llamada a mi móvil y me plantaré aquí en dos minutos. Ten todo esto muy claro.

Las lágrimas terminaron por escapar de mis ojos sin que pudiera evitarlo.

—Ojalá fuera como tú —respondí con el corazón en la mano—. Tan valiente y tan íntegra.

—No, Carmen. La valiente has sido tú —dijo agarrándome la mano con calidez y estrechándola entre sus dedos. Su mirada traslucía admiración, y eso me hizo sentir extraña. Me hizo sentir que decía la verdad—. Estuviste en el infierno y tuviste el valor de huir a pesar del miedo y el peligro que implicaba. Eso es ser valiente, tener miedo y, aun así, actuar.

Me eché a llorar. No me sentía así, no me sentía valiente ni fuerte, pero las palabras de Nita sembraban semillas en mí, verdades que sentía germinar poco a poco.

—Gracias, Nita. Yo... no sé cómo devolverte todo lo que estás haciendo por mí.

—No tienes que hacer nada, solo ser feliz, Carmen —replicó ella, con los ojos brillantes y el gesto emocionado.

Se levantó de la silla y me abrazó, y yo, sintiéndome bendecida, la estreché entre mis brazos y lloré hasta serenarme. No importaba si estaba enamorada de Keitan o no, aquel ya era mi hogar, mi corazón comenzaba a echar raíces a través de Nita, de Lonan, de Hannah, Clara, Britt y aquellas gentes de alma cálida que sin darse cuenta me daban otra oportunidad para vivir.

Capítulo ocho

Diez días en Nueva York dan para mucho.

Como siempre, me hospedé en el dúplex que Colin tiene en la Quinta Avenida, un apartamento situado en el piso cincuenta y ocho de uno de los muchos rascacielos que coronan la ciudad. Aunque llamar apartamento a aquella vivienda, más grande que la casa del Triple K, era una broma de mal gusto. El piso inferior del dúplex era de concepto abierto, con una cocina immaculada que nunca se usaba y una chimenea de gas presidiendo la gigantesca zona del salón, alrededor de la que había tres enormes sofás de cuero. Los grandes ventanales daban a la terraza desde la que se podía admirar una espléndida vista de la ciudad.

Era un lugar lujoso, con los muebles claros de madera maciza, y las paredes decoradas con cuadros de Cecily Brown, Matthew Ritchie y Julie Mehretu; pero nunca, hasta aquel momento, me había dado cuenta de que era un lugar frío y aséptico, que más que un hogar parecía la suite de un hotel, un lugar en el que pernoctar, asearse y poco más.

Como el lugar en el que yo había decidido vivir.

Aquella noche me estaba preparando para un evento. Estaba satisfecho conmigo mismo porque durante los días transcurridos había conseguido cerrar varios precontratos con empresas y asociaciones nacionales. El más importante, con la Asociación Nacional de Cirujanos Cardiorrácicos, que celebraría su convención anual en el Resort Wescott a principios de otoño.

Sí, estaba satisfecho, pero también algo cansado ante la perspectiva de asistir a otro evento interminable.

Mientras intentaba colocarme la pajarita mi mente se distrajo pensando en el resort. Había que cerrar el contrato con la empresa de transporte que aquel invierno se ocuparía de llevar a los huéspedes hasta las pistas de esquí, y eso me hizo pensar si Knox ya se habría ocupado de las máquinas quitanieves que necesitaríamos durante las nevadas para mantener las carreteras de acceso despejadas.

«Por supuesto que se habrá ocupado de ello», me dije, irritado porque no era capaz de hacerme la pajarita como Dios manda. Volví a estar torcida y me pregunté por qué narices no me compraba una de esas que vienen ya hechas y que solo hay que enganchar en la nuca.

Llamé al señor Sanders, el mayordomo de Colin, un británico encorsetado como solo saben serlo los ingleses, para pedirle ayuda. El hombre, de pelo cano y abundante, perfectamente cortado al estilo más clásico posible, me miró sin mover ni un solo músculo de su rostro mientras escuchaba mi petición.

—Por supuesto, señor, estoy aquí para ayudarle —me dijo, y procedió, con manos versadas y ágiles, a anudar el corbatín.

Se quedó detrás de mí mientras yo me miraba en el espejo, esperando mi aprobación para su eficiente trabajo.

—Tiene unas manos magistrales, señor Sanders —le dije—. Espero que Colin aprecie todo lo que hace por él.

—El señor Pemberton es agradecido, a su manera. —Se quedó callado unos segundos, mirándome con intensidad, antes decirme—. Si el señor me lo permite, le veo un poco disgustado últimamente. ¿Puedo hacer algo por ayudarle?

—No, gracias, solo estoy cansado.

—Pues quizá debería bajar un poco el ritmo, señor. Está más delgado que la última vez que estuvo aquí.

Me miré en el espejo otra vez, preocupado por las palabras de Sanders, mientras este abandonaba mi habitación. El mayordomo tenía razón. Bajo los ojos tenía unas constantes ojeras que antes no habían estado ahí; mi piel, morena gracias al trabajo en el rancho y las horas pasadas al aire libre, lucía pálida y algo demacrada; tenía las mejillas un poco hundidas y el brillo natural de mi pelo había desaparecido.

Presentaba un aspecto totalmente enfermizo, y no solo era a causa del ritmo de vida que había llevado durante los diez días que hacía de mi llegada a la ciudad. Pensando, me di cuenta de que comía poco, bebía demasiado, y apenas dormía.

Y todo a causa de mi obsesión con Carmen. Porque, lejos de olvidarla, como había sido mi esperanza, su recuerdo estaba más presente que nunca. En diez días no me había acostado con mujeres, a pesar de estar más solicitado que nunca entre las amigas y conocidas de Colin. Por ella. Porque ninguna le llegaba ni a la suela de los zapatos.

No podía evitar compararlas con ella. Era como un resorte automático que saltaba sin mi permiso ni mi aprobación. Esta tiene el pelo demasiado largo. Aquella, demasiado corto. La otra, demasiado rizado. Sus ojos no brillan lo suficiente. O es demasiado voluptuosa. O delgada. O alta. O baja. Tiene las piernas muy largas, o muy cortas. La risa excesivamente estridente, o falsa, o desagradable. Absolutamente ninguna era de mi agrado y cuando me imaginaba haciendo el amor con ellas, me sentía asqueado y mi libido desaparecía misteriosamente siendo sustituida por una desagradable sensación de deslealtad.

Y todo era culpa de Carmen.

Fue en aquel momento, mirándome al espejo y echándole la culpa de todos mis males a Carmen, que un destello de claridad me iluminó y mi conciencia vino a rescatarme del torbellino de autocompasión en el que estaba inmerso.

No, no era culpa de Carmen. Era culpa mía. De nadie más.

Me sentía terriblemente solo, sobre todo en los momentos en que más rodeado de gente estaba. Carmen había sido la única persona al lado de la cual había logrado sentirme a gusto, feliz, y junto a ella el dolor por la pérdida de mi padre se mitigaba. Había conseguido llenar un vacío en mi alma del que no había sido consciente, un vacío que se hizo evidente el día del entierro de papá y que intenté rellenar a base de alcohol. Estaba solo, y aterrado ante la perspectiva de seguir así el resto de mi vida. Aterrorizado de no tener el suficiente valor para entregar mi corazón y atreverme a confiar en que el destino no fuese demasiado cruel conmigo.

Ver a papá sumirse en el dolor día a día hasta su muerte había conseguido convertirme en un cobarde emocional. Vivió amargado por haber perdido al amor de su vida, y no fue capaz de recuperarse de aquella pérdida que nos dejó huérfanos y solos, que obligó a Kaden a convertirse en un adulto con solo catorce años, y que nos dejó a Knox y a mí sin un guía que encauzara nuestros pasos.

¿Y qué estaba haciendo yo? Comportarme igual que él. Iba camino de convertirme en un hombre amargado como papá, precisamente por negarme a amar, condenándome a una vida en soledad por cobarde, por tener miedo, por no ser capaz de aceptar unos sentimientos que estaban arraigando en mi corazón y contra los que era inútil luchar.

Mamá había muerto, condenando a papá; pero Carmen estaba viva, y yo podría tener una oportunidad de ser feliz a su lado, si dejaba de lado el miedo paralizante que me estaba consumiendo y me atreviera a arriesgarme.

Me puse la chaqueta del esmoquin, enfadado por la batalla interior que me estaba consumiendo.

Tenía que dejar de pensar y enfocarme en el trabajo. Tenía un evento al que acudir, y gente a la

que convencer.

Los ojos grises de Colin no dejaban de mirarme. De vez en cuando alzaba la copa de champán para llevársela a los labios y dar un sorbo. Se mantenía en silencio, algo muy raro en él.

Estábamos en una esquina del principal salón de fiestas del hotel Four Seasons, uno de los tres más lujosos de la ciudad. Allí se había reunido la flor y nata para recaudar fondos para Unicef, y entre copas de cristal, pendientes de diamantes, collares de perlas naturales y gigantescas y pulseras de rubíes, había estado haciendo mi trabajo. Colin se acercaba a cualquier conocido suyo, me presentaba y, en cuanto él me daba pie, empezaba a hablar del resort y de las maravillas que ofrecíamos.

Me sentía bastante animado porque había conseguido la atención de los presidentes de las juntas directivas de varias empresas, incluso la promesa de una reunión para hablar de negocios. El invierno iba a ser bueno gracias a mi trabajo y dedicación, y no nos veríamos obligados a cerrar durante la temporada baja.

Estaba ensimismado y sin pensar en Carmen por una vez, cuando Colin me dio un codazo disimulado para llamar mi atención.

—Ahí viene Doris Femworth —me susurró con un brillo travieso en los ojos.

—Dios, no. No quiero tener que quitármela de encima —rezongué, fastidiado.

—La última vez que estuviste aquí bien que fuiste detrás de ella.

—Y me rechazó, algo que respeto. Conmigo no hay segundas oportunidades.

—Qué mentiroso eres —soltó una carcajada.

—Vete a la mierda, que yo voy a que me dé el aire.

Salí del bullicio del salón en el que la orquesta tocaba sin parar para distracción de los asistentes. Quería estar solo, pero Colin me siguió. A veces, tenía la impresión de que era tan persistente como un hurón detrás de un rastro.

—¿Qué ocurre contigo, tío? ¿Me lo vas a contar?

—Estoy cansado.

—¿Y?

—Apenado por la muerte de mi padre.

Eso debería haberle hecho morderse la lengua, pero Colin era Colin y no tenía respeto ni siquiera por el duelo.

—¿Y qué más?

—Nada más.

—Ya, y yo soy pobre —se rio—. Venga, tío, que estás hablando conmigo. ¿Sabes que tu mirada lánguida de perro apaleado no es la primera vez que la veo?

—Me alegro por ti.

—La vi en tu hermano hace tiempo, cuando conoció a Nita y vino aquí huyendo de sus sentimientos. ¿No te habrás enamorado tú también? Porque sería un desafortunado incidente que me dejaría sin amigos solteros dispuestos a correrse una buena juerga.

—Tú tienes multitud de amigos.

—Sabes que no —contestó, muy serio, deteniéndose a mi lado en la puerta del hotel. Respiré profundamente el aire de la calle y me supo a humo y a soledad infectada—. Knox y tú sois los únicos amigos verdaderos que tengo. Todo lo demás son... conocidos, en el mejor de los casos. Gente a la que no me atrevería a darle la espalda si mi vida dependiera de ello. Rastreros y oportunistas, todos ellos.

—Venga, Colin, la pose de lloriqueo no te va en absoluto.

—No, ¿verdad? —contestó, riéndose de sí mismo. Me dio una palmada en la espalda y descubrí con sorpresa que yo todavía llevaba la copa llena de champán en la mano cuando el líquido dorado me salpicó el rostro—. Tienes razón, me va más el papel de amigo alegre y comprensivo. Venga, cuéntame qué diablos te pasa, tío. No eres el de siempre y eso me tiene muy preocupado. ¿Estás enfermo o algo?

—Exacto, estoy enfermo.

—Sí, como Knox, enfermo de amor.

—Déjate de gilipolleces —contesté irritado porque todo el mundo se diera cuenta de que algo me pasaba. ¿Es que no podía lograr ningún tipo de privacidad?

—¿Quién es ella?

—¿Qué ella?

—Por mucho que te hagas el tonto, no vas a lograr evadir mi pregunta.

—No estoy evadiendo nada.

—Si hablas sobre ello te sentirás mejor.

—Sí, si tuviera algo sobre lo que hablar.

—Está bien —acabó aceptando mi negativa, pero oí en su voz un timbre de dolor que me sorprendió—. No me lo cuentes si no quieres. Supongo que yo tampoco me lo contaría en tu lugar, al fin y al cabo, soy un tipo irritante e irresponsable al que no se le puede hablar en serio, ¿verdad?

—Colin, no es eso —intervine, sintiéndome culpable—, es solo que...

—No importa, pero te voy a dar un consejo: puedes negar hasta el agotamiento que estás enamorado, y luchar contra ese sentimiento todo lo que quieras, pero perderás. Si yo fuese tú no desperdiciaría la oportunidad de ser feliz. Dejaría las idioteces a un lado y lucharía por el amor de mi vida hasta las últimas consecuencias.

Aquella misma noche, tumbado en mi cama, reflexioné sobre las palabras de mi amigo. Porque él tenía razón, estaba haciendo el idiota luchando contra un sentimiento sobre el que no tenía poder alguno. Amaba a Carmen, lo supe sin lugar a dudas cuando nos besamos y sentí sus temblorosos labios sobre los míos. La amaba, y nada, ni la distancia ni el tiempo, podría cambiarlo. Huir no iba a servirme de nada, excepto para reportarme dolor.

La seguridad es un espejismo con el que nos engañamos, porque en la vida no hay nada seguro. Nadie puede saber qué le depara el futuro. ¿Felicidad o sufrimiento? Un poco de ambas, por regla general. Si de algo había sido testigo era de que la vida suele compensarnos los momentos malos con otros buenos. Clara lo sabía, y también Nita, y ambas me lo habían demostrado. Y mis hermanos, Kaden y Knox. Ellos también habían estado asustados, y ahora gozaban de unos matrimonios plenos y llenos de felicidad gracias a que habían sido valientes y había enfrentado sus miedos.

Yo debía hacer lo mismo. Era un Wescott, como ellos, y los Wescott no éramos unos cobardes.

Volvería a Cascade y me atrevería a abrirle mi corazón a Carmen, rezando para que ella sintiera lo mismo que yo.

Pero antes, tenía varias reuniones ineludibles a las que asistir y algunos contratos que cerrar.

Abril llegó llenando Cascade de los perfumes de la primavera. El sol calentaba las praderas y las lluvias eran amables y nutrían las primeras flores que se abrían entre la hierba tierna. Cada día disfrutaba del paisaje de Montana cuando mis descansos en el trabajo me permitían sentarme en las terrazas del hotel y observar los cambios que se producían a ojos vista en los campos que lo

rodeaban y en las montañas a lo lejos. Había visto como el manto invernal abandonaba sus picos al derretirse poco a poco la nieve que los había cubierto meses atrás. La vida estallaba por doquier y el sol agitaba mi ánimo.

Por eso, cuando tenía días libres, comenzaba a sentirme inquieta si me quedaba en casa. Aquella mañana había terminado temprano con todos los quehaceres, tenía el apartamento ordenado, limpio y aireado, y me sorprendí nerviosa al quedarme sin nada que hacer. Lonan no tenía el día libre, por lo que no podía hacer planes con él, Nita y las demás estaban ocupadas... y aquel día tan siquiera había tarde de *Juego de tronos* en el Winter. Me sentí tremendamente aburrida y, como cada vez que estaba ociosa, mi mente amenazó con volver a recordarme a Keitan. Hacía diez días que no le veía y, aun así, en lugar de disiparse, su recuerdo se hacía cada vez más vívido. No podía evitar pensar en él cuando me acostaba y trataba de conciliar el sueño, y a mis labios acudía el calor y el sabor de su boca, las sensaciones que despertó en mi cuerpo... para instantes después recrear un coro con las voces de todos aquellos que me habían advertido sobre él.

Estaba cansada de aquello, por más que lo intentase, volvía una y otra vez a las mismas preguntas que, parecía, iban a quedar sin responder. Tal vez Keitan no tuviera intención de volver o, si volvía, no quisiera saber nada de mí. Nunca más.

Tras un rato sentada en la cocina, bloqueada por una oleada de pensamientos que no me hacían ningún bien, decidí ponerme en pie y salir de casa. Normalmente solo salía cuando tenía que ir a trabajar o había quedado con alguien. Hacía muchísimo tiempo que no salía sola, sin rumbo fijo, y me sentí algo insegura al dar el primer paso más allá de la puerta de mi casa sin conocer el destino al que me dirigía.

«Puedo ir al Winter a tomar algo. O pasarme por el Grill y ver a Sebastian...». Los lugares familiares fueron los primeros en acudir a mi mente, y puse rumbo al Grill cuando el autobús se detuvo en la parada junto a la que estaba pasando. En el frontal, el cartel anunciaba que se dirigía a Templeton, y en un impulso inexplicable cambié la dirección de mis pasos y subí al vehículo.

Al sentarme en uno de los asientos comencé a sentirme nerviosa. No me había atrevido a salir de Cascade aún, y mucho menos sola. Había tenido tanto miedo que caminar a pleno día por un lugar desconocido me parecía tan aterrador como hacerlo en un callejón oscuro de la peor zona de Nueva York. Temía estar lejos de quien pudiera ayudarme si me encontraba con Armando, si giraba una esquina y estaba allí, si me asaltaba en cualquier momento y era incapaz de defenderme. Eso había marcado mi manera de moverme hasta la fecha, pero mientras el autobús me llevaba hacia Templeton no dejaba de pensar en las palabras de Nita, y estas me daban fuerzas para no bajarme en ninguna parada intermedia y volverme a casa, a mi lugar seguro.

Cuando el vehículo se detuvo y bajé sentí la euforia llenarme el pecho. Había sido capaz de llegar a una ciudad que estaba a dos horas de mi casa, no había dejado que el miedo me paralizara, y ahora me encontraba allí, así que decidí ir más lejos y ponerme más a prueba. Animada por esa sensación de euforia, me dirigí al centro comercial.

Los ruidos estridentes, la gente, el movimiento y los desconocidos a mi alrededor habían llegado a paralizarme en otro tiempo. Cuando temía por mi vida, una sola voz que me recordase a Armando era capaz de hacer que mi corazón se acelerase. Había sufrido varios ataques de pánico por esa causa, y aunque los primeros pasos fueron algo angustiosos, una vez estuve dentro del edificio me sumergí por completo en el ambiente y me dejé arrastrar por el vaivén de clientes y visitantes que atestaban el lugar.

Podría parecer una tontería, pero algo tan simple como ir de compras me provocó una increíble sensación de libertad. A medida que pasaba el tiempo la inquietud se iba alejando de mí,

espantada por la música, las voces de la gente, sus risas y conversaciones, los escaparates repletos de cosas bonitas para comprar, las luces de colores y la música. Recordé viejos tiempos, cuando no tenía miedo de dejarme ver, de vestir como quisiera, de moverme con libertad y deseé hacer todas las cosas que no había hecho por temor.

«Es hora de comenzar a vivir. Nita tiene razón, me merezco algo de felicidad, ¿no?», pensé al detenerme en el escaparate de una tienda de ropa. Tras el vidrio los maniqués ya mostraban la ropa fresca de la primavera y algunos conjuntos de verano: faldas, camisetas con pronunciados escotes, preciosos vestidos de falda corta con vuelo... Los vestidos me enamoraron a primera vista, así que entré sin pensar y me los probé.

En el probador, mirándome al espejo, me sentí extraña. El vestido me marcaba la cintura, el vuelo de la falda, que llegaba por encima de las rodillas, revelaba las formas de mi cuerpo, acentuando las generosas caderas, el escote evidenciaba mis pechos y los resaltaba, y para colmo, el color rojo de la prenda era tremendamente llamativo. Me veía guapísima, pero al mismo tiempo me sentía insegura, ¿parecía una buscona? ¿Qué le parecería a Keitan?

«¿Qué? ¿Y por qué debería importarme eso?», me reocriminé al instante, y la idea de estar haciendo aquello por Keitan me resultó molesta. No había pensado en él hasta ese momento, pero vino a mi mente unido a la inquietud de que me juzgase. Resoplé, erguí la espalda y me aferré al enfado que ese pensamiento me provocó.

—Esto lo hago por mí misma, para verme guapa, y me da igual lo que Keitan piense o deje de pensar. Si no le gusta, tendrá que mirar a otro lado —le dije a mi propio reflejo.

—¿Todo bien, señorita? —La voz de la dependienta al otro lado de la cortina me sobresaltó.

—Ah, sí. Claro. Todo bien. Es perfecto. Creo que me voy a comprar un par más —respondí azorada.

Salí de allí con tres vestidos, ropa interior nueva de encaje, una falda y dos tops ajustados. Ya era hora de verme guapa, y estaba cansada de vivir ocultando incluso mi cuerpo. Quería sentir la frescura de la primavera en la piel, quería apreciar mi propio cuerpo y aprender a valorarme... En definitiva: recuperar todo lo que Armando me había arrebatado a base de gritos y golpes.

La felicidad que sentía en aquel momento alimentó mi ansia consumista y al pasar junto a una tienda de ropita y objetos para bebé no pude evitar pensar en Hannah y su avanzado embarazo. No había tenido tiempo de comprar ningún detalle para ella y el bebé, y pensé que era el momento oportuno para mostrarle mi agradecimiento por lo bien que se había portado conmigo desde mi llegada. Había un conjunto monísimo en el escaparate, de pantalón vaquero, camisa gris con pequeñas estrellas blancas y chaqueta vaquera con forro blanco de borreguito. Me encantó, así que le compré todas las prendas y un móvil de estrellas y cohetes que vi en el interior. No pude resistirme y no me importó estar gastando tanto aquel día.

Aprovechando al máximo mi ánimo alegre y mi envalentonamiento me di un capricho en el restaurante italiano, comí tortellini de calabaza y lo acompañé de vino blanco, rematando con un delicioso tiramisú. Cuando me sentí satisfecha, decidí volver a casa y tomé el autobús de vuelta.

Eran las seis de la tarde cuando llegué a Cascade, pero aún no tenía ganas de regresar a mi departamento. La casa de Hannah estaba de camino a la mía, así que, en previsión de mi escaso tiempo durante el resto de la semana, decidí que lo mejor era hacerle una visita para darle los regalos que había comprado en Templeton.

La casa de Hannah era preciosa, una pintoresca casa colonial, muy típica en Cascade, con las paredes pintadas de blanco, un precioso porche y un jardín cuidado que te daba la bienvenida al cruzar la valla.

«Me encantaría tener una casa así. Y una familia con la que llenarla de voces...», ese

pensamiento me hizo sentir tremendamente sola, pero duró poco, porque Hannah no tardó en abrirme y recibirme con una enorme sonrisa.

—¡Carmen! No esperaba tu visita —exclamó.

—Hola, Hannah, siento no haber avisado, es que...

—¡No, no te preocupes! —dijo agarrándome del brazo e invitándome a entrar—. Me alegra muchísimo que hayas venido. Pasa, pasa, tengo té hecho.

Entré y la seguí hasta la cocina cargada con las bolsas. Dejé las mías en el suelo, y la que contenía los regalos sobre la mesa, empujándola hacia ella.

—Hoy he ido a Templeton y te he comprado un par de cosas... Espero que te gusten —dije sonriendo tímidamente.

—¿De verdad? ¿Me has comprado regalos? No tenías por qué hacerlo —respondió, cogiendo las bolsas y mirándolas con la ilusión brillándole en los ojos. Sacó los paquetitos del interior y comenzó a abrirlos rompiendo el papel.

—En cuanto los he visto he pensado en ti y no he podido resistirme...

Al descubrir el conjuntito y el móvil supe enseguida que le encantaban. Los dejó sobre la mesa y los observó con una enorme sonrisa.

—¡Son preciosos! ¡Claro que me gustan! Esta misma noche pondré el móvil en la cunita... Y espero poder estrenar esta ropita tan mona dentro de poco.

—Me alegro mucho de que te gusten —respondí sintiéndome aliviada y contenta. Le miré la enorme tripa y sonreí—. ¿Cómo lo estás llevando?

—Estoy a punto de salir de cuentas y... Bueno, estoy nerviosa, pero lo llevo bien. El que lo lleva peor es Mac —respondió, guardando los regalos en la bolsa y yendo a servir el té. Yo me senté mientras la escuchaba—. Parece que vaya a parir él en lugar de yo. No me deja vivir...

—Debe estar preocupado y queriendo que todo salga perfecto, imagino.

—Oh, sí —resopló—. Pero no entiendo a los hombres, Carmen, se ponen histéricos con las mujeres embarazadas. Aunque debí imaginarlo viendo a Kaden con Clara, la volvió loca igual que hace Mac conmigo; no la dejaba hacer nada. Y sus hermanos son igual, se pusieron locos cuando Clara se quedó preñada, hicieron piña para sobreprotegerla. La pobre tenía que escapar a escondidas del rancho para tener algo de paz —dijo riéndose.

—Los hombres son un poco exagerados a veces —comenté, imaginando la situación.

Hannah trajo las tazas a la mesa y puso un plato de galletas en el centro. Se sentó frente a mí, asintiendo enérgicamente.

—Y tanto, pero me pilló por sorpresa, ¿sabes? Knox y Keitan siempre han sido unos irresponsables y unos sinvergüenzas. En Kaden me pareció normal, porque él siempre ha sido muy serio y responsable. Si no hubiera sido por él el rancho se habría ido a pique al morir su madre hace años ya. Está acostumbrado a hacerse cargo de todo desde muy pequeño.

La mención de Keitan hizo que mi corazón se saltara un paso de forma absurda.

—¿Su madre murió cuando eran pequeños? —pregunté sorprendida, tomando un sorbo del té después para calmar mi tonto sobresaltado.

—Sí, fue un golpe durísimo del que su padre jamás se recuperó. Es muy triste, estuvo deprimido hasta el día de su muerte. Kaden tuvo que hacerse cargo de todo al perder su padre toda conexión con la realidad, así que prácticamente ha estado ausente de sus vidas.

—Siento oír eso... Es muy duro crecer sin padres, pero al menos se tenían entre ellos —dije con pleno conocimiento de causa.

Mi madre me vino a la cabeza... Aunque ella estuviera viva, había pasado la mayor parte de mi vida en la cárcel, y no había podido criarme. Siempre me pregunté cómo habría sido todo si

ella hubiera estado, si mi vida habría ido por otros derroteros y hubiera sido mejor. Estaba segura de que sí, de que nunca me habría aferrado a alguien como Armando para huir de mi situación.

—Bueno..., se tienen ahora. Se apoyan mucho, pero hubo un tiempo en que se llevaban a matar. Siempre estaban discutiendo, Keitan y Knox hicieron frente contra Kaden, incluso acabaron a puñetazos al poco de llegar Clara.

—¿De veras? —dijo sorprendida—. No puedo imaginarles así...

—Y tanto que fue así. Fue una época difícil para ellos —respondió removiendo el té—. Por suerte han ido sentando la cabeza. Salvo Keitan..., claro. Aún es un bala perdida, pero yo no pierdo la esperanza. Knox era igual, y mírale ahora, cuando conoció a Nita se le pasó toda la tontería y se convirtió en un hombre.

Mi corazón volvió a saltar en el pecho.

—Eres la primera persona que me habla así de Keitan.

—Ya. Bueno, es que he pensado mucho en ese asunto, ¿y sabes a qué conclusión he llegado? —Negué con la cabeza. Hannah cogió una galleta y la mordisqueó, mirándome muy seria—. Creo que la muerte de la madre les marcó mucho, y la depresión del padre les creó un miedo terrible a querer a nadie; les da miedo perder aquello que aman.

Me habría encantado no comprender aquello en absoluto. Pero lo hice, y mientras Hannah hablaba comprendía mucho mejor la actitud de Keitan, ¿podía ser ese miedo el que le hacía esconderse tras su pose frívola y promiscua?

—Lo entiendo... Todos arrastramos miedos al crecer, y a cada uno nos marcan de una manera, impidiéndonos ser lo que podríamos ser.

No pensé en Keitan al decir eso. Pensé en mí, en lo que hice cuando nos besamos. Le rechacé, cuando en realidad lo deseaba. Le rechacé a causa del terrible miedo que sentí.

«Debo dejar ese miedo atrás. Hoy he visto que puedo enfrentarlo, puedo impedir que me controle. Me he demostrado que soy más independiente que nunca y ya no temo caminar sola... Puedo superar esto también».

—Lo importante es que ahora las cosas están bien —dijo Hannah, ajena a mis pensamientos.

En un impulso me levanté y fui a abrazarla. Ella se sorprendió, pero me devolvió el abrazo con una risa brillante y vital.

—Muchas gracias, Hannah. Gracias por ser mi amiga, y por todo lo que has hecho por mí desde que estoy aquí.

—Cariño..., si no he hecho nada —dijo sorprendida.

—Has hecho mucho más de lo que piensas —respondí convencida.

Capítulo nueve

Por desgracia, tuve que retrasar mi vuelta a Cascade tres días que se me hicieron eternos e interminables; pero mis responsabilidades con el resort no podían salir perjudicadas y acudí a las reuniones que tenía programadas.

Aunque fue muy difícil para mí no volver sin más.

El Keitan despreocupado e irresponsable de antaño lo habría hecho, pero ya no era así. Había cambiado mucho. Me di cuenta al pensar en los años que había pasado huyendo de cualquier tarea que Kaden me asignaba en el rancho, y lo mucho que él había tenido que batallar para que me hiciera cargo de mis obligaciones. Me excusaba con que no me gustaban las duras tareas que me llenaban las manos de ampollas y hacían que acabara con la espalda hecha polvo, pero en aquel momento me di cuenta de que no eran más que eso: excusas. Un hombre tiene que hacerse cargo de sus responsabilidades, aunque no le gusten ni las disfrute, y eso fue lo que hice durante aquellos tres días, centrarme en mi trabajo sin dejar que el anhelo por volver a ver a Carmen interfiriera.

O, por lo menos, lo intenté, porque más de una vez me sorprendí pensando en ella en lugar de estar atendiendo a lo que me decían.

Cuando bajé del avión, Knox me estaba esperando allí, como hacía siempre. Nuestra rutina cada vez que volvía de una estancia en Nueva York era la misma, y aprovechábamos el viaje de vuelta en su pickup para que yo le pusiera al corriente de mis andanzas pecaminosas y de los cotilleos que circulaban por la Gran Manzana.

Como siempre, también, se burló de mi ropa formal: un traje gris oscuro con una camisa rosada y la corbata a juego.

—Qué chic —se rio—. Las vacas no van a reconocerte.

Soltó una carcajada mientras me empujaba hacia sus brazos, dejándome sorprendido. Knox no era de dar abrazos, sino palmadas en la espalda y puñetazos en el brazo.

—Yo... también me alegro de verte —le dije, algo confuso, apartándome de él un tanto incómodo—. ¿Ha pasado algo en mi ausencia?

—No, ¿por qué lo preguntas?

—Por el abrazo que acabas de darme.

—Bueno, Nita se ha empeñado en que debo desarrollar mi lado menos masculino —me explicó, encogiéndose de hombros—. Ya sabes, mostrar el afecto de manera más abierta y esas cosas.

—Me parece muy bien, pero a mí no vuelvas a abrazarme —dije ahogando un estremecimiento de horror—. Solo me faltaría que te convirtieras en un sobón.

—Meh, no seas idiota. —Me soltó un puñetazo en el hombro y después intentó pellizcarme la mejilla. Lo evité por poco—. Más te vale ir acostumbrándote. Clara y ella han hecho frente común con esto y Kaden y yo nos hemos rendido antes de empezar.

—Sois unas nenazas.

—No, somos maridos que quieren ver felices a sus mujeres. Además, creo que en el fondo tienen razón. —Se paró ante la pickup y puso una mano sobre el capó, sin mirarme—. Hemos crecido salvajes, Keitan, sin cariño y con demasiado miedo a amar. Pero ahora... —Resopló y se volvió a encoger de hombros—. No sé cómo explicarlo. Clara dice que los abrazos son curativos, y tiene razón.

—Abre la puerta y cierra la boca —gruñí—. Estoy cansado y quiero llegar a casa antes de que me babosees a besos fraternales.

Knox soltó una carcajada.

—No te preocupes, todavía no hemos llegado a esa lección.

Metí la maleta detrás del asiento y subí al coche. Entramos en la autopista y pronto dejamos atrás el paisaje urbano para internarnos en la agreste pradera. Permanecí silencioso, sumido en mis pensamientos, mirando por la ventanilla mientras me hacía la misma pregunta una y otra vez: ¿cómo recibiría Carmen la noticia de mi regreso? Me recriminé por no haberla avisado de mi marcha, aunque también me dije que habría sido estúpido hacerlo. Nos habíamos besado con pasión para que, acto seguido, me rechazara. Era lógico que no le dijera nada. Pero en los asuntos del corazón la lógica no era la regla por la que debíamos medir nuestras acciones, y estaba convencido de que estaría enfadada por mi comportamiento tan inmaduro e infantil.

—Estás muy callado. ¿Ha habido algún problema en este viaje?

—¿Eh? —La voz de Knox me sacó de mi ensimismamiento. Giré la cabeza para mirarlo y negué—. No, ¿por qué lo preguntas?

—Porque llevamos media hora de viaje y no has dicho esta boca es mía. A estas alturas, ya estaría harto de oír tus balbuceos sobre todas las chicas a las que has hecho felices.

—Pues no ha habido problemas. He iniciado contacto con varias empresas que han prometido estudiar nuestras propuestas para sus retiros anuales para directivos; he llegado a un preacuerdo con la Asociación Nacional de Cirujanos Cardiorácicos para hacer en el resort su convención anual; y...

—Estupendo, ya me darás todos los detalles mañana por la mañana. Me alegra que haya sido un viaje provechoso. Pero...

Knox se quedó callado un instante, con la mirada fija en la carretera.

—¿Pero?

—¿Cómo llevas lo de papá? Me dejaste muy preocupado.

—Bueno, de aquella manera.

—¿Y eso significa...?

—Que lo estoy asimilando. Tampoco es como si hubiera estado muy presente en nuestras vidas mientras vivía.

—Tienes razón en eso, pero parece que a ti te ha afectado más que a Kaden o a mí. Estás muy raro desde el día del entierro. ¿Quieres hablar de ello?

—¿Esto forma parte de los deberes que te ha puesto Nita? —intenté bromear.

—No, esto forma parte de mi preocupación por ti. Eres mi hermano, y te quiero, aunque creo que casi nunca te lo digo, y me preocupa verte así.

—Así, ¿cómo?

—Serio. Taciturno. Apagado. Has adelgazado y tienes ojeras. ¿Vas a contarme la verdad?

No contesté enseguida. Me quedé callado un buen rato, fijando la mirada en el paisaje que pasaba ante mis ojos, buscando el valor para contarle a Knox lo que realmente me ocurría: que me había enamorado y no estaba seguro de cómo afrontarlo.

—¿Cómo llevas tú lo de estar enamorado? —le pregunté finalmente. Él me miró con extrañeza. Realmente parecía que la pregunta no venía a cuento, ya que estábamos hablando de papá y su muerte, pero aunque sí estaba mal por aquello, lo que realmente me estaba quitando el sueño era Carmen y lo que sentía por ella.

—Pues, maravillosamente y muy feliz.

—Y, ¿cómo te deshiciste del miedo a perderla?

—No lo he logrado, al contrario. Con el trabajo que tiene... tengo más miedo que nunca. Aunque me diga mil veces que Cascade es un pueblo pequeño en el que nunca pasa nada, y que

ella no corre más peligro que cualquier otra persona, el miedo está ahí, agazapado, buscando cualquier oportunidad para salir.

—¿Y cómo puedes vivir así?

—Sobrellevándolo, porque la felicidad que siento lo compensa con creces y vale la pena. Keitan, todas las cosas que merecen la pena en la vida, dan miedo, pero si no le echas huevos, no vives realmente. Solo... malvives. O sobrevives. Llámalo como quieras.

Me quedé callado de nuevo, pensando en lo que acababa de decirme. ¿Sería yo capaz de vivir siempre con miedo a perder a la persona que amo? ¿Podría hacer algo así? Nunca me había considerado un hombre cobarde, hasta aquel momento.

—¿A qué vienen todas estas preguntas, Keitan?

Me encogí de hombros sin ser capaz de hablar, porque si ponía voz a mis sentimientos, se convertirían en reales del todo y ya no tendría la oportunidad de echarme atrás.

Pero, ¿quería echarme atrás? Había vuelto a Cascade con el convencimiento de conquistar a Carmen, enamorarla y confesarle mis sentimientos. ¿Acaso empezaba a dudar otra vez?

No. No iba a dudar. O, por lo menos, no iba a dejar que las dudas arruinaran mi determinación.

—Creo que estoy enamorado.

Solté la bomba sin mirarlo, y creo que en voz demasiado baja, porque Knox arrugó el entrecejo y apartó la mirada de la carretera durante unos segundos para fijarla en mí.

—¿Qué has dicho?

Suspiré, algo abochornado. Me había costado decirlo una vez, ¿en serio iba a obligarme a repetirlo?

—Que creo que estoy enamorado.

—Eso me había parecido oír, aunque eso no es posible.

—¿Cómo que no es posible?

—Keitan, o se está enamorado, o no se está. Ese «creo» ahí, sobra. ¿Estás enamorado?

—Joder, sí: estoy enamorado, maldita sea —gruñí, cruzándome de brazos como un crío enfurruñado—. ¿Contento? Ya puedes empezar con las bromitas.

—Nah, eso voy a dejárselo a las mujeres. Seguro que Clara y Nita disfrutarán un montón con esa información. Yo solo te voy a dar la bienvenida al infierno. —Soltó una carcajada y golpeó una vez el volante con la mano, intentando controlar el ataque de risa que, supe con toda seguridad, estaba a punto de tener. Qué delicioso tener hermanos, ¿verdad?—. ¿Y de quién te has enamorado, si puede saberse? —preguntó al fin, entre resoplidos.

—Así no me ayudas, ¿sabes? Yo no quería enamorarme, y estoy acojonado por todo esto.

—Bueno, bienvenido al club, de nuevo. ¿Cómo crees que nos sentimos Kaden y yo cuando nos tocó? Pero cuando lo aceptamos y dejamos de luchar, tomamos una decisión en firme y sin vuelta atrás. ¿Qué piensas hacer tú?

—¿Y qué opciones crees que tengo? La de salir huyendo me ha salido mal, como puedes ver. Estoy aquí de regreso, hecho una mierda y deseando verla. Aunque no sé si ella estará muy por la labor. La besé y me rechazó, y después me fui sin despedirme.

—Bueno, Nita tampoco estaba muy receptiva a mis avances amorosos, y mírala ahora. Perdidamente enamorada de mí.

—Yo a eso lo llamo amor por compasión. Le das lástima y por eso te aguanta.

—No digas chorradas. Está loca por mis huesos. Los Wescott somos irresistibles. Si perseveras, acabarás enamorándola.

—Me conformaré con que me dé otra oportunidad sin lanzarme algo a la cabeza. Fui un

estúpido al marcharme.

—Bueno, tienes la excusa de que lo hiciste por trabajo. Échame la culpa a mí, si quieres. Soy el horrible hermano mayor que te obligó a ir a Nueva York.

—No. —Ni siquiera me lo pensé—. No quiero iniciar una relación, si es que tengo la oportunidad de hacerlo, con una mentira. Si me pregunta, le diré la verdad. Que estaba tan asustado que salí huyendo.

—Vaya, parece que mi hermano pequeño por fin está madurando y convirtiéndose en un hombre de los pies a la cabeza.

—No te burles.

—No lo hago. Estoy orgulloso de ti.

—Sí, ya..., pero, ¿y si sale mal? ¿Y si ella no me corresponde? Si me pillo demasiado y después no sale bien... Hemos tenido ya dos citas y ella se ha negado a hablar de sí misma. Cada vez que le hago alguna pregunta personal, la elude. Es como una caja cerrada. ¿Y si no puedo abrirla?

—Dudo que eso pase, pero si es así, te recuperarás.

—¿Cómo papá?

—No —contestó muy serio—. Lo que voy a decirte quizá no te guste, pero es lo que pienso. Papá fue un cobarde que se excusó en su tristeza para no afrontar la vida. Se dejó hundir y no permitió que nadie lo ayudara, ni buscó ayuda. No voy a permitir que eso te ocurra a ti.

Lo miré con agradecimiento. Era muy bueno tener hermanos como los míos, que están ahí cuando los necesitas.

—Si quieres un consejo —continuó—, lo que debes hacer es tener paciencia y confianza en ti mismo. Pero, sobre y ante todo, debes demostrarle a Carmen que eres digno de su confianza.

—Yo no te he dicho su nombre.

—No, no lo has hecho.

—¿Y cómo sabes que es ella?

Knox bufó, burlón.

—¿En serio tienes que preguntármelo? Nita estaba allí la última noche en el Winter, ¿recuerdas? Fue testigo de cómo se te caía la baba con ella. Y la mirada asesina a Lonan tampoco pasó desapercibida.

—Genial —refunfuñé—. ¿Y quién más está al tanto?

—Casi nadie, no te agobies.

—Ese «casi» me asusta. Mucho.

—Lo saben Clara, Kaden, Nita, por supuesto..., Britt, Hannah, Belle... Imagino que Hannah se lo habrá comentado a Mac, ya sabes, entre marido y mujer no caben los secretos.

—Genial.

—Puede que, a estas alturas, solo lo sepa medio pueblo. Estás de suerte, ¿eh?

—Ya, suerte. Si echamos cuentas, con el tiempo que ha pasado, ya lo sabrá el pueblo entero. ¿Es que la gente no tiene nada mejor que hacer que meterse en mi vida? En serio, puto pueblo de cotillas.

—Bueno, siéntete como una Kardashian, con toda esa atención puesta sobre ti.

Knox se rio, pero yo pensé en Carmen y en lo poco que le gustaba que hablaran sobre ella. Salir conmigo iba a reportar mucho cotilleo extra en Cascade, y ella estaría en el centro del huracán. ¿Pensaría que valía la pena exponerse así, o se cerraría en banda y me echaría de su vida?

Montar a caballo es una sensación inigualable y aquella tarde pude comprobarlo. Lonan había tenido mucha paciencia conmigo al principio, pues subirme al animal me daba un poco de miedo y casi me di por vencida antes de comenzar, pero él no me dejó claudicar. Después me di cuenta de lo tonta que había sido, cuando el caballo se puso a trote y me sentí libre encima de él, a pesar de la cerca que nos rodeaba y de que Lonan estuviera tan pendiente de los dos. Sentí deseos de saltar la valla y perderme por la pradera con aquel espléndido animal para cabalgar hacia las montañas.

Lonan no solo era paciente y respetuoso conmigo, también trataba a los animales con gran cuidado, y con una firmeza reverente. No dejaba de hablar con el caballo y guiarle, y el animal seguía sus órdenes como si fuera algo natural para él. Sin duda tenía un don, y aunque fuera tópico, me pregunté si no tendría que ver con la sangre india que corría en sus venas. Cuando detuvo al caballo y me animó a bajar una sensación de adormecimiento en las piernas casi me hizo caer. Solté una risa sorprendida.

—Ahora entiendo por qué los vaqueros caminan con las piernas arqueadas —bromeé—. Dios mío, no me siento el trasero.

Lonan cogió las riendas del caballo, que cabeceó buscando una caricia y frotó el morro contra su brazo.

—Mañana me cuentas qué tal las agujetas —rio él.

—¿Qué?! ¿Cómo que agujetas? Si no he hecho nada, solo estar sentada encima de él.

—¿Estás segura? ¿Y por qué no te sientes el culo ahora mismo?

Abrí la cerca para que Lonan pudiera salir con el caballo, y al cerrarla me froté las nalgas. Tenía una sensación rarísima, como si mis piernas no quisieran cerrarse.

—Si montar a caballo va a resultar doloroso creo que voy a ir mejor en carro. Tú puedes tirar de él.

Lonan soltó una risotada y negó con la cabeza, tirando del caballo mientras caminábamos en dirección a los establos. El animal, dócil, le siguió balanceando la larga cola negra.

—Los carros son para los clientes que quieren hacer las excursiones sin montar a caballo..., pero te aseguro que es una mala solución.

—¿Por qué?

—Las consecuencias de ir en carro son mucho peores. Los que tenemos aquí son reconstrucciones fieles de la época, no tienen suspensión ni esas moderneces. Traquetean, los asientos son incómodos y te acaba doliendo algo más que el trasero.

Suspiré teatralmente y me apresuré a abrir la cancela de los establos.

—Vale... Me has convencido, haré el esfuerzo —dije echándole cuento.

En realidad me había encantado, y ya estaba deseando volver a subirme al caballo. En ese momento comprendí que aquellas cosas de las que hablaba Lonan no eran una pose, él realmente amaba la naturaleza, perderse en ella y abrazar la libertad que parecía otorgar.

Paul, uno de los mozos, estaba terminando de limpiar los establos cuando entramos, y se acercó solícito a saludarnos y coger las riendas.

—Buenas tardes. Dejad que me haga cargo del grandullón —dijo mientras llevaba al caballo a su cuadra—. ¿Cómo ha ido la sesión? ¿Te has caído alguna vez? —bromeó.

—¡No! Ha sido genial. Repetiré, eso seguro —respondí con entusiasmo.

—La verdad es que lo ha hecho muy bien —apuntó Lonan mientras desataba la silla del animal una vez dentro de la cuadra.

—Qué bien que hayas decidido aprender, ¿has pensado en trabajar aquí en un futuro? —preguntó Paul.

—Pues no se me había ocurrido... —respondí pensativa—. Pero no es mala idea. Parece que

os lo pasáis bien.

—Unos mejor que otros —dijo Paul mirando a Lonan con una media sonrisa mientras este acariciaba al caballo antes de cepillarlo.

Paul cogió la silla y fue a colgarla en su sitio mientras yo me unía a Lonan en las tareas de aseo.

—Por cierto, Lonan, ¿has hablado ya con Knox sobre las goteras? Cada vez que llueve se anegan varias cuadras, habría que hacerse cargo de eso cuanto antes.

—Lo he intentado, pero la secretaria me ha dicho que ha ido a buscar a Keitan al aeropuerto, así que le he dejado el recado. Supongo que lo verá en cuanto regrese.

El corazón me dio un vuelco, como cada vez que alguien pronunciaba el nombre de Keitan. Solo que esta vez se me aceleró al pensar que ya había regresado. Paul y Lonan siguieron conversando sobre las goteras y la tormenta de la noche pasada, que había provocado algunos desperfectos en los establos, pero yo me quedé flotando en el limbo, haciéndome preguntas.

«Ya ha regresado... ¿Qué voy a hacer cuando nos encontremos? No sé si voy a poder mirarle a la cara. ¿Y si está enfadado? Tendría toda la razón para estarlo...».

—¿Carmen?

—Ah... ¿qué? —Cuando volví en mí, Paul ya se había ido. Creo que ni siquiera me despedí de él. Lonan estaba guardando los cepillos y despidiéndose del caballo. Se acercó para coger el cepillo que tenía entre manos.

—¿Quieres tomar un café? —dijo mirándome con el ceño algo fruncido. Parecía preocupado, y es que me había quedado callada y reflexiva durante demasiado rato.

Me lo pensé un instante, pero acabé asintiendo. Lonan abrió el portón de la cuadra y cerró cuando salí. Juntos, caminamos hacia el hotel para cambiarnos y recoger nuestras cosas.

—¿Ha pasado algo con Keitan? —preguntó de pronto después de un largo instante de silencio—. Ha sido pronunciar su nombre e irte a otro mundo..., ¿tengo que preocuparme?

Negué con la cabeza firmemente, pero le miré con cierta inseguridad.

—No. No ha pasado nada.

—Vale —respondió, y añadió al cabo de unos segundos—. Pero no me lo creo. Aunque si no quieres hablar...

—No. No —le corté de pronto, sintiéndome idiota por estar ocultándole aquello—. Quiero decir... que sí que quiero hablar. En realidad llevo días necesitando hablar con alguien, pero no sé muy bien cómo hacerlo.

—Se me ocurre que podemos ir a mi casa, te preparo un té y conversamos tranquilamente. No tienes por qué forzar nada. Las cosas salen solas ante un té caliente.

Sentí el impulso de negarme en redondo. Era mi reacción común cuando un hombre quería invitarme a su casa, pero Lonan no era cualquier hombre. Era mi amigo. Con él me sentía segura, y nunca tuvo ninguna actitud extraña hacia mí. Precisamente por eso me sentía tan bien con él, tan libre de conversar y de ser natural. No solo quería conocerle más, también quería volver a confiar en las personas.

—Sí. De acuerdo. Iremos a tu casa —respondí con una sonrisa.

Su casa estaba a las afueras de Cascade. Llegamos allí en su moto, y cuando la detuvo en el jardín me sorprendí al ver que su casa era, ni más ni menos, una caravana. Y su jardín no era exactamente un jardín. Tenía una pérgola que daba sombra a un conjunto de mesas y sillas rústicas que parecían hechas a mano en el exterior de la caravana, y aquella era toda similitud con un jardín que podía tener el lugar, pues el terreno era prácticamente un bosque. Cuando apagó el

motor incluso pude oír el murmullo del agua de un arroyo cercano.

La caravana estaba rodeada de plantas, enredaderas, macetas y todo tipo de flores plantadas en algunos parterres bien cuidados, pero dispuestos de manera caótica. Sentado junto a la mesa de jardín esperaba un enorme husky que en cuanto Lonan se acercó se lanzó entusiasmado en busca de su saludo.

—Ey, ¿qué tal has estado? ¿Me has echado de menos? —dijo rascándole la cabeza y agachándose para abrazarle. El animal le lamió la cara y Lonan rio—. Vamos, pasa. No hace nada, es muy buen chico.

Entré en la caravana detrás de ellos, y volví a sorprenderme con aquella pequeña casa. Tenía una cocina completa, pequeña pero muy útil, llena de estantes y con las ollas y sartenes perfectamente ordenadas en pequeños ganchos en la pared. Había una mesa de madera, y los asientos que estaban anclados a un lateral estaban cubiertos de cojines de colores. Al fondo, bajo las ventanas traseras, la cama se encontraba hecha, cubierta con un edredón de *patchwork*.

—¿Cómo se llama el perro? —pregunté curiosa. El animal acudió a mí y me incliné para dejarme olfatear por él antes de acariciarle la cabeza. Me lamió la mano en cuanto tuvo ocasión, moviendo la cola enérgicamente.

—No tiene nombre.

—¿No le has puesto nombre a tu perro?

—No —respondió Lonan, mientras ponía a calentar agua—. No me gusta ponerles nombre a los animales. Ellos no lo necesitan.

—¿Cómo no? Tendrás que distinguirlo de los demás...

—El perro siempre sabe cuándo le estoy llamando a él. Además, no tengo derecho a ponérselo, no me pertenece.

No entendí su razonamiento, pero no necesitaba entenderlo. Al principio, cuando conocí a Lonan, su forma de ser me pareció tan fuera de lo común que pensé que tenía una parte impostada, que era como una pose que había adoptado de cara a los turistas que visitaban el resort, pero me equivocaba. Lonan era, tal vez, la persona más auténtica que había conocido nunca, con una manera muy peculiar de ver la vida.

—Siéntate en el jardín, si quieres. Ahora sacaré el té.

Salí a la terracita y me senté en una de las sillas de madera, que resultó ser una mecedora. El suelo alrededor de la caravana era de gravilla y el toldo ofrecía una agradable sombra, aunque a aquellas horas el sol ya estaba descendiendo y su luz, dorada y cálida, no resultaba molesta. Disfruté de unos instantes de silencio, y me di cuenta de que aquel silencio estaba lleno de sonidos hermosos: el crujir de las ramas de los árboles, el sonido del arroyo y los cantos de los pájaros que volaban de unas ramas a otras, agitados por la llegada de la primavera.

«Es un lugar precioso... Creo que podría vivir aquí, alejada de todo, tranquila».

El perro se sentó a mi lado y me puso la cabeza sobre la pierna, mirándome con sus ojos dispares. Le acaricié, sonriendo con ternura. Lonan no tardó en salir con una bandeja con la tetera y dos tazas. Sirvió el té y se sentó en la mecedora junto a mí.

—Me ha sorprendido que vivas en una caravana.

—¿Ah, sí?

—Sí, ¿es que te pagan mal en el hotel? —pregunté con curiosidad.

—No, para nada. Vivo aquí porque no me gusta vivir en un apartamento, encerrado... Y tampoco me gustan las casas grandes, solo traen problemas y gastos que te esclavizan. Son una carga. Sin embargo, aquí tengo todo lo que necesito y en cualquier momento puedo echar a volar —respondió encogiéndose de hombros.

—¿Sueles hacerlo? Yo pensaba que habías nacido en Cascade.

Tomé un sorbo del té. No sabía a té, exactamente. Era una infusión con toque cítrico y dulce, que me templó el cuerpo al instante. A esas horas ya comenzaba a hacer fresco.

—No exactamente —respondió—. Nací en la reserva, cerca de aquí, pero a los dieciocho me alisté en el ejército. Tuve muchos destinos, así que he estado en muchos sitios.

—Eso sí que es sorprendente —dije honestamente. Lonan parecía de todo menos un soldado—. No sabía que habías estado en el ejército... No te veo ahí, si pareces un hippie, no te gusta la disciplina ni las órdenes.

Lonan se encogió de hombros, soltando una risita suave.

—A todo se acostumbra uno. Aunque ya tuve suficiente. No volvería a esa vida.

—¿Lo pasaste mal?

—No. No fui a ninguna guerra ni nada así, pero esa vida no es para mí. Es demasiado encorsetada, demasiado alejada de mis raíces.

—¿No es contradictorio que sientas tanto apego a tus raíces y quieras ser libre a la vez? —inquirí.

—Para nada. No tiene nada que ver. Mis raíces son la tierra y la naturaleza, mi gente y mis ancestros, pero la necesidad de volar y explorar no anula la necesidad de regresar a mi origen para que no olvide quien soy.

La voz de Lonan era relajante. Lo que decía me gustaba, era poético y hermoso. Era su manera de ver la vida, y la podía ver reflejada en el lugar en el que estábamos, tan respetuoso con todo lo que le rodeaba, tan auténtico. Me encontré tan tranquila en aquel momento, paladeando el té, que comencé a hablar sin darme cuenta.

—Pues yo no volvería a mis raíces ni borracha.

Lonan me miró con curiosidad.

—¿Por qué? —preguntó.

—Mi vida ha sido una mierda hasta llegar a Cascade. Solo aquí he empezado a sentirme viva —respondí honestamente, aunque no quise ahondar en los detalles.

—Bueno..., tal vez es el lugar donde debes echar tus raíces.

—Ojalá pudiera tomar esa decisión —dije con más amargura de la que quería demostrar.

—¿Por qué no ibas a poder?

—A veces el pasado marca demasiado el presente y el futuro de las personas...

Lonan se quedó unos instantes en silencio, dando sorbos al té y mirando el movimiento de las hojas de los árboles, que en ese instante temblaban bajo una ligera brisa. Me pregunté si sería capaz de entenderme si le contaba todo lo que había pasado. Quería abrirme de una vez, compartir con alguien algo de mi pasado, pero cuando lo intentaba sentía que la voz se trababa en mi garganta y me robaba el aliento.

Aún no era el momento.

—¿Sabes? No creo que eso sea verdad —rompió el silencio de pronto—. Solo existe el presente, y la vida se construye con las decisiones que tomas en él. El pasado es un recuerdo, y el futuro pura imaginación. No deberíamos dejar que rijan nuestra existencia.

—Ojala fuera tan fácil...

—¿Qué pasó para que pienses así? Suenas desesperanzada... —dijo con preocupación.

Yo negué con la cabeza. Sentí esa presión en el pecho.

Aún no era el momento.

—Pasé por una relación horrible. Romperla me costó mucho, y tuve que irme lejos... Aún marca el ritmo de vida, a pesar de mí.

—Aaah... Vale. —Lonan asintió, como si acabase de comprender algo.

Entrecerré los ojos, mirándole desconfiada.

—¿Ah, vale, qué? —inquirí, señalándole con la cucharilla.

—Que tienes miedo de que se repita la historia, por eso te angustia tanto cada vez que hablamos de Keitan. Porque te gusta.

Bajé la cucharilla y suspiré, apoyando la espalda en la mecedora, que se balanceó. No tener que decirlo me causó un profundo alivio.

—Sí... Es eso, en parte. Sé que no se repetirá; todo es diferente, y Keitan no es como el hombre con el que estuve, pero el miedo no conoce razón, y no puedo evitar sentirlo.

—Te gusta de verdad, ¿no?

—Sí. Mucho. Creo que me estoy enamorando... —confesé—. Y creo que he metido mucho la pata.

—¿Por qué? Me resulta difícil de imaginar que la pata no la meta él.

—Él se ha portado muy bien conmigo. Tuvimos una cita... y todo fue genial, hasta que nos besamos. Entonces... le rechacé y me fui sin despedirme. Me dio un ataque de pánico y me comporté de manera horrible.

—No diré que no se lo merezca un poco —apuntó Lonan. Luego suspiró y se inclinó en la mecedora para mirarme muy seriamente—. Keitan ha sido un idiota con muchas mujeres, pero nunca ha llegado al punto de destruirle la vida a nadie, ni de hacer más daño que el que pueda hacer una persona que no sabe comprometerse. Es bueno que seas cauta, pero no tienes que tener miedo. Las cosas pueden salir o no, pero aquí nadie dejará que te vuelva a ocurrir algo como lo que te ocurrió... Sea lo que sea.

Tuve que contener las lágrimas. Asentí y tomé un sorbo del té para recuperar el control de mi voz.

—Gracias..., Lonan. Pero ahora no sé qué hacer. No sé en qué punto está todo, si él estará enfadado... Si lo he fastidiado todo.

—Se me ocurre una cosa —dijo alzando las cejas—: puedo averiguar en qué punto está. Me cercioraré de que Keitan va en serio contigo, qué siente exactamente, y así podrás caminar sobre seguro y tomar una decisión con lo que haya. ¿Eso te ayudaría?

—La verdad es que sí —respondí sintiéndome aún más aliviada—. Me ayudaría mucho. No quiero meter la pata y que todo se vaya al garete por culpa de esto...

Lonan se rio y negó con la cabeza, relajándose en la mecedora.

—Nada se irá al garete. Tú ahora no pienses más en ello, termina el té y observa el bosque.

Hice lo que me decía, y durante un rato mi mente se despejó de todo pensamiento.

No sabía qué llevaba aquel té, pero era mejor que el Valium.

Capítulo diez

No fui a casa de Carmen al llegar, aunque era lo que más deseaba.

Necesitaba verla y hablar con ella, deleitarme con su risa y sentirme arropado con su sola presencia. Deseaba abrirle mi corazón y contarle lo triste y solo que me sentí estando alejado de ella, confesarle que la amaba y esperar su respuesta, evitándome así los interminables días llenos de angustia por no saber si podía tener una oportunidad con ella.

Pero no quería parecer un acosador. Siempre había sido un hombre impulsivo que actuaba sin pensar, pero con Carmen necesitaba mantener la calma y el control sobre mí mismo. Había algo que me decía que si actuaba como era normal en mí, se sentiría avasallada. Quizá fue su reacción al único beso que nos dimos, su rechazo y el terror en sus ojos me hablaban de alguna mala experiencia en el pasado, y temía que pensara de mí que podría hacerle daño.

Mi idea era simular un encuentro casual y entonces evaluar en qué punto estábamos para saber cómo proceder. Había regresado con la intención de conquistarla, y eso no iba a cambiar, pero tampoco quería que saliese huyendo a causa de mi vehemencia.

Me aguanté las ganas hasta la hora de comer al día siguiente, en que la busqué de manera disimulada por el hotel. Sabía que siempre iba a la terraza trasera, la que estaba destinada para el personal, pero no la vi allí.

Podría averiguar qué planta del hotel tenía asignada y buscarla allí, pero sería raro y no quería promover más cotilleos de los que ya circulaban. Quería ser discreto, todo lo discreto que se puede ser en un lugar lleno de gente, y en un pueblo lleno de fisgones como es Cascade.

Así que tomé la decisión de ir a los establos con la esperanza de que estuviese allí con Lonan y, si no era así, podría convencer al indio para que me diese su teléfono.

Sí, podría haber llamado a recursos humanos para que me lo diesen. Hubiese sido fácil y me evitaría hablar con el que, en aquel entonces, creía un rival, algo que podría acabar siendo humillante para mí. Pero mi posición de dueño del hotel y, por consiguiente, su jefe, era como una espada de Damocles pendiendo sobre mi cabeza, con el filo apuntando directamente hacia mi cráneo. Dar un solo paso en falso en esa dirección podría hacer que todo se fuese al infierno antes de empezar. Así que obvié el camino fácil y decidí seguir el difícil que, aunque fuese paradójico, era el más seguro.

Encontré a Lonan en el establo, solo, cepillando uno de los caballos que tenemos para las clases de equitación. Lo saludé con un gesto de la mano, y él me respondió inclinando levemente la cabeza. Me acerqué y palmeé el cuello del animal.

—¿Un día ajetreado? —le pregunté.

—Para nada —contestó, lacónico. Estaba claro que no iba a ponerme las cosas fáciles—. ¿Quieres que te prepare un caballo?

—No, no he venido a eso.

—¿Y qué te ha traído hasta aquí, entonces?

—Estoy buscando a Carmen. ¿Sabes dónde está?

—Curioso que me preguntes, porque quiero hablar contigo de ella.

—¿Y qué más tenemos que hablar? Creí que ya me lo habías soltado todo.

—Ni por asomo —se burló.

Lonan era mi empleado, sí, pero nos conocíamos desde pequeños y, aunque hacía poco que había regresado a Cascade después de pasar unos años en el ejército para empezar a trabajar para mí en el resort, él seguía tratándome con la misma confianza. Y, mal que me pesara, en el fondo lo

agradecía.

—Dispara, entonces. Soy todo oídos. Pero si vas a venirme con la misma mierda...

Alzó una mano, indicándome que me callara. Sonreí. Lonan era tan indio cuando quería...

—Quiero saber qué intenciones tienes con ella.

Estaba muy serio, mirándome con aquellos ojos negros que intimidaban a cualquiera. Menos a mí.

—¿Qué pasa? ¿Que haces el papel de padre? ¿O es que te interesa? ¿Quizá tienes intenciones deshonestas con ella y te molesta que yo ande por el medio? —bromeé.

Intenté cabrearlo, lo admito. Cuando Lonan se pone en plan estoico, con cara de póker y la mirada acerada, despierta en mí esa parte provocadora que arde por sacarlo de sus casillas.

—Sí, me interesa —contestó a la defensiva—, pero no es lo que tu mente sucia está imaginando. Quiero a Carmen como a una hermana.

—¿Cuánto hace que la conoces? ¿Unos meses? Y ya andas en plan protector con ella.

—El tiempo que haga no es importante. Carmen es una persona muy especial que se ha ganado mi confianza y mi cariño, y no quiero que un idiota como tú juegue con ella y le haga daño. Ya ha tenido bastante en su vida para que tú se la jodas más.

Pensé en la manera en que me había rechazado, el miedo que leí en sus ojos, y la desesperación con la que se apartó de mí, y me pregunté por enésima vez qué le había pasado para reaccionar así a un simple beso. ¿Quién le había jodido la vida a Carmen? ¿Qué le habían hecho? No quise hacer elucubraciones, porque todo lo que me venía a la cabeza era horripilante y me daba ganas de gritar, pero no podía evitar enfadarme con el mundo por tratar con crueldad a una mujer tan especial como ella. Porque yo ya sabía que era especial, no necesitaba que Lonan me lo recordase. Lo que sentía estando a su lado era más que suficiente para darme cuenta de lo única y extraordinaria que era.

Pero que me lanzara aquella advertencia, otra vez, hizo que la ira bullera en mí. Me hizo sentir como si fuese un monstruo sin conciencia ni corazón, alguien capaz de hacer daño a la gente a propósito, pero sin motivo ni razón. Y no era así. No era un hombre cruel ni desalmado. Tenía conciencia y procuraba cuidar de mi gente, de las personas a las que amaba y a las que dependían de mí. ¿Que había sido un picha loca durante toda mi vida? Sí. Pero jamás había violentado a una mujer, ni la había presionado para que se acostase conmigo. Las que habían venido a mi cama lo habían hecho con alegría y por voluntad propia. Y a las que no les había interesado, las había dejado en paz sin sentirme humillado ni rechazado.

—No entiendo qué maldita imagen tenéis de mí —rezongué, ofendido y harto—. No tengo intención de hacerle daño a Carmen. Nunca me he dedicado a perseguir a una mujer que no quisiera algo conmigo. Para mí, no siempre ha sido no, sin lugar a dudas. Siempre he sido claro y he ido de frente con todas y cada una de ellas, y me jode mucho que pongáis sobre mí la responsabilidad de las falsas ilusiones que se han hecho algunas.

—Quizá no ha sido tu intención, pero la cuestión es que has roto bastantes corazones a lo largo de estos años. Puede que lo que sientan los demás no sea tu responsabilidad, pero el dolor y el sufrimiento están ahí y, aunque no quieras, lo has provocado tú. No quiero que Carmen pase por eso. Así que, si no vas en serio con ella, será mejor que la dejes en paz. Olvídate de ella.

—¿Es que piensas que no lo he intentado? —exclamé, exasperado—. ¿Por qué crees que me he pasado estas dos últimas semanas en Nueva York? Sé perfectamente que Carmen no es de las que echan un polvo sin consecuencias, y te juro que he intentado arrancarla de mi mente, dejar de pensar en ella. Pero, ¡oh, sorpresa!: no lo he conseguido. Al contrario. Cada día alejado de Carmen ha sido como una puta tortura, y su recuerdo se ha afianzado con más fuerza, como garras

afiladas clavadas en mi cerebro —añadí, murmurando. Alcé la vista y lo miré directamente, clavando mis ojos en los suyos—. ¿Quieres conocer mis intenciones con ella? Pues bien, te lo diré: quiero conocerla mejor y descubrir si podemos llegar a tener una relación seria. Esas son mis intenciones y por eso estoy aquí, buscándola.

La incredulidad fue tan patente en el rostro de Lonan que había dejado de ser inexpresivo para reflejar con claridad la sorpresa y el escepticismo que sentía. Suspiré, abochornado por haber hablado tan claramente. ¿Quién me mandaba a mí hacer estas cosas, con lo fácil que hubiese resultado plantarme delante del portal de Carmen y esperar a que ella apareciera? O buscar su ficha en el ordenador y averiguar su teléfono.

Pero no, había decidido tomar el camino largo y humillante, por ella, para no asustarla.

—Confía en mí, Lonan, por favor —le supliqué. Me sentí humillado pero, al mismo tiempo, liberado. Empezar a poner voz a lo que sentía, hacía que me sintiera más liviano—. Nunca me he sentido así, y bastante difícil es ya con todo el mundo alertándola contra mí. Te juro que no quiero hacerle daño.

Lonan suspiró y su rostro se relajó ostensiblemente. Me dio la espalda y volvió a cepillar el caballo con tranquilidad.

—Más te vale, porque si le haces daño, te arrancaré la cabellera —me amenazó con frialdad, y estuve convencido de que no era un farol y hablaba completamente en serio—. En honor a nuestra amistad, te haré el favor de pasarle tu número de teléfono para que te llame, si es eso lo que ella quiere. Pero si no lo hace, si no quiere saber nada de ti, la dejarás en paz, ¿entendido?

Tragué saliva, nervioso. ¿Dejarla en paz? ¿Iba a ser capaz de hacerlo si decidía que no quería volver a verme? Tendría que serlo, y no porque temiera especialmente las amenazas de Lonan, sino porque en aquel preciso instante fui consciente de la revelación más trascendental de mi vida: lo único que verdaderamente me importaba era la felicidad de Carmen. Y si esta pasaba por que yo la dejase en paz, eso sería lo que haría. Aunque me partiese el corazón. Aunque me matase en vida. Aunque...

Aunque.

Porque la amaba más allá de la razón.

Yo, el hombre que durante toda su vida había estado huyendo del amor por miedo a sufrir, ahora estaba dispuesto a convivir con el dolor si a cambio conseguía que ella fuese feliz.

—No lo haré, lo prometo, por mucho que me cueste.

Aún me costaba reaccionar. No podía creer lo que acababa de escuchar. Me sentía feliz, tan eufórica que estuve a punto de salir de mi escondite en la cuadra contigua y lanzarme a sus brazos. El sentido común, y el temor que vino a la vez que toda esa alegría, lograron que frenara aquel tonto impulso. Me mordí los labios, y cerré los ojos con fuerza.

—De acuerdo. Le daré tu teléfono. Lo hago en honor a nuestra amistad, y tú tendrás que cumplir con tu promesa, ¿entendido?

—Sí. Sí, claro. Gracias, Lonan.

Me asomé tímidamente, con cuidado de que no me viera, y le vi abandonar el establo, sintiendo que por dentro me volvía de algodón y las piernas se me aflojaban.

Keitan sentía interés por mí. Más que interés, parecía locamente enamorado, ¡y no estaba enfadado por lo que había ocurrido! Los dos habíamos sentido lo mismo. Habíamos estado pensando en el otro, en la distancia, incapaces de centrarnos en nuestras vidas.

Esperé un instante para asegurarme de que Keitan se alejaba lo suficiente antes de salir de mi escondite y lanzarme sobre Lonan para abrazarle efusivamente. Él me devolvió el abrazo, pero

estaba serio cuando le solté.

—¿Qué piensas hacer? —preguntó entonces.

—Primero dame el teléfono... Luego reuniré valor para llamarle y pedirle una cita.

Lonan suspiró y sacó el móvil de nuevo, tecleó un mensaje y sentí vibrar mi móvil en el bolsillo del pantalón.

—Ahí lo tienes. Si te hace sentir mal con lo que sea, dímelo. Es mi jefe, pero le daré un buen puñetazo en la boca.

No pude evitar reírme, lo que le hizo fruncir más el ceño.

—No seas así... Te agradezco mucho la ayuda, y que quieras protegerme, pero no soy de cristal, no necesito que me defiendas —respondí, apretándole los brazos con cariño—. Tengo la corazonada de que Keitan es un buen hombre, más allá de esa imagen superficial que se empeña en mostrar. Y además... es tu amigo, deberías confiar más en él.

—Vale —dijo poniendo los ojos en blanco un instante—. Vale, tienes razón, eres capaz de solucionar tus propios problemas, y él es mi amigo, por eso sé que puede hacer tonterías. Si las hace, le diré cuatro cosas.

Una enorme sonrisa se abrió en mis labios y me lo quedé mirando con gratitud. A mi alrededor había gente que realmente se preocupaba por mí, gente que había sido una completa desconocida solo unos meses atrás, ahora era algo parecido a una familia para mí.

—¿Sabes? Siempre quise tener hermanos... y parece que mi deseo se ha cumplido. —Aquello salió del fondo de mi alma, pues era como sentía a Lonan, como un hermano, más que como un amigo.

Una sonrisa dulce se dibujó en sus labios, pero en sus ojos destelló una extraña tristeza, un instante fugaz antes de desaparecer sin dejar rastro.

—También eres como una hermana para mí —respondió, y al instante adoptó un gesto de seriedad trascendental—. Quien sabe, somos almas antiguas, seguro que hemos sido hermanos en otras vidas.

Vi la sonrisa oculta en sus ojos y le di un codazo suave.

—Cuando dices esas cosas nunca sé si estás hablando en serio o te estás burlando de mí —le dije riéndome. Sabía que Lonan creía en muchas de esas cosas, pero a veces era muy ambiguo y le gustaba bromear con todo—. Sea por lo que sea, destino o casualidad... me alegro mucho de haberte encontrado y de tenerte en mi vida.

—Venga, venga —respondió, apartándose de mí, aunque llegué a ver el brillo en sus ojos y esa lagrimita que casi asomó de ellos—. No nos pongamos sentimentales ahora..., tienes una conquista por delante y tienes que planearla. No pierdas energía en mí, ni limpiando caca de caballo, eso ya lo haré yo. Vete, venga.

Le di un beso en la mejilla antes de que se escabullera en el interior de la cuadra y salí apresuradamente de los establos, cerciorándome de que Keitan no andaba cerca.

Saqué el móvil y abrí el mensaje de Lonan. Allí estaba el número. Mi corazón saltó y sentí un calor burbujeante elevarse hasta mi pecho. ¿Qué podía decirle? ¿Era mejor enviarle un mensaje o directamente llamarle? ¿Qué me respondería?

Tenía la respuesta asegurada y, aun así, me sentía como una adolescente, temerosa de hablar con su enamorado.

Mejor esperaría a estar en casa para decidirlo y reunir la valentía necesaria para superar el temor que aún se agitaba en el fondo de mi estómago.

Me pasé toda la tarde pendiente del móvil, ilusionándome cada vez que sonaba y sintiéndome defraudado cada vez que miraba la pantalla y veía que era otra persona.

Casi había perdido la esperanza. La maldita voz burlona de mi cabeza me repetía que ella no querría saber de mí, que no era lo bastante bueno para ella, que con el pasado de mujeriego que tenía pasaría de arriesgarse, que huir no había ayudado en nada a mi causa... Incluso llegué a maldecirme por haber sido un cabeza hueca, un imbécil y un cobarde. Porque incluso en aquellos momentos en que había tomado ya una decisión, la idea de echarme atrás y no arriesgarme seguía estando muy presente en mi cabeza.

Me había encerrado en mi suite después de trabajar, sin ganas de ver a nadie, sintiéndome más solo que nunca. Pensé en mis hermanos, que estarían en sus casas, disfrutando de la familia. Kaden con Clara y el pequeño Angus en el rancho. Knox, con Nita, en la pequeña casa que habían comprado en el pueblo. Estarían a punto de sentarse a cenar y hablarían de su día, de cómo les había ido, se reirían de las anécdotas divertidas y compartirían los momentos duros para hacerlos más llevaderos.

Salí a la terraza de mi suite para mirar el paisaje, dejando el móvil sobre la repisa de la chimenea. Montana, en primavera, es magnífica y espectacular, cuando el frío y la nieve va dejando paso poco a poco a la vida que surge en cualquier rincón, con las raíces bien aferradas a la tierra.

No me sentía con ánimo de disfrutar de aquella belleza. El aire fresco del anochecer y el sol escondiéndose tras el horizonte me resultaron sombríos y muy acordes con mi estado afligido. Solo podía pensar en Carmen y en la suprema estupidez que había cometido al enamorarme así, hasta las trancas, esperando que ella me correspondiera. ¿Cómo iba a quererme? ¿Qué podía ofrecerle un tío como yo? La seguridad en mí mismo de la que había alardeado durante toda mi vida adulta, se estaba esfumando como humo intangible.

No oí que el móvil estaba sonando hasta al cabo de unos segundos. Sin pensarlo, me precipité al interior y corrí para cogerlo. Descolgué sin prestar atención a la pantalla.

—¿Sí? —dije, con voz temblorosa, lleno de esperanza pero temiendo otra decepción.

—Hola, Keitan.

Era su voz. Una oleada de alivio me inundó y me puse tan nervioso que el teléfono se me escapó de las manos y se cayó al suelo, rebotando sobre las baldosas. Solté una maldición y lo cogí con rapidez, rezando para que no se hubiera roto; hubiese sido la coronación de un día infame.

—¿Sigues ahí? —pregunté, jadeando. Su risa al otro lado me llenó de armoniosa tranquilidad y el miedo desapareció como si hubiese sido tocado por una varita mágica.

—Sí, sigo aquí y no me he hecho daño —bromeó. No pude evitar soltar una risa nerviosa—. Perdona por el chiste, ha sido malísimo.

—No, ha sido... gracioso.

Nos quedamos callados unos segundos, sin saber qué decir. Estaba ansioso porque ella hablara, y también quería decirle mil cosas, pero temí hablar atropelladamente, así que esperé.

—Lonan me ha dado tu teléfono. —Quise decirle que llevaba toda la tarde esperando su llamada, pero pensé que podía sonar a reproche, y me callé. Estaba aprendiendo a pensar en alguien más que en mí mismo, y eso me gustó—. ¿Te gustaría que saliésemos a cenar algún día?

—Mejor te paso a buscar ahora mismo. En media hora puedo estar en tu casa y nos vamos al Grill a comer una hamburguesa.

Hasta ahí llegó mi promesa de no arrollarla con mi impulsividad.

—No, mejor no. Quiero ir con calma, Keitan. Yo... no quiero precipitarme. Este sábado lo

tengo libre, ¿qué te parecería pasarlo juntos? Podríamos ir al Festival de Primavera.

Estaba ansioso por verla, hablar con ella y sentir que mi vida se iluminaba con su risa; pero si ella quería ir despacio, iba a respetar su deseo porque la espera valdría la pena.

—Me parece buena idea. Te paso a recoger el sábado por la mañana, entonces.

—Te espero a las once. Buenas noches, Keitan.

—¡Carmen! —me apresuré antes de que colgara.

—¿Si?

—Me alegro mucho de que hayas decidido llamarme y darme una oportunidad.

Ella no contestó enseguida, la escuché respirar con profundidad antes de hacerlo.

—Yo... también. Buenas noches.

—Buenas noches.

Colgó, y me quedé mirando el teléfono con adoración. Me llevé una mano al corazón, sorprendido al sentir un calor agradable que se expandía por mi pecho y alejaba el frío y el vacío que se habían hecho un hueco allí, mucho más evidentes desde la muerte de papá. Carmen llenaba mi vida de luz, alegría y esperanza, y un cálido agradecimiento salió espontáneo de mis labios, dirigido hacia Dios, el destino o lo que fuese, por traerla a mi vida de manera tan inesperada.

Capítulo once

El sábado por la mañana me puse uno de los vestidos que compré en el centro comercial de Templeton. Era blanco, estampado de flores rojas, con la cintura alta, la falda de vuelo sobre las rodillas y un escote generoso. Al principio me sentí extraña, incómoda al mirarme al espejo y no reconocer a quien había sido durante tantos años, pero cuando vi los ojos de Keitan iluminarse al verme, comencé a sentirme mejor.

—Ese vestido te sienta genial —me dijo mientras me abría la puerta del coche—. Estás preciosa.

El halago le vino muy bien a mi autoestima y me ayudó a superar la inseguridad con mi nueva ropa, lo cual fue de agradecer cuando, al llegar al Grill, comprobamos que medio pueblo estaba allí esa mañana.

Sebastian había abierto la barbacoa, al fin, y era todo un acontecimiento en Cascade. Incluso algunos de mis compañeros de trabajo habían acudido, y me saludaron al entrar, mirándome sorprendidos por mi cambio de imagen.

—¡Se nota que ha llegado la primavera! —exclamó Geena al verme de lejos. Justin estaba con ella, y nos lanzaron una mirada extraña al vernos entrar juntos.

Casi podía adivinar lo que estaban pensando: ¿qué hago aquí con el jefe? ¿Qué hago aquí, vestida así, con el jefe? Y sus miradas no eran las únicas que se volvían hacia nosotros. Aunque Keitan me había hecho sentir segura, de pronto me sentí cohibida y no pude evitar cerrar las manos en mis brazos.

«Esto es ir despacio, ¿no? Quedar en lugares públicos, hacer cosas que dos amigos harían... Pero sé que la gente hablará».

No me gustaba sentir esa atención sobre mí, y debí parecer realmente incómoda, porque vi como Keitan me miraba preocupado. Iba a decir algo cuando la voz de Clara le interrumpió.

—¡Hola, chicos! Aquí el comando de rescate —dijo con tono animado, dándome un abrazo cálido que me ayudó a calmarme al instante. Antes de apartarse, me habló al oído—. Tranquila, Keitan nos ha contado que no quieres que la gente hable, así que hemos venido a hacer pantalla.

Parpadeé sorprendida. Cuando Clara se apartó de mí, mirándome con una sonrisa de oreja a oreja y los ojos brillantes, empecé a temerme lo que estaba pasando.

—¿Qué...? ¿Qué quieres decir? —pregunté algo desubicada.

Clara miró a Keitan de reojo y se aseguró de que estuviera distraído. En ese momento se había agachado para saludar al pequeño Angus, que correteaba de un lado a otro como un torbellino de vida.

—Keitan nos ha confesado que va muy en serio con esto... y está realmente preocupado por si te sientes incómoda, así que ha pedido refuerzos. Nos ha sorprendido muchísimo, pero la verdad es que todos nos alegramos muchísimo de que seas tú, precisamente, la chica que tanto le llama la atención.

Alcé las cejas, cada vez más sorprendida. ¿De verdad Keitan les había dicho eso?

—Eh... ¿y a quiénes les ha confesado eso, exactamente? —inquirí, volviendo a sentirme nerviosa.

—¡No te preocupes! Solo a sus hermanos, y a Nita y a mí, claro.

Sentí que todo estaba yendo demasiado deprisa. Una parte de mí quería todo aquello, abrazarlo con entusiasmo y dejarse llevar, pero otra, más madura y realista, solo quería que aquello se frenase.

—¿Os ha reunido para contároslo?

—No, qué va, pero las noticias vuelan dentro de la familia, ya sabes —dijo haciendo un gesto con la mano, como restándole hierro—. Estoy super feliz por vosotros, tú me caes muy bien, y seguro que haréis buena pareja.

Aquello ya fue demasiado. Parpadeé y negué con la cabeza, apresurándome para darle explicaciones.

—No. No, Clara. Agradezco mucho lo que estais haciendo, pero yo solo he quedado con él para pasar un buen rato, sin pretensiones. —Clara fue alzando paulatinamente una ceja, mirándome con escepticismo—. Como amigos —añadí. Ella cerró la mano en mi brazo y se acercó para hablarme en voz baja.

—Te voy a decir una cosa: a los Wescott les cuesta admitir lo que sienten, pero cuando lo hacen siguen adelante hasta las últimas consecuencias, sobre todo cuando se enamoran. Si yo te dijera las tonterías que tuve que aguantar hasta que Kaden admitió que estaba enamorado de mí... Y Nita también tiene historias que contar, si las quieres escuchar.

—Me lo creo, Clara, pero yo también tendré algo que decir al respecto, ¿no? —No quise sonar desagradable, pero no pude evitar ponerme algo a la defensiva.

—Bueno..., si no estás convencida, tiempo al tiempo —dijo con una sonrisita socarrona.

—Parece que ya estamos todos, ¿qué tal si nos sentamos? —interrumpió Keitan, mientras Angus se agarraba a la falda de su madre exigiéndole atención. Agradecí poder quitarme de encima a Clara y su alcahuetería. Me caía muy bien, pero en ese momento me estaba poniendo algo nerviosa.

—¿Has traído a tu familia a nuestra primera cita? —le espeté a Keitan mientras íbamos hacia la mesa.

—¿Cita? Dijiste que querías ir despacio, así que pensé que estaría bien reunirnos con más gente...

Suspiré, pero no pude evitar sonreír al ver que en la mesa había más gente, además de Clara, Kaden y su hijo, estaban Nita, Knox y Britt, que se levantaron para saludar en cuanto nos vieron. Ellos no hicieron ningún comentario sobre nuestra llegada juntos, ni sobre el supuesto enamoramiento de Keitan, y eso me hizo sentir más cómoda a pesar de las miraditas de Clara, que parecía disfrutar como una adolescente de la situación.

Hannah no tardó en llegar, mascullando y maldiciendo.

—¿Qué ocurre? —preguntó Nita.

—Mac ha tenido que atender una urgencia, así que voy a pasar el día sola —se quejó mientras tomaba asiento.

—No te preocupes, lo pasarás con nosotros, será divertido —la animó Clara, y pronto pareció dejar atrás el mal humor cuando las cervezas y los aperitivos comenzaron a llenar la mesa.

El ambiente era agradable, aunque el local estaba lleno hasta los topes y la gente hablaba sin parar, todo el mundo parecía divertirse y disfrutar de aquel momento. Yo me sentía extraña mientras conversábamos con los demás, sentados el uno junto al otro como si hubiéramos hecho aquello toda la vida. Mi presencia junto a Keitan resultaba tan natural para los demás que pronto empecé a olvidarme de aquel miedo a las habladurías que me había amargado la llegada. Y Keitan tuvo mucho que ver. Estaba exultante, participaba en la conversación y no dejaba de hacer bromas con sus hermanos, en especial con Knox, que no paraba de chincharle con tonterías. Parecía tranquilo, y muy pendiente de que yo lo estuviera, no es que me apabullase preguntándome cada instante si estaba bien, pero captaba sus miradas, veía su atención en la forma en la que rellenaba mi copa, o se aseguraba de que la comida me gustase... y también en la manera en la que me

integraba sutilmente en todas las conversaciones. Cuando salía algún tema familiar que necesitaba introducción, Keitan me explicaba los pormenores y todos disfrutaban al recordar anécdotas y contármelas.

«Es realmente atento, pero no solo conmigo. Me gusta cómo trata a su familia..., a sus hermanos». Les observé a los tres y recordé lo que me había dicho Clara sobre ellos, lo mucho que les costaba aceptar sus sentimientos y las dificultades que habían tenido por culpa de eso, y en ese instante costaba de creer. Knox y Kaden eran abiertamente cariñosos con sus esposas, y en sus miradas no había más que adoración hacia ellas. El cariño que todos se profesaban allí era palpable, y me alegré de que hubieran sido capaces de superar sus rencillas y sanear su relación familiar.

No pude evitar recordar a la mía. Su rechazo, la distancia con la que siempre me trataron... Yo nunca conocí nada parecido a lo que estaba viendo, y la única familia que tenía de verdad; mi madre, había pasado ya media vida en la cárcel.

«Estoy segura de que mamá sería feliz en Cascade», pensé durante la comida, observándoles con una sensación cálida y algo melancólica en el pecho. «Ojalá pueda traerla algún día».

Pensar en ella siempre era agri dulce. Desde que escapé, no había podido verla, escribirle ni llamarla por teléfono. Desde hacía tres años las únicas noticias que tenía de ella me llegaban a través de la red del Ferrocarril Subterráneo, y la verdad es que me moría por hablar con ella y contarle todo lo que estaba pasando.

«Te contaría cómo me siento, mamá, y que por primera vez en mi vida tengo la esperanza de haber encontrado un lugar, y... tal vez, una familia».

Esperaba poder llamarla pronto, escuchar su voz y contarle todo lo que había pasado. Debía estar tremendamente preocupada, porque ni siquiera sabía dónde estaba.

—¿Estás bien? —La voz profunda de Keitan susurró en mi oído, sacándome de mis pensamientos. Se había inclinado un poco para hablarme, y al volver el rostro vi sus ojos verde-azulados observándome de cerca. Era el hombre más guapo que había conocido nunca, y tenerle tan cerca hacía que mi corazón se estremeciera.

«¿Lo habré encontrado al fin...?, ¿un lugar para mí?».

—Sí. Estoy muy bien. La comida es buena, y la compañía aún mejor —respondí con una gran sonrisa, y Keitan pareció quedarse tranquilo, aunque tardó en apartar la mirada y tuve la certeza de que quiso besarme en ese momento.

La comida en el Grill se alargó hasta bien entrada la tarde, cuando decidimos ir a la feria que se celebraba con motivo de la Fiesta de la Primavera. En un amplio descampado, junto a uno de los preciosos parques de la ciudad, habían dispuesto casetas y atracciones. La música estridente sonaba aquí y allá, entremezclándose en una algarabía, tratando de llamar la atención de los visitantes a los distintos divertimentos que ofrecían los feriantes, y sus voces, tronantes, ofrecían el cebo de los premios o la adrenalina a cambio de un par de dólares.

Aunque fuimos todos juntos, no tardamos en disgregarnos, atraídos por las distintas actividades. Nita quiso subir al toro mecánico, así que Knox se quedó con ella. Clara, Kaden y el niño fueron a una gigantesca piscina de bolas, y Britt y Hannah decidieron montar en los coches de choque. Nosotros nos detuvimos en las casetas de tiro.

—¿No son una estafa? —pregunté con curiosidad cuando Keitan agarró la escopeta.

—Suelen estar trucadas, pero es cuestión de observar y compensar el truco —dijo sonriéndome con seguridad.

Falló el primer tiro, pero acertó los dos siguientes sobre dos de los patitos móviles que

pasaban tras la barra. Me quedé boquiabierta.

—¡No sabía que supieras disparar!

—¿Cómo no iba a saber? Me he criado en un rancho, es algo que viene de serie —dijo riéndose.

—Me gustaría que me enseñaras —le dije llevada por el entusiasmo. Su sonrisa se ensanchó, y me dio el rifle.

—Eso está hecho.

Yo ni sabía cogerlo, y cuando sentí que se colocaba a mi espalda y me ponía las manos en la empuñadura, enseñándome con gestos como debía sostenerlo, pensé que iba a desmayarme ahí mismo. Su olor volvió a golpearme y a dejarme casi sin respiración, y tuve que hacer un enorme esfuerzo por concentrarme en lo que me decía.

Lo intenté de veras, pero el primer tiro falló. Y también el segundo, pero los dos nos lo tomamos a risa. Keitan siguió sosteniendo mis manos contra el arma, y me ayudó hasta que conseguí acertar al primero de los patitos de madera.

—¿Ves? No es tan difícil. Ahora hazlo tú sola —dijo apartándose.

Me sentí un poco contrariada de que se alejara, pero me animé a probar por mí misma. Levanté el rifle, apunté... y volví a fallar. Tuvimos que pagar por unos cuantos tickets más, pero al quinto disparo por fin di de pleno en uno de los patitos, cuyo premio era un peluche enorme con forma de conejo que íbamos a añadir a la colección de fruslerías que Keitan ya había conseguido con sus disparos.

—¡Lo he hecho! —exclamé, presa de una repentina euforia. Nunca había disparado, y era la primera vez que daba en el blanco, así que me sentí triunfante, y tan contenta que en mi celebración, sin darme cuenta, me lancé sobre Keitan y le abracé con fuerza, riendo—. ¡Gracias! ¡Gracias!

El abrazo de Carmen me sorprendió. Fue algo espontáneo y natural, surgido de la alegría del momento y del cariño sincero que empezábamos a tener el uno por el otro. Pensé en las veces en que una mujer me había abrazado así, sin esperar una respuesta sexual por mi parte, y pude contarlas con los dedos de una mano. Todas, protagonizadas por Clara y Nita. Supongo que mi madre también debía mostrarme su cariño de esta manera, pero yo era muy pequeño cuando murió y a duras penas la recuerdo antes de que cayera enferma.

Extendí las manos en su espalda con suavidad y cerré los ojos para deleitarme con el calor que me erizaba la piel. Carmen olía a alegría y felicidad, como un día soleado, o como la pradera en primavera, cuando se llena de flores y color. Se me hizo un nudo en la garganta y sentí que la calidez que ella desprendía se arremolinaba alrededor de mi corazón, contagiándome su entusiasmo y ahuyentando la soledad que tan presente se había hecho en mi vida.

«Ojalá este momento no se terminara nunca», pensé. Temeroso de que no volviera a repetirse nunca, intenté grabar en la memoria de mi piel cada sensación. Cuando se apartó de mí, un poco avergonzada, quise retenerla. Mis brazos casi se cerraron con fuerza a su alrededor para apretarla contra mi cuerpo, queriéndome fundir con ella.

Pero me contuve. Retenerla la incomodaría y yo no quería hacer nada que pudiese provocar de nuevo que me apartara con los ojos llenos de terror.

Cuando dio un par de pasos hacia atrás y me miró con los ojos brillantes y avergonzados, yo sonreí a pesar del frío que me congelaba las entrañas, un frío que siempre había estado ahí pero que, desde la aparición de Carmen en mi vida, se había hecho mucho más evidente.

—Lo siento —me dijo, sonriendo con timidez—, pero no he podido evitar el impulso.

—Yo no. Me ha gustado que me abrazaras —contesté con calidez.

La miré con atención. Tenía las mejillas arrojadas y, aunque lo intentaba, no podía parar de sonreír. Dar en el blanco y ganar aquel tosco peluche la había hecho muy feliz, y yo quería seguir haciéndola feliz durante el resto de mi vida.

—Te ha gustado la experiencia.

—Sí —admitió mientras empezábamos a caminar después de que el de la caseta le diese un gran conejo blanco con los ojos rosas y un lacito azul entre las orejas—. Es muy grande —se rio—. ¿Podemos ir a dejarlo en el coche con los otros premios? Porque ahora no sé qué hacer con él.

—Por supuesto.

Caminamos hasta el aparcamiento, en la entrada de la feria. Ella reía y hablaba de lo bien que se había sentido al ganar aquel conejo monstruoso por sí misma, y de la euforia por dar en el blanco, mientras yo le daba vueltas a una idea. Quizá...

—Oye, ¿te gustaría aprender a disparar un arma de verdad? Y no una de estas trucadas de la feria.

—¡Me encantaría! —respondió inmediatamente.

—Entonces, lo arreglaré.

Volvimos a la feria después de dejar el peluche en el coche. Paseamos entre las casetas, disfrutando de la música estridente y de los olores intensos a comida y azúcar. Le compré una manzana de caramelo y casi me derretí cuando la vi morderla, con los ojos cerrados por el placer, deleitándose en el sabor, y pensé en lo dulce que sería besarla en aquel momento, y robarle los restos de caramelo que se habían quedado prendidos en sus labios. Dudé durante un instante, pero no me atreví. Tuve miedo de su rechazo. Lo estaba pasando tan bien y me sentía tan feliz, que no quise estropearlo como un necio. Ya habría tiempo para besos y caricias. No podía precipitar las cosas. Sabía que había algo que a Carmen le daba mucho miedo, y me propuse tener la paciencia que fuese necesaria hasta demostrarle que yo era digno de su confianza y que no había nada en mí que tuviese que temer.

Cuando el sol empezó a esconderse tras el horizonte, tiñó el cielo de naranja. La noria destacaba sobre todo lo demás, alta y majestuosa, recortándose contra el cielo del atardecer. Carmen la miró arrojada, con un tinte de temor en los ojos.

—Nunca me he subido a una noria —susurró, fascinada.

—¿No? ¿Por qué?

—Siempre me han dado miedo las alturas y no me he atrevido.

—¿Y si subieses conmigo? ¿Te atreverías? —le propuse—. Quizá descubras que las vistas valen la pena y contrarrestarán el miedo.

Dudó durante unos segundos. La lucha que sostuvieron el miedo y las ganas de experimentar algo nuevo fue evidente en el ceño fruncido y en cómo se mordisqueó los labios, concentrada.

—Está bien. Subamos. Pero prométeme que si empiezo a gritar, no te vas a reír de mí.

—Si empiezas a gritar te abrazaré fuerte hasta que todo acabe. Aunque me dejes sordo en el proceso —bromeé, y conseguí que soltara una carcajada nerviosa.

Nos pusimos en la cola y a los diez minutos ya estábamos subiendo. La cesta se balanceó un poco y Carmen soltó un gritito ahogado por la impresión. Después se rio, nerviosa y avergonzada.

Cuando la cesta llegó a mitad de camino, cerró los ojos y buscó mi mano, apretándomela.

—No sé si voy a poder mirar —me susurró.

Le pasé el brazo por los hombros y la atraje hacia mí en un gesto protector y egoísta a la vez, porque quería volver a sentir el calor de su cuerpo contra el mío. Ella me puso la palma sobre el

pecho y el corazón me dio un vuelco de la emoción. Me sentí como un tímido adolescente en su primera cita, lo que era totalmente desconcertante y maravilloso al mismo tiempo.

—Abre los ojos —le susurré.

—No puedo.

—Eres una mujer valiente. Atrévete. Si no te gusta lo que ves, siempre puedes volver a cerrarlos, ¿no?

—Está bien —claudicó.

Parpadeó, tímida, y cerró la mano sobre mi chaqueta, apretujándola con nerviosismo. Pero confió en mí, y abrió los ojos.

—Es... Es precioso —balbuceó.

«No tanto como tú», pensé sin apartar los ojos de ella. El paisaje que nos rodeaba a mí me importaba bien poco. Era a ella a quien quería mirar, y aspirar el aroma de su pelo que estaba justo debajo de mi nariz.

—Sí —dije en voz alta.

—Me alegro mucho de que me convencieras de hacerlo.

—Fue fácil porque estabas deseándolo.

Desde la parte más alta de la noria podían verse las luces del resort, con la silueta recortada en el cielo del atardecer. Dimos dos vueltas y a la tercera, la cesta se quedó quieta en la parte más alta. Los pasajeros empezaban a bajar y teníamos que esperar nuestro turno.

—Sí, estaba deseándolo —dijo finalmente, al cabo de un rato—, pero no lo hubiera hecho yo sola. —Alzó la mirada para dirigirla hacia mi rostro—. Tampoco me hubiera atrevido yendo con cualquier otra persona.

¿Estaba diciendo que empezaba a confiar en mí? Sentí la euforia burbujear por mi torrente sanguíneo y fijé la mirada en sus labios, tan cerca ahora de los míos. Inspiré profundamente y me pasé la lengua por los míos, anhelando su contacto. Deseaba tanto besarla...

Carmen siguió el movimiento de mi lengua y el rubor le tiñó las mejillas. Estoy seguro de que supo que quería besarla, pero no se apartó, ni rompió aquel momento mágico que estábamos viviendo. Sentí el palpar de su corazón, desbocado en su pecho; el suspiro que nació en su garganta y que expelió por la boca, muy suavemente, y que me hizo cosquillas en la nariz.

—Quiero besarte. —Mi boca habló antes de que pudiera hacer algo por evitarlo—. ¿Puedo?

Ella no dijo nada. Simplemente cerró los ojos y me ofreció su boca entreabierta como si fuese un dulce manjar. No pude resistirme a la tentación. Descendí sobre ella como un ave de presa, ávido por saborearla, conteniendo el fuego que corría por mis venas. El corazón me latió tan rápido y fuerte que su eco me ensordecía igual que una tormenta desatada sobre mi cabeza.

Me rodeó el cuello con las manos mientras yo me hundía en el calor de su boca. Enterró los dedos en mi pelo, aferrándose a mí, apretando su pecho contra el mío, haciendo que el calor abrasador que desprendía atravesara la ropa y se pegara a mi piel, quemándome.

Fui feliz. Por primera vez en mi vida, la auténtica felicidad me embargó y atravesó mi corazón como una saeta, y me di cuenta, por fin, de lo equivocado que había estado al intentar huir de aquel sentimiento que me había atrapado a traición.

Nos perdimos en el beso, en la humedad de nuestras bocas, en las lenguas chocando y acariciándose, en los jadeos y el latir rápido de nuestros corazones. Nunca, jamás, había experimentado algo como aquello, tan difícil de describir con palabras. Fue euforia pura, felicidad extrema, pasión y ternura. El resto del mundo desapareció y solo existíamos nosotros dos, el calor de nuestros cuerpos abrasándose por el deseo, el latido furioso de nuestros corazones y la seguridad de que, por fin, había encontrado mi lugar en el mundo.

Porque Carmen era mi hogar, mi vida, mi mundo.

Tanto nos perdimos, que no nos dimos cuenta de que la cesta había llegado al final del viaje hasta que el ruido de los aplausos y las risas de la gente nos sacaron de nuestro momento. Carmen se apartó de mí mientras reía avergonzada. Yo me bajé y la ayudé a ella a descender de la cesta para marcharnos de allí entre risas compartidas.

Había sido un día perfecto y, cuando al cabo de un rato, la dejé en su casa, volví a besarla con suavidad y me alejé de ella convencido de que acababa de cerrar una etapa de mi vida para iniciar el camino maravilloso que se abría ante mí.

Capítulo doce

El conejo era gigantesco. No había dónde ponerlo, y sus ojos rosas de mirada fija tenían un toque siniestro. Aun así, me parecía entrañable. Lo dejé sentado sobre mi cama, apoyado en el cabecero, y le arreglé el lazo azul entre las orejas. No pegaba en absoluto con la pulcra decoración de mi habitación, pero no pensaba guardarlo en un armario. Aquel peluche estaba ligado a las emociones que había vivido la noche pasada, y que aún se anudaban en mi estómago como un lazo de seda, suave y agradable.

Lo que había sucedido la noche pasada era fantástico. Todo lo había sido, pero ese beso mientras la noria descendía me había liberado. Lo noté nada más tocar el suelo, cuando las miradas de todos se posaron en nosotros y estallaron en aplausos. Lo sentí porque me dio igual que nos hubieran visto, estaba en una nube de felicidad, sintiéndome tan viva que deseaba gritarle al mundo lo maravilloso que había resultado.

Keitan era apasionado, en su beso pude sentirlo, ese fuego que parecía encerrar dentro, y que dejaba escapar de la manera más cálida y respetuosa. No recordaba que nadie me hubiera tratado así nunca, con tanta atención, cuidando tanto lo que yo pudiera sentir en lugar de arrancar de mí lo que deseaban. De alguna forma, mis dudas se habían despejado, y ver la devoción con la Keitan trataba a su familia me terminó de demostrar que no tenía nada que temer de él. Era injusto compararle con alguien como Armando, y no podía juzgarle tomando como medida lo que había vivido con ese monstruo, pero aunque el miedo irracional siguiera en el fondo de mi alma, me sentí muy capaz de contenerlo.

«Creo que incluso podré superarlo, como he superado otros miedos durante estos días», me dije llena de esperanza al darme cuenta de que, por primera vez, era capaz de visualizarme en un futuro sin miedos.

Me sentía segura. Me sentí segura incluso mientras nos aplaudían. Los juicios del pueblo no importaban, los de nadie en absoluto, y no debía dejar que aquello guiara mis decisiones. Quería dejarme fluir, ver cómo surgían las cosas y saborearlas, sin miedo al resultado final, como una niña que vive por primera vez.

«Es hora de darme la oportunidad. Me merezco esto».

Cuando sonó el timbre ni siquiera respondí al telefonillo. Keitan había sido puntual, y bajé las escaleras del apartamento como una exhalación, con el corazón atronando en mi pecho. Al abrir la puerta, me detuve en seco al verle allí de pie, vestido con unos vaqueros y una camisa azul que resaltaba el color de sus preciosos ojos. Se había puesto un sombrero Stetson, y estaba guapísimo. Tanto, que tuve que reprimir las ganas de volver a besarle.

Hubo un silencio incómodo, en el que ninguno supo muy bien qué hacer. La noche anterior nos habíamos besado varias veces, y eso lo cambiaba todo... ¿no? ¿Cómo se suponía que debíamos saludarnos ahora?

—¡Hola! —dije simplemente, y Keitan esbozó una enorme y luminosa sonrisa, ofreciéndome el brazo para acompañarme hasta su coche. Lo acepté mientras la incomodidad se evaporaba como si jamás hubiera existido—. Ese sombrero te sienta muy bien. Me encanta, pareces un auténtico vaquero.

Keitan se rio. Me abrió la puerta del coche y me invitó a subir con un gesto caballeroso. En sus ojos había un brillo vivo y alegre que no le había visto nunca.

—Soy un auténtico vaquero. He pasado media vida en un rancho encima de un caballo, ¿recuerdas?

Subí al coche y me abroché el cinturón. Habíamos quedado para mi primera clase de disparo, y estaba ansiosa por saber dónde iríamos, pero no le pregunté. Quería sorprenderme.

—¡Oh! ¿Sabes que Lonan está enseñándome a montar a cab...? —hablé sin pensar, llevada por el entusiasmo, pero mi voz se enmudeció dejando la pregunta a medias.

Una conocida inquietud regresó a mí y me golpeó en el centro del pecho... ¿y si se ponía celoso? ¿Y si aquello no le gustaba y le enfadaba?

—¿Te está enseñando a montar a caballo? —Le miré de reojo, y vi que estaba sonriendo, que en su rostro no había rastro alguno de molestia—. Entre Lonan y yo te convertiremos en una auténtica vaquera a ti. Tendremos que conseguirte un sombrero como el mío.

Le miré cautelosa, sin creerme aún la naturalidad con la que se lo tomaba. Sabía que aquello era un reflejo de lo vivido con Armando, pero aún no podía controlar a mi subconsciente, y necesitaba sentirme segura.

—¿No te molesta?

—En absoluto —dijo soltando una risa. Ya estábamos cruzando las calles de Cascade en dirección a la salida y Keitan mantenía la mirada en la carretera—. ¿Por qué iba a molestarme? Lonan es el mejor instructor que podrías encontrar en cientos de millas a la redonda.

Suspiré aliviada y me acomodé en el asiento, sintiendo que una garra en mi corazón se retiraba de pronto.

«Armando me habría dado una paliza si se hubiera enterado de que aprendía algo de otro hombre». Empujé los recuerdos lejos, centrándome en la presencia de Keitan, segura y tranquila. «Él es completamente diferente... ¿Dejaré de medir algún día a todos los hombres comparándolos con Armando?». Deseaba con toda mi alma poder hacerlo, y estaba dispuesta a esforzarme por ello. Miré a Keitan, pensando en que podría aferrarme a su ejemplo y usarle como referencia a partir de entonces.

Lo que había vivido me marcaba tan profundamente que aquello iba a costarme, pero me esforzaría. Lo haría con toda mi voluntad.

Durante la hora que tardamos en llegar al pequeño bosquecillo donde había previsto hacer el picnic, no pude dejar de mirarla de reojo. Se había operado un cambio en Carmen, para bien, y no solo en su forma de vestir, mucho más alegre. El día anterior había dejado de lado los jerséis anchos y los pantalones para ponerse un vestido primaveral que me había dejado sin aliento; y aunque hoy volvía a llevar vaqueros, algo lógico teniendo en cuenta los planes que teníamos, se había puesto una camiseta ceñida con un gracioso dibujo de Betty Boop.

La veía mucho más cómoda y relajada conmigo, como si hubiese tomado la decisión de confiar en mí, y eso fue un regalo inesperado que agradecí enormemente.

Hablamos sobre lo bien que lo pasamos el día anterior, en la feria, y sobre lo maja que es mi familia. No pude evitar resoplar cuando dijo que tenía suerte de tener a unos hermanos como Kaden y Knox, aunque acabé admitiendo que tenía razón. La música de la radio sonaba de fondo, pero cuando empezó a sonar *Judas*, de Lady Gaga, Carmen subió el volumen y empezó a cantar a pleno pulmón. No tardé en acompañarla y acabamos riéndonos como dos colegiales. A ambos se nos daba muy mal, no parábamos de desafinar, y nos burlamos el uno del otro sin ninguna medida.

Llegamos al bosque sobre las diez de la mañana. Aparqué la pickup y bajamos.

—He traído desayuno. ¿Te apetece comer algo antes? —le dije, sacando la cesta de detrás del asiento.

—No, gracias, no tengo hambre. Y estoy impaciente por empezar a disparar.

Le brillaban los ojos por la emoción y no pude evitar sonreír. Se la veía tan feliz que el corazón se me ensanchó en el pecho.

—De acuerdo, entonces.

Saqué el rifle, una caja de munición y, de la parte de atrás de la camioneta, una bolsa llena de latas y botellas de cristal, que puse metódicamente sobre un tronco caído.

—Supongo que por aquí no habrá peligro de que le dé a alguien, ¿no?

—Tranquila, por aquí no vienen ni las vacas a pastar. ¿Sabes? Algún día, cuando te manejes mejor con el caballo, te llevaré a la zona en la que trabajan los chicos con el ganado. Pronto será la época de marcar las reses.

—¡Eso sería fantástico! Como estar en una película de vaqueros. ¿Sabes que nunca había visto una vaca o un caballo de cerca hasta llegar a Cascade? ¡Todo esto es tan emocionante!

—No, no lo sabía. —La alegría murió en sus ojos y se puso a la defensiva, quizá pensando en que empezaría a preguntarle cosas de su pasado, y yo sonreí para tranquilizarla—. No voy a preguntarte nada, Carmen —la tranquilicé—. Cuando tú quieras y te sientas segura, me gustaría que me hablaras sobre tu pasado, porque quiero conocerte y saberlo todo sobre ti; pero no voy a presionarte, ni a hacerte preguntas.

Ella asintió, agradecida, y creí ver en sus ojos un reflejo de emoción.

—Sí, algún día lo haré.

Cabeceé, sintiéndome algo decepcionado, y me pregunté por enésima vez qué había en su pasado que hacía que no quisiera hablar de él. Intuí que había mucho dolor, y me esforcé por disimular el enfado que eso me provocaba. Carmen era una mujer maravillosa y excepcional, que no se merecía que la hiciesen sufrir.

«Cuando esté preparada, me lo contará», me dije. «Mientras tanto, me esforzaré en hacerla feliz, que se sienta a gusto y cómoda, y el resto ya vendrá».

Saqué el rifle de la funda y lo cargué con munición mientras Carmen miraba atentamente.

—¿Me enseñarás a cargarlo?

—Por supuesto. Y a limpiarlo también. Pero hoy nos concentraremos en disparar, ¿de acuerdo?

—Por mí, perfecto.

—Bien, ven aquí.

La puse delante de mí, a menos de diez metros del tronco sobre el que había dispuesto las latas y las botellas de cristal. Le corregí la manera de cogerlo, le apoyé la culata en el hombro y la enseñé a coger correctamente el guardamanos para equilibrarlo.

—Para evitar accidentes nunca pongas el dedo en el gatillo hasta que no vayas a prepararte para disparar —le dije, intentando concentrarme. El aroma de su pelo recién lavado y el calor que desprendía su cuerpo, pegado al mío, hacían concurso para distraerme—. Los gatillos suelen ir muy suaves y puedes dispararlo sin querer.

—Entendido.

Cerré los ojos un instante y me deleité en el momento. Estábamos tan cerca el uno del otro... y Carmen no parecía tensa, ni nerviosa.

—Bien. Ahora alinea el ojo con la mira y el objetivo para apuntar. Cuando estés lista, dispara, pero hazlo con suavidad.

Me aparté medio paso para darle espacio, lamentándome por perder aquella extraña intimidad. Solo le estaba enseñando a disparar, pero a mí se me antojó como si fuese un baile íntimo y excitante. Me reí de mí mismo por majadero, porque supe que ni un ejército de stripers contoneándose delante de mí medio desnudas me parecerían tan sensuales y atractivas como

Carmen sujetando el rifle, concentrándose para disparar.

—Relájate. Toma aire con suavidad y expúlsalo lentamente.

Me hizo caso, pero cuando disparó, falló. Bajó el rifle y me miró con el ceño fruncido, frustrada.

—No le he dado —se quejó.

Le acaricié la espalda para relajarla y volví a ayudarla a coger correctamente el arma.

—Vuelve a intentarlo —la animé.

—¿Crees que lo conseguiré?

—Por supuesto.

No lo dije para hacerla feliz, sino porque estaba convencido de que Carmen era de ese tipo de personas que es capaz de hacer cualquier cosa solo con proponérselo.

Disparó varias veces, hasta que, por fin, acertó. Una botella de cristal estalló, esparciendo los minúsculos trozos por el suelo.

—¡Sí! —gritó, alborozada, girándose hacia mí.

Me apresuré a coger el rifle antes de que hubiera un accidente mientras disfrutaba viéndola reír.

—Lo has hecho muy bien —la felicité sonriendo—, pero la próxima vez que te vuelvas hacia mí, recuerda no apuntarme con el arma.

—Ay, lo siento —se lamentó, llevándose las manos a las mejillas.

—No pasa nada, es un error de principiante que todos hemos cometido —me apresuré a quitarle hierro al asunto en cuanto vi que sus ojos se oscurecían por la preocupación.

No pude contener el deseo de acariciarle la mejilla, y aparté un mechón de pelo que se le había caído sobre los ojos. Ella me miró sin parpadear y nuestras miradas quedaron prendidas la una de la otra. Anhelé abrazarla y besarla de nuevo, como la noche anterior. Hacer que temblara entre mis brazos y que sus suspiros de placer me hicieran cosquillas en la oreja. Quise sentir el calor de su cuerpo pegado al mío, y las caricias de sus manos enterradas en mi pelo.

Pero aquel momento terminó cuando ella apartó la mirada sin decir nada y cogió el rifle de mis manos para girarse y volver a disparar.

Tragué saliva, desilusionado. Por un momento, había creído que sería ella la que daría el paso para besarme, pero no fue así. Suspiré, resignado a tener toda la paciencia del mundo, porque conseguir el amor y la confianza de Carmen lo valía.

El sol ya estaba alto en el cielo cuando Carmen se dio por satisfecha. Habíamos gastado dos cajas de munición y los últimos disparos los había acertado todos. Guardé el arma en su funda y la metí debajo del asiento de la camioneta mientras ella abría el mantel y lo extendía en el suelo.

—Estoy muerta de hambre —exclamó sentándose encima para abrir la cesta—. ¿Lo has preparado tú?

Dejé ir una carcajada. Pensar en mí metido en la cocina haría que Clara sufriera un ataque de pánico.

—Qué va. Soy un desastre en la cocina. Estos manjares han surgido de las mágicas manos de Elsa —bromeé, poniendo voz cavernosa.

—Vaya —sonrió mientras sacaba las fiambreras y las abría para ponerlas sobre el mantel—. Esto huele delicioso. ¿Elsa es un hada o algo así?

—Es la cocinera del rancho. Ayuda a Clara en las cosas de la casa, y además es la mujer de Charlie, el capataz, que a su vez es primo de Lonan.

—Vaya —repitió, ahogando una carcajada—. Parece que todo el mundo en Cascade está

emparentado.

—Bueno, es un pueblo pequeño y por un lado o por otro, todos somos familia. Y por eso se agradece tanto la sangre nueva —añadí, guiñándole un ojo mientras cogía un muslo de pollo para darle un bocado.

—¿Y por qué no has pedido que prepararan la cesta en la cocina del resort?

—¿Pero tú quieres que el chef me abra la cabeza de un sartenazo? —Carmen soltó una carcajada y se tapó la boca llena con la mano—. Además, bastante apurados están ya, y lo que apetece en un día como hoy es la comida casera y no los platos tan elaborados que preparan allí. Esto está mucho más rico —afirmé, alzando el muslo.

—Vaya, me sorprendes. Estoy descubriendo a un hombre mucho más sencillo de lo que pensaba.

—¿Y qué es lo que pensabas?

—No sé. Siempre vistes muy bien, y tienes modales exquisitos. Además, al ser el dueño de un resort de lujo, creí que serías de gustos más refinados y excéntricos.

Dejé ir una risa entre dientes. Me divertió que pensara que yo era un tipo refinado. Pensé en Colin y en lo orgulloso que estaría de sí mismo si la hubiese oído, porque bien que le costó «pulirme» para quitarme de encima mi «catetismo».

—Me crié aquí, Carmen, en esta pradera, entre vacas y caballos. Aquí están mis raíces. Aunque en el resort me vista con una capa de sofisticación para estar a la altura de los clientes, la realidad es esta que ves ahora: soy un tipo que disfruta vestido con unos pantalones vaqueros y una camisa de franela, y al que le encanta llevar la cabeza cubierta por un Stetson. Y disfruto mucho más con el pollo frito o una empanada de carne que con cualquier plato sofisticado.

Todo estaba tan delicioso como su olor indicaba. No me di cuenta del hambre que tenía hasta que no empecé a comer, cogiendo los muslitos de pollo y las empanadas con los dedos, sin que me importara mancharme. Keitan me imitó, y durante un rato comimos y reímos como tontos, burlándonos de nuevo el uno del otro. Bebimos vino y disfrutamos de los maravillosos platos que Elsa había preparado. No conocía a aquella mujer, pero estaba deseando hacerlo y felicitarla por su buena mano y, de paso, pedirle la receta del pastel de cerezas que fue el colofón de aquella comida.

—¿Ya no quedan servilletas? —pregunté mientras intentaba limpiarme el pringue de la mermelada de los dedos con la última de ellas.

—Creo que he calculado mal, somos más guarros de lo que esperaba —respondió Keitan riéndose, y se puso en pie—. Ven, el arroyo está cerca, podremos lavarnos bien.

—Oh... Como antiguamente.

—No estás muy hecha al campo, ¿no? —me preguntó mientras me guiaba entre los árboles. El arroyo estaba cerca, había estado escuchando su agradable murmullo durante toda la mañana.

—No, la verdad es que no —dije riéndome. Me apresuré a alcanzar la orilla del río en cuanto lo vi. Era estrecho, pero caudaloso, y el agua corría muy deprisa. Al meter las manos me di cuenta de que estaba helada y solté una exclamación—. ¡Está muy fría!

—Es el agua del deshielo, aunque en verano tampoco está mucho más caliente —dijo Keitan agachándose a mi lado y frotándose las manos bajo el agua—. ¿Quieres dar un paseo siguiendo el arroyo?

Saqué las manos y las sacudí, dejando que se secaran al aire.

—¿No será peligroso? Debe haber animales salvajes por aquí...

—Los hay, pero conozco las zonas seguras y cómo moverme por ellas. No te preocupes.

Estuvimos un buen rato caminando y pude comprobar que Keitan sabía exactamente por dónde se movía, aunque yo hacía mucho que no sabía dónde estaba. No habría sabido volver al coche de no estar él. El sol daba con fuerza, y a pesar de la sombra de los árboles, comencé a sentirme acalorada. El terreno era boscoso y los senderos estaban llenos de rocas, a veces se volvían empinados, lo que hacía el paseo menos sencillo de lo que parecía.

—¿Podemos parar un rato? —pregunté al avistar una roca plana que se asomaba sobre el arroyo, perfecta para sentarse.

Sin esperar a la respuesta de Keitan me dirigí hacia ella, y me quité los zapatos. El sol daba sobre la roca, y sentí el calor que desprendía en las plantas de los pies cuando me quité los calcetines. Me senté en el borde y metí los pies en el agua tras remangarme los pantalones.

—¡Oh, Dios! ¡Olvidé lo fría que estaba! —dije chapoteando con los pies en el arroyo.

—Cómo se nota que eres sureña —dijo Keitan riéndose.

—¿Por qué dices eso? —Le miré indignada.

—Porque mis hermanos y yo nos bañábamos en el agua del deshielo sin rechistar cuando éramos adolescentes. Somos hombres del norte.

—No me lo creo —repliqué.

—Pues es verdad —aseguró encogiéndose de hombros.

—Demuéstramelo.

Keitan se quitó las botas y los calcetines y se sentó a mi lado, sumergiendo los pies en el agua sin esbozar una sola mueca.

—¿Ves? Está buenísima, perfecta para bañarse.

Le hice una aguadilla con los pies, y él trató de cubrirse con las manos, pero le salpiqué los pantalones.

—Eso no demuestra nada, ¡estás haciendo lo mismo que yo! —le di un manotazo en el hombro, y fingí agarrarle para empujarle al agua—. ¡Atrévete, hombre del norte!

Entre risas, forcejeamos amenazando con lanzarnos el uno al otro al agua. En un momento dado, Keitan me agarró con fuerza y pensé que realmente iba a tirarme al agua. Mi respuesta fue tan desproporcionada debido al sobresalto que le empujé con todas mis fuerzas, con tan mala fortuna que, entre mi empujón y su movimiento, Keitan resbaló, cayendo de lleno en las aguas gélidas del río.

Me puse de pie, llevándome las manos a la boca, escandalizada.

—¡Lo siento! ¡Lo siento mucho! —me apresuré a decir.

Keitan se puso en pie riéndose a mandíbula batiente mientras se sujetaba el sombrero. Su risa brillante y atronadora se alzó sobre el murmullo del arroyo. Estaba empapado de pies a cabeza, y el agua chorreaba desde su Stetson. Por un instante me quedé paralizada, pero al escucharle reír de esa manera, no pude evitar contagiarme, y cuando comenzó a salpicarme desde el agua me tuve que agachar al doblarme de la risa.

—Debería vengarme por esto y lanzarte al agua, pero soy un caballero —dijo saliendo del agua. La camisa se le pegaba al pecho y su sombrero aún chorreaba.

—Gracias a Dios. Al menos me has convencido —repliqué entre risas.

—Sí, y seguramente vaya a pillar un buen resfriado.

—Eres un hombre del norte que se baña en el deshielo, seguro que tienes defensas de sobra —dije con retintín.

—Anda, volvamos al coche, tengo que ponerme algo seco.

Las risas siguieron durante el camino de vuelta, en el que abracé a Keitan por la cintura

intentando darle calor. Cuando llegamos al coche él abrió el maletero y comenzó a rebuscar, sacando una muda seca que, según explicó, usaba cuando tenía que ir al rancho a echar una mano a sus hermanos. Me quedé algo apartada, dándole la espalda por educación, pero no pude evitar volverme un poquito para mirarle.

No estaba espiándole... era por curiosidad, y porque no dejaba de hablar. Bueno, sí le estaba espiando, y además ni siquiera atendí a lo que decía. Cuando se quitó la camiseta me quedé absorta, sorprendida por la musculatura de sus abdominales y sus pectorales. Esa anatomía se adivinaba bajo su ropa siempre, pero verla en todo su esplendor hizo que la boca se me secara. Tenía la piel bronceada, y pensé que debía ser tersa y suave al tacto.

Un calor comenzó a subirme desde el bajo vientre y aparté la mirada, azorada, sintiéndome completa y absolutamente feliz al mismo tiempo.

«Le he tirado al agua y se lo ha tomado a risas... Armando me habría matado... Me habría...».

Sacudí la cabeza, expulsando aquel nombre de mi mente y los recuerdos que traía consigo. No quería volver a pensar en aquello. No quería que su fantasma me amargase un solo instante más. Demasiado tiempo me había robado en mi vida como para dedicarle un instante más, así que lo lancé fuera de una patada furiosa.

—¿Estás bien? —Keitan me sacó de mis pensamientos, sorprendiéndome desde la espalda. Se había puesto una camisa de leñador y unos pantalones vaqueros desgastados, pero estaba guapísimo de igual manera.

—Mejor que nunca —respondí sonriendo.

Y le besé, pulverizando el recuerdo amargo que había amenazado con regresar.

Capítulo trece

Aquel mes descubrí lo que es el amor de verdad, lo que un verdadero comienzo significa: sin presiones, sin ansiedad, sin exigencias. Con dieciséis creí descubrir el amor de mano de Armando, pero no pude saber que no era más que posesividad, desde el principio, hasta que Keitan me demostró lo que significaba de verdad el respeto y el cariño por la persona a la que quieres. Cuando salíamos no me sentía como un mero trofeo, no me trataba como si fuera algo con lo que adornar su ego delante de sus amigos, sino que trabajaba cada día para demostrarme que era alguien digno de estar a mi lado. Y yo cada día deseaba más estar cerca de él.

Tuvimos muchas citas ese primer mes, y antes de cada una de ellas le esperaba con la tripa llena de mariposas... que por primera vez en tanto tiempo volaban libres del fantasma del miedo. Me sentía como una niña, como si me hubieran devuelto algo perdido tantos años atrás. Pasé de la infancia a la adultez demasiado deprisa, y el noviazgo con Keitan me estaba haciendo vivir una verdadera adolescencia tardía. Me sentía viva y despierta, llena de curiosidad por lo que el futuro con él me deparaba, y henchida de la ilusión que no me había permitido tener. Íbamos al cine como chiquillos, cobijándonos en las últimas filas para besarnos y acariciarnos en la oscuridad sin prestar atención a la película. Siguió enseñándome a disparar, salíamos de excursión y picnics e incluso a montar a caballo acompañados por Lonan... Y todo estaba siendo maravilloso.

Lonan estaba empezando a convencerse de que Keitan iba completamente en serio conmigo y cuando salíamos los tres, o íbamos al Winter a la tarde de *Juego de Tronos*, el ambiente era distendido y amigable. Keitan no mostraba celo alguno por las muestras de cariño que Lonan y yo nos profesábamos, y eso aún me costaba asimilarlo. Era demasiado nuevo para mí, y a veces me hacía sentir insegura, pero Keitan se encargaba de repetirme todas las veces que necesitase que no tuviera miedo, que confiaba en mí y adoraba verme feliz.

«Es un hombre bueno, y me quiere», me repetía muchas veces, sorprendida y maravillada. «Me merezco todo esto. Todo lo bueno que está ocurriéndome. Me lo merezco».

Y es que a veces lo dudaba, a veces no sabía qué había hecho para que el destino me trajera algo así. Tan hondo había calado en mí el desprecio de Armando, que quitarme aquella sensación de no valer nada me costó un gran esfuerzo, pero día a día me repetía aquellas palabras y me convencía a mí misma de lo mucho que lo merecía. Merecía la paciencia de Keitan, merecía su atención y sus cuidados, y merecía su amor. No sabía si estaba siendo justa con él, porque aún ponía barreras entre nosotros, aún no era capaz de hablar de mi pasado, o de avanzar en nuestra relación... A veces no podía evitar cerrarme y sentir miedo, pero ya no quería seguir así.

Quería, y debía esforzarme porque aquello floreciese y creciera fuerte.

Por eso, aquella tarde de viernes al salir del trabajo me dirigí decidida a la oficina del sheriff. Quería hablar con Nita, y la encontré allí, sentada en su mesa de escritorio entre el papeleo.

—¡Carmen, qué sorpresa! No te esperaba —dijo al verme, tan entusiasmada que pensé que la estaba sacando de alguna labor tediosa.

—Hola, Nita, puedo volver en otro momento si estás ocupada.

—¡No, no! No te preocupes. ¿Ha sucedido algo? —preguntó poniéndose en pie.

—No, solo quiero hablar contigo un rato —respondí con una sonrisa.

—Claro, siéntate. Prepararé café para las dos. —Me senté en la silla frente al escritorio mientras ella trasteaba con la cafetera que tenía en la oficina—. ¿Cómo están yendo las cosas? No tuvimos tiempo de hablar en la última clase.

—Muy bien. De hecho, quería hablar de eso contigo, porque están yendo demasiado bien.

Nita se volvió y me miró arqueando una ceja.

—¿Y es eso un problema?

—No, en absoluto —respondí, mordiéndome el labio inferior antes de continuar—. Llevo un mes saliendo con Keitan y está funcionando bien, pero las cosas avanzan y... siento que soy el escollo en la relación.

—¿A qué te refieres? —Nita sirvió el café en dos tazas y se sentó en su silla, dejando una de ellas delante de mí—. ¿Te sientes insegura por algo?

—Siento que le estoy mintiendo, y estoy harta de sentirme así, de no poder hablarle con claridad —suspiré. Nita pareció comprender a qué me refería, y permaneció en silencio para que siguiera explicándome—. Quiero contarle quién soy en realidad... Contarle toda mi historia, porque merece decidir si quiere seguir conmigo a pesar de las cargas que llevo. Y me gustaría volver a ser yo misma; dejarme crecer el pelo, con su color natural, quitarme las lentillas y no seguir engañándole...

—No le estás engañando... —respondió ella—. Comprendo cómo te sientes, y lo que quieres, pero no estás haciendo eso para engañarle. Tienes que entender que lo primero es tu seguridad.

—Pero... ¿es que hay algo que temer, Nita? Armando está en prisión y sus hombres le quieren muerto, se suponía que iba a pudrirse ahí, ¿es que ha pasad...? —La advertencia de Nita me puso a la defensiva. Me asustó, y ella se dio cuenta. Me cortó antes de que la cosa fuera a más.

—Carmen, tranquila. Armando está en prisión y seguirá ahí, no tienes que alterarte. Le tenemos controlado, pero yo prefiero que seamos cautelosas, y creo que es mejor hacer las cosas despacio.

Dejé ir el aire contenido en los pulmones poco a poco y cerré los ojos unos instantes para calmarme. Se me había acelerado el corazón.

—¿Qué debo hacer, entonces?

—Confío en Keitan, y creo que puedes contarle lo que ocurrió, pero para lo demás; para cambiar tu imagen, tendrás que esperar un poco. Yo te ayudaré, y ambas estaremos tranquilas. Te aseguro que no tendrás que esperar mucho tiempo, solo tendrás que seguir las instrucciones, como hasta ahora.

Asentí, cogiendo la taza de café entre las manos para sentir su calor y dar un trago. La sola posibilidad de que Armando pudiera ser una amenaza me había puesto los nervios de punta, así que me centré en lo que quería hacer. Pensé en Keitan.

—¿Puedo contarle quién soy?

—Sí, pero pídele que lo mantenga en secreto.

Sonreí, sintiendo que un peso comenzaba a retirarse de mi corazón.

—Sé que lo hará.

—Yo tampoco lo dudo —aseveró Nita.

Con la reincorporación de Knox a sus obligaciones, y gracias a las videoconferencias, durante las semanas que siguieron a mi regreso de Nueva York, pude concentrarme en mi cometido. Mantuve varias reuniones virtuales para «vender» nuestro resort como el lugar ideal para cualquier tipo de reunión, celebración o retiro de empresa, sin tener que marcharme de Cascade, y me permitió reducir considerablemente las horas que pasaba encerrado en mi despacho.

Tiempo que pude dedicar a cortejar a Carmen como se merecía y a disfrutar de una experiencia completamente nueva para mí. Había sido un ligón empedernido durante toda mi vida, huyendo de los sentimientos como si fuesen el diablo, centrándome solo en el sexo y el placer, sin

pararme a pensar en lo que me perdía: el revoloteo en el estómago por la anticipación cuando quedaban minutos para verla; sonreír como un tonto al recordar una mirada suya, o su risa por alguna tontería que yo había dicho; la piel erizada por una leve caricia; la intimidad que habíamos conseguido durante el mes transcurrido, una intimidad que no tenía nada que ver con el sexo y todo con la confianza y el respeto mutuo.

He de confesar que, al principio, cuando tomé la decisión de ir todo lo despacio que ella necesitara, pensé que se me iba a hacer muy duro el hecho de no acostarme con ella. Siempre había sido un tío muy sexual, para el que follar era como el respirar, y creí que mi vida iba a convertirse en una especie de infierno durante un tiempo.

Nada más lejos de la realidad.

¿Me excitaba? Por supuesto. Tener cerca a Carmen, estrecharla entre mis brazos y besarla, y sentir cómo la pasión se apoderaba de mí, era todo uno. Pero no era una tortura. Al contrario. Disfrutaba de cada momento que pasábamos juntos por el mero placer de estar con ella, sin presiones, y sin el objetivo puesto en acabar enredados entre las sábanas. Fue como vivir una adolescencia tardía, con las emociones a flor de piel y magnificadas por el anhelo y el borboteo de los cálidos sentimientos. Incluso había desaparecido la pesada tristeza que se apoderó de mí después del funeral de mi padre y miraba hacia el futuro con la esperanza renovada, soñando con una vida que jamás había anhelado antes.

Estaba enamorado hasta las cejas. Era imposible negar las evidencias y, aunque el miedo a la pérdida seguía muy presente en mí, no dejaba de repetirme las palabras de mi hermano, y me aferré a la idea de que vivir con ese miedo valía la pena a cambio de tener la oportunidad de ser feliz.

Aquel mediodía estaba en mi despacho, con la mirada perdida y la sonrisa bobalicona curvándome los labios, recordando la cita de la noche anterior. Fuimos a cenar al Pari's, un restaurante francés que había en Castle Rock, donde Clara y Kaden habían tenido su primera cita. Mi hermano me lo había recomendado, y acerté llevándola allí. Tanto el local, decorado de manera clásica y romántica, con velas en las mesas y cortinas de encaje cubriendo las ventanas, como la amabilidad y discreción del personal que nos atendió, consiguieron que la atmósfera calara profundamente en nosotros, y volvimos al coche cogidos de la mano, con la cabeza de Carmen apoyada en mi hombro mientras una brillante sonrisa le iluminaba el rostro. Tan preciosa y especial que no pude evitar susurrarle un «te adoro» al oído.

Por eso me sobresalté cuando el móvil empezó a sonar, y el corazón me dio un salto en el pecho cuando vi su nombre en la pantalla.

—Hola, preciosa —le dije.

—Hola, precioso —me contestó, conteniendo una risa—. ¿Qué estás haciendo?

—Intentando trabajar, pero me distraigo pensando en ti todo el rato.

—Oh, vaya. Bueno, ya llamaré más tarde. —Me la imaginé haciendo un mohín y desee poder besarla a través del teléfono.

—Ni se te ocurra.

—Es que no quiero molestar.

¿Su voz sonó quizá un poco insegura? Tenían que ser imaginaciones mías.

—Tú no me molestas nunca, cielo. En realidad, estaba buscando una buena excusa para huir de este infierno. —Se rio y me pareció que estaba un poco nerviosa—. ¿Ocurre algo, Carmen? —le pregunté, preocupado.

—No, no, todo va bien. Es solo que... Bueno, he decidido que esta noche cenaremos en mi casa, si no te importa. Hay... Hay algo que tengo que decirte y prefiero que sea en privado.

«¿Hay algo que tengo que decirte?». Esa era una manera rebuscada del terrible «tenemos que hablar», frase que no auguraba nada bueno.

Me asusté de muerte. ¿Acaso Carmen quería cortar conmigo? ¿Es que había hecho algo mal? En unos segundos repasé mentalmente el mes transcurrido y no vi ningún indicio. ¿Qué había pasado? ¿Por qué? ¿Quizá Carmen se había asustado y había decidido alejarse de mí? Recé para que no fuese así.

Con las manos temblando me aferré al teléfono y tragué saliva para evitar que la voz me saliera rota al hablar.

—¿Ocurre algo malo? —pregunté, aterrorizado.

—¡No! —exclamó, supongo que sorprendida al percibir mi tono tembloroso—. Nada malo. Lo que pasa es que creo que ha llegado el momento de responder a todas tus preguntas. Yo... Mi vida ha sido muy complicada y nunca hablo de ella, pero no debo tener secretos para ti, Keitan. Y es el momento de contártelo todo, antes de que nuestra relación avance más.

—Está bien —contesté, visiblemente aliviado. Durante un instante creí que iba tener un infarto. ¿Qué habría en su pasado para que hablar sobre él le fuese tan difícil? No quise imaginarme nada. Solo recé para estar preparado para ello y, fuese lo que fuese, no meter la pata.

—Te espero en mi casa, a las siete.

—Allí estaré.

A las siete en punto estaba llamando a su puerta. Antes me había pasado por la floristería y le había comprado un ramo de flores silvestres, un estallido de colores primaverales atados con un enorme lazo rojo. Pensé que estaría nerviosa y algo asustada por el paso que iba a dar, y creí que algo así la ayudaría a relajarse.

Subí las escaleras de dos en dos. Ella me esperaba con la puerta abierta y la besé en cuanto puse los pies en el rellano. Me sonrió con los ojos brillantes.

—Hola —suspiró.

—Hola.

Sonreí y entré.

Era la primera vez que estaba allí y me sentí súper nervioso. Cruzar aquel umbral supuso romper una barrera más de las muchas que Carmen ponía entre nosotros, y fui consciente de que estaba dando un gran paso que significaba mucho para ambos. Hasta aquel momento, siempre la había esperado abajo, y también me había despedido de ella allí, en la puerta de la calle. Que me permitiera entrar en su casa fue un gesto de confianza que no pude más que agradecer, y que me llenó de ternura y alegría a partes iguales.

—Gracias —le susurré.

—¿Por qué? —me preguntó, extrañada.

—Por permitirme entrar en tu casa.

Ella sonrió y me dio un ligero beso en los labios antes de coger las flores y llevárselas para ponerlas en un jarrón con agua.

El apartamento de Carmen era pequeño y coqueto, muy femenino y ordenado. Lo había decorado con algunas guirnaldas de luces y las llamas de las velas de frutos rojos, cuyo aroma inundaba el salón, titilaban suavemente.

Había preparado la mesa con un mantel blanco bordado, servilletas a juego, platos de porcelana con una filigrana dorada en los bordes, y copas de cristal. El centro de flores frescas daba color al conjunto y rompía la monotonía.

—Lo de la cena romántica, ¿no debería haberlo preparado yo? —bromeé para intentar romper

la tensión que sentía.

—No seas antiguo —me respondió, riendo, mientras sacaba del horno una bandeja con carne asada—. Yo también puedo tener detalles contigo para conquistarte, ¿no crees?

—Entonces, he de confesar que lo estás logrando.

Me acerqué a ella por detrás y la besé en el cuello. Ella soltó una risita nerviosa. Le cogí la bandeja que tenía entre las manos, con cuidado de no quemarnos a ninguno de los dos, y la dejé sobre la pequeña isla de la cocina.

—¿Quieres que lo corte?

—Sí, por favor.

Cenamos con tranquilidad. La veía algo nerviosa y tensa, y no quise presionarla. Había esperado para lograr que confiara en mí y no iba a estropearlo con mi impaciencia. Hablamos de todo un poco, reímos con mis tonterías, alabé su comida, que estaba realmente deliciosa y, poco a poco, conseguí que nos relajáramos.

Porque yo también estaba muy nervioso, aunque me esforcé por disimularlo.

Desde que hablamos por teléfono, la desazón se apoderó un poco de mí. Había llegado el momento de contarme todo lo que me había estado ocultando y, aunque intenté por todos los medios no hacer conjeturas, el secretismo en torno a lo referente a su pasado hizo que me imaginara mil escenarios, a cuál peor y más desolador.

Mientras cenábamos con tranquilidad lo que yo quería realmente era terminar de una vez y que ella empezara a hablar, pero me contuve porque era Carmen la que debía marcar el ritmo. Así había sido desde el principio de nuestra relación, y no iba a apremiarla ahora para estropearlo todo.

Cuando terminamos con el postre, Carmen llenó en silencio nuestras copas de vino y las cogió para ir a sentarse en el sofá. Yo la seguí y me senté a su lado. Dejó las copas sobre la mesita de café y agachó la cabeza, haciendo que el momento de silencio incómodo se me hiciese interminable.

Me di cuenta de que necesitaba un pequeño empujón. No podía ni imaginarme qué estaba pasando por su cabeza, pero sí supe qué era lo que necesitaba en aquel momento. Le cogí las manos y me las llevé a los labios para besarlas con ternura. Después, las mantuve entre las mías, acariciándolas con el pulgar.

—No hay nada que puedas contarme que haga que me aleje de ti —le dije con voz profunda, intentando insuflarle ánimos y valentía—. Sea lo que sea lo que tengas que decirme, te escucharé en silencio y sin juzgar. No tengas miedo. Estoy preparado para escucharte si tú estás preparada para contármelo. Pero si no es así, si todavía no estás preparada, quiero que sepas que puedo esperar todo el tiempo que haga falta.

Ella alzó el rostro y me miró con los ojos anegados en lágrimas. La abracé y le besé el pelo cuando apoyó la cabeza sobre mi pecho.

Y esperé hasta que ella decidió hablar.

Capítulo catorce

En ese instante sentí cómo un terrible peso se retiraba de mi pecho. Eso era exactamente lo que tanto había temido: su juicio, y que apartase de mí ese miedo sin siquiera haberlo expresado me liberó del cepo que atenazaba mi garganta. Y, aunque aún me dolía, pude reunir fuerzas para levantar la cabeza, mirarle, y comenzar a hablar.

—No soy quien crees que soy... —comencé, con la voz algo ronca por el esfuerzo. Keitan me llevó la mano a la cara y limpió las lágrimas de mis mejillas. Aquel gesto me hizo sentir más segura y fuerte—. Siento mucho no haber sido sincera contigo, pero cuando te cuente toda la historia, entenderás por qué no he podido.

Vi comprensión en sus ojos incluso antes de comenzar. Asintió despacio y su voz volvió a resonar segura y grave, llena de determinación.

—Estoy seguro de que así será.

Cerré los ojos un instante, sintiendo el calor de sus dedos en mi mejilla, y tomé aire profundamente, llenando mis pulmones, sintiendo que el dolor en la garganta se aliviaba al expulsarlo despacio. Keitan me agarró las manos entonces.

—Mi verdadero nombre es Adelle Miller —dije al abrir los ojos y fijarlos en los suyos. Keitan esbozó una sonrisa suave y me apretó las manos con dulzura—. Mi madre es cubana, pero mi padre era americano. Vivíamos en Miami, donde la familia de mi madre había emigrado cuando ella era muy pequeña. Él... —Tragué saliva. Keitan frunció el ceño, preocupado, intuyendo lo que iba a decir.

—No tienes por qué...

—Sí. Quiero hacerlo. Quiero contártelo, todo... —repliqué—. Él intentó abusar de mí cuando tenía solo doce años, pero mi madre lo pilló, y lo mató.

Mi confesión lo dejó boquiabierto, y un brillo de angustia titiló en sus ojos. Angustia y rabia. No quería que sintiera aquellas cosas, pero me sentí consolada por su empatía, sentí que comprendía lo que estaba diciendo, y que no me culpaba.

—Dios mío. Lo siento. Lo siento mucho —dijo bajando la voz, apretándome más las manos.

Negué con la cabeza, esbozando una suave sonrisa mientras le miraba a los ojos.

—Sucedió hace mucho. Mi madre lleva desde entonces en la cárcel, eso es lo más duro, en realidad. No sé si podrá salir algún día... A raíz de eso pasé a disposición de su familia, y nunca me aceptaron, así que con quince años, cuando un chico se fijó en mí, no solo me sentí eufórica, sino que vi el camino para escapar de esa vida, creyendo que alguien me quería al fin.

La voz me tembló. No era fácil, pero Keitan me animaba a seguir con su mirada, con el calor de sus dedos en mis manos, sosteniéndome con su actitud silenciosa. Me escuchaba, y eso me animaba a seguir.

»Se llamaba Armando. Al principio era maravilloso; me trataba como a una reina, y me daba todo lo que mi familia no me había dado jamás: atención, cariño, cuidado... Pensé que podría tener una vida feliz a su lado, pero me equivocaba. Comenzó a pegarme a partir de que le pillase con otra en nuestra cama. Le recriminé lo que había hecho, y desde entonces nuestra relación fue un infierno. Desperté de la peor manera a la realidad, y es que yo solo era un juguete para él.

A medida que hablaba, la expresión de Keitan se tensaba más. Vi cómo se marcaba la línea de su mandíbula e iba frunciendo el ceño, cada vez más enfadado. No pude evitar el gesto, al ver ese brillo iracundo en su mirada, me eché hacia atrás, pero él me agarró firmemente por los brazos, impidiendo que me apartara.

—¿Dónde está ese cabrón ahora?

—¿Por qué...? —pregunté algo angustiada.

—Porque quiero matarlo.

Esa respuesta tan visceral hizo que algo dentro de mí se sintiera aliviado. Me hizo sentir más humana haber deseado la muerte alguna vez a Armando, como Keitan se la deseaba ahora. Y también me hizo sentir apoyada... Pero no me gustaba la agresividad, me ponía nerviosa y alerta, y no quería provocar esas emociones en Keitan.

—Está en la cárcel, y seguirá allí por mucho tiempo... —Keitan aflojó los dedos en mis brazos y me los acarició, tragando saliva y negando con la cabeza. Volvió a tomar mis manos y a estrecharlas—. Era el cabecilla de una banda en Miami.

—¿Cómo escapaste de él?

—Me ayudaron... Armando era muy religioso, y acabó dejándome cierta libertad para ir a la iglesia, el cura que había entonces me echaba la culpa de mi situación, pero cuando lo cambiaron... bueno, vi el cielo abierto. El padre Sancho me puso en contacto con el Ferrocarril Subterráneo.

—Pensaba que dejó de existir después de la guerra de secesión —dijo Keitan sorprendido.

—Sí..., bueno, dejó de existir como lo que era. Ahora ayudan a mujeres como yo. Sancho me ayudó a escapar y me puso en contacto con la gente que consiguió ocultarme. Durante tres años tuve que cambiar de identidad y de hogar muchas veces... Hasta que encerraron a Armando, entonces me enviaron aquí, con Nita, que está enterada de todo.

—Sabía que Nita estaba metida en algo, ¡bendita sea! —exclamó Keitan, apretándome las manos.

—Os he engañado a todos porque tenía que protegerme... —me expliqué, aunque no necesitara hacerlo, porque Keitan solo me miraba con comprensión—. Armando era muy peligroso, tenía una banda dispuesta a hacer lo que él dijera, pero les vendió al entrar en la cárcel, y ahora no tiene a nadie. Creo que puedo empezar a dejar su fantasma atrás..., pero Nita no quiere que me relaje aún.

—¿Por qué? ¿Es que hay peligro?

—No... Solo quiere asegurarse de que hacemos las cosas bien, y... y yo quiero hacerlas bien, pero a ti no podía seguir mintiéndote. Al menos quiero que tú sepas quién soy, y que nunca te he mentado ni te he ocultado nada con malas intenciones. —La voz volvió a temblarme—. Solo te he ocultado mi identidad, mi nombre y... lo que tiene que ver con mi pasado, pero lo demás, lo esencial..., todo lo que hemos vivido, todo eso es cierto. He sido honesta contigo y te quiero.

Dije aquello sin darme cuenta, pero resonó en mi cabeza como una verdad absoluta, brillante y redentora. *Te quiero*. Dos palabras que pensé que jamás volvería a pronunciar dirigidas a un hombre, brotaron de mi boca con naturalidad, con completa convicción, y quedaron suspendidas entre los dos durante unos instantes, mientras Keitan me miraba con los ojos brillantes de humedad.

La abracé. ¿Qué otra cosa podía hacer? Tenía deseos de matar al tal Armando por todo lo que la había hecho sufrir, pero me negué a enfocarme en él y en el dolor, sino en consolar a Carmen.

La abracé porque necesitaba hacerle saber que entre mis brazos siempre estaría segura, que allí tenía un lugar en el que refugiarse sin temor, donde siempre sería bien recibida y podría cobijarse cuando lo necesitara.

Dejé que el odio que sentía hacia aquel tipo fluyera por mi cuerpo hasta convertirse en algo

secundario y sin importancia. Sí, quería matarlo, hacerle sufrir el mismo dolor y las humillaciones que Carmen había padecido en sus manos; pero eso no era lo que ella necesitaba de mí. Necesitaba saber que yo era alguien en quien podía confiar, y solo podía lograrlo dejando que el odio, la rabia y las ganas de violencia, desapareciesen para dejar paso al amor más profundo que sentía por ella.

Comenzó a llorar y la abracé más fuerte. La besé en el pelo con suavidad y empecé a acariciarle la espalda para tranquilizarla. Escondió el rostro en mi cuello y su llanto arreció, haciendo que se me formara un nudo en la garganta, obligándome a tragar saliva para deshacerlo.

—Nunca me has engañado, cariño —le dije al oído en un susurro quedo, esforzándome para que no se diera cuenta de que yo mismo estaba a punto de echarme a llorar como un niño. Se me rompía el corazón al pensar en todo lo que había sufrido—. No es así como me siento. Comprendo que tuviste que hacerlo por tu propia seguridad, y me da igual si te llamas Carmen o Adelle. No me he enamorado de un nombre, ¿sabes? Me he enamorado de una mujer maravillosa con un gran corazón, que no merece el dolor que le han infligido—. La obligué a alzar el rostro para que me mirara y le limpié las lágrimas con los pulgares—. Me he enamorado de tu sonrisa y tu fortaleza; de tu sentido del humor y tu ternura. Estaba perdido, solo y triste, con un enorme vacío en el corazón que solo tú has podido llenar. Le has dado sentido a mi vida, y has conseguido que sueñe con un futuro que nunca creí posible. Me has obligado a ser valiente y a enfrentarme a mis miedos más profundos, ayudándome a salir victorioso. Carmen, Adelle... ¿qué más da cuál sea tu verdadero nombre? Eres mi vida, mi amor, mi todo. Y yo... —Suspiré, porque me sentí inseguro en aquel momento. Su relato me había hecho comprender algunas de sus reacciones a mis avances, o el rechazo tan violento a nuestro primer beso; y su cautela e incomodidad cada vez que le hacía preguntas sobre su pasado—. Lo siento, siento mucho si alguna vez he hecho algo que te hiciese daño. Siento haberte hecho sufrir. Perdóname, por favor.

Sonrió entre lágrimas y me puso un dedo sobre los labios mirándome con ternura.

—Tú nunca me has hecho daño. Era mi miedo lo que me impulsaba a reaccionar mal. Siento haberte ocultado tantas cosas.

—Deja de pedirme perdón, no tienes que disculparte por nada. Quiero que sepas que voy a hacer todo lo posible por ayudarte a superar todos tus miedos, igual que tú me has ayudado a mí. Voy a estar a tu lado, apoyándote y protegiéndote, porque estoy dispuesto a todo por ti. Te amo como jamás he amado, te has convertido en el motor de mi vida y ya no puedo imaginarme un futuro sin ti. No sabes lo vacía que era mi vida antes de que tú irrumpieras en ella, y siento mucho haber huido al principio. Fui un maldito cobarde.

—Ambos lo fuimos, pero lo importante es que hemos dejado de serlo y aquí estamos, enfrentándonos a nuestros miedos y permitiéndonos amar.

No sé si fue ella la que me besó primero, o si fui yo. Nuestras bocas colisionaron desesperadas y nuestras lenguas se enredaron en un baile seductor. Los dedos me ardían por la pasión contenida y el corazón bombeaba con tanta intensidad que durante un segundo creí que iba a reventar.

Sus pequeñas manos buscaron con anhelo los botones de mi camisa y empezó a desabrocharlos para acariciar mi piel. Con aquel suave e íntimo contacto el fuego rugió en mis venas, luchando por liberarse, amenazando con hacer estallar el volcán que durante tanto tiempo había mantenido bajo control.

Tuve que coger sus manos y apartarme de ella durante unos segundos, con los ojos cerrados y resoplando como un caballo agotado.

—¿Keitan? —preguntó, indecisa.

—Un momento, cielo —le pedí con la voz entrecortada mientras luchaba conmigo mismo—. He deseado tanto este momento, que tengo miedo de perder el control y asustarte.

—Tú no me asustas —me dijo con convicción, deshaciéndose de mis manos para cogerme el rostro entre las suyas—. Abre los ojos y mírame. —La obedecí al instante—. No te tengo miedo. Ya no. No soy de cristal, amor mío, y deseo hacer el amor contigo tanto como tú conmigo. No te contengas.

Sentí un rugido en el pecho. Era la felicidad que se abría paso desde mi corazón e inundaba todo mi cuerpo como un torrente desbordado, llevándose todas las dudas y los temores. Carmen no me tenía miedo, y esas palabras eran las más maravillosas que nadie me había dedicado nunca.

La cogí en brazos en un impulso y le pregunté qué puerta era la del dormitorio. Ella la señaló entre risas coquetas y la llevé hacia allí para posarla suavemente sobre la cama, dejándome caer a su lado.

—¿Estás segura de esto?

—Totalmente.

Aquella palabra fue música para mis oídos. Me daba permiso para amarla y adorarla con mis manos y mi cuerpo, lo que tanto había ansiado hacer y que durante demasiado tiempo me había parecido una quimera.

Me incorporé para sacarme la camisa por la cabeza y me deshice de los zapatos a golpe. Los pantalones siguieron el mismo camino hasta quedarse tirados en el suelo. Cuando me volví hacia ella, me miraba con los ojos brillantes y los labios levemente torcidos en una sonrisa.

—Tienes un cuerpo espectacular —musitó, acariciándome los abdominales con la punta de los dedos.

—Gracias.

—Y es todo mío —murmuró, codiciosa.

—Todo tuyo, para hacer con él lo que quieras.

Se quitó los zapatos ayudándose con los pies y se puso de rodillas ante mí. De repente, la firme decisión que había visto en su mirada, vaciló.

—Carmen, si no estás preparada, podemos dejarlo ahora.

—¡No! No es eso... —Apoyó la cabeza en mi hombro y me acarició el pecho, jugueteando distraída con el vello que lo salpicaba—. Es que... Por un momento, se me había olvidado.

—¿El qué?

—Las cicatrices.

Sentí que el estómago se me encogía. ¿Qué clase de monstruo era su ex? Lo maldije mil veces más, pero me tragué la furia porque eso era lo que Carmen menos necesitaba, verme en un ataque de ira. Le acaricé la espalda con las yemas de los dedos y, cuando fui a abrir la boca para decirle que no me importaban, ella siguió hablando:

—Le gustaba quemarme con cigarrillos. Se divertía oyéndome gritar y...

—Eso ya pasó, mi amor —la interrumpí.

No quería que siguiera rememorando esos recuerdos dolorosos, y yo no necesitaba ni quería saber los detalles porque eso solo conseguiría enfurecerme.

La obligué a levantar el mentón suavemente y posé un dulce beso en sus labios.

—Te quiero —le susurré, y profundicé el beso hasta que ella se olvidó de todo excepto de mí y del amor que sentíamos el uno por el otro.

Se apartó de mí, coqueta, y jugó con los tirantes del vestido durante unos segundos, olvidada ya su reticencia. Mis ojos permanecieron hipnotizados por el movimiento de sus dedos. Cuando el corpiño cayó y me di cuenta de que iba sin sujetador, mi respiración se convirtió en un jadeo. Sus

pechos eran redondos, pequeños y perfectos, y los pezones erizados se convirtieron en imanes que atrajeron mi boca sin remisión.

Los adoré mientras entrelazaba su cuerpo con el mío y caíamos de lado sobre la cama. Su piel ardía con mi contacto y mi alma gritó de gozo y felicidad.

El resto de nuestra ropa voló por los aires. Habíamos estado conteniéndonos durante demasiado tiempo y había llegado el momento de liberarnos, impacientes por entregarnos. Las manos, temblorosas, exploraron la piel expuesta y nos acariciamos con ardor, enredados entre las sábanas.

Encontré las cicatrices, pequeñas y redondas, en la parte baja de su espalda. Las besé, una a una, mientras me deleitaba con los magníficos glúteos y hacía que su deseo aumentara.

No podía borrar aquellas señales que siempre le recordarían su horrendo pasado, pero sí podía hacer que el dolor se atenuara regalándole nuevos recuerdos en los que yo estaría presente, adorándola en cuerpo y alma.

La oí gritar de placer y un rugido de satisfacción estalló en mi pecho.

Iba a hacerla mía. Mía. Después de tanto esperar, de las dudas, los miedos y de la desconfianza, íbamos a entregarnos el uno al otro en cuerpo y alma, sellando nuestro amor.

Fue un momento maravilloso. Cuando sentí su calor y humedad rodeándome el miembro, las uñas clavadas en mi espalda, los gemidos de placer exhalados sobre mi oído, y las magníficas piernas rodeándome la cintura, con su cuerpo pegado al mío, piel con piel, fue como si nuestras almas se unieran en un acto que iba mucho más allá del sexo.

Mi corazón se ensanchó en agradecimiento por aquel inestimable regalo y, cuando el clímax nos golpeó con dureza, me juré con vehemencia que iba a dedicar mi vida entera a hacerla feliz.

Capítulo quince

Aquella noche fue maravillosa. Acabamos en mi cama, enredados, y volvimos a hacer el amor sobre las sábanas. Lo hicimos hasta que nos cansamos y quedamos dormidos y exhaustos, con el perfume de nuestros cuerpos llenándolo todo.

Desprenderme al fin de la máscara que había estado obligada a portar me liberó, pero lo que más me liberó fue la comprensión de Keitan. Que me escuchara, que no me juzgara, y que aceptase el equipaje que traía conmigo fue lo que rompió el último muro que nos separaba. Y permitirle llegar hasta mí fue la mejor decisión que tomé en mucho tiempo. El miedo que había sentido a compartir aquella intimidad con un hombre se esfumó en el instante en que Keitan me tocó. Su ternura, su respeto, la entrega que había demostrado y su generosidad en la cama me habían proporcionado la noche más placentera que había vivido nunca y, además, me había hecho sentir amada como nunca antes. Entre sus manos me sentí maravillosa, viva y deseada, y dejé que mi propio deseo se expresara sin miedo a ningún juicio.

Al despertar lo hice con una sonrisa. Metí la nariz entre el pelo revuelto de Keitan y aspiré su perfume, llenándome de él. Y durante un rato me dediqué a disfrutar de la imagen que me brindaba su sueño: con el pelo revuelto, los varoniles rasgos relajados y los ojos cerrados, me pareció el ser más hermoso sobre la faz de la tierra, y sentí que mi cuerpo volvía a despertar con un hormigueo en el estómago.

Cuando sus ojos se abrieron me dedicó una sonrisa adormilada al pillarme observándolo y estrechó el abrazo en el que me cobijaba. Nuestros cuerpos desnudos estaban en contacto bajo las sábanas, y no sentía ninguna inquietud o incomodidad.

—Te quiero... —murmuró entonces, cerca de mis labios, y mi piel se erizó por completo. Una emoción cálida se extendió por mi pecho, sanadora.

«Ya no teme decirlo», pensé, sintiéndome feliz.

—Yo también te quiero... —respondí, frotando mi nariz contra la suya.

Me sentía como una adolescente, y solté una risilla que Keitan coreó. Hundió los dedos en mis cabellos y me besó profundamente, con un gesto lleno de calidez y anhelo. Estuvimos besándonos durante un rato, tentándonos bajo las sábanas, hasta que una necesidad más acuciante que el deseo despertó en mi estómago: el hambre.

—Voy a hacer el desayuno —le dije, apartándome de sus labios e incorporándome.

Keitan me agarró de los brazos y me impidió levantarme, devolviéndome a la cama con otro beso; este más arrebatado y pasional, que me dejó resollando cuando se apartó de mí para mirarme.

—No, lo haré yo. Tú quédate aquí —replicó sobre mis labios, y se levantó para buscar sus boxers.

No pude evitar mirarle el trasero. Lo tenía duro y torneado, y recordar el tacto terso y firme bajo mis dedos mientras lo apretaba hacía tan solo unas horas me provocó un escalofrío de excitación. Me cubrí con las sábanas hasta la nariz y cerré los ojos con fuerza, soltando una risilla.

—¿De qué te ríes? —preguntó Keitan mirándome de reojo mientras se ajustaba la ropa interior.

—De nada.

Arqueó una ceja, pero no insistió, y se fue vestido solo con los boxers hacia la cocina.

Allí, sola, me estiré sobre la cama y miré el techo, sin poder creerme lo que estaba

ocurriendo. Una sensación extraña se apoderó de mí entonces, una especie de inquietud o ansiedad. Lo que ocurría era demasiado perfecto. Lo que había pasado era maravilloso, pero...

«¿Qué pasará ahora? ¿En qué punto estamos... y cuál es el siguiente paso?». Me sentí algo insegura, preguntándome si Keitan habría sentido lo mismo que yo, si para él había sido tan importante lo que había sucedido como para mí.

Cuando vino con su preciosa sonrisa y la bandeja del desayuno, no pude quitarme eso de la cabeza, a pesar de que el olor de los huevos revueltos, el café recién hecho y las tostadas quitaba el sentido. Nos sentamos con la espalda apoyada en el cabecero de mi cama y compartimos el desayuno, pero algo en mis miraditas de reojo debió llamar la atención de Keitan, que seguía pendiente de mis reacciones.

—¿Estás nerviosa? —preguntó al fin, con una media sonrisilla traviesa. Estaba sentado con las piernas cruzadas, vestido solo con sus boxers y haciendo gala de abdominales y pectorales. Un espectáculo digno de ver que me había estado perdiendo todo ese tiempo por tonta.

—Un poco... —respondí, limpiándome las miguitas de los labios. Suspiré y le miré directamente. Tenía que hacerle la pregunta que rondaba por mi cabeza, o no podría relajarme—. ¿Qué va a pasar ahora? Porque yo sigo trabajando para ti. La gente va a hablar y...

—¿Has tenido algún problema en el trabajo por salir conmigo? —preguntó, poniéndose serio de pronto. Me apresuré a negar con la cabeza.

—No, todo el mundo es estupendo. Nadie me ha dicho nada..., pero la situación es un poco incómoda, y ahora lo será más.

—Bueno, no vamos a llevar en la cara un cartel diciendo que nos hemos acostado juntos —respondió relajando el gesto. Luego esbozó una media sonrisa—. No tiene por qué ser un problema, pero haremos lo que decidas. Yo solo quiero que tengas claro que voy en serio con esto, y que si lo que quieres es dejar el trabajo y venir a vivir conmigo, yo estaré encantado.

Casi me atraganté con el café cuando dijo eso. Una parte de mí se sintió bien, segura, sabiendo que lo que había ocurrido no era en vano, ni lo alejaría de mí. Pero otra...

—No, no —repliqué, negando con la cabeza—. Lo que quiero es que sigamos siendo discretos, en la medida de lo posible, y que dejemos que las cosas avancen a su ritmo, sin precipitarnos, ¿te parece bien?

Keitan entrecerró los ojos, pero asintió.

—Entonces..., hay una cosa que no me queda clara, ¿podemos llamarnos novios a partir de ahora?

Sentí como el calor me subía a las mejillas y esperé no haberme sonrojado como una idiota. Cuando preguntó eso, me di cuenta de qué era lo que realmente me preocupaba, y me sentí tranquila en el instante pude definir en qué punto estábamos en nuestra relación.

—Sí. Podemos llamarnos novios.

Keitan hizo un gesto de triunfo con el puño y se inclinó sobre mí, quitando la bandeja de encima de mis piernas.

—Así que somos novios, pero no vas a dejarme que presuma de ello...

—No, por ahora no —respondí mientras se acercaba a mí hasta casi rozarme con la nariz.

—¿Se lo puedo contar a mi familia, al menos?

Fingí pensarlo unos instantes, mirándole a los ojos y apretando los labios, pero finalmente asentí.

—De acuerdo. A tu familia sí.

Keitan sonrió, y su mirada se iluminó, llena de vida y alegría.

—Te quiero —me dijo antes de besarme.

Sus labios sabían a café y a esperanzas renovadas.

El domingo siguiente fue un día especial: el de hacer oficial, ante mi familia, que Carmen y yo teníamos una relación seria.

Para ello fuimos juntos a la comida familiar. Desde la muerte de papá no nos habíamos reunido todos para comer, y fue muy extraño ver su sitio vacío en la cabecera de la mesa.

—Deberías sentarte tú allí —le dije a Kaden mientras poníamos los platos.

—¿Estás enfermo? —me preguntó bromeando, poniéndome la mano en la frente, que yo me sacudí de un guantazo.

—Déjate de tonterías —gruñí—. Has sido el cabeza de esta familia desde que tenías catorce años. Es justo que ocupes ese lugar en la mesa.

—No. —Los ojos llenos de tristeza de Kaden volaron hacia la silla vacía y sacudió la cabeza—. Todavía no estoy preparado.

—Vale. Quizá para Navidad, entonces.

—Sí, quizá para Navidad.

La conversación terminó cuando Nita entró con los vasos y me dio un golpe con el trasero que casi me envió contra la pared. Kaden se rio, igual que Knox, que venía detrás de su mujer.

—Quítate de en medio, estorbo.

—Qué mal carácter tienes, cuñada.

—El que tú me provocas, cuñado.

Me fui del comedor hacia la cocina, todavía riendo, y me quedé quieto en la puerta, observando a Carmen hablando con Clara, que tenía al pequeño Angus en brazos. Parecía feliz y contenta, y tuve el impulso de ir hacia ella para besarla.

Y lo hice. Me perdí en su boca y Carmen no me rechazó, a pesar de que Clara estaba allí, mirándonos divertida y satisfecha mientras Angus gorgoteaba.

—Eeeeh. —La voz de Nita consiguió devolverme a la realidad, junto a la colleja que me soltó. ¿Por qué esta mujer es siempre tan violenta?

—¿Qué haces? —protesté, llevándome la mano a la cabeza.

—Nada de besuqueos delante de mí hasta que sea oficial —me advirtió, señalándome con el dedo.

Knox apareció detrás de ella otra vez. Parecía un perrito amaestrado que siempre sigue a su dueño. O un hombre enamorado que no era capaz de estar separado de su mujer más de dos minutos.

—Eso, nada de besuqueos.

Miré a Carmen, todavía entre mis brazos, que se había puesto muy colorada y escondía el rostro en mi pecho. Sus hombros se sacudían y por un momento temí que estuviera llorando por culpa de la vergüenza que le estaba haciendo pasar. Le levanté el rostro, alarmado, para encontrármela en pleno ataque de risa.

—Vaya. ¿Te estás riendo de mí? —le pregunté, haciéndome el ofendido.

Por respuesta, soltó un resoplido divertido y se llevó las manos a la boca mientras negaba con la cabeza.

—Pues claro que se está riendo de ti —comentó Kaden yendo hacia Clara. Agarró al pequeño Angus para liberar a su madre de su peso y, con la mano libre, la rodeó por la cintura para acercarla a él—. Acaba de darse cuenta de lo ceporrito que eres.

—Qué alegría de familia, oye. Me dan ganas de largarme. Pero, en lugar de eso, voy a hacer lo que me pedís. Queridos hermanos y cuñadas: sí, Carmen y yo estamos saliendo; y sí, vamos en

serio. Estamos enamorados el uno del otro. Ya está, ya lo he dicho, ¿contentos?

Se quedaron todos callados durante un breve instante que a mí se me hizo eterno, con todos los ojos fijos en mí. ¿Acaso había algún problema? ¿Es que Carmen no les gustaba? Estaba considerando ya la opción de abrirles la cabeza a golpes para obligarles a quererla cuando todos estallaron en vítores, aplausos y risas. Empezaron a repartir abrazos, besos y felicitaciones, entre risas y lágrimas de felicidad, y me sentí dichoso y más unido a mi familia que nunca.

Cuando la calma volvió a la casa, nos sentamos a comer. Clara y Nita acapararon la atención de Carmen, sentándola entre las dos, y estuvieron charlando animadamente durante toda la comida. Kaden y Knox, por su parte, hicieron lo que esperaba: darme la bienvenida al club y burlarse cruelmente de mí.

Ya casi estábamos terminando cuando vi que Carmen parecía un poco incómoda por las constantes atenciones de mis cuñadas. Miraba hacia su plato, sonreía un poco forzada, y me miraba a mí como pidiéndome ayuda.

A veces, mi familia puede ser demasiado entusiasta, sobre todo cuando se trata de celebrar las buenas noticias, y Carmen se estaba agobiando.

—Vamos —le dije, levantándome y ofreciéndole mi mano.

—¿A dónde?

—Quiero enseñarte los establos.

—¿En serio, Keitan? —me preguntó Kaden, alzando una ceja.

—Solo quiero presentarle a Ezzio, mal pensado.

—Sí, ya —intervino Knox, guiñándole un ojo a Nita—. Por si acaso, procuraremos daros privacidad durante media hora.

—Dejaos de bromitas —gruñí, enfadado porque ese tipo de chistes podían poner nerviosa a Carmen—. No les hagais caso —dije al cruzar la puerta y salir al exterior. Desde el comedor llegaban risas ahogadas—, les encanta reírse a mi costa.

—Espero que no crean que... que tú y yo...

—No, claro que no. Solo nos tomaban el pelo.

—Eso espero. No quiero que piensen que soy... Ya sabes.

—Te aseguro que no.

Mis palabras parecieron tranquilizarla un poco, aunque su ceño siguió fruncido durante unos minutos, el tiempo que tardamos en llegar a los establos.

Cuando Ezzio me oyó llegar, sacó la cabeza por encima de la portezuela de su cubículo y sacudió la cabeza. Era un alazán precioso, con una mancha blanca sobre la frente y en las puntas de las orejas. Le acaricié la cabeza y él me respondió frotándose el hocico en la cara.

—Es precioso —susurró Carmen—. ¿Por qué no lo tienes en el resort?

—Porque esta es su casa, y sería injusto trasladarlo sin motivo. Charlie y Kaden se encargan bien de él, ¿verdad, precioso?

Ezzio relinchó y me empujó con la cabeza, buscando jugar conmigo. Saqué una zanahoria del saco que siempre había colgado de la pared y se la ofrecí.

—Siento mucho todo el revuelo que se ha formado —le dije—. Debí imaginar que reaccionarían así. Estaban deseando que me enamorara para devolverme todas las bromas que les he hecho en el pasado. Siento que te hayan agobiado.

—No es nada —me respondió acariciándole el hocico a Ezzio—. Es solo que... tengo la sensación de que todo está yendo demasiado deprisa, como si ya hubiéramos decidido casarnos, y yo... necesito ir despacio.

—Bueno, en algún momento nos casaremos.

—Pareces muy seguro de ti mismo.

—Estoy enamorado de ti y, si fuese por mí, nos casábamos hoy mismo. —Carmen abrió la boca para replicar. Le puse un dedo sobre los labios para impedirselo—. Pero, voy a darte todo el tiempo que necesites, y voy a esperar a que seas tú quien me lo pida a mí cuando estés preparada.

—Vas muy rápido, ¿no crees? —me preguntó sonriendo.

—Soy un Wescott, y cuando un Wescott se enamora es para toda la vida. Una vez tomada la decisión, no hay dudas ni miedo que valga. Te quiero, Carmen.

—Y yo a ti, Keitan.

Nos besamos con ternura, con Ezzio mirándonos con sus ojos brillantes. Soltó un relincho alegre, como si comprendiera lo que estaba pasando, y me empujó con el hocico, haciendo que ambos nos riéramos.

—Tengo algo para ti —le dije. Lo había comprado días atrás y estaba deseando dárselo.

—¿El qué?

Sonreí, enigmático, pero no le contesté.

—Ven conmigo.

La llevé hasta el cuarto donde están almacenados los arreos para los caballos. Entre sillas de montar, estribos, bridas, cabestros, riendas, brocas, arneses, todo perfectamente ordenado, había una pequeña caja de madera labrada. La había escondido allí el día anterior con la idea de entregársela estando a solas. Quería ser el único presente para disfrutar en privado de su alegría al ver lo que contenía.

La cogí y se la entregué.

—Ábrela.

Lo hizo con manos temblorosas. Cuando vio lo que contenía, ensanchó la sonrisa hasta iluminar todo el cuarto.

—Oh, es preciosa.

Era un revólver del 38 corto, un arma pequeña y liviana, perfecta para que una mujer la llevara en el bolso. La sacó de la caja y acarició el cañón pulido y las cachas de marfil, con incrustaciones doradas.

—He pensado que, ahora que ya sabes disparar con rifle, el siguiente paso es que aprendas a disparar un revólver. ¿Te parece bien?

—Me parece maravilloso.

—Entonces, ¿qué tal si ensillo a Ezzio y nos vamos por ahí a pegar unos tiros?

Carmen soltó una carcajada. Dejó el revólver en su caja y se me echó al cuello para besarme a conciencia.

—Me parece una idea estupenda.

Capítulo dieciséis

Los días pasaban en aquel ensueño, y llegó el final de junio, entre las flores que Keitan me enviaba todas las semanas y nuestras citas. A veces quedábamos para ir a disparar, para cenar o para pasear como adolescentes enamorados, pero siempre acabábamos en mi casa, recuperando el tiempo perdido enredados entre las sábanas.

Todo estaba yendo bien, y había comenzado a aceptar que no era un sueño del que fuera a despertar: era mi realidad, y la amaba. Poco a poco, con la ayuda de Nita, empecé a cambiar el color de mi pelo, decolorándolo y dejándolo crecer de mi rubio natural. También me quité las lentillas, y todo el mundo aceptó progresivamente mi nueva imagen, sin hacer preguntas incómodas ni extrañarse. Solían decirme que me veían más guapa, que el rubio daba luz a mi mirada, y que estaba radiante.

Solo Keitan sabía que mi nombre real era Adelle, y no estaba segura de querer volver a él. Carmen me había traído suerte, todo lo que había vivido con ese nombre eran cosas buenas, y aunque quería volver a ser yo misma tenía un miedo supersticioso a que eso también hiciera que todas las cosas que ahora tenía se esfumaran... o se gafaran. Era una tontería, pero Carmen era mi fetiche y me hacía sentir segura. Y, además, temía que los demás se enfadaran al enterarse de que había estado ocultándoles mi identidad.

Aún no había decidido qué hacer con mi situación laboral. Aunque no lo habíamos hecho público, era más que evidente que salíamos, pues no nos escondíamos, y mis compañeros sabían que tenía una historia con el jefe. A veces me lanzaban pullas, o me hacían comentarios de broma que me hacían sentir incómoda, pero era evidente que no eran más que eso, bromas. Aun así, estaba pensando en buscar otra cosa, sin prisas y sin precipitación, pero creía que era lo mejor para los dos. Aquella tarde había vuelto del trabajo en el resort y estaba mirando la sección de anuncios del periódico cuando sonó mi móvil.

—Carmen, menos mal que te encuentro. —Era Nita, y parecía un poco agobiada por el tono de su voz—. Necesito pedirte un favor.

—Claro, lo que quieras, ¿ha ocurrido algo?

—Hannah se ha puesto de parto y Mac se ha ido con ella al hospital. No puedo salir de la comisaría y va a llegar una chica protegida que debe pasar aquí la noche... Iba a llevarla a mi casa, pero no voy a poder atenderla como es debido, ¿puedes darle refugio esta noche?

Me soltó toda la información de golpe. Me alegré por Hannah y Mac, pero también me preocupé por si las cosas estaban yendo bien, sin embargo, lo que me pidió Nita reemplazó por completo todo lo demás.

—Sí, claro. Puede quedarse conmigo sin ningún problema —respondí de inmediato.

—Gracias, Carmen. No sabes el favor que me haces.

—¿Hannah está bien?

—Aún no sé nada, pero en cuanto me entere te tendré informada. En un par de horas te llevo a la chica, ¿estarás en casa?

—Sí, aquí os espero.

Estaba anocheciendo cuando llegaron, y la chica que Nita traía consigo me impresionó. Era muy joven. No debía tener más de veinticinco, y su mirada ya dejaba claro que sabía lo que era sentir el miedo y la indefensión. Era bajita, de aspecto frágil, con el pelo corto y moreno y unos enormes ojos verdes.

—Lucy, todo irá bien, Carmen es mi amiga y una persona de mucha confianza, estarás bien en su casa, y para cualquier cosa me llamáis enseguida —dijo Nita tras darle un abrazo a la muchacha, antes de irse.

La invité a entrar. Caminaba algo encogida, como si deseara esconderse aún estando dentro de una casa. Miró alrededor y pareció relajarse un ápice al encontrar un lugar acogedor.

—Ven, Lucy, justo estaba preparando la cena cuando habéis llamado. ¿Te gusta el pollo al curry?

—Sí, gracias —respondió escuetamente, siguiéndome hasta la cocina, donde se sentó en cuanto le aparté una silla de la mesa.

—Tengo refrescos en la nevera, y también agua fresca. Siéntete como en tu casa y sírvete lo que quieras —le dije mientras terminaba de sofreír el pollo y echar los ingredientes. La chica se quedó sentada en la silla.

Durante un rato estuve conversando de temas intrascendentes, mientras la cena se hacía al fuego. Lucy estaba muy nerviosa, y hablaba poco. Era evidente que estaba traumatizada, así que intenté hacerla sentir todo lo cómoda que pudiera. Cuando serví la cena, la pobre comió como si llevara días sin hacerlo, aunque estaba segura de que tenía que ver más con los nervios que con una mala alimentación, ya que la red cuidaba muy bien a las mujeres protegidas. Después de cenar, aunque seguía algo encogida sobre sí misma, pareció relajarse un ápice. Hice café, muy flojito, y lo serví en dos tazas antes de volver a sentarme con ella.

—Yo también he pasado por esto... —dije sin poder contenerlo más. Sabía lo sola que debía sentirse en ese instante.

—¿A ti también te ayudaron a huir?

—Sí. Y todo ha mejorado desde entonces, ¿sabes? La vida da segundas oportunidades, y hay gente buena dispuesta a ayudar. A mí me ayudaron simples desconocidos, y estoy segura de que tú también saldrás de donde quiera que estés. Lo dejarás todo atrás, como hice yo.

Los ojos de la muchacha brillaron trémulos. Parecía perdida y asustada, pero en ese instante una leve esperanza se encendió en su mirada al escucharme. Me miró un momento, pero después bajó la mirada a su taza de café y de nuevo la amargura se instaló en su rostro.

—¿Cómo puede ser que alguien que te quiere te haga cosas tan horribles? —preguntó bajando la voz.

Aquella pregunta me partió el corazón. Nadie debería vivir algo así, esa traición tan horrible, esa desilusión que vuelve el mundo oscuro y desesperanzador.

—No sé qué hace a las personas ser crueles, Lucy, pero hay una cosa que sí sé: esas personas que nos dañaron nunca nos quisieron de verdad. El amor no es eso, no es la posesión, el sometimiento ni la humillación... Amarse es cuidarse, y quien no te cuida, no te quiere —respondí, sintiendo que aquellas palabras me salían del corazón. Por fin sabía lo que significaba el amor, porque, al fin, lo estaba sintiendo: amor hacía mí misma, y el amor que otros me profesaban. Y, en especial, el amor de Keitan, que sanaba todas las heridas que otro hombre me había infligido con su falso amor.

Lucy se quedó pensativa un rato, mientras nos tomábamos el café. Sus hombros se relajaron, y pareció rumiarse aquellas palabras con más serenidad. El temor con el que había entrado en mi casa se estaba diluyendo poco a poco.

—No creo que pueda volver a querer a nadie después de lo que me ha pasado... —dijo al fin con un suspiro.

—Ahora no tienes que pensar en eso. Lo más importante a partir de este momento es que aprendas a quererte a ti misma, porque sé lo que debes estar pensando, lo que te han debido meter

en la cabeza: que no vales nada... Y el primer acto de liberación es borrarse eso de la mente.

Alzó la mirada y asintió despacio, con reconocimiento. No sabía nada de lo que le había ocurrido, pero sabía cómo se estaba sintiendo, sabía lo que era que te arrebataran el amor propio, que te humillaran y te pisotearan hasta que creyeras que no valías nada, que merecías todo lo que te hacían. Me sentí unida a aquella chica, y sentí su dolor como propio. Quería ayudarla.

—No sé si podré hacer eso...

—Podrás, será difícil, pero con la ayuda adecuada y el tiempo necesario, podrás. Día a día avanzarás, y mejorarás sin darte cuenta, y cuando estés mejor contigo misma las cosas vendrán solas. Si tienes que volver a querer a alguien, ocurrirá, y habrás aprendido en el proceso: ya no querrás a gente que no te valora o te maltrata, ya no querrás por necesidad, y en ese instante incluso estar sola será un motivo de felicidad.

—Yo... Yo nunca he estado sola... Creo que no sabría, y la verdad es que tengo miedo.

—Tengo un amigo que dice que la montaña siempre parece más alta desde abajo —dije recordando algo que me dijo Lonan cuando me daba miedo subirme al caballo—. Lo único que tienes que hacer es dar un paso cada vez, a tu ritmo. Un paso detrás de otro. Y verás como cuando mires atrás, con el tiempo, te darás cuenta de que has escalado el Everest y de que eres más fuerte de lo que jamás pudiste imaginar.

En sus ojos volvió a encenderse la luz. Me miró con un atisbo de esperanza y apretó los labios antes de hablar, conteniendo las lágrimas.

—Ojalá fuera como tú, tan fuerte y tan valiente.

Aquellas palabras me emocionaron profundamente. Me recordé hacía poco tiempo, diciéndole exactamente lo mismo a Nita, haciéndome pequeña a mí misma, negándome todo progreso. Entonces seguí el consejo que yo misma le había dado a Lucy y miré hacia atrás. Vi todo lo que había avanzado, todo lo que había escalado en aquella montaña de sanación y superación, y me di cuenta de que, efectivamente, había escalado el maldito Everest. Por eso, en ese momento era capaz de apoyar a otra persona, como hacía la gente a la que tanto admiraba.

—No hace mucho yo estaba en el mismo punto que tú —le dije, sin evitar que la emoción trasluciera a mi voz y a mis ojos, que empezaban a empañarse—. Tenía tu mismo miedo. Me sentía pequeña e incapaz. Todo me parecía imposible y me asustaba, pero realmente estaba siendo muy valiente, porque cada paso es un logro en el camino que iniciamos. Tú eres la heroína de tu historia, Lucy. Abandonar a la persona que te maltrataba y llegar hasta aquí ha sido muy valiente aunque no te lo parezca, y tomar las riendas de tu vida es un acto de coraje y de fuerza como pocos. Tanto yo, como toda la gente que te está ayudando ahora, nos sentimos orgullosos de ti, y estaremos para ayudarte. Siempre vas a tener un refugio en mi casa, ¿de acuerdo?

Lucy se levantó entonces, repentinamente, y vino hasta mí para abrazarme. La rodeé con mis brazos, y me eché a llorar en cuanto la oí sollozar. Era un llanto amargo, pero también liberador, y estaba ahí para consolarla. Al menos no estaba sola. Al menos podía hacer algo por ella.

La estreché contra mí, como si fuera mi hermana, mi hija, mi mejor amiga. Como si fuera yo misma, sintiendo que algo terminaba de repararse dentro de mí. Y me sentí bien. Sentí que estaba devolviendo algo de lo que Dios, el universo o el destino, me habían dado.

Aquella noche Lucy durmió en mi cama, y sus sueños parecieron serenos. Sentí tanta paz que desee ayudar a otras chicas como ella. Como yo. Y pensé que aquel, sin duda, sería un buen camino para el resto de mi vida.

Capítulo diecisiete

Las desgracias llegan cuando menos te lo esperas y nadie está libre de sufrirlas en algún momento; pero eso, nunca, jamás, debe impedirnos disfrutar de la vida.

La relación entre Carmen y yo se afianzó, y se hizo mucho más fuerte después de su confesión y de aquella primera noche de pasión. Empezamos a compartir muchas más cosas que unas simples citas: las comidas dominicales en el rancho se convirtieron en algo habitual, y pasábamos muchas horas en su casa, sentados en el sofá, hablando de nuestras vidas, haciendo planes de futuro, o simplemente dormitando uno en brazos del otro mientras intentábamos ver la televisión. Carmen se había abierto completamente a mí y ya no me escondía nada, ni de su pasado, ni de sus sueños, y eso hacía que me sintiera orgulloso de ella, por ser capaz de volver a confiar en un hombre a pesar de todo lo que había sufrido por culpa del malnacido de su ex.

Y también hacía que me enorgulleciera de mí mismo, porque gracias a ella había descubierto a un Keitan que hasta para mí era desconocido: un hombre tierno, paciente y cariñoso al que le importaban cosas como el bienestar de los demás, y que había permanecido escondido por miedo a ser vulnerable. Había dejado de ser egoísta para convertirme en alguien generoso. Era mejor persona, y todo gracias a Carmen, que me había obligado a mirarme en el espejo y a ver más allá de esa imagen de hombre frívolo al que solo le importaba el placer que pudiera obtener.

Por eso, cuando me anunció que iba a empezar a colaborar como voluntaria en el comedor social porque necesitaba hacer cosas por los demás, decidí acompañarla, algo que provocó que algunas personas de mi alrededor, léase mis hermanos, se burlaran jocosamente de mí y alabaran la buena influencia que estaba resultando ser Carmen, que incluso había logrado que alguien esencialmente egoísta como yo, empezara a preocuparse por los menos favorecidos.

En Cascade no hay mucha pobreza. No es una gran ciudad en la que los mendigos se escondan en las zonas oscuras bajo los puentes de las autopistas y caminen por las calles con todas sus pertenencias metidas en un carro de supermercado. Pero sí hay familias menos afortunadas a las que les cuesta mucho pagar las facturas, comprar ropa nueva para sus hijos, o tener una comida decente cada día.

La Asociación de Buenos Vecinos de Cascade se encarga de que estas familias puedan comer caliente, por lo menos, una vez al día. En el mismo Centro Social en el que Nita daba sus clases de defensa personal para mujeres hay una gran cocina que utilizan para preparar los platos que después los voluntarios repartirán a las familias que lo soliciten. Así se benefician todos los que lo necesitan, desde familias con niños pequeños, hasta personas ancianas que se han quedado solas y no son capaces de cocinar.

Y para los días especiales, como Acción de Gracias o Navidad, la Asociación organiza una gran comida que se celebra en el mismo centro, convirtiendo uno de los salones en un comedor, decorándolo con motivos festivos para alegrar a los menos afortunados.

El día que Carmen y yo empezamos a colaborar fue el 4 de julio, y la Asociación había organizado un fiesta por todo lo alto, con un banquete digno de un rey. El comedor se llenó con unas treinta familias que lo convirtieron en un lugar bullicioso y lleno de vida. Los críos correteaban entre las mesas mientras los adultos intentaban poner un poco de orden en aquel caos, y los abuelos y abuelas disfrutaban en compañía de un día tan especial.

Funcionaba como un *self service*, y yo estaba al cargo de uno de los mostradores al que venían a por las patatas fritas o el puré como acompañamiento al asado que servían al lado. Me pasé la

mañana con un cucharón en cada mano, llenando platos y más platos, conversando animadamente con mis compañeros y disfrutando de la complicidad que había logrado tener con Carmen, a la que no podía dejar de admirar y de guiñarle un ojo cada vez que pasaba cerca de donde yo estaba.

Hubiera sido un día excepcionalmente feliz que habría terminado al ir aquella noche a ver los fuegos artificiales con mi familia, si todo no se hubiera torcido en un instante.

La explosión en la cocina convirtió el caos alegre que era el comedor en una trampa llena de gritos de terror. Las paredes temblaron y cayeron algunos cascotes del techo que, por fortuna, no hicieron daño a nadie, pero la confusión que nos sorprendió a todos y que nos inmovilizó durante un instante dejó paso a la anarquía. Los padres corrieron a buscar a sus hijos para sacarlos de allí, niños que lloraban asustados sin saber qué hacer o a dónde ir, y los ancianos intentaban escapar de lo que parecía un edificio que iba a caerse sobre nosotros en cualquier momento.

Mi primer pensamiento fue para Carmen, pero ella era una mujer capaz que podía valerse por sí misma, y allí tenía a muchas personas que necesitaban que alguien las organizara para que aquello no se convirtiera en un suceso mucho peor de lo que ya era. Cuando el terror sacude a la masa, pisotea a todos aquellos que caen bajo sus pies, y allí había muchos niños y ancianos y no podía permitir que alguien saliese herido solo porque estaba más preocupado por la mujer que amaba, que por ayudar a los que lo necesitaban realmente. Los gritos eran ensordecedores, y los empujones de los desesperados amenazaban a los más indefensos.

Me impuse al miedo por ella y organicé a la gente para que saliera de manera ordenada mientras el sistema antiincendios se ponía en funcionamiento y arrojaba agua sobre todos nosotros.

Ya fuera, busqué con desesperación a Carmen entre la gente. Tenía que estar allí, a salvo. La explosión había sido en la cocina y ella no estaba allí, estaba seguro de ello porque unos instantes antes la había visto pasar por mi lado en dirección opuesta.

Busqué entre la gente, llamándola a gritos. El caos que se había formado dentro seguía en el exterior, con la gente asustada, mirando el humo que salía por la parte trasera del edificio.

—¡Está ardiendo! —exclamó uno.

Reconocí a uno de los cocineros y lo agarré por los brazos, sacudiéndolo para hacer que me prestara atención.

—¿Y Carmen? —le pregunté, con el corazón palpitándome en la garganta—. ¿La has visto?

—Yo... —Sus ojos vidriosos intentaban enfocar al mirarme—. No sé, estaba en la cocina, creí que salía detrás de mí.

Solté un juramento y me maldije mil veces por no haberle dado prioridad a ella. ¿Cómo había sido capaz de romper tan rápido mi promesa? Le había jurado que iba a cuidar de ella y a protegerla y, en lugar de eso, me había dedicado a poner a salvo a los demás, a gente que no me importaba ni me interesaba.

Me apresuré hacia el Centro Social de nuevo, internándome en un edificio que empezaba a estar inundado por el humo, y corrí hacia la cocina.

Cuando abrí la puerta el panorama era desolador. Las llamas lo ocupaban todo, obligándome a toser y a intentar protegerme el rostro con los brazos. Llamé a Carmen a gritos intentando que mi voz se impusiera al rugido del fuego devastador. El calor me quemaba la garganta y el humo hacía que mis ojos se inundaran de lágrimas, pero no me rendí. Carmen estaba en peligro y yo iba a ponerla a salvo.

Me pareció ver una sombra que se movía al otro lado de aquel muro de fuego y el corazón me repiqueteó en el pecho con esperanza. Era ella, tenía que ser ella, y sin tomar la más básica de las precauciones, me lancé para atravesar la cortina flamígera y alcanzarla.

Pero unas rudas manos me lo impidieron.

—¿Estás loco? —oí decir a alguien tras de mí.

—¡Suéltame! —grité, forcejeando para liberarme.

A aquellas primeras dos manos se unieron cuatro más, y así, entre tres tíos que ni siquiera reconocí en aquel momento, me sacaron a rastras y a la fuerza mientras yo luchaba para soltarme, segundos antes de que otra explosión sacudiera el edificio hasta los cimientos.

Me sentí como si el mundo a mi alrededor hubiese volado por los aires. Como si el edificio entero del Centro Social se hubiese derruido sobre mi cabeza, aplastándome. Mi pecho se oprimió hasta tal punto que no podía respirar y el corazón dejó de latir. Todo a mi alrededor dejó de moverse a un ritmo endiablado para pasar a ir a cámara lenta y en silencio. Un rostro se abalanzó sobre mí, con una boca que no paraba de moverse, pero de la cual no salía sonido alguno.

Carmen. Carmen. Carmen. No podía pensar en otra cosa. ¿Era ella la sombra que había visto moverse al otro lado? ¿Había logrado ponerse a salvo antes de la segunda explosión? ¿O, por el contrario, la había perdido?

No. Me negué en redondo a pensar en eso. Carmen no podía estar muerta. El maldito destino no podía privarme de su risa alegre, ni de su mirada clara. Carmen estaba bien, estaba bien, tenía que estar bien.

Las sirenas que me rodeaban fueron lo primero que empecé a oír, por encima de los gritos y los llantos. Alguien me puso una mascarilla en la cara y una manta sobre los hombros. Intentaron meterme en una camilla, y me revolví. Me arranqué la máscara y cogí por la chaqueta al bombero que intentaba atenderme y lo zarandé.

—¡Mi novia! —le grité con la voz cascada—. ¡Mi novia sigue dentro!

No sé qué me contestó, porque no me quedé a oírlo. Lo empujé y corrí hacia el edificio. Si Carmen estaba allí, yo quería estar con ella.

Fue entonces cuando la vi, y el mundo gris en que se había convertido mi vida volvió a llenarse de color. Venía cojeando por el callejón que separaba el Centro Social del edificio de al lado, llevando a la señora Higgs con ella. Estaba llena de hollín y tenía la ropa chamuscada, pero estaba viva.

Viva.

Lloré, y no a causa del humo. Lloré como nunca había llorado, ni siquiera cuando era un niño. Corrí hacia ella y la rodeé con mis brazos, apretándola contra mi cuerpo, mientras alguien se hacía cargo de la anciana señora Higgs.

—Creí que te había perdido —le susurré al oído sin dejar de llorar.

—Por un momento, creí que no podríamos salir —contestó, llorando también.

—¿Cómo..?

—Rompí una de las ventanas de atrás con un taburete y obligué a la señora Higgs a saltar. Me hice daño en el tobillo.

—Eres una heroína, pero casi me matas del susto. No vuelvas a hacer algo así nunca más, te lo suplico.

La besé, sin que me importara la gente a nuestro alrededor ni las voces que nos exigían que nos apartáramos de allí. La besé porque era la única manera que tenía de asegurarme de que aquello no era un sueño, de que estaba viva de verdad; de que, cuando la creía perdida para siempre, ella había vuelto a mí como un milagro.

Aquella noche no hubo fuegos artificiales, ni salimos con la familia. Habíamos tenido mucha suerte, todos, porque tras la explosión solo hubo algunos heridos leves, y daños materiales, pero

nada que tuviéramos que lamentar realmente. A mí me dolía el tobillo, en el hospital me hicieron algunas radiografías y me lo vendaron, enviándome a casa con una caja de antiinflamatorios y una felicitación por lo que había hecho. Yo no sentía que hubiera hecho nada especial o, al menos, nada que no hubiera hecho cualquier otro si hubiera visto a la señora Higgs quedar atrapada entre las llamas.

Aún tenía el susto en el cuerpo, a pesar de que todo había salido bien, no dejaba de pensar en todo lo que pudo salir mal, en lo cerca que había visto la muerte cuando quedamos rodeadas por el humo y las llamas.

—¿Quieres que te haga un café? —preguntó Keitan en voz baja.

Estábamos acurrucados en el sofá, él me tenía rodeada con los brazos con un gesto protector. Nos habíamos dado un buen susto, y se pasó la tarde colmándome de cuidados y atención. Preparó la cena, cuyos restos descansaban ahora sobre la mesita de café. El televisor estaba encendido, aunque no había podido prestarle demasiada atención, sumida en mis pensamientos como estaba.

—Si eso significa que tienes que levantarte: no. Además, ya estoy bastante nerviosa.

—Entonces puedo prepararte una tila, ¿tienes tila?

—No, no —repliqué, apretándome contra él y abrazándole—. No quiero que me prepares nada, quiero que te quedes aquí.

Keitan sonrió y se quedó conmigo, y durante un rato permanecí abrazada a él, respirando su olor y sintiéndome protegida por su abrazo. Mi estado de calma no duró mucho, porque en un momento dado, Keitan se echó hacia adelante en el sofá y subió el volumen del televisor, en el que el nombre de Cascade resonó sorprendentemente. La voz de la locutora quedó en segundo plano cuando al volver la mirada hacia la pantalla vi una imagen del Centro Social en llamas, y a mí misma, saliendo de entre el humo mientras llevaba a la señora Higgs a rastras.

—Ver estas imágenes nos da esperanza. Hay mucha gente buena en nuestro país, ¿verdad? —dijo un tertuliano.

Las imágenes eran de baja calidad, como grabadas con un móvil, pero de pronto enfocaron y ampliaron una secuencia y mi cara ocupó la pantalla por completo.

—Esta heroína anónima puso en peligro su vida para poner a salvo a una mujer que había quedado atrapada en los almacenes del edificio: la zona más afectada por el incendio.

Dejé de escuchar. Le arrebaté el mando a Keitan y apagué el televisor, con las manos temblorosas y sintiendo que un peso terrible en el pecho me robaba la respiración.

—¿Estás bien? —preguntó Keitan preocupado.

—¿Por qué me tienen que sacar por la tele? —pregunté alterada—. Eso no está bien. Eso está muy mal. He dejado de teñirme, ya no llevo lentillas. ¡Es lo peor que podía pasar!

—Carmen, tranquila. No va a pasar nada —me dijo Keitan, agarrándome por los brazos con suavidad—. Y si quieres asegurarte, llama a Nita, verás como ella te dice lo mismo.

Asentí, mirándole a los ojos. Me había echado a temblar sin darme cuenta. Un miedo atroz se cerraba en la boca de mi estómago al imaginar que Armando pudiera reconocerme y averiguar dónde estaba.

Seguí el consejo de Keitan y cogí el teléfono cuando me lo tendió. Ya había marcado el número de Nita y estaba sonando, cuando descolgó, hablé sin darle tiempo a saludar.

—¿Has visto las noticias?

—Sí, las he visto. No tienes nada de qué preocuparte, Armando está en prisión y no tiene apoyos, pero vamos a estar vigilándole. Nos aseguraremos de que no se entere de nada, ¿de acuerdo?

—Sí... Sí, gracias, Nita.

—No tienes que dármelas. Lo que quiero es que guardes la calma y sigas con tu normalidad.

—Lo haré.

Cuando colgué me encontraba algo más tranquila, pero seguía temblando. Keitan me abrazó, quitándome el móvil de la mano y dejándolo sobre la mesa.

—Carmen, ya no estás sola. No solo tienes a Nita, que lo hará todo por ti. Yo también haré lo necesario para protegerte —dijo con su voz cálida y grave. Me abracé con fuerza a él, cerrando los ojos, y maldije para mi interior al darme cuenta del miedo que seguía dominándome. ¿Cuándo sería libre de él?—. Todo irá bien, te lo prometo.

Aquella noche volví a tener pesadillas. No las había tenido desde los primeros meses de mi huída, pero volvieron a mí, vívidas y angustiosas. Soñaba que había regresado con Armando. De pronto me veía allí, en la casa en la que vivía con él en Miami, como si nunca hubiera huido, como si todo lo que había pasado hasta el momento hubiera sido un sueño. Me preguntaba cómo había podido pasar y con amargura infinita me daba cuenta de que debía volver a pasar por el mismo infierno. Sin fuerzas, decidía que no podía enfrentarme a algo así de nuevo, y cuando los golpes volvían a caer sobre mí me hundía en una oscuridad espesa e infinita.

«Jamás podré huir de él. No importa lo que haga. Siempre me encontrará. Nunca podré dejarle atrás».

—Eres mía. No importa dónde vayas, cuánto te alejes de mí: siempre serás mía.

Desperté con un sobresalto, empapada en sudor y sintiendo un sollozo ahogarse en mi garganta. Sentí unas inmensas ganas de llorar, pero entonces también sentí los brazos de Keitan a mi alrededor, su calor, su presencia protectora y segura, y recordé que aquella noche no se había ido. Se había quedado conmigo y, ahora, al darse cuenta de que me había despertado y de mi respiración acelerada, me besaba los párpados y las mejillas con una ternura infinita.

—Tranquila..., estás en casa —me susurró.

Y le creí. Le creí con todas mis fuerzas, dejando el miedo atrás con aquella poderosa arma que me otorgaba.

Volví a dormirme, entre sus brazos, y las pesadillas no regresaron.

Capítulo dieciocho

El mes siguiente fue extraño. Sufrí ansiedad y algunas noches más de pesadillas, pero todo volvió a la normalidad gracias a la rutina, al apoyo incondicional de Keitan y al trabajo que se nos vino encima al llegar agosto. No volver a salir en las noticias y que otros sucesos borrasen de la memoria colectiva lo que había pasado en este remoto pueblo de Montana también contribuyó a que recuperase la tranquilidad, al menos, mental, ya que el ajetreo en el resort era considerable, y apenas me daba tiempo para pensar en nada.

La temporada alta había llegado y el hotel bullía de actividad, tanto Keitan como yo estábamos inmersos en el trabajo, por lo que no podíamos vernos tanto como deseábamos, pero sabíamos que era una situación temporal y al final valdría la pena. Keitan intentó influir para que me quitasen horas desde recursos humanos, y aunque sé por qué lo hizo eso no impidió que me enfadase: no quería que nuestra relación influyera en mi trabajo, ni siquiera para darme facilidades, porque no era justo para los demás, y no era por lo que yo estaba saliendo con él.

Una de aquellas mañanas de agosto, al terminar una de las plantas en tiempo record, me sentí especialmente cansada y necesité recuperar energía, así que bajé a la terraza de los empleados a tomar café. Lonan había pasado fuera unos días, encargándose de las excursiones, pero había vuelto, y estaba allí, removiendo su café con leche con una expresión serena y feliz. Todos íbamos estresados, pero él parecía tomárselo todo con calma, como si no hubiera cantidad de trabajo en el mundo capaz de agobiarle.

—¿Cómo va la búsqueda de trabajo? —me preguntó cuando me senté a su lado. Hacía calor, pero la sombra del toldo y la brisa que llegaba desde las montañas era agradable y relajante—. ¿Has encontrado algo ya?

—Creo que iré al Grill, ahora que se ha ido su mujer Sebastian necesita ayuda, y tengo alguna experiencia en la hostelería.

—¿Se lo has comentado ya a Keitan?

—No, la verdad. Esperaba a terminar la temporada, ahora tiene mucho trabajo y no quiero distraerle —respondí encogiéndome de hombros. Sabía que a Keitan no le importaría, pero no quería distraerle ni dejar tirado a nadie en plena temporada alta.

Lonan dio un trago a su taza y suspiró profundamente.

—Me va a dar mucha pena que dejemos de ser compañeros de trabajo.

—A mí también, me gusta este trabajo, pero sé que también me gustará trabajar con Sebastian. Y seguiremos viéndonos mucho, soy la novia del jefe —dije con una risita—. Precisamente por eso es mejor que trabaje en otro lugar. No me hace sentir cómoda esta posición.

—Lo comprendo. Y sí, nos veremos igual, porque si no vienes tú me presentaré en tu casa con el caballo —respondió esbozando media sonrisa.

—Y os prepararé café a los dos. Solo espero que el animal esté cómodo en el salón, mis sillas no son muy anchas —dije riéndome. No me preocupaba dejar el trabajo, y ya no tenía miedo de estar cara al público, así que aquello me parecía un cambio a mejor. Seguiría viendo a mis amigos y compañeros de manera habitual, porque seguiría visitando al resort, pero ya no como empleada—. ¿Sabes? Voy a sacarme el bachillerato. Creo que ya es hora, y ahora puedo permitírmelo en cuanto a tiempo y dinero. Este trabajo me gusta, y me gustará trabajar en el Grill, pero quiero dedicarme a algo que me llene. He estado pensando mucho en ello últimamente, y quiero ayudar a la gente. Me gustaría estudiar psicología y dedicarme al trabajo social..., a ayudar a mujeres maltratadas.

La sonrisa de Lonan se ensanchó y asintió despacio, con una expresión que lejos de la sorpresa reflejaba reconocimiento. ¿Es que acaso se lo esperaba?

—Me alegro mucho de que tomes esa decisión. No creo que sea una profesión fácil, pero seguro que te hará sentir realizada y feliz.

—Sí, de eso estoy segura.

Estuvimos un rato charlando de cosas insustanciales, recargando las pilas para seguir con la intensa jornada que nos esperaba, y estábamos a punto de despedirnos cuando sonó mi teléfono. Era Nita, y respondí alegre..., pero el buen humor me duró muy poco cuando todos los miedos que había sufrido desde el incidente en el Centro Social se hicieron realidad.

—Carmen, esperaba no tener que darte esta noticia, pero Armando ha escapado.

Se me heló la sangre en las venas. Incluso el corazón me dejó de latir durante un instante. Un frío mordiente se extendió por mi estómago y sentí que el pánico me paralizaba.

—Pero... eso no puede ser —balbuceé—. ¿Cómo...?

—Hace tres días. Lo estaban trasladando en ambulancia al hospital, atacó a los enfermeros y aprovechó la ocasión para escapar. Tenemos que trasladarte cuanto antes.

Sentí que la sangre me bajaba a los pies. Lonan dejó la taza sobre la mesa y me miró alarmado. Tardé en reaccionar. Todo comenzó a parecerme irreal, como si estuviera atrapada en una de mis pesadillas. La voz se me trabó en la garganta y mi mente comenzó a dar vueltas sobre sí misma, negando lo que estaba ocurriendo.

—No —acerté a responder al fin, arrancándome la voz de dentro—. No pienso irme. No voy a irme a ningún sitio. Quien tiene que moverse es la policía, ellos son quienes deben encerrarlo. ¡A ellos se les ha escapado!

—Carmen..., será temporal, hasta que le vuelvan a meter en prisión, y no tardarán en hacerlo, te lo aseguro.

—No voy a irme —repetí. Más segura. Más enfadada—. Estoy harta de esconderme, y no pienso hacerlo más. Si llega hasta a mí, he aprendido a defenderme, ¿no?

Escuché a Nita resoplar, e imaginé su cara, pero no me importó. Ya bastante daño me había hecho, ya bastante le había dado a Armando como para entregarle también mi nueva vida. No iba a dejar que interfiriese en ella.

—¿Estás segura de esto? —preguntó Nita.

—Sí, lo estoy.

—Vale. Habla con Keitan, no le escondas esto por no preocuparle.

—No pensaba hacerlo —repliqué. Mi corazón seguía latiendo agónicamente y descompasado, pero no pensaba dar un paso atrás.

—Hablaré con Mac y con los chicos de la comisaría. Estarán al tanto. Todos haremos lo posible por que estés protegida. En este pueblo los extraños no pasan desapercibidos, seguro que le localizamos si intenta acercarse a ti.

—Gracias, Nita.

Lonan seguía mirándome preocupado cuando colgué.

—Carmen... ¿qué sucede?

Ya no tenía motivos para callarme, y estaba harta de estar callada, así que se lo conté.

—Llevo tres años escondiéndome de mi exnovio maltratador. Estaba en prisión, y resulta que ha escapado... y tengo muchas razones para pensar que vendrá a buscarme. Nita quiere que me traslade y me esconda, pero estoy harta de eso, Lonan —confesé, y no pude evitar que las lágrimas escaparan de mis ojos.

Lonan se puso en pie enseguida. No hizo preguntas, solo me abrazó, y yo lloré dejando que la

tensión se liberase un poco dentro de mí. Al cabo de unos instantes, él me habló al oído.

—No estás sola. Vamos a protegerte, ese cabrón no podrá hacerte nada si decide acercarse por Cascade. Aquí tienes a tu manada, y nos lo vamos a comer.

Le abracé con más fuerza, sintiéndome más recompuesta y segura de mi decisión. Mi vida estaba allí. Mi gente estaba allí, y no volvería a huir. No les dejaría atrás, como ellos no lo harían conmigo.

—Gracias, Lonan —dije levantando la cabeza y mirándole. Él me limpió las lágrimas con un pañuelo y sonrió—. Tengo que ir a contárselo a Keitan...

—Te acompaño.

—No quiero distraerte del trabajo.

—Ni hablar —dijo agarrándome de las manos para que me levantara—. Esto es más importante ahora. Luego veremos qué pasa con el trabajo.

No insistí, y dejé que me acompañara.

Estaba en el despacho, hablando por teléfono, cuando Carmen entró muy alterada. Pocas veces había venido a verme aquí, y siempre dejaba que mi secretaria la anunciara antes de cruzar la puerta; por eso supe que algo grave estaba pasando.

—Me ha surgido algo. Te llamo en un rato —le dije a Colin.

Me levanté y fui hacia ella para abrazarla.

—¿Qué ocurre, cariño? —le pregunté, sosteniendo su cabeza contra mi pecho.

—Es Armando —dijo, nerviosa—. Se ha escapado.

Me alarmé, por supuesto, pero intenté mantener la calma para no ponerla más nerviosa. Aquel hecho implicaba muchas cosas, y ninguna buena.

—¿Qué te ha sugerido Nita que hagas?

—Quería trasladarme, y le he dicho que ni hablar —dijo con furia—. Estoy harta de esconderme, Keitan. Sé que no es casualidad que se haya escapado ahora, y estoy convencida de que tiene que ver con mi aparición en televisión. Sabe que estoy aquí y viene a por mí, pero no pienso huir. Se acabó vivir con miedo. Aquí estoy rehaciendo mi vida y tengo derecho a ella, y a lo que he conseguido con mi esfuerzo.

—Estoy de acuerdo.

No lo estaba en absoluto. El pánico bullía por mis venas como ácido, quemándome, y quería gritarle que huyera, que se escondiera, que yo iría con ella, que no me iba a suponer un esfuerzo abandonarlo todo para seguirla a donde quiera que la enviaran.

Pero la comprendía, porque yo tampoco era capaz de renunciar a la felicidad que habíamos conseguido cuando ya no teníamos esperanza.

—Me alegro. —Dejó ir una risa nerviosa—. Esperaba que te pusieras de su parte.

—No hay por qué. No te preocupes. No estás sola y vamos a protegerte. Para empezar, vamos a ir a tu apartamento para que cojas lo necesario para trasladarte a mi suite del hotel. Vivirás conmigo hasta que lo detengan.

—¡No! ¡No puedo hacer eso!

—¿Por qué? Aquí está lleno de cámaras de vigilancia. La seguridad es muy alta y tu ex difícilmente podría colarse, si es que lo intenta.

—¡Pero es una locura! Vivir juntos es un paso muy importante y no quiero darlo empujada por las circunstancias. —Se apartó de mí, mirándome como si yo fuese alguna especie de loco—. Además, sigues siendo mi jefe. Ya sabes lo incómodo que es para mí tener una relación contigo siendo tu empleada, me he esforzado mucho para que nadie tenga motivos para pensar que intento

sacar ventajas laborales de nuestra relación, y venir a vivir contigo lo estropearía todo.

—¡Pero eso es una tontería! Todo el pueblo y todo el hotel saben que estamos saliendo, y que vamos en serio. Nadie se extrañará porque demos este paso.

—Puede que nadie se extrañe, pero no me parece bien, Keitan. No quiero que mis compañeras empiecen ahora a hablar mal de mí a mis espaldas. ¡Mi reputación es importante para mí! ¿No lo entiendes? Sé que a ti no te importa que hablen, pero a mí sí. Perderé su respeto si vengo a vivir contigo, porque no puedo contarles lo que está pasando de verdad, y no quiero.

Perdí los nervios, lo admito. Ver que su reputación, que el respeto de los demás significaba para ella más que su propia vida, me sacó de quicio. Intenté controlarme para no hacer una estupidez, pero no lo conseguí. Cuando abrí la boca para hablar, supe que estaba metiendo la pata hasta el cuello, pero fui incapaz de cerrarla, y lo solté.

—Estoy harto de estas tonterías, ¿sabes? ¿No quieres que te critiquen porque sales con el jefe? ¡Pues eso tiene una solución muy sencilla! ¡Estás despedida! ¿Lo ves? Ya no soy tu jefe. Ahora, vamos a tu casa y...

Cerré la boca, impresionado por la frialdad con la que había empezado a mirarme. Sacó pecho y alzó la barbilla, muy orgullosa, mientras temblaba, probablemente de rabia.

Se había enfadado, y mucho.

—¿Cómo puedes hacerme esto precisamente ahora? —siseó, cerrando los puños con ira—. ¿Quién te has creído que eres? ¡No tienes ningún derecho a decidir sobre mi vida! Durante mucho tiempo dejé que los demás tomaran decisiones por mí, pero eso se acabó. Ni tú ni Armando vais a dirigir mi vida. No voy a permitir que eso vuelva a suceder. ¿Sabes qué? No eres tú quien me despide, soy yo quien se va. Olvídate de mí. Hasta aquí ha llegado nuestra relación. No voy a permitir que controles mi vida ni que me manipules. ¡No quiero volver a verte!

No me dio opción a explicarme, ni a disculparme, ni a nada. Salió dando un portazo y me dejó en estado de shock. ¿En serio me había dicho que no quería volver a verme? ¿Me había dejado? ¿Todo se había terminado?

No, no podía ser. Sentí que el pecho se me oprimía hasta el punto de no dejarme respirar. No supe si enfadarme, gritar, romper cosas o salir corriendo detrás de ella para pedirle perdón y suplicarle que no me abandonara.

Y los segundos que tardé en decidirme fueron cruciales.

Cuando salí detrás de ella, ya no estaba. Le pregunté a la secretaria, y me dijo que se había ido con Lonan, que estaba allí esperándola.

Esperándola.

Hijo de puta.

Mi cabeza se convirtió en un torbellino lleno de contradicciones. Volví a mi despacho, cerrando la puerta con violencia, y me abandoné a la autocompasión mientras discutía conmigo mismo, caminando de un lado a otro de la habitación como un león enjaulado, controlando las ganas de romper todo lo que se me ponía por el medio.

«El hijo de puta me dijo que no quería nada con ella, pero ha estado esperando la oportunidad. ¿Por qué, si no, estaba allí esperándola? Tenía la esperanza de que yo iba a fallarle, ¿eh? Por eso estaba ahí, y yo como un gilipollas se la he puesto en bandeja».

«No digas tonterías, sabes que Lonan no es así. Si hubiese estado interesado en ella, te lo habría dicho claramente».

«Y una mierda. Y ella... Qué rápido se ha dejado consolar por otro, ¿no? Le ha faltado tiempo para echarse en sus brazos».

«No te montes películas, idiota. Sabes que Carmen te quiere. En lugar de estar aquí perdiendo

el tiempo, lloriqueando como un bebé, deberías ir tras ella y arreglarlo».

«¿Arreglar, qué? Me ha dejado claro que no quiere volver a verme, y yo tengo mi orgullo».

«Sí, un orgullo que te llevará a perder lo mejor que te ha pasado en la vida. ¿Cómo puedes ser tan imbécil? ¿No te das cuenta de que todas estas mierdas solo las piensas porque estás enfadado?».

«¡Pues claro que estoy enfadado, joder! ¿A ti te parece lógica su reacción?».

«Pues sus razones tendrá, aunque tú no las comprendas. ¿Quizá si hablastes con ella podría explicártelas?».

Sonó el teléfono móvil y cuando vi que era Nita tuve ganas de estamparlo contra la pared. Lo que me faltaba.

Pero contesté, aunque no sé muy bien por qué.

—Dime —dije, dejando ir toda la amargura que sentía en ese momento.

—¿Tú eres subnormal, o qué? —«Empezamos bien», pensé—. ¿Se puede saber en qué coño estabas pensando? ¿En serio lo único que se te ha ocurrido ha sido despedirla de su trabajo?

—Qué rápido te ha ido con el cuento. Le ha faltado tiempo.

—¿Y qué esperabas? ¿Que se comiera sola toda la mierda que le has echado encima? ¡Pues claro que me ha llamado! ¡Es mi amiga!

—Nita —intenté razonar, respirando profundo para conseguir algo de calma—, le pedí que viniera a vivir al resort conmigo porque aquí estará mucho más protegida, ¡y se negó! ¡Puso como excusa que sigue trabajando para mí! ¡Yo solo quise quitar ese problema de la ecuación! Si ya no es mi empleada, ya no tiene excusa para negarse.

—¿Pero tú eres tonto o qué te pasa? ¿Es que no podías intentar convencerla razonando con ella? ¿Te puedes hacer una mínima idea de por lo que está pasando ahora mismo? Y tú, en lugar de apoyarla y ofrecerle comprensión, ¡la despides! ¿Es que no comprendes lo que significa su trabajo para ella?

—¡Por el amor de Dios! —exclamé, desbordado ya por sus ataques—. ¡Solo es un puto trabajo!

—No, Keitan, no es solo un puto trabajo. No tienes ni idea. Para Carmen, su trabajo significa libertad, significa poder dirigir su propia vida sin interferencias de nadie, sin depender de nadie. ¿Sabes cuál es el mayor obstáculo al que se enfrentan las mujeres que quieren salir de una relación violenta? La falta de trabajo. Sin trabajo, no hay dinero; y sin dinero, no hay posibilidad de escapar, y se ven obligadas a seguir aguantando las palizas, las humillaciones, las violaciones..., todo lo que el energúmeno de su pareja decida hacerles, porque, ¿qué otra cosa pueden hacer? ¿Marcharse y morir de hambre? ¿Verse obligadas a vivir en la calle, como mendigas? ¿Lo entiendes ahora, gilipollas?

—¡Pero Carmen no está ya en esa situación! ¡Yo jamás le haría algo así! ¡Yo no soy como su ex!

—¿Ah, no? ¿No lo eres? Puede que no ejerzas sobre ella una violencia directa, pero sí la has humillado intentando mangonearla, forzando la situación para que haga lo que tú quieres. ¡Y eso también es violencia! ¿Tanto te costaba sentarte con ella e intentar razonar? ¿O buscar entre los dos una solución alternativa que fuese aceptable para ambos? Pero no, en lugar de eso has reaccionado como un macho alfa de los cojones. ¡Es que todos los tíos parecéis tontos, hostia!

—¿Razonar con ella? Es la mujer más tozuda que...

—¿Tozuda? ¿Carmen? —Nita soltó una risa amarga—. Carmen es la persona más sensata que he conocido en la vida. Tú eres el maldito cabezón, todos los Wescott lo sois, cabezones y, a veces, parecéis insensibles. No has tenido ni un maldito gramo de empatía, y en lugar de ofrecerle

tu apoyo y tu consuelo, has pasado por encima de ella como una puta manada de elefantes rabiosos, forzando las cosas para obligarla a hacer algo que ella no quería. ¿Sabes quién hace ese tipo de cosas? Un manipulador. Háztelo mirar, Keitan, pero que sepas que me has decepcionado un montón.

Me colgó sin esperar mi réplica. ¿En serio había sido tan gilipollas?

«¿En serio tienes que preguntártelo? Ponte en su lugar, imbécil».

Lo hice. Me imaginé a mí mismo en la situación de Carmen, desbordado por el miedo, buscando el apoyo de la persona que más quiero, necesitando que ella me dijera que todo iba a ir bien... y que, en lugar de eso, encontrase a alguien intentando aprovechar mi situación para obligarme a hacer algo que no quería, avasallándome en el proceso, sin escuchar lo que yo tenía que decir.

No me costó mucho llegar a la conclusión de que me había comportado como un auténtico hijo de puta.

Capítulo diecinueve

Lonan vino conmigo a casa, no quiso dejarme sola en aquel estado. Salí de la oficina de Keitan presa de un ataque de nervios, y desde ese momento no había dejado de llorar y de maldecirle. Tenía ya los ojos hinchados, y en el sofá y sobre la mesita de café había un reguero de pañuelos usados. Estuvimos hablando hasta bien entrada la tarde o, más bien, yo estuve hablando toda la tarde, contándole a Lonan todo lo que le había ocultado durante ese tiempo: el infierno que fue mi relación con Armando, cómo escapé, y quién era yo realmente. Él escuchó paciente, con su mano abierta en mi espalda, acariciándola a veces como si tratase de devolverme la serenidad o consolarme con aquel gesto. No me juzgó. No se enfadó, y no me hizo preguntas, solo me dijo que lo sentía muchísimo.

—Siempre me ha jodido la vida, ¿sabes? Incluso ahora, sin estar presente, me la jode. Rompe todo lo que he conseguido. Es como una sombra... Como una maldición.

—No creo que tenga que ver con lo que ha ocurrido con Keitan —me dijo con voz suave. Le miré entrecerrando los ojos.

—¿Qué quieres decir?

—Que Keitan ha metido la pata, eso no tiene que ver con Armando, sino con él. No le justifico, se ha portado mal, pero creo que ha sido una mala reacción a causa del miedo. Está preocupado y ha intentado hacer lo único que se le ha ocurrido. Los dos habéis tomado decisiones estando muy enfadados, y eso nunca es buena idea. Es mejor que dejes que se calmen las cosas, y verás como se soluciona y nada se ha roto.

Le di una palmada en la pierna, frustrada, y le dirigí una mirada cortante.

—No quiero que me des consejos, Lonan, lo que quiero es que me apoyes y que digas que Keitan es un gilipollas —solté enfadada.

No quería calmarme, ni pensar en darle ninguna oportunidad. Estaba enfadada y muy dolida por lo que había hecho. Por aquella burda manipulación que se había atrevido a perpetrar conmigo.

Lonan levantó las manos pidiendo paz, y pude ver que reprimía una sonrisa. No llegó a aflorar, porque en ese momento le habría abofeteado de haberlo hecho.

—Tienes razón. Es un imbécil.

—Y un cabrón —apunté.

—Eso, sobre todo. Es un cabrón. Un cabronazo.

—Un maldito manipulador —dije sonándome la nariz.

—Y un...

El sonido estridente del timbre interrumpió a Lonan, que me apretó el brazo con suavidad cuando intenté levantarme.

—Espera, será mejor que vaya yo —dijo. Le dejé ir, mirándole con recelo desde el sillón—. ¿Quién es? —preguntó al descolgar el telefonillo. Asintió y me miró, y enseguida supe de quién se trataba, aunque Lonan no tardó en anunciarlo—: Es el gilipollas, ¿abro o bajo a pegarle un puñetazo?

Dijo eso sin colgar, y pude escuchar a Keitan hablando atropelladamente al otro lado, aunque no distinguí qué dijo. Estuve tentada de bajar yo misma a darle un par de bofetones.

—¿Qué quiere?

—¿Qué quieres? —preguntó Lonan al telefonillo, y luego volvió a dirigirse a mí—. Dice que quiere disculparse por ser tan gilipollas.

Me lo pensé. Aún estaba muy enfadada y dolida, pero saber que venía con aquella predisposición hizo que algo rabioso dentro de mí se calmara.

—Vale. Dile que suba —decidí al cabo de un instante.

—Sube —dijo Lonan antes de colgar—. ¿Quieres que os deje solos?

—No. No, por favor, quédate aquí.

—¿Tienes miedo de que te haga algo? —preguntó algo extrañado.

—No. Sé que Keitan nunca me haría nada, pero no quiero estar a solas con él porque estoy muy enfadada.

Lonan asintió y abrió la puerta al escuchar el golpeteo de Keitan al otro lado. Nada más ver a Lonan, Keitan hizo un gesto, como despachándole silenciosamente, pero Lonan negó con la cabeza y se cruzó de brazos como toda respuesta.

Keitan suspiró resignado, volviendo la mirada a mí. Una mirada de cordero degollado, dolida y arrepentida.

—Carmen, yo... lo siento mucho —dijo entonces. Había un brillo trémulo en su mirada que parecía corroborar aquello, como si hubiera estado llorando o fuera a hacerlo en cualquier momento—. Tienes toda la razón de estar enfadada, pero, por favor, perdóname. Y por favor, haz como si nada hubiera ocurrido, como si no hubiera dicho lo que he dicho: no hemos firmado ningún papel, así que no estás despedida. Ha sido una estupidez.

Parecía realmente arrepentido. Quería creer que lo estaba. Que se disculpase era bueno, era lo que cualquiera esperaría, pero no estaba segura de que hubiera comprendido realmente por qué estaba tan enfadada.

—No puedo perdonarte hasta que me convenzas de que realmente has comprendido lo que has hecho mal —le dije sin dejarme llevar por lo que sentía.

Quería abrazarle y decirle que todo estaba olvidado, perdonarle todo sin importarme si lo comprendía o no, pero eso lo habría hecho la mujer asustada y desesperada que era antes. No la de ahora. Eso se había acabado.

Keitan asintió y tardó unos segundos en hablar bajando la cabeza y la mirada hasta volver a fijar sus ojos en mí.

—Entiendo lo que he hecho. He abusado de mi posición. He intentado manipularte imponiéndome en lugar de razonar contigo, y te he tratado como si no fueras capaz de tomar tus propias decisiones: como a una niña. Sé que eso ha estado mal, y aunque podría intentar justificarme diciendo que ha sido culpa del miedo que he sentido, en realidad ni eso lo justifica. —Se detuvo un instante y tomó aire antes de continuar. Cuando volvió a hablar me di cuenta de que las lágrimas habían comenzado a correr por sus mejillas, silenciosas—. Lo siento mucho, Carmen. Te quiero con locura... Por favor, dame otra oportunidad. Si no quieres ir al hotel, vale, lo haremos así, yo me quedaré contigo, aquí... o nos iremos a Nueva York, haremos lo que tú decidas, pero, por favor, no me apartes de ti ahora. Estoy muy asustado. Tengo un miedo atroz de perderte y quiero hacer lo que sea para protegerte.

Era mucho más de lo que necesitaba. Todo el enfado, todo el rencor que había sentido, la rabia por lo que había intentado, se diluyeron. Me levanté a abrazarle como si alguien hubiera soltado la cuerda que me ataba. Keitan me acogió entre sus brazos y me estrechó con un profundo anhelo, temblando de tensión.

—Nunca jamás vuelvas a hacerme nada así —dije, aun así, apretándole con fuerza contra mí—. Las decisiones tenemos que tomarlas juntos. Tenemos que hablar entre nosotros, en las decisiones importantes y en las que no lo son: en todas. Pero no vuelvas a intentar imponerte. Nunca. —Levanté el rostro para mirarle al decir esto, y le limpié las lágrimas de las mejillas con

los dedos. Yo misma estaba llorando, aunque mi voz no temblase, tenía la visión turbia por las lágrimas de alivio—. Si no hubieras hecho eso tal vez habría acabado aceptando quedarme en el hotel, pero por la fuerza, no. Así nunca.

—Lo siento. Lo siento mucho. No volverá a ocurrir, te lo prometo —respondió. Me ciñó con más fuerza en el abrazo y me besó, y dejé que ese beso terminara de limpiar mi dolor y mi miedo.

Al levantar la vista, mientras nos besábamos, vi que Lonan ya se había ido, dejándonos solos.

Me permitió quedarme allí con ella a dormir, aunque no fui capaz de pegar ojo. Carmen dormía inquieta entre mis brazos mientras yo pensaba en el día siguiente. Ella querría ir a trabajar como un día cualquiera y si intentaba impedírselo volveríamos a discutir, así que buscaba la manera de convencerla sin llegar a eso. Y si no lo conseguía, iba a pegarme a ella como una lapa durante todo su turno. No pensaba dejarla sola ni un instante.

El cuarto estaba oscuro. Hacía calor y por la ventana abierta entraba una ligera brisa que hacía revolotear las cortinas. De vez en cuando, un rayo de luz procedente de la calle iluminaba tenuemente el cuarto, dando vida a las sombras que se movían, tan inquietas como lo estaba yo.

Un ruido me puso en alerta. No era el primer sonido que me había alarmado aquella nefasta noche en que los nervios estaban a flor de piel, pero esta vez me pareció que el sonido era en el interior del apartamento. Pensé que quizá eran imaginaciones mías aunque, así y todo, me levanté para comprobarlo.

Me incorporé de la cama con cuidado para no despertar a Carmen. En calzoncillos y descalzo, con todo el cuerpo en tensión, salí al comedor sin encender la luz, intentando no hacer ruido. En un principio no vi a nadie. Suspiré, aliviado, y por un segundo me reí de mí mismo y de mi imaginación. Seguramente había sido otra vez el gato cabrón que se dedicaba a revolver la basura, o algún mapache hambriento.

Pero no quise ser descuidado, así que encendí la luz para asegurarme. Armando estaba libre y yo creía a Carmen cuando decía que iba a venir a por ella en lugar de escapar a México, como haría cualquiera en su situación y con dos gramos de inteligencia.

Supongo que al encenderla, la luz me deslumbró momentáneamente y fue eso lo que me impidió ver el bulto que se abalanzó sobre mí, salido de detrás del sofá, en donde se había ocultado. Me moví de manera inconsciente para apartarme, un acto reflejo producto de tantos años de experiencia trabajando con animales grandes y pesados, bichos con reacciones imprevisibles que podían matarte de una coza o de una embestida. Pero no pude evitar que el cuchillo que empuñaba aquel bulto me rasgase superficialmente la carne del brazo.

Solté un gruñido de dolor y de rabia y miré hacia el rostro del hombre que estaba allí, delante de mí. Era más bajo que yo, pero tenía unos hombros mucho más anchos, y unos brazos mucho más gruesos. Podía ser bajito, pero su mirada destilaba odio e instinto asesino, todo enfocado en mí.

—Debes ser Armando —gruñí, mientras me preparaba.

—Voy a matarte a ti primero, y después, la mataré a ella, por puta.

Se abalanzó de nuevo sobre mí, esgrimiendo el cuchillo por delante. Cogí la lámpara de encima de la mesita, lo que tenía más a mano, y la utilicé como una porra para machacarle la cabeza. Lo esquivó, poniendo el brazo en la trayectoria de mi golpe, y atacó.

El segundo tajo fue más profundo y doloroso. Me tiré sobre él, intentando aferrarme a la mano que sujetaba el arma. Tenía que obligarlo a soltarla porque sabía que solo tendría una oportunidad de ganar aquella pelea si ambos estábamos en las mismas condiciones.

Rodamos por el suelo. Su puño impactó contra mi mentón y escupí sangre sobre sus ojos. Soltó una maldición mientras seguíamos rodando por el suelo del apartamento, arrasando el lugar, rompiendo muebles, manchando la alfombra, haciendo que los objetos más delicados se rompieran.

Nos dimos puñetazos a mansalva, algunos rodillazos y patadas. Sentía mi cara amoratada y sabía que sangraba por varias heridas, pero no me preocupé. Mi único pensamiento estaba en mantener a Carmen a salvo de aquel salvaje, y recé para que fuese lo bastante inteligente como para escapar por las escaleras de incendio que pasaban por la ventana del dormitorio, porque aquel tío sabía pelear mucho mejor que yo y no sabía cómo acabaría aquello.

Acabé sobre él, a horcajadas. Con una mano le sujetaba la muñeca donde tenía el cuchillo, y con la otra me dediqué a golpearle en la cara, destrozando su nariz. Creí que estaba ganando, que pronto terminaría todo y que yo saldría victorioso.

Lo pensé durante un segundo.

Hasta que se deshizo de mi agarre y me clavó el cuchillo en el vientre, hasta la empuñadura.

El dolor fue brutal. Durante mis años en el rancho había pasado por muchos momentos dolorosos, golpes y huesos rotos; pero ninguno como aquel. Fue como si me partieran en dos, literalmente. El dolor empezó en el vientre y se expandió rápidamente por todo el cuerpo, haciendo que mis músculos se contrajeran. Armando aprovechó para golpearme y quitármeme de encima, dejándome tirado en el suelo, hecho un ovillo, viendo cómo la mancha de sangre del suelo se iba haciendo alarmantemente más grande con cada segundo que pasaba.

Joder, joder, joder.

Intenté taparme la herida con la mano. Armando se había puesto en pie y caminaba hacia la puerta del dormitorio; y allí, como un ángel vengador salido del cielo, estaba Carmen.

Carmen, con la pistola que le había regalado en la mano. Con aquel revolver plateado, con las cachas del más puro marfil, apuntando hacia Armando.

«Que no se te acerque —pensé. Intenté decirlo en voz alta, pero las fuerzas me abandonaban—. No permitas que te la quite».

—Quédate dónde estás —le dijo. Le temblaban las manos, pero en su mirada vi decisión.

—¿Qué te crees que vas a hacer con eso, *pollita*? ¿Dispararme?

—Sí, si es necesario.

—Y una mierda. Ya me he cargado a tu novio —soltó una risa despiadada y cruel—, y ahora voy a divertirme contigo. Voy a follarte, aquí mismo, en el suelo, para que sea lo último que vea mientras la palma. Verá como esas tetas tan ricas que tienes son manoseadas por las mismas manos que le han enviado al otro barrio. ¿Qué te parece? Será divertido, ¿no? Te trataré como lo que eres: una maldita puta.

—No voy a permitir que me pongas una mano encima.

—¿Y qué vas a hacer para evitarlo, puta? Eres una inútil que no sirve para nada, ¿tengo que recordártelo? Solo eres buena para meter mi polla en ti. ¿Por qué agujero empezaré? ¿Tu boca? ¿Tu culo? ¿Tu coño? Pero ten por seguro que, cuando decida matarte, será después de haberte follado bien follada.

—No seas estúpido. Los vecinos habrán oído todo el ruido. ¿Te crees que estás en Miami, imbécil? ¿Donde todo el mundo mira hacia otro lado? Aquí las cosas no funcionan así.

«No lo provoques más, por Dios, Carmen, mi amor. No lo enfurezcas más», pensé. Intenté levantarme, tenía que levantarme, acudir en su auxilio antes de que fuera demasiado tarde. Armando se iba acercando a ella poco a poco, y se le echaría encima, la desarmaría, y cumpliría sus amenazas.

«Dispárale», intenté gritar, pero a duras penas tenía fuerza para mantener los ojos abiertos. El tajo en el estómago era muy grande y estaba perdiendo demasiada sangre; supe que iba a morir, y lo acepté con normalidad. Mi única preocupación era Carmen, y conseguir que ella saliera ilesa de aquella mierda que nos había caído encima.

Conseguí moverme, Armando centró su atención en mí. Me miró con las cejas arqueadas, sorprendido, y después soltó una risotada.

—Vaya, tu querido todavía quiere seguir luchando. ¿Qué te parece si le doy una patada en los huevos? ¿Crees que lo notará? O mejor, lo degüello ahora mismo y te follo sobre su cadáver, ¿qué te parece la idea?

Aferró con fuerza el cuchillo. Vi el terror destellar en los ojos de Carmen, pero también vi en ella una fortaleza y una determinación que nunca le había visto antes.

—No —dijo, simplemente.

Y disparó.

La detonación sorprendió a Armando, que se giró hacia ella con los ojos muy abiertos segundos antes de llevarse una mano al hombro.

—¡Serás puta! —gritó—. ¡Me has dado!

—El siguiente disparo irá directo a tu cabeza. —Tuve ganas de reír. Carmen parecía sacada de una película de Harry el Sucio—. Así que tú decides, ¿crees que tengo tan buena puntería como para acertar a la primera?

—Esto no quedará así, zorra. —Armando gruñó con rabia señalándola con un dedo—. No quedará así. Volveré a por ti. No hay lugar en el mundo en el que...

El segundo disparo también me sorprendió a mí. No acertó a Armando, pero consiguió que se fuera de allí corriendo, maldiciendo y lanzando amenazas vacías.

—Lo siento, lo siento.

Carmen se arrodilló a mi lado. Había dejado caer la pistola con un golpe seco contra el suelo, e intentaba detener la hemorragia con las manos. Yo tenía mucho frío, pero ya no sentía dolor.

«No pasa nada —intenté decirle—, no te preocupes».

Pero tenía la boca seca y la lengua de estropajo, y no salió sonido alguno por mi boca.

Lo último que recuerdo, mientras la negrura se apoderaba de mí, es su hermoso rostro desencajado por el dolor e inundado por las lágrimas.

Y un único pensamiento.

Te quiero.

Capítulo veinte

«Esto no puede estar pasando».

Pero estaba pasando. Keitan se estaba muriendo, la vida se le escapaba como un río carmesí, brotando de su herida sin que yo pudiera hacer nada para detenerla. La desesperación se apoderó de mí cuando cerró los ojos y las fuerzas le abandonaron.

—¡No, no! ¡Keitan!

Tenía las manos ensangrentadas. Me temblaban incontroladamente cuando corrí a la habitación a por el móvil, que se me resbaló varias veces de entre los dedos. Volví a arrodillarme junto a él, presionando con la mano libre sobre la herida mientras un enorme charco rojo se formaba sobre el suelo.

—¡Nita! —sollocé al escuchar que descolgaban al otro lado—. ¡Nita! ¡Le ha apuñalado! ¡Se está muriendo! Dios mío... ¡Keitan se está muriendo!

—¿Dónde estás? ¿Dónde está Armando? —No necesitó que le explicase nada, Nita sabía de sobra lo que podía haber ocurrido.

—En mi casa. Le he disparado y ha huido... pero Keitan, Nita... Le ha apuñalado en el estómago, ese hijo de...

—Ve a por una almohada y úsala para presionar sobre la herida. Estaré allí en unos minutos. Mantén la calma.

Nita colgó, y yo hice lo que me había indicado. Cogí una almohada del sofá y se la coloqué sobre la herida, presionando con fuerza en un intento por que la herida dejase de escupir sangre.

—Por favor... Por favor. No te mueras, Keitan. Por favor... —susurraba como un mantra desesperado.

Keitan estaba cada vez más blanco y frío, así que tiré de la manta del sofá y le cubrí con ella, en un vano intento por que entrase en calor y evitar la hipotermia. Su respiración se volvió lenta, y creí que todo estaba perdido mientras los minutos se dilataban. No debieron pasar más de cinco minutos hasta que escuché el sonido de las sirenas en la calle, pero me parecieron horas en aquel estado de angustia y desesperación. Los sanitarios fueron los primeros en llegar, y Nita apareció tras ellos, apresurándose en llegar hasta mí para apartarme de Keitan.

—No... No, tiene frío... Tiene que ponerse algo —balbuceé, y dije más cosas sin sentido mientras ella me apartaba sin esfuerzo. Me sentía como si la realidad de pronto se hubiera hecho inconsistente, como si estuviera soñando o viendo una película.

Aquello no podía estar pasando, pero estaba pasando.

—Tranquila, Carmen. Ven conmigo. Los chicos van a atender a Keitan, le tratarán bien.

Veía a los sanitarios arrodillados junto a él, moviéndose, haciendo cosas que no podía entender en ese momento. Solo quería ver que se movía, escuchar a Keitan, saber que estaría bien. Nita me llevó al baño y me ayudó a lavarme las manos mientras yo murmuraba incoherencias, temblando de arriba abajo.

—Escúchame: Keitan saldrá de esta —me dijo mientras me secaba las manos y me miraba a los ojos. Su mirada me devolvía poco a poco a la realidad—. Es importante que ahora te calmes, te vistas y vengas conmigo al hospital. No nos separaremos de él, ¿de acuerdo?

Asentí al comprender lo que decía, y fui capaz de hilar una frase entera sin desvariar.

—¿Le están ayudando?

—Sí. Está en las mejores manos, te lo aseguro. Vamos, tienes que vestirte.

Fuimos al hospital tras vestirme, pero al llegar ya le habían metido en quirófano. No poder verle fue un tormento. Los instantes de espera, sin saber si le volvería a ver, sin saber si se había ido sin que pudiera decirle lo mucho que le quería por última vez, fueron un infierno. No he rezado tanto en mi vida como lo hice en aquel pasillo, sentada a la espera de que alguien me dijera qué ocurría con mi novio. Nita estuvo conmigo hasta que llegaron Knox, Kaden, Clara y Hannah, tan preocupados y angustiados como lo estaba yo.

—Voy a solventar este asunto de una vez por todas —me dijo Nita, llevándome aparte un momento antes de irse—. Keitan va a salir de esta, por sus cojones, te lo aseguro. He hablado con Mac y vamos a acorralar como un perro a Armando, de esta no se va a librar. Esta vez no. No va a torear más. Siento que allá pasado esto.

—Nita, no es culpa...

—No. Voy a solventarlo.

Hablaba con una furia tan justa, tan convencida, que la creía a pies juntillas. Aunque el daño ya estuviera hecho, solo deseaba que le hicieran pagar. Que le encerrasen y no volviera a salir jamás. Al final sí había conseguido destrozarme la vida, hacerme daño cuando ya me creía libre de él. ¿Cómo había podido ser tan ilusa?

Nita se fue, y yo me quedé con los demás. Todos sabían lo que había pasado, Nita se lo había explicado, y aunque yo me sintiera terriblemente culpable por aquello, nadie me culpó. Me senté junto a ellos, y no pude dejar de llorar abrazada a Hannah y a Clara.

«Lo ha conseguido. Me lo ha quitado todo. Todo lo que he luchado, la montaña que he escalado... No ha servido de nada. Al final lo ha conseguido, me ha hecho caer de un solo golpe. Me lo ha quitado todo».

Sentía que, al final, Armando seguía teniendo control sobre mí, y había sido capaz de marcar mi pasado y mi futuro con heridas que no sanarían jamás.

Recé, desesperada, mientras esperaba que los médicos nos dijeran que Keitan estaba bien. Mientras esperaba volver a verle sonreír con los ojos rebosantes de vida y felicidad.

Recé y le pedí a Dios que no me quitara lo único bueno que había tenido en tanto tiempo.

No podía hacer nada. Armando se estaba ensañando con Carmen ante mis propios ojos y yo estaba paralizado en el suelo, como una mosca en la tela de una araña, luchando por liberarme, pero sintiéndome más atrapado cuanto más me esforzaba.

Carmen gritaba mi nombre e intentaba alcanzarme con las manos mientras Armando proseguía con su implacable tortura. Había sangre por todas partes, el suelo estaba encharcado y las paredes...

Creo que vomité y casi me ahogo en mi propio vómito.

El cuchillo era como un hierro candente clavado en mis tripas, ardiendo y haciendo el agujero más y más grande. El dolor era incommensurable igual que el terror en los ojos vidriosos de Carmen, que me miraban sin parpadear. Ya no gritaba, pero su boca permanecía abierta en un chillido silencioso que era mucho más ruidoso que las carcajadas alienadas de Armando.

¿Dónde estaba Nita? ¿Y Mac? ¿Es que los vecinos no habían oído sus gritos? ¿No iba a venir nadie a ayudarnos?

La angustia y el terror fueron tan opresivos que me impedían respirar. Carmen ya no se movía y supe que estaba muerta. La había perdido y no había sido capaz de protegerla. ¿Qué clase de hombre era? Un fracasado, una caricatura de mí mismo, un bueno para nada que no había sido capaz de proteger a la mujer que amaba. Ese era yo. Alguien que no merecía vivir.

Durante un instante, sopesé el dejarme ir, permitir que la muerte me abrazara y me llevara junto a ella.

Pero entonces recordé que Carmen era vida. Que nadie más que ella había tenido motivos suficientes para rendirse, y no lo había hecho. Que había luchado hasta las últimas consecuencias. ¿Hasta en eso iba a fallarle? ¿Iba a rendirme, dejar que Armando se saliera con la suya y escapara?

No.

No iba a permitirlo.

Jamás.

«Keitan, por favor, despierta».

Con un esfuerzo sobrehumano, conseguí moverme.

«Mí amor, estoy aquí, esperándote».

Su voz, surgida de la nada, acicateó mi voluntad.

«Por favor, regresa».

Una luz diáfana y muy brillante se abrió ante mis ojos y me arrastró.

Parpadeé, confuso. Un pitido insistente ocupaba toda la habitación. El techo, blanco, parecía girar sobre mí. La voz de Carmen también estaba presente, recitando el pasaje de alguna novela.

No estaba muerto, después de todo.

Intenté moverme, hablar, pero no pude. Tenía algo en la garganta que me lo impedía, y el cuerpo asaetado por tubos y cables. Casi entré en pánico y me revolví en un último esfuerzo que llamó su atención.

Carmen tiró el libro que estaba leyéndome en voz alta y se abalanzó sobre mí, poniéndome las manos en los hombros y acercando su rostro sobre el mío.

—Tranquilo —me dijo entre lágrimas—. Todo va bien. Estamos en el hospital, a salvo. Tranquilo, mi amor. No intentes hablar, tuvieron que intubarte, ¿me comprendes?

Asentí con la cabeza, aliviado de verla sana y salva. Su muerte, vivida con tanta intensidad, había sido producto de mi mente y nada más. Una pesadilla de la que, por fortuna, había despertado.

Porque había despertado, ¿verdad?

Una riada de batas blancas ocuparon la habitación y echaron a Carmen de allí. Angustiado al verme separado de ella, me revolví contra aquellas manos que me manoseaban. Confuso y alterado, luché para evitar que se la llevaran. La quería allí, a mi lado, porque ella era el único punto fijo en un universo que no paraba de moverse, era mi puntal, mi ancla, mi todo.

Hasta que, de pronto, la oscuridad volvió a cernirse sobre mí.

No sé cuánto tiempo pasó, pero fue una inconsciencia plácida, sin pesadillas ni sobresaltos. Cuando volví a despertarme, Carmen seguía allí. Estaba sentada a mi lado, mirándome con ojos serenos y tiernos. Tenía ojeras y parecía cansada, lo que me provocó un pinchazo de culpabilidad.

—Hola —le dije con voz ronca.

Las lágrimas empezaron a salir de sus ojos, rodando por las mejillas, y acercó su rostro al mío con mucha suavidad, con cuidado de no dañarme, para posar un ligero beso en mis labios.

—No vuelvas a darme un susto así, ¿de acuerdo? Te quiero tanto... y pensé que te había perdido.

Confuso y todavía sedado, solo supe bromear.

—Lo siento mucho, te prometo que no volveré a interponerme en el camino de un cuchillo.

Entre lágrimas, soltó una risita y volvió a besarme el rostro, besos que sentí como bendiciones. Habíamos sobrevivido y Carmen estaba a salvo y bien, ¿qué más podía pedir? Dios me había dado una segunda oportunidad y no iba a desaprovecharla.

La habitación de Keitan estaba invadida por globos, flores y carteles llenos de buenos deseos y mensajes de bienvenida, porque Keitan había estado tres días inconsciente. Durante todo el día su familia había estado viniendo a visitarle en las horas en las que estaba permitido. Todos se asustaron muchísimo, pero ahora bromeaban con él y le dejaban regalos, sintiéndose aliviados. Y a mí me habían tratado como a una más. Teniendo en cuenta lo que había ocurrido, incluso habría entendido que no me dejaran hacerme cargo de su cuidado o me hubieran impedido entrar en el hospital, pero ninguno de ellos hizo ningún reproche. Ninguno me culpó, y eso hizo que la culpa que yo sentía se aligerase un ápice, aunque no desapareciera del todo.

Keitan se había salvado, pero no podía evitar pensar que nada de eso habría ocurrido si hubiera cedido a sus peticiones... O si simplemente nunca hubiéramos tenido una relación, como si Armando fuera una maldición que me iba a perseguir para toda la vida y a impedirme tener una existencia plena y normal.

No quería pensar en ello. Keitan ya estaba despierto, sobreviviría sin secuelas, pero yo nunca olvidaría lo que había ocurrido, y temía las consecuencias que eso tuviera sobre él. ¿Íbamos a vivir con el miedo a que volviera? Las respuestas a mis inquietudes, no obstante, no tardaron en llegar.

Nita fue la última en visitarnos, ya entrada la noche. Al entrar, se acercó a Keitan y le dio un abrazo. Pude ver las lágrimas que se escaparon de sus ojos antes de que se las limpiase, intentando disimularlas.

—No puedo creer lo que ven mis ojos: Nita llorando —bromeó Keitan. Aún estaba un poco pálido, pero había recuperado su humor socarrón y parecía tranquilo. Cuando Nita le dio un copón en la cabeza soltó una risa aún marcada por su debilidad, pero clara.

—Idiota —le respondió ella—. ¿Cómo te encuentras?

—Como un colador, la verdad, pero feliz de seguir vivo.

—Ya no te discutiré cuando me digas que eres de acero, pero, por favor, no vuelvas a ponerte a prueba de esa manera.

Keitan se rio, aunque esta vez lo hizo un poco a desgana.

—Lo intentaré, pero mientras ese cabrón ande suelto no puedo prometerte nada. La próxima vez no me pillaré con la guardia baja.

—Bueno... —Nita nos miró a uno y a otro—. No creo que debas preocuparte más por eso: Armando está muerto.

Abrí mucho los ojos, mirándola incrédula. Keitan también quedó en silencio. Ninguno de los dos parecíamos creer lo que estábamos escuchando, pero Nita sonreía de medio lado con un gesto extraño.

—¿Cómo... Cómo que está muerto?

—A los perros rabiosos hay que pegarles un tiro —dijo. Comprendí que aquella sonrisa tenía un fondo amargo y rabioso. Temí que aquello trajera consecuencias para ella, o que fuera un error. Por mi mente pasaban muchas posibilidades, y todo se mezclaba con un alivio infinito. Nada de lo que sentía incluía la pena o la compasión por él.

—¿Eso no te traerá problemas? —pregunté, apartándome la mano con la que me había

cubierto la boca por la sorpresa.

—No. Armando se ocupó de darnos razones para disparar —dijo encogiéndose de hombros—. De cualquier manera, vosotros no debéis pensar en esto, tenéis que recuperaros del mal trago y dejar todo esto atrás cuanto antes.

Cuando lo asimilé no pude reprimirme y me abalancé sobre ella para abrazarla, llorando de puro alivio. Me sentía de pronto ligera, como si aquella noticia me hubiera quitado un peso horrible que me aplastaba y me impedía respirar.

—Gracias... Gracias...

—No tienes que dárme las —respondió estrechándome con fuerza—. Solo he cumplido con mi deber, y nos he defendido a todos.

Sabía que no estaba bien alegrarse por la muerte de nadie, pero también esperaba que Dios me perdonase por ello. Durante mucho tiempo me había castigado con él, había sido una maldición en mi vida, y de pronto la luz volvía. Sin su amenaza, mi futuro era brillante y limpio, y al fin me encontraba libre de todas las cargas que había puesto sobre mí.

Me di cuenta de que, aunque había luchado, aunque había mirado al futuro con esperanza, el miedo nunca me había abandonado. La sombra de Armando siempre estaba presente, amenazando con volver y destruirlo todo, como al final intentó hacer. Pero eso ya no existía; él ya no estaba, y yo tenía toda la vida por delante. Una nueva vida para comenzar desde cero, para tomar decisiones sin estar condicionada por él.

Y había una que llevaba tiempo queriendo tomar. Ya no quería esperar más.

Me aparté de Nita, limpiándome las lágrimas con los dedos, y me volví hacia Keitan.

«He estado a punto de perderlo... No voy a dejar que el tiempo siga pasando. Ya no hay nada que temer», me dije, infundiéndome ánimos.

Fui a su lado y le agarré la mano. Keitan me miraba expectante y preocupado, pero la sonrisa que le dediqué pareció tranquilizarle.

—¿Quieres casarte conmigo? —solté la pregunta a bocajarro.

Él me miró con el rostro desencajado por la sorpresa. La boca se le abrió y se me quedó mirando fijamente como si no hubiera comprendido la pregunta. Desde luego, no la esperaba, pero la sorpresa inicial dio paso a una sonrisa en su rostro cuando logró recomponerse, y no pudo evitar salir el Keitan de siempre con sus bromas.

—Si llego a saber que ibas a dar el paso a consecuencia de una herida insignificante, me habría autolesionado hace mucho tiempo —dijo con una risilla, apretándome la mano con fuerza y con los ojos vidriosos.

El muy idiota estaba emocionado, pero siempre le costaba demostrarlo, aunque eso estuviera cambiando poco a poco, necesitaba cubrir esos sentimientos con el humor que aún usaba de pantalla.

—No digas tonterías —dije riéndome—, y responde de una vez, ¿quieres casarte conmigo, sí o no?

—¿Pero qué crees que voy a responder? ¡Por supuesto que quiero casarme contigo! Quiero casarme contigo desde el día en que te vi, aunque entonces no lo sabía.

Las lágrimas volvieron a arder en mis ojos, y también las vi asomar a los de Keitan. Antes de que los dos nos pusiéramos a llorar como tontos, nos estrellamos el uno contra la boca del otro, y nos besamos profundamente para sellar aquel compromiso.

Recordé que Nita seguía allí cuando escuché su aplauso emocionado.

Epílogo

La sala se volvió loca cuando la última escena se fundió en negro dando paso a los créditos finales. La gente se puso en pie, gritando y silbando, algunos aplaudían, y unos pocos permanecían en sus sillas, impactados, no sabía si para bien o para mal.

El último capítulo de la serie ponía fin a nuestras tardes de *Juego de Tronos*, y aquello parecía marcar el fin de una era. Yo era una de aquellas personas que se quedó sentada, observando la reacción de los demás con una sonrisa en la boca y los ojos empañados. La serie me había hecho llorar, sí, pero en ese momento estaba emocionada por muchas cosas. Un ciclo terminaba, se había cerrado del todo, y poco a poco la rueda volvía a ponerse en marcha. Un sol brillante y cálido se alzaba en el horizonte en aquel nuevo amanecer, y me encontraba reunida con la gente a la que más quería.

—Vamos a celebrarlo con más cerveza, ¡a esta ronda invito yo! —dijo Lonan—. Y nada de ponerse tristes, sabéis que Belle repondrá la serie hasta que vuelvan a alzarse los Caminantes Blancos.

—No sé si podré aguantar tanto drama otra vez —respondió Keitan riéndose, sentándose de nuevo a mi lado—. ¿No te ha gustado, cariño?

Asentí, sonriendo. Sabía que los ojos me brillaban, y Keitan me había visto llorar con las escenas finales.

—No es eso... Es que estoy muy feliz, Keitan. Me siento agradecida de estar aquí, con vosotros... Contigo.

Keitan me dio un abrazo sentido y me besó en la cabeza. Me reí como una tonta, sintiendo que en cualquier momento me volvería a echar a llorar, con las emociones a flor de piel.

—¡Eh, venga, no es para tanto! —exclamó Britt—. Vamos a brindar, ¡por la Reina en el Norte!

—¡Por la Reina en el Norte! —coreó el resto de la mesa entre risas.

Allí estaban Clara, y Hannah, que había dejado a su pequeño y a su marido en casa como hacía cada semana para no faltar a las tardes de *Juego de Tronos*, también Belle, con los ojos rojos de emoción. Lonan, por supuesto, e incluso Knox había venido. Busqué con la mirada a Nita, que estaba instantes antes con nosotros, pero debía haber ido al baño, porque no la vi en la sala.

Con ella me sentía especialmente agradecida. Me había liberado de la cadena que representaba Armando, y desde que eso había ocurrido mi vida solo había ido a mejor. Cuando Keitan salió del hospital, no volví al trabajo, hablé con él y me apoyó en mi decisión de comenzar a trabajar en el Grill. Allí llevaba desde entonces, pero no sería un trabajo para siempre. Yo ya había comenzado a estudiar el bachillerato, y pensaba terminarlo para comenzar la carrera de psicología. Sabía que nunca sería tarde para ver mis sueños cumplidos, si algo tan imposible como lo que había logrado: quererme, volver a querer a alguien y tener un hogar, se había hecho realidad. Ya nada me asustaba, nada me parecía irrealizable, e iba a conseguir mi propósito por mucho tiempo que me costara.

—Eh, podríais hacer una boda temática de *Juego de Tronos* —dijo Belle en algún momento.

—Ni hablar, eso sería gafarla, con el éxito que tiene el amor siempre en Poniente, mejor no nos arriesguemos —respondió Keitan riéndose.

Nuestra boda estaba próxima, habíamos decidido casarnos en seis meses, y aún estábamos discutiendo sobre los pormenores, decidiendo cómo sería. Por ahora, ganaba la opción de celebrarla en el rancho, con la familia y los amigos, contratando el catering del resort. Esa idea me gustaba mucho más que una gran fiesta en el propio hotel. Siempre me han gustado las cosas

discretas.

—Pues a Carmen le sentaría genial un vestido como los de Daeneris —dijo Clara.

—Y un dragón, también —dijo Lonan.

—Pero tú solo me has enseñado a montar a caballo, eso necesitaría clases extra —respondí.

Sí, finalmente decidí mantener mi nuevo nombre. Carmen me gustaba, Carmen estaba limpia de los fantasmas del pasado, era el Yo que había creado a base de persistencia y lucha, y me había encariñado con él, así que decidí cambiarme el nombre legalmente, a lo que Nita me ayudó. Pronto sería Carmen Wescott, y me parecía simplemente perfecto.

Nita volvió con una sonrisa de oreja a oreja. Se sentó a mi lado y me puso su móvil en la mano.

—Ve al vestíbulo y habla con quien está en línea —me dijo.

Miré el teléfono intrigada, pero no reconocí el número, y ahí había demasiada gente para escuchar a quien fuera, así que salí al vestíbulo, echándome la chaqueta por encima apresuradamente. En pleno mayo aún hacía frío por las noches en Montana.

—¿Sí? ¿Con quién hablo? —pregunté a quien esperaba al otro lado de la línea.

—Soy yo. Soy mamá —respondió la voz dulce de mi madre. Aunque habíamos retomado el contacto y hablábamos todas las semanas, me alegré tanto como siempre.

—¡Mamá! Qué alegría, ¿cómo va todo? ¿Estás bien? Pronto iremos a visitarte, lo estamos preparando todo Keitan y yo.

—Cariño, eso no será necesario —dijo, haciéndome fruncir el ceño—. ¿No te lo ha dicho Nita?

—No, no me ha dicho nada, ¿va todo bien? —Me asusté un poco.

—Va más que bien, hija mía. Van a darme la condicional, así que tienes que guardarme un sitio en tu boda, y más vale que me acompañes a comprar un bonito vestido.

El teléfono estuvo a punto de escaparse de las manos. Lo aferré contra mi oreja y me agaché para no dar con mis huesos en el suelo de pura emoción.

—¿Qué? ¿Estás hablando en serio?! Mamá, no bromees con esto. Eso sería... Eso... Eso es... —Rompí a llorar como una idiota, sin poder hablar más.

Mi madre nunca bromeaba con las cosas serias, así que era cierto: estaría con nosotros. Estaría conmigo en el día más importante de esta nueva vida.

—Mi niña... Mi Adelle, mi Carmen... Claro que es cierto. No tienes que llorar, estaré allí pronto.

—Lloro de alegría, mamá. Es un milagro...

—No lo es, Nita se ha esforzado mucho, me consiguió buenos abogados, movió muchos hilos. Cree en nosotras de verdad.

Aquello me hizo llorar más, de puro agradecimiento. Cuando nos despedimos, entré en el salón y simplemente abracé a Nita con todas mis fuerzas. El grupo se nos quedó mirando, entendiendo que estaba pasando algo muy importante.

—Mi madre va a venir a nuestra boda —anuncié a Keitan ante todos. Eran mi familia. Ya todos sabían lo que ocurría, lo difícil que era para mí vivir sin ella, por eso, cuando me escucharon, estallaron en vítores y vinieron a abrazarme en masa.

Me sentí arropada. Plena. Feliz. Tenía la conciencia de que nunca, jamás, volvería a sentirme sola. Todos los pedazos de mí misma se habían recompuesto y al cicatrizar habían creado algo nuevo y hermoso. Era como una de esas piezas japonesas de porcelana rotas, soldada de nuevo con oro. Cada herida había sanado, y aunque las cicatrices seguirían ahí, no iban a marcar mi vida para mal: eran lecciones aprendidas, eran parte de aquella en quien me había convertido.

Adelle, Carmen... Toda mi vida, todos mis nombres me habían llevado a ese instante, y el camino que me habían abierto era brillante y esperanzador como no lo había sido nunca.

FIN

Más novelas Sweetystories

RANCHO TRIPLE K

de Laia Sinclair

[Mientras esperas](#)

[Mientras sonríes](#)

[Mientras estás sola](#)

[Mientras sueñas](#)

[Mientras estés a mi lado](#)

AGENCIA DE DETECTIVES

de Laia Sinclair

[Un caso perdido](#)

Un caso desesperado

LA DAMA DE BLACKMOORE

de Eleonora Crane

COMO CAÍDA DEL CIELO

de Kattie Black

EL CLUB DE LAS CUATRO

de Angélica Bovarí

Malos presagios

Échale la culpa al Karma

